

*Hermanidad
del
Escándalo*

UNA DAMA JAMÁS SE COMPORTA

USA Today Bestselling Author

BRONWEN EVANS

UNA DAMA JAMÁS SE COMPORTA

REGENCIA ROMANCE MATRIMONIO
DE CONVENIENCIA

HERMANDAD DEL ESCÁNDALO
LIBRO CUATRO

BRONWEN EVANS

Traducido por
JORGE RICARDO FELSEN



Derechos de autor

Copyright ***Una Dama Jamás se Comporta*** es una obra de ficción. Los nombres, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Copyright © 2025 por Bronwen Evans Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Bronwen Evans Autor.

Traductor Jorge Ricardo Felsen

bronwenevans.com

ÍNDICE

[Introducción](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Epílogo](#)

[Acerca del Autor](#)

[Otras Obras de bronwen evans](#)

INTRODUCCIÓN

Él era hielo y distancia. Ella ya estaba cansada de congelarse.

Ashley no esperaba que su noche de bodas fuera una coronación de la soledad, pero allí estaba: era una esposa de nombre, intacta en la realidad, contemplando la mitad vacía de un lecho matrimonial. En algún lugar de aquella casa vasta y silenciosa, el duque de Blackstone vagaba como un fantasma, encadenado a un recuerdo contra el que ella jamás podría competir.

De acuerdo. Se negaba a ser una sombra en su propia vida.

No iba a empequeñecerse. No iba a marchitarse. Y no iba, *jamás*, a entregar su corazón sin luchar. Si su marido pretendía pasar el matrimonio encerrado tras la culpa y una fría cortesía, entonces aprendería lo que significaba ser perseguido. Ser tentado. Ser completamente desarmado.

Porque Ashley no quería solamente un título. Lo quería a *él*.

Sus manos. Su boca. Su corazón.

Y aunque tuviera que prender fuego a todas las reglas jamás escritas para una duquesa, le enseñaría a su esposo a arder junto a ella.

PRÓLOGO

Lady Ashley Ware permanecía en las sombras observando el salón de baile de la magnífica residencia londinense del duque de Blackstone. Con un suspiro, recordó que tres años atrás había causado un escándalo y que aún apenas era tolerada en eventos como aquel. De ahí que se ocultara entre las sombras.

Aquel baile debía ser una noche gloriosa, la celebración de la boda de su mejor amiga, lady Courtney, con lord Lucien Furoe, un hombre que había regresado de entre los muertos. Durante cinco largos años, Courtney lo había llorado, pero él había vuelto a ella, algo dañado, con amnesia, aunque, como en los cuentos de hadas, el amor verdadero no podía detenerse y Courtney había obtenido su segunda oportunidad.

El baile era organizado por Su Gracia. Un hombre tan correcto que todas las mujeres presentes habían revisado dos veces su apariencia y se comportaban de manera impecable. Pero no había sido necesario. El apuesto y rígido duque estaba bebiendo como si no existiera un mañana.

Nadie salvo un pequeño puñado de sus amigos íntimos sabía que la bebida era impulsada por la pérdida. El amor de su vida, Kitty, una amante de un establecimiento para caballeros, había sido asesinada por el enemigo de lord Lucien.

Aquella demostración pública de dolor era tan impropia de Blackstone que fascinaba a Ashley, considerando que el duque aprovechaba cada oportunidad para dejar claro cuánto despreciaba su imperdonable comportamiento. Le había prohibido a su hermana menor, Farah, acercarse a ella. No quería que Farah se viera mancillada por asociación. Pero Farah también estaba casada ahora.

A medida que avanzaba la velada, Blackstone continuó acabando con lo que parecían ser varias botellas de su mejor brandy. El dolor por Kitty, cuidadosamente oculto tras su compostura aristocrática durante el día, parecía manifestarse en una forma de beber cada vez más temeraria conforme avanzaba la noche.

Ashley notó su estado cuando salió a la terraza para tomar aire fresco, necesitando un respiro del abarrotado salón y de las miradas compasivas que todavía la seguían dondequiera que iba en sociedad desde su escándalo público años atrás.

Nunca había visto borracho a Su Gracia. De hecho, jamás lo había visto con un cabello fuera de lugar ni mostrando debilidad alguna. Quizá aquella escena confirmaba que, después de todo, era humano. Cuando oyó al duque tropezar y maldecir, seguido de un fuerte estruendo, supo que debería limitarse a llamar a uno de los estirados sirvientes del duque, pero, siendo impulsiva por naturaleza y además una persona bondadosa, comprendió que el duque estaba sufriendo y probablemente no querría que sus invitados lo supieran. Decidió ayudarlo.

Adentrándose más en el jardín, encontró al duque desplomado sobre un banco de piedra en un rincón apartado, con su apariencia normalmente impecable desordenada y el cabello oscuro cayéndole sobre la frente. Bajo la luz de la luna parecía más joven que sus treinta años, tan atractivo como siempre, pero más vulnerable de lo que ella lo había visto jamás.

—¿Su Gracia? —se acercó con cautela, preocupada pese a la historia de mutua antipatía entre ambos. Él apenas reconocía su presencia cuando coincidían en una habitación—. ¿Se encuentra bien?

Él levantó la vista hacia ella con unos ojos cargados de un dolor tan profundo que le cortó la respiración.

—Lady Ashley —dijo con voz pastosa, aunque todavía inconfundiblemente aristocrática—. ¿Ha venido a presenciar la caída del poderoso?

—He salido a tomar aire —respondió con sinceridad, estudiando su rostro con creciente preocupación—. Pero veo que está... indispueto. Tal vez debería llamar a alguien...

—No.

La palabra salió más brusca de lo que pretendía, y Ashley vio cómo hacía un esfuerzo visible por moderar el tono.

—Nadie más. Ya han visto suficiente de mi... debilidad.

Ashley solo había pretendido comprobar el estado del duque; un simple acto de bondad de un alma herida hacia otra. Pero cuando se sentó a su lado en el banco de piedra y lo escuchó confesar su dolor con una crudeza inesperada, algo fundamental cambió entre ellos.

—Todo gira en torno a ella —susurró Blackstone, despojado de su habitual reserva aristocrática por el brandy y la angustia—. Cada respiración, cada latido, cada instante despierto. Ella ya no está y yo... yo no sé cómo existir sin ella.

El dolor desnudo en su voz golpeó algo muy profundo en el pecho de Ashley. Durante tres años, ella había sido definida por su escándalo, reducida a una historia de advertencia susurrada en los salones de té. Pero allí estaba el duque de Blackstone —el hombre que la había ignorado deliberadamente en innumerables eventos sociales, que la había mirado como si fuera invisible— revelándose tan roto como ella.

—Lo siento —dijo suavemente, mientras el resentimiento por el trato que él le había dado comenzaba a disolverse frente a su auténtica angustia—. Sé lo que es perder a alguien a quien ama.

—¿Realmente? —Él la miró por primera vez de verdad, observando su rostro bajo la luz de la luna. Sin su habitual máscara de desdén aristocrático, parecía más joven, más vulnerable—. Había olvidado... su escándalo. Una historia de amor que salió mal.

Ella hablaba de su padre. La familiar punzada de aquella suposición, que había sido una muchacha ingenua seducida y abandonada, le subió por la garganta. Pero aquella noche, con el

dolor suspendido entre ambos como niebla matinal, el viejo enojo defensivo parecía inútil.

—No fue exactamente como todos creen —dijo con cuidado—. Pero las consecuencias fueron... severas.

La mandíbula de él se tensó con una ira inesperada en su favor.

—La sociedad es cruel con las mujeres que se atreven a sentir, a desear, a amar. Lo sé. Yo he sido culpable de eso. Merecía algo mejor que su juicio.

—¿Realmente? —La risa de Ashley contenía tres años de amargura acumulada—. Llevo tanto tiempo siendo una advertencia para los demás que casi he olvidado lo que se siente ser otra cosa.

—Tenía diecinueve años —dijo él, inclinándose más cerca. Bajo la luz de la luna, sus ojos oscuros mostraban algo que ella jamás había visto antes: compasión, comprensión, reconocimiento de un dolor compartido—. Diecinueve años y atrapada en circunstancias fuera de su control. Aprovechada por un canalla. ¿Qué crimen hay en eso?

La suavidad de su voz, tan distinta de la fría desaprobación a la que ella se había acostumbrado por parte de él, quebró algo dentro de su pecho. Cuando extendió la mano para acariciarle la mejilla, Ashley no se apartó.

—No está sola —dijo en voz baja—. Ya no tiene que cargar con este peso usted sola.

Tres años de compostura cuidadosamente mantenida, de conservar la dignidad frente a los susurros y desplantes, se derrumbaron de repente. Las lágrimas llegaron sin previo aviso, grandes sollozos entrecortados que trató desesperadamente de ahogar contra su hombro mientras los brazos de él la rodeaban.

—Shh —murmuró él, infinitamente gentil—. Déjelo salir. Aquí está a salvo.

A salvo. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien la hizo sentir segura? ¿Cuándo había sido la última vez que alguien la sostuvo sin juzgarla, sin calcular cuánto podría costarle relacionarse con ella?

Cuando él le alzó el rostro y le secó las lágrimas con el pulgar, Ashley vio reflejada en sus ojos su propia soledad. Dos personas que

habían estado sobreviviendo en vez de viviendo, encontrando un consuelo inesperado en el dolor del otro.

El beso, cuando llegó, nació más de la desesperación que de la pasión: dos almas que se ahogaban aferrándose a algo, a cualquier cosa, para mantenerse unidas a la esperanza. Los labios de él eran cálidos sobre los suyos, con sabor a brandy y tristeza, y Ashley le devolvió el beso con el mismo fervor, vertiendo tres años de aislamiento y soledad en aquel único instante de conexión.

El tiempo pareció detenerse en el jardín iluminado por la luna. Los sonidos lejanos de la celebración se desvanecieron, dejando solo el susurro del viento entre los árboles y el estruendo de su propio corazón. Aquello era una locura: besar al duque de Blackstone, el hombre que había sido su juez más severo, en un jardín donde cualquiera podía verlos.

Pero durante aquellos momentos robados, Ashley se permitió olvidar las consecuencias, olvidar el decoro, olvidarlo todo excepto el calor de su abrazo y el desesperado consuelo que se ofrecían mutuamente.

Fue un jadeo horrorizado el que la devolvió a la realidad de golpe.

—¡Dios santo!

Se separaron de inmediato, como si se hubieran quemado, mientras Ashley se apresuraba a arreglarse el cabello desordenado y Blackstone intentaba acomodarse la corbata. Lord Derrick se encontraba en la entrada del rincón apartado donde estaban, con su esposa y otras dos matronas de la sociedad mirando boquiabiertas detrás de él como aves carroñeras que acababan de descubrir un escándalo especialmente jugoso.

El duque de Blackstone, despeinado y claramente intoxicado, atrapado en un apasionado abrazo con la infame lady Ashley Ware. En un jardín. En la boda más importante de la temporada. Con testigos.

Ashley sintió cómo la sangre abandonaba su rostro cuando comprendió toda la magnitud de la situación. Aquello no era simplemente otro escándalo: era una ruina absoluta y total. Ningún comportamiento impecable, ningún año de silenciosa dignidad,

podría superar haber sido descubierta en una situación tan comprometedora. Un escándalo quizá podía olvidarse con el tiempo, pero dos...

—Yo... nosotros... —balbuceó, con la mente dando vueltas mientras intentaba encontrar palabras que pudieran salvar aquel desastre.

Pero Blackstone ya se había puesto de pie, recuperando su compostura aristocrática pese a su evidente embriaguez. Cuando le ofreció el brazo con perfecta corrección, como si no acabaran de ser descubiertos en las circunstancias más comprometedoras imaginables, Ashley solo pudo mirarlo con desconcierto.

—Lord Derrick —dijo él con gélida cortesía—. Lady Derrick. Espero que estén disfrutando de las festividades de la boda.

El tono casual, como si nada impropio hubiera ocurrido, pareció desconcertar momentáneamente a su audiencia. Pero Ashley vio el brillo de cálculo complacido en los ojos de lady Derrick, y casi pudo escuchar cómo el escándalo empezaba a transformarse en su versión más dañina.

Para la mañana siguiente, todo Londres lo sabría. Y para la noche siguiente, ella estaría completamente repudiada, mientras que la reputación del duque de Blackstone sufriría enormemente por asociación.

Mientras Blackstone la escoltaba de regreso al salón de baile, la mente de Ashley repasaba frenéticamente sus escasas opciones. Podía huir de Londres por completo, quizá a Escocia o Irlanda, donde su notoriedad aún no hubiera llegado. Podía arrojarse a la misericordia de su hermano Wolf y esperar que encontrara algún rincón remoto de una de sus propiedades donde pudiera vivir en un exilio silencioso.

O podía volver a enfrentarse al escándalo de frente y desafiarlo con descaro, aunque dudaba que incluso su valor bastara para semejante tarea.

Lo que no esperaba era la tranquila declaración de Blackstone cuando su hermano Wolf apareció junto a ellos.

—Lord Wolfarth —dijo el duque sin preámbulos y en una voz lo bastante alta para ser oída—, he venido a solicitar la mano de su

hermana en matrimonio.

El silencio que siguió fue absoluto. Nunca, en un salón de baile abarrotado, la ausencia de sonido había sido tan completa, tan atronadora. Ashley sintió que el mundo se inclinaba a su alrededor al darse cuenta de lo que él acababa de hacer.

Matrimonio. Con el duque de Blackstone. El hombre que había pasado tres años tratándola como si fuera invisible, juzgándola duramente por circunstancias que no entendía. Y ahora, debido a un momento de dolor compartido y desesperado consuelo, le estaba ofreciendo unirse a ella para siempre.

—¿Perdón? —alcanzó a susurrar.

—Vamos a casarnos —repitió Blackstone, sosteniéndole la mirada con una firme determinación en sus ojos oscuros—. ¿Por qué no vamos a mi despacho para discutir los arreglos?

Mientras él la guiaba a través de la multitud boquiabierta hacia la privacidad de su estudio, la mente de Ashley daba vueltas ante las implicancias de aquello. Eso no era amor; era honor, deber, la respuesta aristocrática ante una situación comprometida. Pero también era salvación para ambos, una manera de transformar el escándalo en respetabilidad mediante la alquimia del matrimonio.

La cuestión era si ella podría soportar toda una vida atada a un hombre que la veía como una obligación y no como una elección, casada con alguien cuyo corazón estaba enterrado junto a una pelirroja irlandesa en una tumba insignificante.

En cuanto estuvieron todos sentados en el despacho del duque, con la puerta firmemente cerrada, él sirvió otra copa para cada uno. Ashley tomó la suya sin pensar, decidiendo que el jerez ayudaría a calentar el frío que llevaba dentro. Permaneció en silencio mientras él le explicaba la situación a Wolf.

—No puedo creer esto —dijo Wolf con dureza, recuperando finalmente la voz—. ¿Cómo permitiste que ocurriera algo así, Blackstone? Has comprometido a mi hermana y ahora haces lo que el honor exige.

—El honor tiene muy poco que ver con esto —respondió el duque con frialdad—. Ofrezco matrimonio porque es lo que lady Ashley merece: protección, posición y el respeto de mi nombre.

Ashley se dejó caer en una silla, abrumada por el giro repentino que había tomado su vida. Matrimonio con el duque de Blackstone... el hombre al que llevaba tres años viendo como la encarnación de todo lo cruel y sentencioso de la sociedad.

—No lo entiendo —dijo débilmente—. Estabas llorando por otra mujer. Esta noche estabas borracho, no pensabas con claridad. Seguramente por la mañana...

—La mañana no cambiará nada —la interrumpió Blackstone—. Un segundo escándalo te destruirá a ti y también a tu hermana, lady Ivy.

Wolf dio un paso adelante, con su instinto protector imponiéndose a su desconcierto.

—Mi hermana no necesita tu compasión, Su Gracia.

—No es compasión —dijo Blackstone con firmeza—. Es lo correcto y tú lo sabes.

Ashley alzó la vista hacia él, buscando en su rostro alguna señal de la ternura que había vislumbrado en el jardín. Lo que encontró fue resolución, determinación y algo que quizá era esperanza.

—¿Un matrimonio de conveniencia? —preguntó en voz baja.

—Sí —admitió él con honestidad.

Wolf los miró a ambos, y su enojo comenzó a transformarse lentamente en comprensión.

—Hablas en serio.

—Completamente en serio —confirmó Blackstone—. Lady Ashley tendrá la protección de mi nombre, mi título y mi fortuna. Tendrá mis casas para administrar y una vida de lujo.

—¿Y si me niego? —preguntó Ashley, aunque ya conocía la respuesta.

La expresión de Wolf se ensombreció.

—No tienes ese lujo, Ashley. Si no te casas con él, quedarás completamente repudiada. No habrá invitaciones, ni posición social, ni perspectivas de ningún tipo. Y piensa en Ivy. Ella también quedará arruinada.

—Tu hermano tiene razón —dijo Blackstone con suavidad—. Me temo que te he dejado muy pocas opciones. Pero te prometo esto:

como mi esposa, serás tratada con toda cortesía y respeto. No te faltará nada, y nadie volverá a despreciarte jamás.

Ashley cerró los ojos, sintiendo cómo las paredes de la vida que había construido cuidadosamente se derrumbaban a su alrededor. Tres años de exilio ya habían sido bastante difíciles, pero al menos había conservado cierta independencia. Casarse con el duque significaría cambiar esa independencia por seguridad y estatus, atarse a un hombre que la veía como una obligación y no como una elección. Un hombre que había dejado claro que ella no le agradaba.

Pero ¿qué otra alternativa tenía? Ivy... debía proteger a su hermana menor, ya manchada por asociación debido al primer escándalo en el que Ashley se había visto envuelta.

—Muy bien —dijo al fin, abriendo los ojos para encontrarse con la firme mirada de él—. Acepto su propuesta, Su Gracia.

Algo cruzó el rostro de Blackstone: quizá alivio o satisfacción.

—Gracias —dijo simplemente—. Le prometo que no se arrepentirá de esta decisión.

—¿No? —Ashley se puso de pie, envolviéndose en los restos de su dignidad como si fueran una armadura—. Haré que recuerde esas palabras, Su Gracia.

Cuando Wolf y Ashley se marcharon, con Wolf prometiendo regresar más tarde para discutir los preparativos, Ashley solo quería meterse en la cama y llorar.

—Podría ser peor —dijo finalmente su hermano, con una voz más suave que antes—. Es rico, tiene título y, pese a todo, tiene reputación de tratar a las mujeres con respeto.

—También está enamorado de una mujer muerta —respondió Ashley en voz baja—. El matrimonio dura toda la vida.

¿Qué tan sola iba a sentirse?

—Tendrás hijos —sugirió Wolf—. Y toda la sociedad para gobernar.

El estómago de Ashley se contrajo. Hijos... Dios mío, tendría que compartir la cama con él.

Una inesperada oleada de calor la recorrió.

¿Por qué ese pensamiento no le resultaba aterrador?

Ashley se volvió para mirar por la ventana del carruaje. Había dejado de soñar con un final feliz cuando estalló su primer escándalo. Había soñado con quedarse soltera y ser la mejor tía posible. Esos sueños parecían muy lejanos ahora. Nunca había imaginado casarse... y mucho menos casarse con el duque de Blackstone.

—Supongo que no importa lo que yo quiera —dijo en voz baja—. Esta es mi vida ahora. Duquesa de Blackstone, esposa de un hombre que me ve como un deber que debe cumplir y no como una mujer a la que amar.

Wolf le apoyó una mano suave sobre el hombro.

—El amor puede crecer, Ashley. A veces los matrimonios más sólidos se construyen sobre el respeto y la comprensión, y no sobre la pasión.

—¿Realmente? —Se apoyó en el consuelo de su hermano, sacando fuerzas de su presencia serena—. Supongo que lo descubriré, ¿no?

CAPÍTULO UNO

Londres – 3 meses después

Una mujer decidida a seducir a su marido debía, al menos, encontrar la manera de tentarlo para que compartiera su cama. Por desgracia, lady Ashley no tenía idea de cómo atraer a un hombre que apenas la miraba o pasaba tiempo en su compañía.

La noche de su boda con el duque de Blackstone, Raven Perrin, o Raven, como él le había pedido que lo llamara en privado, no acudió a su cama. Ashley había suspirado aliviada hasta que se le ocurrió un pensamiento. Ella quería lo único que Raven podía darle para hacer soportable su vida: un hijo.

Podría ser inocente en lo relativo a hombres y mujeres, pero sabía lo suficiente para comprender que era poco probable quedar encinta si él no dormía con ella.

Él había amado a Kitty, su amante, quien unos meses atrás había muerto a manos del hombre que intentaba dañar a la amiga de Ashley, lady Courtney. Kitty había intentado detener al malvado barón Lockwood y había pagado un precio terrible: su vida. El marido de Courtney, lord Lucien, junto con Raven, habían matado al barón cuando acudieron a rescatar a lady Courtney, que había sido secuestrada.

Raven seguía llorando a Kitty; quizá siempre lo haría. Pero seguramente podía cumplir con sus deberes maritales con ella.

Ashley no era tan fea. Muchos hombres habían intentado seducirla cuando pensaban que era una mujer de moral ligera. Entonces, ¿cómo conseguía captar su atención en el sentido más bíblico?

Él era un hombre ocupado, y ella aceptaba que su título conllevaba muchas obligaciones, tanto con la Cámara de los Lores como con sus arrendatarios y su familia. Mantener y aumentar su fortuna consumía gran parte de su tiempo y, por supuesto, estaba doblemente ocupado debido a la apuesta anónima de inversiones que él no sabía hasta el día de hoy que había sido organizada por un grupo de damas, la Hermandad, del cual ella formaba parte. El ganador se lo llevaba todo... las damas habían lanzado un desafío anónimo a Raven y a Fane Deveraux, conde de Marlowe, para ver quién obtenía mejores ganancias en doce meses. Los hombres no tenían idea de quién era su rival.

Ella no veía la hora de que Raven y Fane perdieran, derrotados por un grupo de mujeres. Solo faltaban unos pocos meses. Tiffany era el cerebro detrás de todo aquello. Era la gurú financiera de la Hermandad y las damas aprendían escuchando a sus hombres hablar de inversiones, así que sabían que iban ganando la apuesta.

Con un suspiro, volvió a concentrarse en su problema: Raven y su reticencia a compartir la cama con ella. Intentó pensar cómo hacer progresar su matrimonio. Había exactamente cuatro cosas en las que era buena.

La primera era parecer serena cuando sentía cualquier cosa menos eso. La segunda era mantener conversaciones tan suaves y fluidas que la gente olvidaba que estaba siendo manipulada. La tercera era encontrar soluciones a problemas que la alta sociedad prefería fingir que no existían. Y la cuarta, que nunca le habían permitido usar en público, era una imaginación absolutamente escandalosa.

Y su imaginación estaba trabajando horas extras.

Era esa cuarta habilidad la que iba a salvar su matrimonio. Estaba casi segura.

Ahora estaba sentada en el asiento junto a la ventana de su sala privada, aparentemente leyendo un delgado volumen de poesía, aunque en realidad miraba la pared mientras hacía inventario de

todo lo que sabía sobre la seducción de hombres reacios. Lo cual, según resultó, era considerablemente menos de lo que le habría gustado, especialmente teniendo en cuenta su reputación escandalosa.

Había pensado que intentar ser la duquesa perfecta bastaría. Pero no.

Tres meses. Tres meses de impecables cenas ducales, de conversaciones que se detenían justo antes de volverse reales, de Raven mirándola desde el otro extremo de su magnífica mesa como un hombre parado fuera de una habitación cálida negándose a abrir la puerta. Ella comprendía el duelo. De verdad lo comprendía. Kitty había sido su... bueno... lo que fuera que hubiese sido, era algo que Ashley claramente no era.

Pero una mujer solo podía contemplar su almohada intacta durante cierto tiempo antes de empezar a desarrollar opiniones al respecto.

Sí te mira, se recordó. Te observa cuando cree que tú no lo ves. Eso significaba algo. De hecho, lo significaba todo, porque quería decir que el problema no era el deseo. El problema era aquello que estuviera encerrado tras esos ojos verdes que él mantenía tan cuidadosamente cerrados.

Ashley siempre había sido buena abriendo cosas cerradas.

El sonido de un alboroto en el vestíbulo interrumpió sus pensamientos. Un tipo de alboroto que reconoció de inmediato. Tenía un ritmo específico: el tono medido del mayordomo, el sonido de unos caros zapatos de salón que no se detenían por nadie y luego una voz como una cálida carcajada.

—Sé que estás aquí. Tu carruaje está en las caballerizas. No seas fastidioso.

Ashley dejó el libro y se enderezó, apretando los labios para contener la sonrisa que ya sentía formarse en su rostro.

Farah.

Lady Ware apareció en la puerta treinta segundos después, despeinada por el aire fresco y completamente arrepentida de nada, seguida de un lacayo de aspecto bastante indefenso que parecía haber intentado, y fracasado, hacerla esperar en el salón.

—Puedes retirarte —le dijo Ashley con amabilidad—. Lady Ware siempre es bienvenida aquí.

Farah entró con paso decidido, se dejó caer en la silla frente a Ashley con la gracia despreocupada de alguien que jamás se había sentado donde le indicaban y la observó con una expresión de franca evaluación.

—Te ves terrible —dijo Farah—. Hermosamente vestida y absolutamente terrible.

—Qué amable. —Ashley llamó para pedir té—. Tú te ves escandalosamente feliz, como siempre.

—Soy escandalosamente feliz. Me encanta estar casada. —Farah apoyó la barbilla en la mano, completamente descarada—. Es mi estado permanente y lo recomiendo muchísimo. Por eso estoy aquí. —La señaló con un dedo acusador—. Tú no eres escandalosamente feliz. Eres elegantemente miserable, lo cual es mucho más agotador y considerablemente menos entretenido.

Ashley pensó en negarlo. Lo había estado negando, con bastante habilidad, durante tres meses. Pero aquella era Farah, quien una vez la había ayudado a esconder una cabra en el dormitorio de Wolf, el hermano de Ashley, una historia que habían jurado no mencionar jamás en sociedad, y no tenía sentido fingir delante de Farah.

—No ha venido a mi cama —dijo Ashley.

Las palabras cayeron entre ambas con el golpe sordo de algo que llevaba demasiado tiempo sin decirse.

La expresión de Farah no cambió. En su honor, siempre había sido rápida de mente, pero inhaló lentamente por la nariz.

—¿Ni una sola vez?

—Ni una sola vez. —Ashley tomó la taza de té que había aparecido a su lado con agradecida eficiencia—. Es perfectamente cortés. Es atento. El martes pasado dejó un libro sobre mi escritorio que mencioné que quería leer, y fue un gesto tan insoportablemente considerado que casi me hizo llorar durante el desayuno. —Hizo una pausa—. Pero no viene a mi cama, Farah.

Farah guardó silencio un momento. Un silencio auténtico, lo que en ella significaba que realmente estaba pensando y no preparando su siguiente frase.

—Y tú quieres que lo haga —dijo al fin. No era una pregunta. Ashley la miró fijamente.

—Quiero hijos. Quiero un matrimonio de verdad. Quiero... —Se interrumpió. Rectificó—. Sí. Quiero que lo haga.

Un hijo al que amar y que la amara también, ese era su objetivo. Una vida sin amor era demasiado aterradora para contemplarla. Raven no la amaba, y no estaba segura de que alguna vez lo hiciera. Pero un hijo... Un hijo sí la amaría.

El fuego crepitó. Afuera, un caballo de tiro pasó por la calle.

Entonces Farah se enderezó muy recta y Ashley reconoció aquella luz particular en sus ojos color esmeralda con partes iguales de esperanza y cautela.

—Bien —dijo Farah—. Vamos a arreglar esto.

—Llevo tres meses intentando arreglarlo y...

—¿Realmente —Farah inclinó la cabeza—. ¿O has estado *insinuando* que sería agradable que se arreglara, de una manera muy refinada, mientras te daba demasiado miedo hacer algo realmente alarmante?

Ashley abrió la boca.

Y volvió a cerrarla.

—He sido sensata —dijo con cierta dignidad—. Raven ya me considera una mujer escandalosa. Pensé que intentar comportarme como una duquesa ayudaría.

Farah hizo un sonido que no era exactamente una risa.

—Ashley, cariño. Te quiero, pero desde que te atraparon en aquel espantoso escándalo has sido sensata desde la primera vez que te conocí, y eso jamás ha resuelto ninguno de tus problemas. La cabra fue idea mía. Lo de reemplazar la poesía amorosa de lady Marsden por un folleto de cocina fue idea tuya, pero lo escribiste con la letra de otra persona, lo cual creo que nos dice todo lo que necesitamos saber sobre tus instintos cuando realmente te permiten usarlos.

Ashley apretó los labios. Había olvidado lo del folleto de cocina. Había sido realmente bueno.

—La situación —dijo— requiere delicadeza. Él está de duelo. Él es...

—Es un hombre —dijo Farah, no sin amabilidad—. Con ojos. Y tú eres su esposa, que está... —hizo un amplio gesto abarcando toda la persona de Ashley—... espectacularmente desperdiciada en una cama fría.

Hubo una pausa.

—Gracias —dijo Ashley.

—De nada. Ahora... —Farah dejó la taza con el aire de alguien que acababa de tomar una decisión—. ¿Qué sabes realmente sobre seducción?

La respuesta era vergonzosamente breve. Ashley había aprendido la teoría en novelas que su institutriz no sabía que eran novelas. La había observado, de manera muy periférica, en bailes y fiestas de campo, en la forma en que ciertas mujeres inclinaban sus abanicos y ciertos hombres perdían por completo la capacidad de mantener una conversación. Y, por supuesto, sus hermanos, ambos libertinos reformados, habían sido una educación en sí mismos. Pero no tenía experiencia práctica alguna, y su único intento de flirteo estratégico durante una cena el mes anterior había terminado con Raven rellenándole la copa de vino con gran atención y luego disculpándose con perfecta cortesía, lo cual ella estaba bastante segura de que contaba como una derrota.

No dijo nada de eso.

—Tengo algunas ideas —dijo en cambio.

Farah la miró.

—Ashley.

—Tengo *el comienzo* de algunas ideas.

—Cuéntame esos comienzos.

Ashley dejó su propia taza y miró al techo, porque era más fácil hablarle al techo que al rostro demasiado perceptivo de Farah.

—Hay una secuencia lógica. Él se mantiene alejado de mí por las noches, lo que sugiere que el problema es la proximidad; teme lo que ocurre cuando estamos cerca. Por lo tanto, el primer paso debe ser encontrar razones para estar cerca de él. Razones inocentes. —Hizo una pausa—. He estado buscando maneras de coincidir con él en la biblioteca. Eso ha tenido cierto éxito.

—¿Qué clase de éxito?

—Me leyó un manual sobre cría de caballos durante cuarenta minutos y pareció disfrutarlo casi por completo.

La expresión de Farah permaneció exquisitamente controlada.

—Ese es un excelente primer paso —dijo después de un momento—. ¿Paso dos?

—Las cenas. He estado cenando con él más seguido. He estado...

—Vaciló, porque el paso dos, dicho en voz alta, la hacía sentirse expuesta—. He estado usando escotes ligeramente diferentes. Nada impropio. Solo... un poco más bajos...

—¿Y?

—La semana pasada volcó su copa de vino y pareció enfadado consigo mismo. —Ashley se permitió una pequeña sonrisa privada—. Elegí tomarlo como algo alentador.

Farah soltó una carcajada auténtica, luminosa y encantada.

—Oh, está sufriendo. Bien. Exactamente ahí es donde lo quieres. ¿Cuál es el paso tres?

Ashley guardó silencio.

Farah esperó.

—Todavía no he terminado de elaborar el paso tres —admitió Ashley—. Requiere más información de la que poseo actualmente. Sobre la mecánica de... —Hizo un gesto que abarcaba una considerable cantidad de terreno sin nombrar nada en concreto—. Ya sabes.

Farah parpadeó.

—¿Quieres aprender cómo...? —Ella también hizo un gesto.

—Quiero aprender qué funciona. Quiero aprender qué hace que un hombre decidido a resistirse deje de resistirse. Quiero... —Ashley se detuvo. Empezó de nuevo—. Me criaron para ser un adorno, Farah. Sé servir el té, tocar el pianoforte y rechazar una invitación impropia, lo cual es una gran preparación para una vida que aparentemente no voy a tener, y ninguna preparación para la vida que realmente estoy viviendo.

La habitación quedó en silencio. Farah la observaba con una expresión que había pasado del deleite a la ternura, y Ashley encontró aquello considerablemente más difícil de soportar.

—Lo sé —dijo Farah.

Se inclinó hacia adelante y le tocó brevemente la mano a Ashley. Luego, porque era Farah y la suavidad siempre venía seguida de algo más contundente, añadió:

—Sabes, el club de solteros de Rockwell no es el único establecimiento de ese tipo en Londres.

Los ojos de Ashley se entrecerraron.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hay una casa al borde de Sloane Square con una puerta roja —dijo Farah con absoluta naturalidad, alisando los flecos de su chal—. Muy respetable por fuera. Muy bien considerada por dentro, por hombres que saben lo que “bien considerada” significa en ese contexto. A la mujer que la dirige la llaman Madame Chloé. He oído que es extraordinariamente inteligente y bastante selectiva con su clientela.

El silencio que siguió fue absoluto.

Ashley soltó un resoplido ahogado.

—¿Cómo demonios sabes...?

—Valora siguió a Fane allí una noche solo para ver adónde iba.

—Farah —dijo Ashley con cuidado—, ¿me estás sugiriendo que vaya a un burdel?

—Club de caballeros. Creo que Fane lo frecuenta, o eso dice Valora, y cuando se trata de Fane, Valora lo sabe todo —corrigió Farah con perfecta seriedad—. Apparently es una distinción importante. Y no estoy sugiriendo que participes. Estoy sugiriendo... —inclinó la cabeza, con los ojos brillantes— que una mujer con imaginación y determinación, que necesita cierto tipo de información, podría encontrarla más fácilmente en alguien cuya profesión entera consiste en aplicarla.

Ashley la miró fijamente.

—Has pensado en esto —dijo.

—En absoluto —replicó Farah—. Pero sí he pensado que podría acompañarte.

—¿Acompañarme?

—Disfrazadas, obviamente. Rockwell jamás lo sabría. —La sonrisa que curvó los labios de Farah era la misma que tenía a los dieciséis años cuando sugirió escaparse por la ventana del

dormitorio para ver la hoguera del pueblo—. Sé dónde guarda su viejo abrigo con capa. Tendría que usar tacones. Podríamos ser dos caballeros visitando a Madame Chloé para preguntar por una membresía.

Ashley la contempló, a esta mujer que había sido su amiga desde que ambas estaban en el aula escolar, que poseía un talento genuino para el caos, que era profunda, irracional y completamente amada por su enorme marido oso, y que jamás en todos los años que Ashley la conocía había sugerido algo que, al final, no resultara ser lo correcto.

Lo pensó. De verdad lo pensó. La puerta roja, la mujer que dirigía la casa más discreta de Londres, el tipo particular de educación disponible dentro... y sintió, para su propia sorpresa, no miedo, sino una chispa tenue y brillante de algo que casi había olvidado que seguía vivo en su pecho.

Seguía viva bajo toda aquella corrección. Seguía ahí.

—Absolutamente no —dijo.

—*Ashley...*

—No entrarás en el abrigo de Rockwell, no eres tan alta como crees y, si nos descubren juntas fuera de un burdel de Sloane Square disfrazadas, será el escándalo más espectacular de toda una generación y Tiffany jamás nos perdonará. —Sostuvo la mirada de Farah—. Sin embargo... yo podría ir. Sola. Con un disfraz muy elaborado y una razón completamente irrefutable para salir de casa. *Entonces* quizá valga la pena considerarlo.

La expresión de Farah se transformó en pura alegría. No dijo "*lo sabía*". Era demasiado buena amiga para eso. Simplemente sonrió, y Ashley sintió que la chispa en su pecho brillaba un poco más.

—Iría de día —dijo Ashley, pensando ya en voz alta, mientras el plan comenzaba a ordenarse con el agradable clic de las piezas encajando en su lugar—. No de noche. Escribiré una nota... no con mi nombre... y solicitaré una reunión para hablar sobre la membresía de una amiga. Algo que requiera discreción. Algo que le dé motivos para verme y me dé motivos para hacer preguntas. —Hizo una pausa—. Primero tendré que encontrar el lugar. No puedo

precisamente tomar un coche de alquiler en la puerta principal de mi casa.

—Envía primero a uno de los mozos de cuadra a buscarlo —sugirió Farah—. Un encargo perfectamente normal.

—Sí. Y necesitaré un velo. Uno de verdad, no de esos que apenas sugieren privacidad, sino uno que la garantice. Creo que Tiffany usó uno cuando visitó la bolsa de valores. Usaré ese. —Miró hacia la ventana—. Le dije a Raven que el jueves pasado iba a caminar hasta la esquina para visitar a Tiffany y ni siquiera lo cuestionó. Sus horarios no son regulares.

—Ahí tienes tu coartada —dijo Farah.

Ashley asintió lentamente.

—Y una vez que tenga la información, una vez que realmente entienda lo que estoy haciendo... —El plan siguió desplegándose, cada paso encontrando el siguiente con esa satisfacción particular que siempre había sentido cuando un problema se volvía resoluble—. Tendré que cambiar por completo mi enfoque. Nada de cenas sutiles. Nada de escotes estratégicos. Algo que fuerce la situación. —Golpeó con el dedo la rodilla—. Él responde a la calidez. Aquella noche en el jardín que dio inicio a todo esto, necesitaba mi contacto, mi calor. Lo que significa que es el tipo de hombre que también tiene necesidades. Quiere una conexión.

Farah la observaba con una expresión particular.

—Has estado pensando en esto durante mucho tiempo —dijo.

—Tres meses —admitió Ashley—. He tenido mucho tiempo para pensar. —Miró el fuego—. No voy a ser pasiva con esto, Farah. Lo decidí durante la primera semana. Puede que haya empezado mal, pero voy a encontrar una forma mejor.

—Lo sé. —Farah guardó silencio un momento. Luego, con más suavidad—: ¿Él lo sabe? ¿Lo del escándalo? ¿Lo de Carstairs?

El nombre seguía cayendo como un pequeño golpe helado, incluso ahora. Ashley mantuvo el rostro impassible.

—Sabe que hubo un escándalo. Sabe que me encontraron en un carruaje. Sabe que la sociedad decidió creer lo peor. —Guardó silencio un instante—. No sabe por qué. Tú eres la única persona a

la que se lo conté porque sé que jamás chismearías. Ni siquiera las otras damas lo saben porque no puedo permitir que Ivy se entere.

Tenía que proteger a su hermana a cualquier costo.

Y la razón de ello era esa cosa que vivía en el fondo de su pecho como una piedra alrededor de la cual había aprendido a respirar. Nunca se lo había contado entero a nadie... ni siquiera a Farah, no toda la verdad.

Ivy tenía diecisiete años. Solo diecisiete, loca de dolor por la muerte de su padre y tan necesitada de que alguien la hiciera sentir maravillosa, que cuando Carstairs le dedicó aquella sonrisa particular, ella le escribió cartas. Cartas tontas, adoradoras, completamente comprometedoras, llenas de las cosas que una muchacha cree cuando piensa que está enamorada de un hombre que solo estaba interesado en su dote.

Cuando Ashley las encontró... bueno, encontró una en realidad, una carta sin abrir de Carstairs que vio sobre el escritorio de Ivy y que, por supuesto, abrió y leyó... su mundo cambió. La carta detallaba una fuga. Ella hizo lo único que tenía sentido. Fue al lugar de encuentro y lo enfrentó. Le dijo que devolvería las cartas y dejaría en paz a Ivy o acudiría a sus hermanos. Y él la escuchó con mucha amabilidad antes de demostrarle, con un carruaje, un agarre brutal en el brazo y treinta millas de camino nocturno, lo poco que le temía a sus hermanos.

Lady Featherington vio a Ashley subir a aquel carruaje. Eso había sido suficiente.

Y Carstairs dejó muy claro, en aquel camino oscuro antes de arrojarla fuera, que si Ashley decía una sola palabra... si lo nombraba... él permitiría que la sociedad viera las cartas de Ivy. Si las cartas de Ivy llegaban a hacerse públicas, las perspectivas de su hermana quedarían destruidas por completo. *Una muchacha que escribía esas cosas a un hombre con el que no estaba casada. Él había sonreído. ¿Qué dirían que era ella entonces?*

Así que Ashley guardó silencio y soportó tres años de desplantes y susurros especulativos, viendo cómo sus sueños de una vida diferente se desmoronaban uno por uno. Lo había soportado. Había salido adelante. Seguía allí.

—Él se estaba protegiendo —dijo ahora a Farah—. Sabía que yo no ganaba nada nombrándolo, porque nombrarlo significaba nombrar también a Ivy. —Miró sus manos—. Ivy no lo sabe. Le dolió que Carstairs desapareciera de repente, pero nunca supo de la propuesta de fuga y por eso no relacionó las cosas con mi desgracia. Ivy no tiene idea de lo que él amenazó, de lo que me costó. Era muy joven, y amaba a nuestro padre, y necesitaba que alguien fuera amable con ella. No me arrepiento.

—Claro que no —dijo Farah con suavidad.

—Lo haría otra vez. —Y lo decía seriamente; lo sabía del mismo modo que sabía su propio nombre. No había existido ninguna elección posible en la que Ivy saliera herida. Nunca la habría—. Así soy yo. Parezco muy sensata, Farah, pero en realidad soy un completo desastre cuando de verdad importa.

La sonrisa de Farah fue cálida y segura.

—No —dijo—. Eres alguien que sabe muy bien cómo proteger lo importante. Y eso no es un desastre. De hecho, es exactamente lo que tu esposo necesita, aunque él todavía no lo sepa. Debe de haber alguna razón por la que no ha ido a tu cama. Si su corazón sigue demasiado lleno de Kitty, entonces necesita que alguien le recuerde que nuestros corazones son grandes. Que tienen espacio para otros.

Ashley la miró un momento. Luego tomó la última galleta del plato, una decisión que había estado considerando con paciencia estratégica durante los últimos minutos, y se la comió con gran satisfacción.

—Bien —dijo—. Ayúdame a planear el disfraz.

Mientras hablaban, Ashley comenzó a emocionarse. Parecía tan fácil.

Demasiado fácil. No, no permitiría que la duda se infiltrara.

Pero, santo cielo, si Raven llegaba a descubrirlo... no le tenía miedo a su marido. Él no era del tipo que golpeaba a su esposa, pero, por alguna razón que la irritaba enormemente, ella quería que le agradara, que la respetara. Ya había estado involucrada en dos escándalos; otro más la convertiría en una duquesa marginada. Ya sabía que la gente la llamaba la dama que nunca sabe comportarse.

Lo que planeaba era completamente escandaloso, pero absorbería el valor y la alegría de vivir de Farah. Podía hacerlo.

Una vez que Farah se marchó, se sirvió una copa de jerez. No una taza de té. Necesitaba algo más fuerte.

Quería un hijo y eso significaba que Raven debía ir a su cama.

Se preguntó qué preguntas les haría a las mujeres del burdel y qué le enseñarían. Pronto el alcohol, el calor y el ambiente sofocante de la habitación hicieron que sus ojos se cerraran, y soñó con un hombre alto y atlético tomándola entre sus brazos y besándola...

RAVEN SE FROTÓ las sienes cuando la luz de la tarde empezaba a desvanecerse y finalmente salió de su despacho, con las cifras de su última propuesta de inversión aun danzando detrás de sus ojos. La empresa naviera hacia las Indias mostraba potencial, pero la inversión inicial era considerable. Si quería vencer a ese hombre anónimo que lo había desafiado a él y a lord Marlow con aquella infernal apuesta, no podía permitirse cometer errores.

El suave resplandor del fuego atrajo su atención hacia la biblioteca, donde encontró a Ashley acurrucada en el sillón orejero junto a la chimenea, con los ojos cerrados y un libro olvidado sobre el regazo. Las llamas proyectaban reflejos dorados en su cabello rubio y, por un momento, le recordó aquella noche en el jardín, cuando había parecido tan frágil, tan completamente perdida. Era muy hermosa. Podía entender por qué un hombre la perseguiría. Habría podido ser el centro de atención de la sociedad, el diamante de la alta sociedad, de no haber sido por su escándalo.

Hasta ahora, se había comportado como la duquesa que él necesitaba. Aunque se había visto obligado a casarse con ella, al verla allí parecía tan inocente, y se dio cuenta de que no era infeliz en su matrimonio. Tarde o temprano tendría que haberse casado, y ella estaba resultando adecuada. Además, era una mujer arruinada. Difícilmente podía arruinarla más... se sobresaltó ante ese pensamiento, porque sí podía.

Su corazón seguía doliendo por Kitty, así que no lograba entender por qué la visión de Ashley en su casa hacía vibrar su cuerpo. Sin duda era una mujer apasionada, pues el recuerdo de su sabor aquella noche en el jardín inundó su mente y despertó deseos reprimidos que llevaba meses sofocando. Desde el día en que se casó con ella.

Apartó el recuerdo. Aquella noche había sido culpa del dolor y el brandy, nada más. Su corazón pertenecía a Kitty. Había usado esa excusa para mantenerse alejado de la cama de su esposa durante tres meses, pero la reacción de su cuerpo cada vez que ella le sonreía demostraba que se mentía a sí mismo. Deseaba a su esposa, pero era un cobarde. En la cama tendría que revelar su verdadera naturaleza sexual y simplemente no podía... ¿Y si la repelía? Tendría que vivir con una mujer que lo despreciara... además, ella nunca había dado señales de desear sus atenciones.

Probablemente no fuera una señorita virginal, así que, si él le resultaba atractivo, seguramente ya se habría acercado a él.

—Buenas noches —dijo, deteniéndose en la puerta.

Ella levantó la vista, sobresaltada al despertar de su siesta.

—Oh. Raven. No te oí llegar.

—He estado sepultado en correspondencia toda la tarde. —Entró en la habitación, notando cómo ella se enderezaba en el sillón, de pronto alerta.

Ashley se incorporó y bajó las piernas de donde las tenía recogidas en el asiento. Él alcanzó a ver su tobillo y parte de la pantorrilla y tragó saliva.

—¿Te gustaría tomar algo? Puedo pedir que traigan té. O podría servirte algo más fuerte.

Él observó el entusiasmo en su rostro y se preguntó por qué de repente deseaba su atención. Supuso que no habían conversado en varios días, aunque había pensado que estaría ocupada con sus amigas haciendo planes para redecorar. Le había dado carta blanca y un presupuesto enorme.

—Pensé que te estarías preparando. Tenemos planes para esta noche.

Una expresión peculiar cruzó sus hermosos rasgos: decepción. Por un instante deseó poder sentarse y tomar una copa con ella. Ashley frunció el ceño.

—¿Nuestros planes? Yo... ¿Cuáles son los tuyos?

—Cenamos con lord y lady Skye esta noche, ¿recuerdas? A las ocho. —Sacó el reloj de bolsillo y frunció el ceño—. Seguramente revisaste el horario de la semana. Te lo di el lunes.

—Ah. —Se llevó una mano a la frente con un suspiro teatral—. Me temo que no podré acompañarte esta noche. Problemas femeninos, ya sabes.

Raven sintió un destello de algo... ¿decepción? ¿alivio? No estaba seguro. Las cenas sociales se habían vuelto más fáciles con Ashley a su lado; su tranquila dignidad servía de barrera contra las miradas curiosas y los susurros especulativos que todavía los seguían a ambos. Pero quizás una velada a solas con Marcus y Penelope sería más propicia para hablar de sus estrategias de inversión.

—Entiendo. Entonces enviaré tus disculpas a lady Skye.

—Sí, por favor. Y ve sin mí. No querría que te perdieras toda la velada.

—Muy bien.

Él se dirigió hacia el aparador donde guardaba un decantador de brandy, pero luego lo pensó mejor. Últimamente había estado bebiendo... en exceso.

—¿Cómo estuvo tu día?

—¿Mi día?

Ella pareció sorprendida por la pregunta, y eso lo hizo detenerse. ¿Le preguntaba tan poco por sus actividades diarias?

—Sí. ¿Recibiste visitas? ¿Asististe a alguna función social?

—No, ninguna visita. Yo... pasé la mayor parte del tiempo leyendo. No me encuentro muy bien debido a mis problemas femeninos...

Hizo un gesto vago hacia el libro que tenía en el regazo.

—Y pensando.

—¿Pensando en qué?

Pero incluso mientras lo preguntaba, su mente regresó a la empresa naviera. Si conseguía el respaldo de dos inversionistas más,

las ganancias podrían ser lo bastante sustanciales como para colocarlo muy por delante en la apuesta. Quizá Marcus conociera a algunas personas interesadas...

Como si percibiera que él no le estaba prestando verdadera atención, ella respondió:

—Nada importante.

Su voz sonó extrañamente apagada.

Él asintió distraídamente, calculando ya las posibles ganancias.

—Bien, debería prepararme para la cena. Haz llamar a la señora Henderson si necesitas algo. Espero que te sientas mejor pronto.

—Por supuesto.

Ella volvió a tomar el libro, pero él la sorprendió observándolo por encima del borde mientras se dirigía a la puerta.

—¿Ashley?

—¿Sí?

—¿Tú... es decir, tienes todo lo que necesitas? Pareces...

Buscó la palabra adecuada. ¿Inquieta? ¿Melancólica?

—...alterada últimamente.

Por un instante, algo brilló en los ojos oscuros de ella... esperanza, quizá, o anhelo. Pero desapareció tan rápido que pudo haberlo imaginado.

—Estoy perfectamente bien, Su Gracia. Disfrute la cena.

El tratamiento formal le escoció, aunque no supo decir por qué. Él le había dado permiso para usar su nombre de pila en privado, y sin embargo ella había vuelto a los títulos. Tal vez era mejor así: más limpio, más honesto respecto a lo que realmente era su arreglo.

—Gracias. Lo haré.

Mientras salía de la biblioteca, Raven no logró quitarse de encima la sensación de que había pasado por alto algo importante en aquella conversación. Pero el negocio naviero exigía su atención, y apartó la incómoda sensación. Ashley era perfectamente capaz de entretenerse sola durante una noche.

Mientras subía las escaleras a toda prisa para cambiarse, la culpa se asentó sobre sus hombros. Ella había estado entreteniéndose sola la mayoría de las noches. Sola en su cama. Debía parecerle extraño

que él no hubiera reclamado sus derechos de esposo, pero no había dicho ni una palabra al respecto.

Después de todo, había soportado tres años de exilio social antes de casarse con él. Quizá no deseaba sus atenciones.

Necesitaba un heredero, así que tarde o temprano tendría que acostarse con ella. Y eso le asustaba más que no engendrar un heredero.

Raven se detuvo frente a la puerta del dormitorio de Ashley, con la mano inmóvil sobre la manija de bronce. Tres meses. Llevaban tres meses casados y él no había cruzado aquel umbral ni una sola vez.

¿Qué clase de marido era?

Tomó aire, giró la manija y entró.

Aquella habitación era de una dama. Y eso era precisamente lo que lo aterraba. Tenía gustos particulares en lo referente al placer, y la idea de exigirle a su esposa, una dama refinada y delicada, que lo complaciera le revolvía el estómago. Pero también le desagradaba la idea de simplemente montarla en la oscuridad como un semental de exhibición.

La habitación estaba bañada por la luz de la tarde, y lo primero que le llamó la atención fue lo absolutamente femenino que se había vuelto el dormitorio. Cuando había pertenecido a su madre, estaba decorado en verdes apagados y dorados: elegante, pero impersonal. Ahora se había transformado por completo.

Sedosos cortinajes color lavanda y crema cubrían las ventanas, y los pesados muebles habían sido reemplazados por piezas más delicadas. Un tocador junto a la ventana sostenía una colección de cepillos de plata y frascos de perfume de cristal que atrapaban la luz como pequeñas estrellas. Había libros apilados sobre la mesa de noche junto a la cama, novelas, por lo que parecía, y un volumen de poesía.

La cama misma le cortó el aliento. Estaba cubierta con las mejores sábanas que había visto jamás, color crema y con un intrincado borde de encaje que debía haber costado una fortuna. Y él tenía dinero. Los almohadones eran numerosos y acogedores,

acomodados con cuidado, y el cubrecama estaba doblado hacia abajo como si ella acabara de levantarse.

Pureza.

Eso fue lo que le vino a la mente.

Pero fueron los detalles personales lo que terminaron por desarmarlo. Un retrato en miniatura de su familia descansaba sobre la repisa de la chimenea. Un chal de seda estaba dejado despreocupadamente sobre una silla, todavía impregnado con el tenue aroma de su perfume, algo ligero y floral que él había comenzado a asociar con su presencia. Unas zapatillas asomaban bajo la cama, pequeñas y delicadas, un recordatorio de lo diminuta que era comparada con su gran tamaño.

Aquel era el santuario de Ashley, su mundo privado, y él estaba invadiéndolo.

Peor aún, era un mundo destinado a ser compartido. La cama era más que lo bastante grande para dos, la habitación diseñada para que una esposa cumpliera con sus deberes maritales junto a su marido. Pero él temía disgustarla con sus necesidades dominantes.

Probablemente podría simplemente montarla y terminar de una vez hasta que quedara encinta. Quizá tomar una amante para satisfacer sus verdaderas necesidades... ¿Por qué no lo hacía?

El familiar dolor de la pérdida se elevó en su pecho, pero esta vez estaba acompañado de algo más: culpa. Una culpa aguda y punzante que le hizo querer huir de regreso a su estudio y perderse entre libros de cuentas y documentos de inversión.

Kitty.

Todavía podía verla con total claridad: rizados rojos salvajes, ojos verdes llenos de vida y risa, piel impregnada de su perfume. Kitty entendía sus necesidades y jamás lo juzgó.

Lo había amado sin reservas, sin pensar en títulos ni fortunas. Durante apenas unos días había disfrutado de lujos en la casa que él le había comprado antes de que la mataran allí. Todavía no había sido capaz de deshacerse de la propiedad porque no soportaba la idea de entrar en ella.

Pero Ashley no era Kitty. Ashley era todo lo que Kitty nunca había sido: refinada, educada, nacida para aquel mundo de seda y

privilegios. Merecía un marido que pudiera amarla como debía ser amada, no un hombre que escondía sus oscuros deseos y fingía ser alguien que no era.

Se acercó más a la cama, atraído a pesar de sí mismo. La almohada todavía conservaba una leve hendidura donde había descansado la cabeza de ella. Sin pensar, extendió la mano y tocó el fino lino, imaginando su cabello claro esparcido sobre él, su rostro sereno mientras dormía.

El pensamiento le provocó una inesperada sacudida de calor, seguida inmediatamente por desprecio hacia sí mismo.

¿Cómo lo había llamado su padre?

Una abominación...

Y aun así no podía negar que su esposa era hermosa. Aquella noche en el jardín, cuando el dolor había derribado sus defensas, había sentido la suavidad de sus labios, el calor de su cuerpo contra el suyo. Ella sabía a lágrimas y esperanza, y por un imposible instante él había olvidado todo excepto el consuelo que ella le ofrecía.

Era muy consciente de que probablemente ella no era virgen; un hombre se había aprovechado de ella. Pero ¿cuán inocente era en realidad?

El sonido de pasos en el corredor hizo que el pánico lo atravesara. Si ella lo encontraba allí, ¿cómo podría explicarse? ¿Qué razón podría dar para invadir su privacidad?

Se movió rápidamente hacia la puerta, pero se detuvo. Sobre la mesa de noche, parcialmente oculto bajo el volumen de poesía, vislumbró la esquina de lo que parecía correspondencia. Sin pensarlo, se acercó.

Era una carta, y pudo distinguir lo suficiente para reconocer la letra femenina y el tono íntimo. ¿Una amiga, quizá, o...?

Su mandíbula se tensó.

¿Otro hombre?

El pensamiento lo golpeó como un puñetazo físico. Claro que Ashley podría buscar consuelo en otra parte. Él no le había dado ninguna razón para permanecer fiel a un matrimonio que solo existía sobre el papel. Ella era joven, hermosa, apasionada... había sentido

esa pasión en su único beso. ¿Por qué no habría de encontrar a alguien que pudiera ofrecerle lo que él no podía?

Pero necesitaba saber que cualquier hijo que tuviera era suyo. Ella difícilmente podría engañarlo antes de que él se acostara con ella. Se negó a enfrentar la verdadera razón por la que la idea de que tuviera un amante lo perturbaba tanto. Tendría que averiguar si había otro hombre y ponerle fin.

Los pasos estaban más cerca ahora. Se obligó a moverse, saliendo de la habitación por la puerta comunicante hacia su propio cuarto y cerrándola suavemente detrás de él. Pero la imagen de ese dormitorio femenino, de la vida que le estaba negando a su esposa, lo siguió a través de su vestidor y hasta su dormitorio.

Ella merecía muchísimo más de lo que él podía darle. El conocimiento permanecía en su pecho como una piedra, fría e inamovible. Ashley merecía un esposo que compartiera aquella hermosa cama, que la abrazara durante la noche, que la amara con la pasión que claramente era capaz de inspirar.

En cambio, lo tenía a él: un hombre que, según su padre, estaba demasiado roto para amar, demasiado lleno de desprecio hacia sí mismo y de secretos como para entregarse a la pasión con ella. No soportaría verla disgustada por su culpa. Ella estaba atrapada en esa vida junto a él.

Kitty estaba muerta, y nada podría traerla de regreso. Pero Ashley estaba vibrante, hermosa y llena de vida, y él estaba desperdiciando la vida de ella junto con la suya.

Ese pensamiento debería haberlo impulsado a actuar, debería haberlo enviado de regreso a la habitación de ella para comenzar el matrimonio como correspondía. Pero hoy no era el momento adecuado, si lo que ella le había dicho sobre sus asuntos femeninos era cierto.

En cambio, arrojó la chaqueta sobre la cama, llamó a su ayuda de cámara y fue a servirse un brandy mientras intentaba olvidar el aroma a lavanda y la imagen de aquellas almohadas de seda color crema que nunca conocerían el peso de su cabeza... al menos por ahora...

CAPÍTULO DOS

U nas mañanas después, tras poner en marcha partes del plan, como pedir prestado el sombrero con velo de luto de Tiffany, decidió seguir adelante. Aquella mañana se levantó temprano y rompió su ayuno porque Farah la había inspirado. El cochero había encontrado la dirección, y ella había enviado una nota a la madame del establecimiento que Farah había sugerido y que, según decía, Marlowe frecuentaba a menudo, y ahora rebosaba de emoción esperando una respuesta.

Por supuesto, no había usado su verdadero nombre.

Raven no había regresado a casa hasta casi el amanecer; ella apartó de su mente las imágenes de lo que podría haber estado haciendo y con quién. No tenía idea de si Lord Skye solía entretenerse hasta altas horas de la madrugada, así que ¿dónde había estado su marido?

Si estaba con una mujer, entonces ¿por qué no se acostaba con ella? ¿No la deseaba?

Si no la encontraba deseable, entonces aquella idea de seducirlo fracasaría por completo, pero no pensaba rendirse sin intentarlo.

Poco después de las diez, llegó la nota que había estado esperando y la invitaban a reunirse con Madame Chloé, quien se mostraba curiosa respecto a la razón de la visita de Lady Anónima.

Mientras su esposo dormía, Ashley le dijo al servicio que iba caminando a visitar a Tiffany, que vivía apenas a la vuelta de la esquina, y junto con su doncella, Petra, partieron. Una vez lo bastante lejos de la casa y de miradas indiscretas, se bajó el velo para ocultar el rostro y llamaron a un carruaje de alquiler.

Lo que pareció muchísimo tiempo, aunque solo fueron quince minutos, después llegó a una bonita casa adosada en las afueras de Sloane Square, con una brillante puerta roja.

—¿Está segura de que debería entrar sola? —preguntó Petra.

—Quédate aquí con el carruaje. Si tardo más de media hora, ve a buscar a Farah y a su esposo.

Le temblaban las piernas al bajar del carruaje y, por un fugaz instante, pensó que su idea era una locura y estuvo tentada de marcharse. Pero antes de que pudiera darse la vuelta y volver a subir al coche, la puerta se abrió y una mujer de aspecto agradable, vestida con ropa muy respetable, le dio la bienvenida.

El interior del establecimiento no se parecía en nada a lo que Ashley había esperado. En lugar del terciopelo rojo chillón y la decoración vulgar que había imaginado, el salón al que la condujeron estaba decorado con una elegancia discreta. Papel tapiz de seda color crema adornaba las paredes, interrumpido por refinados paisajes en marcos dorados. Una alfombra persa en tonos apagados de azul y dorado cubría el pulido suelo de madera, y el mobiliario, aunque claramente costoso, estaba dispuesto para crear una atmósfera de comodidad íntima más que de sensualidad evidente.

—Por favor, tome asiento —dijo la mujer que la había recibido, señalando un sofá azul pálido situado junto a la chimenea—. Soy Madame Chloé.

Ashley había esperado a alguien de rostro duro y vulgar, quizás maquillada en exceso y vestida de manera estridente. En cambio, Madame Chloé parecía una mujer de unos cuarenta años, con brillante cabello oscuro recogido en un sofisticado moño y vestida con un traje de mañana de seda color borgoña que no habría desentonado en ningún salón respetable. Sus rasgos eran refinados,

su postura perfecta y, cuando sonreía, la expresión alcanzaba sus inteligentes ojos marrones.

—Gracias por aceptar recibirme —dijo Ashley, sentándose en el sofá e intentando calmar el acelerado latido de su corazón. El velo le proporcionaba cierto anonimato, pero aun así se sentía expuesta, como si su escandaloso propósito estuviera escrito claramente en su rostro.

—Su nota fue de lo más intrigante —dijo Madame Chloé mientras tomaba asiento frente a ella. Una criada apareció como por arte de magia y dejó un servicio de té sobre la mesa baja entre ambas—. No es frecuente que reciba solicitudes tan... misteriosas. Mencionó que necesitaba consejo sobre un asunto delicado.

Las mejillas de Ashley ardieron bajo el velo. ¿Cómo se empezaba siquiera una conversación así?

—Yo... es decir, me encuentro necesitada de orientación respecto a asuntos de... intimidad.

La expresión de Madame Chloé permaneció agradablemente neutral mientras servía el té con gracia experta.

—Ya veo. ¿Y consideró que buscar esa orientación aquí era preferible a consultar con familiares o amigas?

—Mi situación es bastante... complicada, además de embarazosa. —Ashley aceptó la delicada taza de porcelana con manos ligeramente temblorosas—. No puedo arriesgarme a que alguien descubra mi identidad ni el motivo por el que busco este consejo.

—Ah. —Madame Chloé se acomodó en la silla, estudiando a Ashley con mirada aguda—. Una mujer casada, supongo, que busca mejorar la relación con su marido.

La franqueza de la pregunta hizo que Ashley se sobresaltara y casi derramara el té.

—¿Cómo supo...?

—Querida, se sorprendería de lo común que es su situación. Aunque debo decir que la mayoría de las esposas no acuden a establecimientos como el mío en busca de orientación. —El tono de Madame Chloé era práctico, ni crítico ni especialmente compasivo—. Ahora bien, antes de continuar, debo informarle que mi tiempo es valioso. Cobro cinco libras por una consulta de esta naturaleza.

Cinco libras. Ashley contuvo el aliento; era una suma considerable, más de lo que muchas familias veían en un mes. Pero ¿qué otra opción tenía?

—Por supuesto. Eso es... aceptable.

Madame Chloé inclinó la cabeza.

—Excelente. Bien, ¿por qué no me cuenta sus circunstancias particulares? No puedo ofrecer consejos útiles sin comprender la naturaleza de su dificultad.

Ashley dejó la taza sobre la mesa y entrelazó las manos con fuerza en el regazo. ¿Por dónde empezar?

—Mi esposo y yo... llevamos casados tres meses y él nunca... es decir, nosotros no... —Tomó una respiración temblorosa—. Él no ha ido a mi cama.

—¿Ni una sola vez? —Las cejas de Madame Chloé se elevaron ligeramente—. Qué extraordinariamente inusual. ¿Su marido es anciano? ¿O tiene alguna dolencia?

—Oh, no, nada de eso. Está en excelente salud, de hecho es bastante vigoroso. Él es... —Ashley hizo una pausa, dándose cuenta de que debía tener cuidado de no revelar demasiado—. Aún no tiene treinta años y, antes de nuestro matrimonio, era conocido por tener... intereses en esos asuntos.

—Ya veo. Y sin embargo no muestra interés por su propia esposa. —Madame Chloé se dio unos golpecitos pensativos en los labios con un dedo—. Dígame, ¿qué sabe de su pasado romántico?

Era terreno peligroso, pero Ashley continuó.

—Estaba... profundamente enamorado de otra mujer. Ella murió poco antes de nuestro matrimonio. Creo que todavía la sigue llorando.

—Ah. —La comprensión iluminó los ojos de Madam Chloé—. Entonces, ¿un matrimonio de conveniencia? ¿Arreglado por las familias, o quizá provocado por un escándalo?

El silencio de Ashley fue respuesta suficiente.

—Bueno, eso explica muchas cosas. —Madam Chloé se inclinó un poco hacia delante—. Un hombre de luto por el amor perdido, unido a una esposa que no eligió. Sí, ya he visto situaciones así antes.

Pero debo preguntar: ¿por qué desea cambiar este arreglo? Muchas esposas se considerarían afortunadas de que las dejaran a su aire.

—Quiero hijos —dijo Ashley sencillamente—. Quiero un hijo al que amar, un propósito más allá de administrar su casa y asistir a eventos sociales. Seguramente eso no es pedir demasiado.

Madam Chloé la observó durante un largo momento.

—No, querida, no es pedir demasiado. Pero dígame ... ¿cómo es bajo ese velo?

La pregunta sorprendió a Ashley.

—¿Perdón?

—Su apariencia. ¿Es poco agraciada? ¿Tiene alguna deformidad? ¿Posee algún defecto físico evidente que pueda repeler a un hombre?

—Yo... no, no lo creo. —El rostro de Ashley se calentó—. Me han dicho que soy... razonablemente atractiva.

—Póngase de pie. Déjeme verla bien.

Ashley dudó, pero se levantó del sofá. Ante el gesto de Madam Chloé, alzó el velo y mostró el rostro.

Los ojos de la mujer mayor se abrieron ligeramente.

—Santo cielo. No es simplemente "razonablemente atractiva", querida... es muy hermosa. Usted tiene, facciones finas, excelente figura... —Sacudió la cabeza, claramente desconcertada—. A menos que tu esposo prefiera la compañía de hombres antes que la de mujeres, no hay ninguna razón en este mundo para que ignore a una esposa así.

—Definitivamente no prefiere a los hombres —dijo Ashley rápidamente, bajándose otra vez el velo—. Él estaba... muy enamorado de la mujer que perdió. Quizá simplemente necesite más tiempo para...

—Tonterías. —El tono de Madam Chloé fue tajante—. El duelo es una cosa, pero los hombres tienen necesidades, y esas necesidades no desaparecen simplemente porque estén de luto. Tres meses es tiempo más que suficiente para que cualquier hombre empiece a cumplir con sus deberes de esposo, especialmente con una esposa tan encantadora como usted.

Ashley volvió a dejarse caer en el sofá, más confundida que nunca.

—Entonces ¿por qué...?

—Eso, querida, es lo que debemos averiguar. —Madam Chloé se sirvió otra taza de té con movimientos pensativos—. Dígame, ¿cómo se comporta su esposo con usted? ¿Es frío? ¿Cruel? ¿Evita por completo su compañía?

—No, nada de eso. Es... educado. Cortés. Se asegura de que tenga todo lo que necesito y, en público, es muy protector conmigo. Pero mantiene la distancia. Rara vez pasamos tiempo a solas y, cuando lo hacemos, la conversación sigue siendo estrictamente correcta.

—¿Y usted no ha hecho ningún intento de... fomentar sus atenciones?

Las mejillas de Ashley ardieron.

—No sabría cómo hacerlo. No me criaron con conocimientos sobre esas cosas y mis amigas... —Se interrumpió, incapaz de admitir que todas sus amigas habían sido perseguidas por sus maridos y no al revés.

Madam Chloé asintió lentamente.

—Empiezo a entender. Está tratando con un hombre que, por la razón que sea, ha decidido mantener límites estrictos en vuestro matrimonio. Quizá cree que está siendo noble, evitándote avances no deseados mientras llora a su amor perdido. O quizá...

—¿Quizá qué?

—Quizá tiene miedo.

—¿Miedo? ¿De qué?

Madam Chloé dejó la taza de té y se recostó en la silla.

—Querida, los hombres son criaturas mucho más complejas de lo que la mayoría de las mujeres cree. No están impulsados únicamente por deseos básicos, como dice la sabiduría popular. Un hombre que ha perdido a una mujer a la que amaba profundamente puede temer permitirse sentir otra vez. Puede preocuparse de que llevar a otra mujer a su cama, incluso a su propia esposa, sea una traición a ese amor.

Ashley lo consideró.

—Pero seguramente entiende que el matrimonio requiere... ciertos deberes. Necesitará un heredero.

—Entender y aceptar son dos cosas completamente distintas. —Madam Chloé sonrió levemente—. Ahora la cuestión es... ¿cómo la ayudamos a superar su resistencia?

—Sí, exactamente. Por eso vine a verla. Mi amiga y yo pensamos que quizá... es decir, usted debe saber cómo atraer el interés de un hombre.

—Desde luego que sí. Pero las técnicas que funcionan con mi clientela habitual quizá no sean del todo apropiadas para una esposa que busca seducir a su propio marido. —Madam Chloé hizo una pausa, pensativa—. Dígame, ¿alguna vez ha visto a un hombre y una mujer juntos? De una manera íntima.

Ashley negó con la cabeza, el rostro ardiéndole de vergüenza.

—Ya lo imaginaba. Su inocencia es bastante evidente, querida. Quizá eso forme parte del problema: su esposo podría temer abrumarla o asustarla con sus deseos.

—Pero no tengo miedo —protestó Ashley—. Quiero su atención. Quiero compartir su cama y darle hijos.

—Querer y saber cómo fomentar esa atención son dos cosas muy distintas. —Madam Chloé se levantó y caminó hasta la ventana, mirando la calle—. Tengo una propuesta para usted, aunque sospecho que la encontrará escandalosa.

—¿Qué clase de propuesta?

—Podría regresar aquí una noche, apropiadamente disfrazada, por supuesto, y observar. Ver cómo mis chicas se comportan con sus caballeros. Aprender qué agrada a los hombres, qué atrae su atención y enciende sus pasiones.

Los ojos de Ashley se abrieron horrorizados.

—¿Quiere que... observe? ¿Mientras la gente está...?

—No en los dormitorios, obviamente. Pero sí aquí, en los salones, donde tiene lugar la seducción inicial. Vería cómo una mujer se presenta para captar el interés de un hombre, cómo habla, cómo se mueve, cómo lo toca. —Madam Chloé volvió a mirarla—. El conocimiento, querida, es poder. Y actualmente posee muy poco conocimiento sobre el arte de la seducción.

La sugerencia era tan escandalosa que Ashley pensó inmediatamente: “¿Qué haría Farah?”. Le diría que hiciera lo que fuera necesario. ¿Podría ella ser tan audaz como su amiga? Claro que sí. Presenciar esas cosas, aunque fuera solo como observadora... Pero entonces pensó en su dormitorio vacío, en los hijos que quizá nunca tendría si las cosas seguían así.

—Yo... necesito tiempo para considerar una sugerencia así.

—Por supuesto. Pero mientras lo considera, permítame ofrecerle un consejo inmediato. —Madam Chloé regresó a su silla—. Esta noche, cuando su esposo vuelva a casa, no se retire inmediatamente a sus aposentos separados. Encuentre una razón para permanecer en su compañía. Entable conversación con él: pregúntele sobre su día, sus intereses, sus negocios. A los hombres les gusta hablar de sus logros con una audiencia que los aprecie.

—Pero tenemos tan poco en común. Yo no sé nada de negocios, ni de política, ni de...

—No sabe nada porque nunca ha intentado aprender. Una esposa que muestra un interés genuino por las preocupaciones de su marido resulta mucho más atractiva que una que simplemente decora su hogar. —El tono de Madam Chloé era suave, pero firme—. Y mientras hable con él, permítase ser... más delicada. Tóquele el brazo cuando quiera enfatizar algo. Siéntese lo bastante cerca como para que pueda percibir su perfume. Sonría a menudo y sostenga su mirada.

Ashley absorbió aquellos consejos, tratando de imaginarse comportándose de una manera tan atrevida con Raven.

—Además —continuó Madam Chloé—, debe empezar a presentarse de otra forma. Nada de retirarse temprano a su dormitorio separado. Si se cruza con él en los pasillos o en las salas comunes de la casa, hágalo vestida con su camisón y bata... nada impropio, pero lo suficiente para recordarle que es una mujer, no simplemente una pieza de mobiliario.

—¿Realmente cree que cambios tan simples podrían marcar una diferencia?

—Querida niña, los hombres son criaturas sorprendentemente simples bajo toda su complejidad. Responden a la belleza, la

atención y la disponibilidad. Y actualmente no le está ofreciendo ninguna de esas cosas de una manera que realmente llegue a él. —Madam Chloé sonrió—. Pero eso lo solucionaremos.

Cuando Ashley se preparó para marcharse, deslizando las cinco libras prometidas en la mano de Madam Chloé, la mujer la sujetó suavemente del brazo.

—Un último consejo: no intente hacer demasiado, demasiado rápido. Los cambios sutiles con el tiempo serán mucho más efectivos que una transformación repentina que pueda alarmar a tu marido o despertar sospechas entre el servicio.

Ashley asintió mientras volvía a colocarse el velo.

—Gracias. Yo... nunca esperé encontrar consejos tan sensatos en un lugar como este.

Madam Chloé rio, y el sonido resultó sorprendentemente cálido.

—Querida, ¿dónde creía que las mujeres caídas aprendían su oficio? A menudo somos las más educadas en las maneras de los hombres, precisamente porque nuestra supervivencia depende de comprenderlos por completo.

Mientras Ashley regresaba a la calle donde Petra y el coche de alquiler la esperaban, tenía la mente llena de todo lo que había aprendido. Esa noche empezaría a poner en práctica los consejos de Madam Chloé. Hablaría con Raven, mostraría interés por sus preocupaciones, se presentaría como una mujer y no simplemente como una esposa.

Y quizá, si lograba reunir el valor suficiente, incluso consideraría volver para presenciar las artes de la seducción practicadas por mujeres que habían hecho de ello su profesión.

La idea la aterraba y la emocionaba a partes iguales.

MADAM CHLOÉ se recostó y sonrió. Sabía exactamente quién era la joven dama, y tenía una buena idea de por qué su esposo no iba a su lecho. Frunció el ceño. Pero ¿realmente sería por eso? Él no necesitaba pasar mucho tiempo con ella para cumplir con sus

“deberes maritales” y dejarla embarazada. Después podría buscar otra mujer como Kitty. Quizá de verdad seguía lamentando la pérdida de Kitty. Era agradable saberlo. Algunos hombres sí tenían sentimientos. No muchos de sus clientes quedarían devastados por su muerte.

Se acomodó y bebió su café. Le gustaba el arrojo de Lady Ashley. Hacía falta valor para que una dama como ella acudiera a aquella casa y preguntara lo que había preguntado. Tenía ganas de ayudarla. Lady Ashley le recordaba mucho a sí misma. Desear algo y estar dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguirlo.

Lady Ashley estaba atrapada en una vida que no le agradaba, con un marido que parecía empeñado en comportarse como un caballero. Eso no funcionaría durante mucho tiempo.

Y podía entender por qué una dama en un matrimonio sin amor querría tener hijos.

Se quitó las zapatillas de una patada y recogió las piernas bajo su cuerpo mientras se relajaba en la calidez de su lujoso salón.

Si lo que Lady Ashley quería eran hijos, entonces ella se aseguraría de que tuviera todas las habilidades necesarias para tentar a su marido. Madam Chloé aún no había decidido si le diría a Lady Ashley por qué sospechaba que su esposo no quería compartir el lecho con ella. Demasiada información de golpe podría asustar a la joven dama.

Sonrió mientras bebía su vino. Era un pensamiento absurdo. Lady Ashley no parecía una mujer que se asustara con facilidad. Estaba considerando decirle la verdad sobre los gustos sexuales de su esposo en su próxima visita.

CAPÍTULO TRES

Ashley estaba sentada en el traqueteante coche de alquiler, con las manos temblorosas mientras apretaba su retículo. La ausencia del peso de las cinco libras que acababa de gastar le parecía insignificante comparada con la magnitud de lo que acababa de hacer. ¡De verdad había visitado un burdel! Había hablado con una madame. Había discutido su lecho matrimonial, o más bien, la total ausencia de uno, con una mujer que se ganaba la vida gracias a los deseos de los hombres.

Y había mostrado su rostro. ¿Llegaría a arrepentirse de ello?

La elegante casa adosada con su brillante puerta roja se hacía más pequeña detrás de ella, pero el recuerdo de los ojos perspicaces de Madam Chloé seguía vívido. Nada de aquel establecimiento había sido como Ashley esperaba. Donde había imaginado vulgaridad, encontró refinamiento. Donde había anticipado juicio, halló comprensión. La mujer no la había tratado como a una duquesa ingenua aventurándose en el submundo, sino como a una mujer inteligente ayudando a otra a navegar una situación imposible.

Los hombres son criaturas sorprendentemente simples bajo toda su complejidad —había dicho Madam Chloé. Pero si eso era cierto, ¿por qué Ashley no podía comprender a su propio esposo? ¿Por qué Raven seguía siendo un enigma tan grande, educado y distante,

tratándola como si fuera una preciada figura de porcelana en lugar de una mujer de carne y hueso?

El coche cayó en un bache, sacando a Ashley de sus pensamientos. A través de la ventanilla sucia observó pasar el respetable Londres: esposas de comerciantes ocupadas con sus diligencias, niñeras empujando cochecitos, caballeros caminando con determinación hacia sus clubes. Todos viviendo sus vidas apropiadas y sencillas mientras ella iba allí sentada, una duquesa que en realidad no era una duquesa. Su matrimonio no había sido consumado. ¿Qué harían los chismosos si descubrieran esa verdad?

Pero ¿qué otra opción tenía? Tres meses de matrimonio, y no estaba más cerca de convertirse en madre de lo que había estado siendo soltera. Peor aún, comenzaba a temer que su situación nunca cambiara. Que pasaría toda su vida siendo nada más que un adorno en la casa de Raven: hermosa, inútil y completamente sola.

El recuerdo de la escandalosa sugerencia de Madam Chloé hizo que el calor subiera por el cuello de Ashley. *Regresar una noche y observar.* Ver a mujeres caídas ejercer su oficio, aprender sus secretos, descubrir cómo captaban y retenían la atención de los hombres. La sola idea hacía revolotear su estómago entre el horror y... la curiosidad.

Ashley presionó sus manos enguantadas contra las mejillas ardientes. ¿En qué clase de mujer se estaba convirtiendo para que semejante propuesta no la hiciera huir escandalizada? Aunque, claro, ¿qué clase de mujer buscaba consejo en una madame de burdel para empezar?

Una desesperada. Esa era la clase de mujer.

El coche redujo la velocidad al acercarse a su barrio, y Ashley comprendió que tendría que recomponerse antes de enfrentarse a su casa. No podía regresar pareciendo que acababa de protagonizar el escándalo del siglo... aunque, en cierto modo, así había sido. Su doncella, Petra, la había acompañado, pero era leal, pues había llegado desde la casa de su hermano junto con Ashley tras su matrimonio.

Permítete ser más delicada —le había aconsejado Madam Chloé—. *Tóquele el brazo cuando quiera enfatizar algo. Siéntese lo*

bastante cerca como para que pueda percibir su perfume.

Consejos tan simples, y sin embargo parecían revolucionarios. Ashley había sido criada para ser una dama perfecta: postura impecable, palabras medidas, cuidadosa distancia de cualquier impropiedad. La idea de rozar deliberadamente el brazo de su esposo, de dejar que él la viera con el camisón en los pasillos, parecía como entrar en un mundo completamente distinto.

Pero ¿no era precisamente eso lo que necesitaba? Su enfoque actual, paciencia, corrección y esperanza, no le había traído más que tres meses de noches solitarias y una desesperación creciente.

Cuando el coche se detuvo en la esquina de la mansión del duque, Ashley tomó una decisión respecto a la velada que la esperaba. Pondría en práctica el consejo inmediato de Madam Chloé. Esa noche, cuando Raven regresara a casa, encontraría un motivo para buscar su compañía. Le preguntaría por su día, mostraría interés por sus preocupaciones, se permitiría ser... más suave.

La idea la aterraba casi tanto como la emocionaba.

¿Y qué ocurría con la otra sugerencia de la mujer? La idea de regresar a aquel elegante establecimiento, de ocultarse entre las sombras mientras otras mujeres practicaban las artes de la seducción. El pulso de Ashley se aceleró solo de pensarlo. Ese conocimiento sería invaluable, pero el riesgo era enorme. Si la descubrían, si alguien la reconocía a pesar del disfraz que pudiera improvisar...

Se estremeció imaginando el escándalo. Haría que su desgracia anterior pareciera un simple tropiezo social. La esposa del duque de Blackstone sorprendida observando prostitutas en pleno trabajo. La alta sociedad jamás se recuperaría de un chisme tan delicioso, y ella tampoco. Cualquier posibilidad de que su esposo llegara a enamorarse de ella... ¿Enamorarse? ¿Eso era lo que quería?

Y aun así, mientras pagaba al cochero y comenzaba la corta caminata desde la esquina hasta la puerta principal, se descubrió considerando seriamente la idea. Madam Chloé tenía razón en una cosa: Ashley sabía muy poco sobre el arte de la seducción. Quizá había llegado el momento de remediar esa carencia.

Se detuvo en la esquina y alzó la vista hacia la imponente fachada de la casa de su esposo. Su casa ahora, aunque jamás se había sentido como un hogar. Dentro de esas paredes, Raven probablemente estaría encerrado en su despacho, enterrado entre libros de cuentas y correspondencia, manteniendo cuidadosamente la distancia que había definido su matrimonio desde el principio.

Puede que tema que llevar a otra mujer a su cama sea una traición a ese amor —había sugerido Madam Chloé al hablar del duelo de Raven por Kitty.

Ashley podía comprender esa lealtad, incluso admirarla. Pero, sin duda, ¿tres meses no eran tiempo suficiente para que cualquier hombre razonable comenzara a aceptar sus nuevas circunstancias?

A menos que no estuviera preparado para aceptarlas. A menos que pensara mantenerla siempre a distancia, tratando su matrimonio como nada más que un acuerdo conveniente que preservaba la reputación de ambos sin exigir nada más profundo de ninguno de los dos.

Pero necesitaría un heredero, ¿no? Definitivamente. No tenía hermanos.

La posibilidad de que prefiriera permanecer sin hijos le provocó a Ashley un escalofrío que no tenía nada que ver con el aire otoñal. Había aceptado ese matrimonio para escapar de la ruina total, pero nunca había considerado realmente que pudiera convertirse en otra clase de prisión. Una donde estuviera alimentada, vestida y rodeada de lujos, pero privada para siempre de las conexiones humanas fundamentales que tanto anhelaba.

No. No aceptaría ese destino. Si Raven no acudía a ella por voluntad propia, tendría que encontrar la manera de atraerlo. Y si eso significaba aprender de mujeres que entendían los deseos de los hombres mejor que cualquier dama inocente, entonces así sería.

Ashley enderezó los hombros y caminó hacia la puerta principal, con la mente ya adelantándose a las posibilidades de la noche. Empezaría con las sugerencias sencillas de Madam Chloé: conversación, atención, roces sutiles. Y si eso resultaba insuficiente...

Bueno, afrontaría esa decisión cuando llegara el momento. Por ahora, tenía un marido al que seducir y un matrimonio que transformar. La idea debería haberla escandalizado.

En cambio, por primera vez en meses, la hacía sentirse verdaderamente viva.

ASHLEY OYÓ ABRIRSE la puerta principal apenas pasadas las siete, seguido por el grave retumbar de la voz de Raven mientras hablaba con Henderson, el mayordomo. El corazón le golpeaba contra las costillas mientras se alisaba la seda de su vestido de noche, de un profundo azul zafiro que resaltaba el color de sus ojos. Lo había elegido deliberadamente, recordando cómo la mirada de Raven se había detenido en el escote bajo la única vez que lo había usado antes.

Sea más suave. Muestre interés. Siéntese lo bastante cerca para que pueda percibir su perfume.

El consejo de Madam Chloé resonaba en su mente mientras se colocaba cerca de la puerta del salón, acomodándose en el sofá con estudiada naturalidad. No demasiado ansiosa. No demasiado obvia. Simplemente... presente.

Oyó acercarse sus pasos, como siempre, se dirigía a su estudio, y se levantó para interceptarlo en el pasillo.

—Raven —dijo, complacida de que su voz sonara firme pese al frenesí de su pulso—. Has vuelto más temprano de lo habitual.

Él se detuvo, y la sorpresa cruzó fugazmente sus atractivos rasgos. La corbata estaba ligeramente floja y el cabello oscuro le caía sobre la frente de una forma que lo hacía parecer más joven, menos austero.

—Ashley. Sí, la reunión en el club terminó antes de lo esperado.

—Me alegra. —Dio un paso más cerca, lo suficiente para captar el aroma de su colonia: sándalo y algo más, algo únicamente suyo—. Esperaba que pudieras acompañarme a cenar esta noche. Hace casi una semana que no cenamos juntos.

Algo cambió en su expresión... ¿culpa, quizá?

—He estado bastante ocupado con el negocio naviero. Solo el papeleo...

—Entiendo que estás ocupado —lo interrumpió con suavidad, extendiendo la mano para tocarle la manga. El contacto le provocó una descarga por el brazo y se preguntó si él también la habría sentido—. Pero seguro que tienes que comer. Y confieso que me he sentido terriblemente sola cenando todas las noches sin compañía.

Los ojos verdes de Raven se encontraron con los suyos y, por un instante, creyó ver algo allí... preocupación, tal vez, o ¿era deseo? Pero desapareció tan rápido que no pudo estar segura.

—Por supuesto —dijo él al fin—. Me complacería acompañarte. ¿Qué te parece a las ocho?

—Perfecto. ¿Quizá podríamos tomar algo antes en el salón? Le pedí a la cocinera que preparara tu comida favorita: faisán asado con esa reducción de vino que tanto te gusta.

Una sonrisa genuina curvó sus labios, transformándole el rostro.

—Lo recordaste.

—Recuerdo muchas cosas sobre ti —dijo ella en voz baja, antes de soltarle el brazo y retroceder antes de que el momento se volviera demasiado intenso—. ¿Te veré en el salón antes de las ocho?

Él asintió, y Ashley creyó detectar un leve rubor en sus pómulos.

—Antes de las ocho.

ASHLEY SE PUSO PERFUME, aplicando la fragancia floral más suave que Madam Chloé le había recomendado en los puntos de pulso: muñecas, garganta y detrás de las orejas. Soltó algunos mechones de su peinado, dejando que enmarcaran su rostro de una manera estudiadamente despeinada en lugar de perfectamente correcta.

Cuando entró en el salón exactamente a las siete y cuarenta y cinco, Raven ya estaba allí, de pie junto al aparador con una copa de brandy en la mano. Se había cambiado para la noche, y la visión de

él con su impecable chaqueta negra perfectamente entallada le cortó la respiración.

—Te ves preciosa —dijo, y había algo en su voz que hizo que el calor floreciera en el pecho de Ashley.

—Gracias. —Se acercó a él, aceptando la copa de jerez que le sirvió—. Tú también te ves bastante atractivo, aunque sospecho que ya lo sabes.

¿Era eso un rubor? ¿El poderoso duque de Blackstone sonrojándose por un simple cumplido?

Ashley se acomodó en el sofá, pero en vez de ocupar su lugar habitual en el extremo opuesto, eligió el centro, dejando un espacio a su lado claramente destinado para él. Tras un momento de vacilación, Raven se sentó. No llegaban a tocarse, pero estaba lo bastante cerca para que ella sintiera el calor que irradiaba su cuerpo.

—Háblame de tu día —dijo, inclinando el cuerpo hacia él—. Mencionaste una reunión en el club.

—Sí, con Lord Upton y varios otros inversores. Estamos hablando de un negocio en las Indias: azúcar y ron principalmente, aunque también algodón. —Hizo una pausa, como si evaluara si ella estaba realmente interesada o simplemente siendo cortés.

Ashley se inclinó un poco más hacia él, tan cerca que su hombro casi rozó el suyo.

—Suenas fascinante. ¿No es el comercio del azúcar muy lucrativo en estos días?

Los ojos de Raven se iluminaron con entusiasmo genuino.

—Muchísimo. La clave está en asegurar un transporte fiable y mantener buenas relaciones con los propietarios de las plantaciones. Los márgenes de ganancia pueden ser excepcionales si uno maneja los riesgos correctamente.

—¿Esto te ayudará a ganar esa apuesta anónima en la que tú y Lord Marlowe están involucrados? He oído hablar de ello en los bailes. —Le costó mantener el rostro serio, considerando que la Hermandad era quien los desafiaba. Se había hecho una apuesta en el libro de White's: un período de doce meses para ver quién obtenía el mayor rendimiento con una inversión de mil libras. Las damas, por supuesto, iban ganando. Los hombres nunca las consideraban una

amenaza, así que jamás intentaban ocultar sus negocios cuando ellas estaban cerca.

—Sí. Estoy seguro de que me dará ventaja.

—¿Y lo disfrutas? Me refiero a la parte de los negocios. ¿Las estrategias y los cálculos? Sé que lo consideras un deber, pero ¿es un deber agradable?

Él la miró sorprendido, como si nadie le hubiera hecho jamás una pregunta así.

—La verdad es que sí. Hay algo profundamente satisfactorio en asumir riesgos calculados y ver que funcionan. Es como resolver un rompecabezas complejo.

—Entonces debes de ser muy bueno en ello. —Tomó un sorbo de jerez, sosteniéndole la mirada por encima del borde de la copa—. He oído a varios caballeros hablar de ti con mucho respeto. Y con bastante envidia, si soy sincera.

—¿Ah, sí? —Una sonrisa apareció en las comisuras de sus labios—. No sabía que prestaras tanta atención a los chismes financieros.

—Presto atención a todo lo relacionado con mi marido —dijo suavemente, y luego añadió con una leve sonrisa—. Además, es mucho más interesante que las habituales conversaciones sobre moda y el clima.

¿Cómo iba a decirle que seguía muy de cerca esos asuntos para poder pasarle la información a Tiffany y ayudar a ganar la apuesta?

Él rio, un sonido cálido y genuino que Ashley rara vez le había oído.

—Sospecho que la mayoría de las conversaciones de negocios te parecerían bastante tediosas.

—Ponme a prueba. —Se acercó un poco más, dejando que sus faldas rozaran la pierna de él—. Explícame este negocio naviero. ¿Por qué las Indias específicamente?

Y así lo hizo. Sus palabras comenzaron a salir con más rapidez a medida que crecía su entusiasmo, mientras movía las manos para ilustrar puntos sobre rutas comerciales y demandas del mercado. Ashley descubrió que estaba sinceramente interesada, haciendo preguntas que provocaban explicaciones más largas y observando

cómo el rostro de Raven se transformaba cuando hablaba de algo que realmente le apasionaba.

Ella le tocó el brazo cuando se rio de una de sus observaciones y dejó que la mano permaneciera allí quizá un instante más de lo estrictamente necesario. Cada vez, lo sentía tensarse ligeramente, como si fuera demasiado consciente del contacto.

Henderson apareció para anunciar la cena, y Raven se levantó ofreciéndole el brazo con una formalidad que se sentía distinta, cargada de una conciencia mutua que antes no existía.

—¿Vamos? —dijo, y su voz sonó más baja, más áspera de algún modo.

Ella apoyó la mano en su brazo, colocándose lo bastante cerca para que sus faldas rozaran sus piernas mientras caminaban. Podía sentir los músculos de su antebrazo bajo los dedos, duros y fuertes, y se preguntó cómo sería tener aquellos brazos rodeándola sin la barrera de la ropa entre ambos.

El pensamiento hizo que el calor se acumulara en la parte baja de su vientre.

EL COMEDOR RESULTABA íntimo con solo ellos dos, las velas proyectando una luz dorada sobre la pulida mesa de caoba. Raven le sostuvo la silla y, mientras ella se sentaba, fue dolorosamente consciente de lo cerca que estaba él detrás de ella, de cómo sus manos tocaron brevemente sus hombros al acomodarle el asiento.

Durante toda la cena, continuó con su campaña de seducción sutil. Le hizo preguntas inteligentes sobre sus distintos negocios, sobre la apuesta que estaba tan empeñado en ganar, sobre sus opiniones acerca de todo, desde política hasta literatura. Cada vez que él respondía, ella se inclinaba hacia delante con atención, sin apartar los ojos de su rostro.

—Me sorprende —dijo él durante el tercer plato, con un matiz de asombro en la voz—. Estás extraordinariamente bien informada sobre la actualidad.

—¿Pensabas que era una cabeza hueca? —preguntó ella con una sonrisa juguetona—. Te aseguro que, pese a mi escandalosa reputación, sí leo los periódicos. Y he descubierto que tu estudio es muy educativo cuando tú no lo estás ocupando.

Él alzó las cejas.

—¿Has estado en mi estudio?

—Solo para tomar libros prestados —respondió rápidamente y luego añadió con deliberada osadía— Aunque debo admitir que me gusta estar allí. Huele a ti: sándalo, cuero y algo más que no logro identificar. Es bastante... reconfortante.

El color ascendió otra vez a las mejillas de él, y ella notó cómo apretaba la copa de vino.

—Yo... eso es... eres bienvenida a usar mi estudio siempre que quieras.

—Gracias. —Dejó que la mirada descendiera hacia la boca de él apenas un instante antes de volver a encontrarse con sus ojos—. Es muy generoso de tu parte.

Hablaron de otras cosas: de la próxima visita de su hermana Farah y su marido Rockwell, de las renovaciones que Ashley había estado planeando para el ala este de la casa, de un evento benéfico al que ambos debían asistir. Pero bajo la conversación corriente corría otra cosa, una corriente eléctrica que hacía que el aire pareciera espeso y cálido.

Ashley tomó deliberadamente un sorbo de vino, dejando que una pequeña gota se aferrara a su labio inferior. Vio los ojos de Raven seguir el movimiento mientras ella la atrapaba con la lengua; vio cómo sus pupilas se dilataban ligeramente a la luz de las velas.

—Este vino es excepcional —dijo ella—. Tienes un gusto excelente.

—Gracias. —La voz de él sonó áspera, y se aclaró la garganta—. Es de un viñedo de Francia. Me... me alegra que te guste.

Cuando llegó el postre, una rica tarta de chocolate que había preparado la cocinera, Ashley tomó un bocado y dejó que los ojos se le cerraran en auténtico placer.

—Oh, esto es divino. Debes probarlo.

Antes de poder arrepentirse, le tendió el tenedor, un gesto íntimo y juguetón. Por un momento creyó que él se negaría, que había ido demasiado lejos. Pero entonces Raven se inclinó hacia delante y aceptó la oferta, cerrando los labios sobre el tenedor sin apartar los ojos de los de ella.

El instante se prolongó, suspendido a la luz de las velas, y Ashley sintió un estremecimiento de triunfo mezclado con algo más profundo, algo más peligroso. Ya no se trataba solo de asegurar su futuro o conseguir el hijo que deseaba. Se trataba del hombre mismo: de aquel hombre complicado, honorable y aún de luto, que ahora la miraba como si realmente la viera por primera vez.

—Es divino —dijo él en voz baja, y ella no pudo saber si hablaba del postre o de algo completamente distinto.

Después de la cena, él la acompañó de vuelta al salón, y esta vez, cuando ella se sentó en el sofá, él se acomodó a su lado sin vacilar, lo bastante cerca para que sus piernas casi se tocaran.

—Gracias por la cena —dijo él—. Yo... no me había dado cuenta de cuánto te había estado descuidando. Estuvo mal de mi parte.

—No me has estado descuidando —respondió ella con suavidad, aunque ambos sabían que era mentira—. Has estado ocupado. Lo entiendo.

—Aun así. —Extendió la mano, dudó y luego apartó con delicadeza un mechón suelto detrás de la oreja de ella. El roce le provocó escalofríos—. Mereces algo mejor que un marido que se esconde en su estudio. Procuraré hacerlo mejor.

—Me gustaría eso —susurró ella, con el corazón latiéndole tan fuerte que estaba segura de que él debía oírlo.

La mano de él permaneció cerca de su rostro, y el pulgar le rozó la mejilla con una ternura devastadora. Ella vio la guerra en sus ojos: el deseo luchando contra la lealtad a un fantasma, la necesidad enfrentándose al miedo.

—Ashley, yo... —empezó a decir él, pero se detuvo, como si las palabras se le resistieran.

Ella esperó, apenas respirando, preguntándose si aquel sería el momento... si aquella sería la noche en que él finalmente acortaría la distancia entre ellos.

Pero entonces él se apartó y se puso de pie del sofá con visible reticencia.

—Es tarde. Debería dejarte descansar.

La decepción la atravesó de golpe, pero consiguió mantener el rostro sereno.

—Por supuesto. Gracias por una velada encantadora.

—El placer fue enteramente mío. —Le ofreció la mano para ayudarla a levantarse y, cuando Ashley puso la suya en la de él, Raven se la llevó a los labios y depositó un beso sobre sus nudillos que se sintió como una marca ardiente contra su piel—. Quizá podríamos cenar juntos otra vez mañana.

—Me gustaría mucho —respondió ella, y lo decía con cada fibra de su ser.

Mientras se dirigía a su dormitorio, la mente de Ashley iba a toda velocidad. La velada había sido un éxito: había visto el deseo en sus ojos, sentido la tensión en su contacto y observado cómo luchaba contra su propia contención. El consejo de Madam Chloé había funcionado, al menos en parte.

Pero no era suficiente. Él seguía conteniéndose, todavía atrapado por los miedos o lealtades que le impedían llevarla a su cama. Necesitaba algo más que coqueteos sutiles y cenas íntimas. Necesitaba un conocimiento más profundo, una comprensión capaz de derribar sus barreras.

Mientras se preparaba para dormir, Ashley tomó una decisión. Volvería al establecimiento de la puerta roja. Aceptaría la escandalosa oferta de Madam Chloé y observaría lo que necesitaba aprender.

Porque aquella noche le había demostrado algo crucial: Raven la deseaba. Lo había visto en sus ojos, lo había sentido en su contacto. La atracción estaba allí, ardiendo bajo su cuidadoso control.

Ahora solo necesitaba aprender cómo avivarla hasta convertirla en llamas.

CAPÍTULO CUATRO

Raven apenas consiguió llegar arriba. Con cada respiración, su mente le gritaba que regresara al comedor, la atara a la mesa, le arrancara el vestido de aquel cuerpo delicioso y se deleitara con su carne suave, su belleza y su calidez. Pero hacía tanto tiempo que no estaba con una mujer que temía no ser capaz de controlarse.

Debería buscar otra amante. Aún tenía la casa que había comprado para Kitty. Debería usarla o venderla. ¿Por qué no la había vendido?

Raven cerró la puerta de su dormitorio y se apoyó contra ella, con el corazón todavía latiéndole con fuerza tras la cena. La velada había sido una tortura del tipo más exquisito: la risa de Ashley, la forma en que la luz de las velas había jugado sobre su piel, cómo ella se había inclinado lo bastante cerca para que su perfume lo envolviera como una niebla sensual. Y ese maldito momento en que le ofreció postre con su propio tenedor, los labios entreabiertos y los ojos oscurecidos por algo que se parecía muchísimo a una invitación.

Había querido devorarla allí mismo, sobre la mesa.

La comprensión de aquello hizo que el calor recorriera su cuerpo incluso ahora, seguido de inmediato por una ola de desprecio hacia sí mismo tan profunda que casi le hizo doblarse de rodillas. ¿Qué clase de marido era, deseando a su propia esposa mientras Kitty yacía fría en su tumba? ¿Qué clase de hombre miraba a su duquesa

e imaginaba todas las cosas deliciosamente perversas que quería hacerle?

Porque esa era la esencia de su tormento. Lo que sentía por Ashley no era simplemente deseo; era un hambre específica y oscura que no tenía nada que ver con tiernas relaciones matrimoniales y sí con control, contención y rendición. Quería atarla al cabecero de su cama, vendarle los ojos y usar su nueva fusta...

Raven se apartó de la puerta y fue hasta el aparador para servirse una generosa medida de brandy. Le tembló ligeramente la mano al llevarse el vaso a los labios. Tres meses de distancia cuidadosamente mantenida, destrozados por una sola velada de atención exclusiva por parte de ella.

Había estado magnífica esa noche. Interessada, curiosa, juguetona de un modo que lo había tomado completamente por sorpresa. La Ashley con la que se había casado era reservada y aceptaba su acuerdo con tranquila dignidad. Pero la mujer de la cena había estado vibrante, llena de vida, deliberadamente seductora de maneras sutiles que lo habían vuelto loco.

Y ese era precisamente el problema.

Podía manejar el deseo. Había pasado años aprendiendo a controlar sus impulsos más bajos, a canalizarlos adecuadamente con mujeres que comprendían sus necesidades y las aceptaban. Kitty había sido perfecta en ese aspecto: imposible de escandalizar, entusiasta, creativa. Había disfrutado de sus gustos más oscuros, había confiado plenamente en él cuando le ataba las muñecas con pañuelos de seda, le vendaba los ojos y la hacía esperar, temblando de anticipación, antes de darle finalmente lo que ambos ansiaban.

El recuerdo provocó otra oleada de calor, seguida de una culpa aplastante. No debería estar pensando en Kitty mientras su cuerpo reaccionaba ante pensamientos de Ashley. Pero ¿cómo separarlos? Su deseo por una y su duelo por la otra... todo enredado en un nudo imposible.

Raven vació el brandy y se sirvió otro vaso. El problema era sencillo, en realidad. Ashley era una dama: refinada, correcta, criada para creer que las relaciones maritales eran un deber que debía soportarse en silencio y oscuridad. ¿Cómo podía acercarse a una

mujer así con sus particulares necesidades? ¿Cómo explicarle que la idea de simplemente poseerla de manera convencional no le despertaba interés alguno, que lo que realmente deseaba era verla atada y con los ojos vendados en su cama, escuchar sus jadeos mientras él tomaba el control absoluto de su placer?

Ella se horrorizaría. Se sentiría asqueada. El escándalo que ya había manchado su nombre parecería insignificante comparado con estar casada con un hombre de gustos tan perversos.

Y aun así... esa noche había visto algo en sus ojos. Un destello de calor, de curiosidad, de algo que podría haber sido deseo correspondido. Cuando ella le había tocado el brazo, había dejado que su mirada se demorara en su boca y le había ofrecido aquel bocado de postre con tanta intimidad deliberada... eso debía significar algo, ¿no? Después de todo, ella no era una inocente.

No. Se estaba engañando, viendo lo que quería ver porque tres meses de celibato y la proximidad de una mujer hermosa lo estaban desesperando. Ashley simplemente estaba siendo una buena esposa, intentando crear algún tipo de conexión dentro de su conveniente acuerdo. No tenía idea del monstruo que se ocultaba bajo su cuidada cortesía.

Raven se acercó a la ventana y observó el jardín oscuro donde todo había comenzado. Aquel beso, nacido del dolor, el brandy y la soledad compartida, había sellado el destino de ambos. Él le había ofrecido matrimonio para salvar su reputación, sin considerar jamás que atarse a ella pudiera convertirse en una tortura propia y particular.

Porque cuanto más tiempo pasaba con ella, más la deseaba. Y no de una manera que ella pudiera aceptar.

Quizá la solución era evidente. Aún tenía la casa que había comprado para Kitty: aquella elegante casita en Chelsea donde habían pasado tardes robadas, perdidos el uno en el otro. No había sido capaz de venderla; algún sentimentalismo melancólico le impedía deshacerse del último recordatorio físico de lo que habían compartido.

Pero podría volver a usarla. Encontrar otra mujer como Kitty, alguien experimentada y dispuesta a satisfacer sus necesidades sin

juzgarlo. Alguien que entendiera que lo que ocurría en el dormitorio no tenía nada que ver con emociones y sí con liberación física.

Entonces podría mantener el control y simplemente acostarse con Ashley para darle un hijo.

La idea debería haberle producido alivio. En cambio, lo hizo sentirse vacío.

Porque no quería otra Kitty. La revelación lo golpeó con una claridad incómoda. Lo que quería era a Ashley. Ashley atada con seda, Ashley jadeando su nombre, Ashley entregándole el control y confiando en él para llevarla a alturas de placer que jamás había imaginado.

Pero nunca podría tener eso. Nunca podría arriesgarse a exponerla a su naturaleza más oscura, ni soportar la posibilidad de ver miedo o repulsión reemplazando la calidez de sus ojos.

Así que continuarían como hasta ahora. Mantendría la distancia, conservaría el control y satisfaría sus necesidades en otra parte si era necesario. Era el único camino honorable, la única manera de protegerla de las peores partes de sí mismo.

Aunque eso significara negarles a ambos aquello que tan claramente deseaban.

Raven terminó su segundo brandy y comenzó a prepararse para dormir, intentando no pensar en Ashley haciendo lo mismo al otro lado del pasillo. Intentando no imaginar cómo se vería con el cabello suelto sobre los hombros, qué sonidos podría hacer si él...

No. No podía permitirse seguir por ese camino.

Mañana visitaría la casa de Chelsea. Vería qué hacía falta para volverla habitable. Quizá haría discretas averiguaciones sobre... compañeras adecuadas. Mujeres que entendieran a hombres como él, que no hicieran preguntas ni esperaran más de lo que él podía ofrecer.

Era la solución práctica. La solución segura.

El hecho de que aquello le hiciera sentir que estaba traicionando tanto a su amante muerta como a su esposa viva era algo con lo que simplemente tendría que aprender a convivir.

Porque la alternativa, revelarle su verdadera naturaleza a Ashley y verla retroceder horrorizada, era impensable. Mejor mantener su

oscuridad encerrada donde pertenecía, aunque eso significara vivir solo a medias.

Aunque eso significara no descubrir jamás cómo sería tenerla por completo, cuerpo y alma, ligada a él en todos los sentidos de la palabra.

RAVEN ENTRÓ en White's la tarde siguiente con la firme intención de perderse entre cartas y brandy, cualquier cosa que le impidiera revivir la cena de la noche anterior. El familiar aroma a cuero, tabaco y privilegio lo envolvió mientras entregaba su abrigo al asistente.

—¡Blackstone!

Se volvió para encontrar a Rockwell avanzando hacia él, con Wolf a su lado. Ambos hombres llevaban expresiones que inmediatamente pusieron a Raven en guardia: esa peculiar mezcla de protección y curiosidad que los cuñados parecían perfeccionar.

—Rockwell. Wolf. —Asintió a cada uno por turno, notando cómo los ojos de Wolf se entrecerraban ligeramente, evaluándolo—. Caballeros.

—¿Te unes a nosotros para tomar algo? —Rockwell señaló un rincón tranquilo del club, alejado de las mesas más concurridas.

No era una invitación, entonces. Era un interrogatorio.

La mandíbula de Raven se tensó, pero los siguió. Negarse solo despertaría más sospechas, y él no tenía nada que ocultar. Nada que ellos necesitaran saber, al menos.

Tomaron asiento en sillones de cuero y un sirviente apareció casi al instante con brandy. Raven aceptó su copa, esperando las inevitables preguntas.

Wolf no lo decepcionó.

—¿Cómo te trata la vida de casado?

—Bastante bien. —Raven mantuvo el tono neutral y dio un sorbo medido—. Ashley parece estar adaptándose bien. Ha hecho varias mejoras en la casa.

—¿Ah, sí? —El tono de Wolf era cuidadosamente neutro, pero algo brilló en sus ojos—. Me alegra saber que se mantiene ocupada. Farah le comentó a Rockwell que la visitó la semana pasada.

—Sí, tomaron el té. —Raven se acomodó en el sillón, sin saber adónde conducía aquello.

—Farah dijo que Ashley parecía... apagada. —Rockwell hizo girar el brandy en la copa, observando el líquido ámbar con aparente fascinación—. No exactamente infeliz. Solo... callada. Distante.

—Ashley siempre ha sido algo reservada en compañía —respondió Raven, aunque una creciente inquietud comenzaba a recorrerle la espalda.

—Quizá con otras personas. —Wolf se inclinó hacia delante, con expresión seria—. Pero no con la familia. No con la gente en la que ella confía. Y, sin embargo, Farah dijo que apenas hablaba de ti. No había manera de hacerla contar cómo se estaba adaptando a la vida de casada.

Raven tomó otro sorbo de brandy para ganar tiempo.

—Los dos hemos estado ocupados. El negocio naviero ha requerido mucha atención y Ashley ha estado ocupada con la casa...

—¿Ocupados? —La risa de Wolf carecía de humor—. Mi hermana lleva tres meses casada, Blackstone. Tres meses en los que te he visto en el club más veces que no. Apostando, bebiendo, haciendo negocios. Viviendo tu vida como si nada hubiera cambiado.

—Tengo responsabilidades...

—Todos los hombres casados las tienen —intervino Rockwell, con tono suave pero mirada aguda—. Y aun así, la mayoría consigue pasar algo de tiempo con sus esposas. Más que unas cuantas cenas dispersas y apariciones sociales obligatorias, al menos.

Los dedos de Raven se apretaron alrededor del vaso. ¿Cuánto sabían? ¿Cuánto les había contado Ashley a sus familiares?

—Les aseguro que a tu hermana no le falta nada. Tiene acceso a mis cuentas, autoridad sobre la casa, todas las comodidades...

—Excepto tu compañía —dijo Wolf sin rodeos—. Excepto tu atención. Excepto cualquier indicio de que realmente quieras estar casado con ella. La gente habla.

La acusación dolió porque era parcialmente cierta. Raven había estado evitando a Ashley, manteniéndose ocupado con negocios y compromisos sociales que no requerían su presencia. Todo en nombre de protegerla, aunque ellos no podían saberlo.

—No descuido a mi esposa —dijo rígidamente.

—¿No? —La mirada de Wolf era penetrante—. ¿Cuándo fue la última vez que la llevaste a algún sitio solo para que ella disfrutara? ¿Cuándo fue la última vez que te sentaste con ella por la noche simplemente a hablar? ¿Cuándo fue la última vez que la hiciste sonreír?

Anoche. La respuesta acudió sin invitación: anoche, durante la cena, cuando le había explicado sus negocios y ella se había reído de una de sus observaciones. Cuando sus ojos se habían iluminado con genuino interés y su mano había permanecido sobre su brazo.

¿Pero antes de eso? No podía recordarlo.

—Anoche cenamos juntos en casa —dijo—. Parecía bastante contenta.

—¿Sí? —Rockwell arqueó una ceja—. Me alegra oírlo. Pero ¿una cena después de cuánto tiempo?

Raven no respondió. No podía.

—Esto es lo que me preocupa —continuó Wolf, bajando la voz—. He notado que aún conservas esa casa en Chelsea. La que compraste antes de casarte.

La sangre de Raven se heló.

—¿Cómo demonios...?

—Me aseguro de saber todo lo que afecta a mi familia. —La expresión de Wolf se endureció—. Esa casa no se ha vendido. El personal sigue cobrando por mantenerla. Vacía, hasta donde sé, pero disponible.

—Aún no me he deshecho de la propiedad —dijo Raven con cautela—. Hay... recuerdos ligados a ella que dificultan la decisión.

—Entiendo que Kitty fue importante para ti. —El tono de Wolf dejaba claro lo que pensaba al respecto—. Pero ella murió y tú te casaste con Ashley.

La mandíbula de Raven se tensó.

—Kitty murió. Lo sabes. La casa es simplemente una propiedad sobre la que aún no he decidido qué hacer.

—Entonces deja que te ayude a decidir. —Wolf se inclinó hacia delante, con los ojos duros—. Véndela. Hoy mismo. Porque mientras conserves esa casa, todos los chismosos de Londres asumirán que planeas instalar allí a otra amante. Da igual si es cierto o no; la simple suposición convertirá a Ashley en objeto de comentarios crueles.

—Yo no he...

—No me importa lo que hayas hecho o dejado de hacer —lo interrumpió Wolf—. Me importa cómo se ve. Y lo que parece es un hombre manteniendo un lugar conveniente para aventuras extramatrimoniales mientras su esposa se queda en casa, triste y sola.

—Ashley no está sola...

—¿No? —La pregunta tranquila de Rockwell hirió más que la ira de Wolf—. Por lo que describió Farah, parece terriblemente sola. Oh, pone una cara valiente, administra tu casa de maravilla, cumple todos sus deberes como duquesa. Pero le falta algo. Alguna chispa que debería estar presente en una recién casada.

La culpa se retorció en el pecho de Raven. Había estado tan concentrado en sus propias luchas, su duelo, sus miedos, sus deseos inapropiados, que no se había detenido a considerar cómo su distancia podía afectar a Ashley.

—Y luego está el asunto práctico —continuó Wolf, con un tono ahora clínico—. Si decides tomar amantes, pondrás a mi hermana en peligro. Las enfermedades no discriminan, Blackstone. Viruela, sífilis... podrías llevarle cualquier cantidad de males a casa.

El pensamiento revolvió el estómago de Raven.

—Yo jamás...

—¿Jamás qué? ¿Serás descuidado? ¿Visitarás solo establecimientos "limpios"? —La risa de Wolf fue áspera—. No existe una amante segura cuando tienes esposa en casa. Cada vez que te acostaras con Ashley después, estarías arriesgando su salud. Potencialmente, su vida.

Raven nunca lo había pensado en esos términos. La imagen de Ashley, inocente, confiada Ashley, enfermando por culpa de su egoísmo le provocó náuseas.

—No tengo intención de tomar amantes —dijo, aunque incluso para sus propios oídos las palabras sonaron débiles. Porque había estado considerando exactamente eso, ¿no? Reabrir la casa de Chelsea, encontrar a alguien que satisficiera necesidades que no podía llevar ante su esposa.

—Entonces, ¿por qué conservar la casa? —preguntó Rockwell con sensatez—. ¿Por qué mantener una propiedad que aseguras no tener intención de usar? Véndela, Blackstone. Elimina la tentación y los rumores de un solo golpe.

—A menos que no estés preparado para comprometerte por completo con este matrimonio —dijo Wolf con voz cortante—. A menos que sigas aferrándote a la posibilidad de mantener un pie en tu antigua vida mientras Ashley espera pacientemente las migajas de atención que decidas darle.

—Eso no es justo...

—¿No lo es? —Los ojos de Wolf ardían—. Mi hermana entró en este matrimonio para salvar la reputación de ambos. Ha cumplido con su parte del trato: ha sido la duquesa perfecta, no ha provocado ningún escándalo, ha manejado tu casa de forma impecable. ¿Y qué le has dado tú a cambio? ¿Dinero? ¿Un título? Eso no significa nada si es miserable.

—Ella no se ha quejado —dijo Raven, aunque la defensa sonó vacía incluso para él.

—Por supuesto que no —dijo Rockwell con suavidad—. Ashley jamás se quejaría. La han educado toda su vida para aceptar con gracia y dignidad cualquier situación en la que la coloquen. Pero que no se queje no significa que sea feliz.

Aquellas palabras golpearon más fuerte que cualquiera de las acusaciones de Wolf. Raven imaginó a Ashley sentada sola en el salón día tras día, cenando sola la mayoría de las noches, durmiendo en aquel hermoso dormitorio que había visto de reojo, con seda color crema y lavanda. ¿Lo habría decorado con la esperanza de que

algún día él compartiera ese espacio? ¿Había esperado que mostrara interés, solo para verse decepcionada noche tras noche?

—Estoy intentando hacer lo correcto por ella —dijo en voz baja.

—¿Lo haces? —lo desafió Wolf—. Porque desde donde yo estoy sentado, estás tratando este matrimonio como un acuerdo comercial. Le das comodidades materiales mientras le niegas cualquier conexión o verdadera compañía.

—No entiendes la situación...

—Entonces explícamela —exigió Wolf—. ¿Qué te impide estar realmente casado con mi hermana? ¿Por qué la tratas como a una desconocida a la que estás obligado a alojar en lugar de como a la mujer con la que decidiste casarte?

Raven se quedó mirando el brandy, el líquido ámbar sin ofrecerle ninguna respuesta. ¿Cómo explicar que en realidad no había elegido a Ashley? Que su matrimonio había nacido del escándalo y la necesidad, y que temía que, si se acercaba demasiado a ella, descubriría la oscuridad que llevaba dentro.

—Es complicado —dijo al fin.

—El matrimonio siempre es complicado —respondió Rockwell—. Pero requiere esfuerzo de ambas partes. Ashley claramente lo está intentando. ¿Tú lo haces?

La pregunta quedó suspendida en el aire, acusadora e imposible de responder. ¿Lo estaba intentando? ¿O simplemente estaba cumpliendo con lo mínimo mientras mantenía cuidadosamente oculto su verdadero yo?

—Vende la casa —dijo Wolf, en un tono que no admitía discusión—. Comprométete de verdad con este matrimonio. Nunca he sido más feliz desde que Tiffany está a mi lado. Y ahora voy a ser padre. Déjala embarazada y formen una familia.

—Necesito un heredero —dijo Raven, sorprendiéndose incluso a sí mismo con aquellas palabras—. Es una buena idea...

—Claro que necesitas un hijo, pero los niños también son una bendición —lo interrumpió Wolf.

—Quiero que sea feliz.

La confesión escapó antes de que Raven pudiera detenerla.

Ambos hombres lo miraron fijamente. La expresión de Wolf pasó de la ira a la confusión, mientras los ojos de Rockwell se estrechaban con aire pensativo.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó Rockwell en voz baja.

Raven se levantó de la silla, incapaz de permanecer quieto por más tiempo.

—El problema es que desear a alguien y ser bueno para esa persona son dos cosas completamente distintas.

Se marchó antes de que pudieran responder, con la mente agitada. Todo lo que habían dicho era cierto: necesitaba comprometerse de verdad con aquel matrimonio o admitir que estaba siendo cruel con Ashley de una manera distinta a la que había pretendido.

La casa de Chelsea ocupaba sus pensamientos. Podía venderla y eliminar cualquier sospecha o tentación. Pero eso se sentía como cerrar la única vía de escape que había tenido para su naturaleza más oscura.

O podía conservarla y arriesgarse a todo lo que Wolf había advertido: la reputación de Ashley, su salud, su felicidad.

Mientras salía a la tarde londinense, Raven comprendió que la decisión frente a él era mucho más clara de lo que había querido admitir. No podía seguir viviendo a medias, no podía mantener a Ashley a distancia mientras conservaba la posibilidad de satisfacer sus necesidades en otra parte.

Algo tenía que cambiar. La pregunta era si tendría el valor de abrazar plenamente aquel matrimonio, oscuridad incluida. O si simplemente cumpliría con su deber hasta dejarla embarazada. Eso al menos le daría un año más o menos en el que podría volver a dejarla en paz.

CAPÍTULO CINCO

La invitación había llegado ayer: una elegante tarjeta color crema con la fluida caligrafía de Farah invitando a Ashley a un almuerzo íntimo en su casa ese mismo día. *Solo damas casadas*, decía la nota. *Courtney y Tiffany también vendrán. ¡Te hemos echado de menos!*

Ashley estaba frente a su armario, sacando y descartando vestido tras vestido. Quería parecer feliz, satisfecha: la imagen perfecta de la dicha matrimonial. Cualquier cosa menos que eso, y sus perspicaces amigas sabrían que algo iba mal.

Finalmente eligió un vestido de día color rosa pálido, con delicado encaje en el cuello y los puños, y permitió que su doncella le arreglara el cabello en suaves rizos que enmarcaban su rostro. Mientras estudiaba su reflejo, practicó su sonrisa. Alegre, pero no demasiado. Relajada, pero no presumida. La sonrisa de una mujer perfectamente satisfecha con la vida que le había tocado.

Ojalá fuera verdad.

El corto paseo hasta la elegante casa de Farah y Rockwell pasó demasiado rápido. El estómago de Ashley revoloteaba de nervios mientras subía las escaleras acompañada por Petra. Se había vuelto bastante hábil en el engaño durante aquellos tres meses: manteniendo la fachada de un matrimonio perfectamente adecuado

mientras su cama seguía fría y vacía. Pero mentirle a sus amigas más cercanas se sentía diferente. Más difícil. Más incorrecto.

—¡Ashley!

Farah apareció en la puerta antes incluso de que el mayordomo pudiera anunciarla y la envolvió en un abrazo entusiasta.

—Me alegra muchísimo que hayas podido venir. Estamos todas en el salón.

Ashley se dejó llevar al interior, notando cómo la casa de Farah irradiaba calidez y felicidad. Había flores frescas en cada superficie y, a través de una puerta abierta, alcanzó a ver una fusta de montar abandonada descuidadamente sobre una silla, evidencia de la vida activa y aventurera que compartían Farah y Rockwell.

El salón ya estaba lleno de risas femeninas. Tiffany estaba sentada en el sofá, con una mano apoyada protectora sobre la ligera curva de su vientre, mientras Courtney ocupaba la silla más cercana al fuego. Ambas levantaron la vista con auténtica alegría cuando Ashley entró.

—¡Ahí está! —Courtney se levantó para abrazarla—. La mismísima duquesa de Blackstone. ¿Qué se siente al tener más rango que todas nosotras ahora?

—Imagino que insoportable —añadió Tiffany con una sonrisa, extendiendo la mano para que Ashley la apretara en vez de intentar un abrazo incómodo debido al embarazo—. Aunque tú lo llevas con mucha más elegancia de la que tendría yo.

Ashley se rio y tomó asiento en la silla restante justo cuando un sirviente apareció con té y una impresionante variedad de pasteles y sándwiches. Por un momento, rodeada de la calidez y el afecto sencillo de sus amigas, casi pudo olvidar el dolor hueco que se había instalado permanentemente en su pecho.

—Courtney, ¿cuánto tiempo estarán Lucien y tú en la ciudad?

—No mucho, de ahí este almuerzo. Preferimos el campo. Pero soy tan feliz... Casarte con el amor de tu vida es maravilloso...

Sus palabras se apagaron cuando miró a Ashley. Todas sabían que su matrimonio había sido una necesidad.

—Hablando de matrimonio. ¿Cómo van las cosas? —preguntó Farah mientras servía el té con facilidad—. ¿Cómo te trata la vida de

casada? ¿Blackstone está resultando ser un marido tolerable?

Ashley le lanzó una mirada fulminante. ¿Qué estaba pensando Farah al preguntar eso? Su amiga sabía perfectamente cuál era la situación.

—Más que tolerable —respondió Ashley, aceptando la taza y obligando a su voz a sonar alegre—. Ha sido muy generoso. Tengo completa autoridad sobre la casa y me ha dado un presupuesto considerable para renovaciones.

—¿Renovaciones? —Los ojos de Courtney brillaron con interés—. ¿Qué planeas hacer?

Ashley comenzó a describir detalladamente sus planes para el ala este: nuevas cortinas, muebles renovados, quizás una sala de música si Raven lo aprobaba. Era fácil hablar de aquellas cosas materiales, un territorio seguro que no requería examinar los aspectos más íntimos de su matrimonio.

—¿Pero qué hay de Blackstone en sí? —interrumpió Tiffany, observándola con atención por encima del borde de su taza de té—. Seguro que las renovaciones no son la parte más emocionante de estar recién casada.

¿Farah había hablado de más? El calor subió a las mejillas de Ashley, no por placer, sino por una vergüenza que intentó desesperadamente ocultar.

—Ha sido muy atento —dijo con cuidado—. Muy correcto y considerado.

—¿Correcto y considerado? —Farah arrugó la nariz—. Dios santo, eso suena espantosamente aburrido. Rockwell es muchas cosas, pero correcto no es una de ellas.

Se abanicó teatralmente.

—Gracias al cielo por eso.

Courtney soltó una carcajada y cruzó una mirada cómplice con Farah.

—Lucien también tiene sus momentos impropios. Y debo admitir que los disfruto bastante.

—Yo también —añadió Tiffany, llevando inconscientemente la mano a su vientre—. Wolf es maravillosamente imaginativo cuando se trata de...

Se interrumpió, mirando a Ashley.

—Bueno, digamos simplemente que la vida matrimonial ha estado llena de sorpresas agradables.

La conversación había tomado un giro decididamente atrevido y Ashley sintió que su sonrisa ensayada empezaba a tensarse. Dio un sorbo al té, intentando recomponerse mientras sus amigas intercambiaban miradas cómplices y risitas apenas contenidas.

—¡Tiffany, te estás sonrojando! —exclamó Farah encantada—. ¿Qué ha estado haciendo Wolf para ponerte tan colorada?

—No podría decirlo jamás —respondió Tiffany, aunque su sonrisa sugería lo contrario—. Una dama debe conservar ciertos misterios, incluso entre amigas.

—Oh, por favor —bufó Courtney—. Aquí todas somos mujeres casadas. Seguro que podemos hablar con franqueza. Yo, por mi parte, tengo preguntas sobre ciertas cosas que nadie explicó adecuadamente antes de mi noche de bodas.

—¿Qué clase de preguntas? —Farah se inclinó hacia delante, interesada.

Las mejillas de Courtney se ruborizaron, pero continuó.

—Bueno, por ejemplo, Lucien recientemente expresó interés en... es decir, sugirió que podríamos intentar...

Bajó la voz de manera conspiradora.

—Usar vendas en los ojos.

—¿Vendas en los ojos? —Las cejas de Tiffany se elevaron—. ¿Durante...?

—Sí, durante eso. —El rubor de Courtney se intensificó—. Dice que aumenta las otras sensaciones, que hace todo más intenso. Al principio yo era escéptica, pero...

—¿Pero? —preguntó Farah con ansiedad.

—Pero tenía toda la razón —admitió Courtney con una sonrisa tímida—. Es bastante emocionante, en realidad. No poder ver, tener que confiar completamente en él. Y la anticipación...

Se interrumpió, abanicándose.

La taza de Ashley tintineó contra el platillo. El calor invadió su cuerpo ante la idea de Raven vendándole los ojos y... ¿y qué exactamente? Sus amigas hablaban de aquellas cosas con tanta

naturalidad, como si fueran aspectos perfectamente normales de la vida matrimonial. Mientras tanto, ella no tenía experiencias íntimas que compartir, ningún rubor nacido de placeres recordados.

—¿Te encuentras bien, Ashley? —La voz preocupada de Farah atravesó sus pensamientos en espiral—. Te ves un poco pálida.

—Estoy bien —respondió Ashley rápidamente—. Solo tengo un poco de calor. ¿Quizás debería alejarme del fuego?

—¿No estarás embarazada? —preguntó Tiffany alegremente, y Ashley volvió el rostro para ocultar las lágrimas que amenazaban con brotar.

Pero Tiffany ya la estaba observando con aquellos ojos inquietantemente perceptivos.

—¿Sabes? En realidad no nos has contado nada específico sobre tu matrimonio. Solo vaguedades sobre lo considerado y generoso que es Blackstone.

—¿Qué más hay para contar? —Ashley intentó mantener el tono ligero—. Nos estamos adaptando bien a la vida matrimonial. Estas cosas llevan tiempo.

—¿Tiempo? —Courtney dejó su taza de té con un decidido tintineo—. Ashley, llevas tres meses casada. Seguramente para ahora ya... es decir, tu marido ya... —Miró a las otras en busca de apoyo—. ¿Ha ido a tu cama? —preguntó Courtney sin rodeos.

La pregunta quedó suspendida en el aire como humo. Ashley abrió la boca para mentir, para mantener la ficción de que todo estaba perfectamente bien. Pero las palabras no salieron. En cambio, para su absoluto horror, las lágrimas comenzaron a acumularse en sus ojos.

—Oh, Ashley. —Tiffany estuvo a su lado en un instante, quitándole la taza temblorosa de las manos—. ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

—Nada —consiguió decir Ashley, presionándose las manos contra el rostro—. Nada ha pasado. Ese es precisamente el problema.

—Eso no es del todo cierto, ¿verdad? —dijo Farah con suavidad—. Puedes hablar aquí. Es un lugar seguro.

Un silencio denso cayó sobre la habitación. Cuando Ashley por fin bajó las manos, encontró tres pares de ojos fijos en ella, con

distintas expresiones de conmoción y preocupación.

—¿No te ha tocado? —preguntó Tiffany en voz baja—. ¿Ni una sola vez en tres meses?

Ashley negó con la cabeza, incapaz de hablar por el nudo que tenía en la garganta.

—¿Pero por qué? —Courtney se acomodó en el brazo de la silla de Ashley—. ¿Está enfermo? ¿Herido de alguna manera?

—No, nada de eso. —Ashley aceptó el pañuelo que Farah le puso en las manos—. Está perfectamente sano. Simplemente... no me desea.

—Eso es imposible —declaró Farah—. Eres hermosa, encantadora, todo lo que un hombre podría querer. Tiene que haber alguna explicación.

Y así, con vacilaciones, Ashley les contó todo. Sobre el continuo duelo de Raven por Kitty, sobre su distancia y su indiferencia cortés, sobre su creciente desesperación por tener un hijo. Les habló de su visita al establecimiento de Madam Chloé, como Farah le había sugerido; de los consejos que había recibido y —bajando la voz hasta apenas un susurro— de la escandalosa propuesta de regresar por la noche y observar cómo las cortesanas se comportaban con sus clientes.

Cuando terminó, sus amigas permanecieron en un silencio atónito.

—Fuiste a un burdel —dijo finalmente Tiffany, con un tono más impresionado que escandalizado—. Sola. Disfrazada.

—Club de caballeros —corrigió Farah.

—Debí haber sabido que sugerirías algún plan descabellado —reprendió Tiffany a Farah—. ¿Y si alguien la hubiera visto?

—No sabía qué más hacer —dijo Ashley miserablemente—. No puedo pasar el resto de mi vida así... casada pero no realmente casada, con mi reputación salvada, pero sin ser una esposa de verdad. Quiero hijos. Quiero... —Tragó saliva con fuerza—. Quiero que mi marido me desee.

—Claro que sí —dijo Courtney con dulzura—. Cualquier mujer lo querría.

—Pero un burdel, Ashley. —Tiffany parecía debatirse entre la preocupación y la admiración—. Eso fue increíblemente peligroso. Si alguien te hubiera reconocido...

—Lo sé. Pero Madam Chloé fue realmente muy útil. Me dio consejos sobre cómo ser más... atractiva. Cómo captar su atención. —Ashley retorció el pañuelo entre los dedos—. Y funcionó, hasta cierto punto. Cenamos juntos hace dos noches, y parecía genuinamente interesado en mi compañía. Pero luego volvió a alejarse, como si tuviera miedo de acercarse demasiado.

—¿Por culpa de esa Kitty? —La expresión de Tiffany se endureció—. Entiendo el duelo, de verdad que sí. Pero tres meses... además, necesita un heredero.

—A menos que esté decidido a mantenerse distante —dijo Courtney pensativa—. Algunos hombres levantan muros a su alrededor cuando están sufriendo.

—Necesita un heredero —repitió Tiffany—. Esto es extraño.

Ashley asintió, agradecida de que sus amigas entendieran, aunque no pudieran arreglar realmente su situación.

—Madam Chloé sugirió que regresara —dijo en voz baja—. Para observar a sus chicas trabajando, aprender cómo... cómo seducen a sus clientes. Cree que me falta conocimiento sobre el arte de atraer a un hombre.

—Bueno, eso ciertamente es verdad —dijo Farah con pragmatismo—. Ninguna de nosotras recibió una educación adecuada sobre esos asuntos antes del matrimonio. —Aprendimos sobre la marcha, guiadas por maridos que realmente querían enseñarnos. —Su expresión se suavizó—. Tú no tienes esa ventaja.

—Entonces, ¿qué hago? —Ashley miró a cada una de sus amigas por turno—. ¿Acepto la oferta de Madam Chloé? ¿Regreso a ese establecimiento y observo a mujeres actuar para hombres? Es escandaloso, potencialmente ruinoso si me descubren. Pero estoy tan desesperada que realmente lo estoy considerando.

—¿Y cómo piensas lograr algo así? —preguntó Courtney de manera práctica—. No puedes simplemente entrar por la puerta principal.

—Madam Chloé dijo que ella lo arreglaría —explicó Ashley—. Iría tarde por la noche, muy disfrazada. Entraría por un pasadizo secreto. Me quedaría en las sombras, observando desde alcobas ocultas. Los hombres no sabrían que estoy allí, y desde luego no me verían.

—¿Y si ocurre algo y te reconocen? —insistió Tiffany.

—Entonces estaré arruinada —dijo Ashley con frialdad—. Completa y absolutamente. La esposa del duque de Blackstone descubierta observando a prostitutas en pleno trabajo. El escándalo sería enorme.

Las mujeres intercambiaron miradas, una comunicación silenciosa pasando entre ellas. Ashley esperó, con el corazón latiéndole con fuerza, su juicio.

—Creo que deberías ir —dijo finalmente Tiffany.

—¿Qué? —Ashley la miró fijamente.

—Estoy de acuerdo —añadió Courtney—. Si esa Madam Chloé puede enseñarte lo que necesitas saber para captar la atención de tu marido, entonces vale la pena correr el riesgo.

—Pero el escándalo...

—Solo ocurrirá si te atrapan —interrumpió Farah—. Y nos aseguraremos de que no te atrapen. Te ayudaremos.

—¿Ayudarme? —Ashley se sintió mareada de incredulidad—. ¿Realmente me están animando a visitar un burdel?

—Te estamos animando a luchar por tu matrimonio —corrigió Tiffany—. A tomar el control de tu propia felicidad en vez de esperar pasivamente a que tu marido te note. De eso se trata la Hermandad, ¿no? Mujeres apoyándose mutuamente, tomando las riendas de sus propios destinos.

—Además —añadió Farah con una sonrisa traviesa—, ya diste el paso más peligroso al ir allí una vez de día. Ir de noche, cuando todos están concentrados en sus propias... actividades... quizá sea incluso más seguro.

—Y te daremos una coartada —dijo Courtney con firmeza—. Si alguien pregunta, pasaste toda la noche con nosotras, jugando a las cartas o hablando de nuestra cartera de inversiones.

—También te ayudaremos con el disfraz —agregó Farah—. Uno adecuado esta vez. Otro vestido, otro peinado, quizá incluso rellenos para cambiar tu figura.

—Tengo algunos cosméticos teatrales —ofreció Courtney—. De cuando Lucien y yo asistimos a un baile de máscaras. Podemos oscurecerte las cejas, cambiar la forma de tu rostro con sombras.

Ashley miró a sus amigas: aquellas mujeres que habían permanecido a su lado durante su escándalo anterior sin hacer preguntas, que la habían recibido en su grupo de inversiones pese a la censura de la sociedad, y que ahora se ofrecían a ayudarla a cometer quizá el acto más escandaloso de todos.

—¿Por qué harían esto por mí? —preguntó en voz baja.

—Porque mereces ser feliz —dijo Tiffany sencillamente—. Porque ya has sufrido bastante, y no vamos a quedarnos mirando cómo sufres más.

—Porque somos la Hermandad —añadió Farah con una sonrisa feroz—. Y cuidamos de las nuestras.

—Y porque —dijo Courtney, tomando la mano de Ashley— toda mujer merece tener un matrimonio de verdad. No esta media vida que estás viviendo ahora. Si aprender de esas mujeres puede ayudarte a reclamar lo que ya debería ser tuyo, entonces te apoyaremos por completo.

Ashley sintió otra vez el escozor de las lágrimas, pero estas eran distintas, nacidas de la gratitud y no de la desesperación.

—Ni siquiera sé qué espero aprender —admitió—. ¿Cómo ser seductora? ¿Cómo volverme irresistible? Todo suena tan... calculado.

—Un matrimonio como el tuyo debe de ser difícil. Yo luché mucho por mi libertad para elegir. Por eso empecé a invertir —dijo Tiffany con una franqueza inesperada—. Así que te entiendo. A las mujeres las mantienen ingenuas para que los hombres se sientan importantes. Se supone que ni siquiera debemos reconocer la existencia del sexo. Pero toda esposa aprende a manejar a su marido, a influir en él, a conseguir de él lo que necesita. Tú solo lo estás haciendo de manera más directa que la mayoría.

—Y francamente —añadió Farah—, me parece bastante valiente. No estás sentada aceptando tu destino. Estás actuando.

—Una acción peligrosa y escandalosa —señaló Ashley.

—La mejor clase de acción —dijo Farah con una sonrisa maliciosa.

A pesar de todo, Ashley sintió que una risa brotaba en su garganta.

—Están todas locas. Absolutamente locas.

—Tal vez —admitió Courtney—. Pero somos tus amigas y queremos que seas feliz. Si eso significa ayudarte a colarte en un burdel para aprender a seducir a tu propio marido, entonces que así sea.

Ashley respiró hondo, pensando en la distancia cuidadosamente mantenida por Raven, en los hijos que quizá nunca tendría, en los años solitarios que se extendían ante ella si nada cambiaba. Luego pensó en aquel momento durante la cena, dos noches atrás, cuando él la había mirado con algo parecido al deseo en los ojos antes de apartarse.

Él la deseaba. Estaba casi segura de ello. Solo necesitaba ayuda para admitirlo ante sí mismo.

—¿Cuándo iría? —preguntó en voz baja.

—Pronto —dijo Tiffany—. Antes de que pierdas el valor. Y antes de que Blackstone encuentre una nueva excusa para seguir manteniéndose distante.

—Pronto —sugirió Courtney—. Eso nos dará tiempo para preparar bien tu disfraz. Y para establecer tu coartada.

—Organizaremos una partida de cartas —dijo Farah, entusiasmándose con el plan—. Una de verdad, que dure hasta tarde por la noche. Tú llegarás abiertamente y luego te escabullirás en el momento oportuno. Regresarás antes de que alguien note tu ausencia.

—¿Y si Blackstone pregunta dónde he estado? —La voz de Ashley tembló ligeramente.

—Entonces le dirás la verdad: que pasaste la noche con nosotras —dijo Tiffany con firmeza—. Y así será, al menos en parte. El resto es simplemente... un asunto privado que no necesita saber.

Ashley miró a cada una de sus amigas por turno, viendo su determinación, su lealtad, su feroz deseo de ayudarla a reclamar la

felicidad que merecía. Le estaban ofreciendo no solo ayuda práctica, sino algo aún más valioso: el valor para dar aquel aterrador paso.

—De acuerdo—dijo finalmente—. Lo haré.

Sus amigas estallaron en conversaciones emocionadas, planeando ya los detalles de su disfraz y de la partida de cartas que serviría como tapadera. Y por primera vez en tres meses, Ashley sintió una chispa de esperanza encenderse en su pecho.

—Por favor, no se lo digan a mi hermana. Ivy ya se siente bastante culpable de que tuviera que casarme con Blackstone para salvar mi reputación y, de manera indirecta, la de ella. Esto solo la angustiaría.

—Será solo nuestro secreto —dijo Tiffany, apretándole la mano.

Ashley por fin se relajó. Había terminado de esperar pasivamente a que su marido se fijara en ella. Había terminado de aceptar una media vida de indiferencia cortés. Si Raven no iba a acercarse a ella por voluntad propia, aprendería todos los trucos necesarios para atraerlo.

Aunque eso significara adentrarse en las sombras del bajo mundo londinense para lograrlo.

CAPÍTULO SEIS

El aire de la noche tenía el mordiente fresco del otoño cuando el carruaje de Ashley se detuvo frente a la casa de Farah. A través de las ventanas brillantemente iluminadas, podía ver figuras moviéndose de un lado a otro: la partida de cartas ya estaba en pleno apogeo. Sus manos temblaron mientras alisaba su vestido de seda esmeralda. Las damas habían reunido todo lo que necesitaría para su disfraz, y la esperaban dentro. Una oleada de calidez la envolvió al pensar en sus amigas y en su lealtad.

—Tranquila —se susurró a sí misma—. Puedes hacerlo.

El mayordomo la hizo pasar con su habitual formalidad, y Ashley siguió el sonido de las risas femeninas hasta el salón. Farah había mantenido la velada íntima. Solo las cuatro damas pasando la noche jugando al whist. La cobertura perfecta para la ausencia de Ashley, en caso de que a alguien se le ocurriera preguntar.

—¡Ashley! —Farah avanzó para abrazarla, aprovechando el gesto para susurrarle rápidamente al oído—. Todo está preparado. El coche de alquiler estará esperando a la vuelta de la esquina a las once. Courtney creará una distracción cuando llegue el momento.

Ashley asintió casi imperceptiblemente y permitió que la llevaran hacia la mesa de cartas. Durante la siguiente hora, jugó con concentración decidida, riéndose de bromas que apenas escuchaba y manteniendo conversaciones que no requerían verdadero esfuerzo.

Mientras tanto, el reloj sobre la repisa de la chimenea avanzaba inexorablemente hacia la hora señalada.

Exactamente a las diez y cuarenta y cinco, Courtney derramó su copa de vino con una torpeza teatral. Mientras los sirvientes corrían con paños y las otras damas exclamaban al ver la mancha extendiéndose sobre el vestido de Ashley, ella salió discretamente de la habitación para ocuparse del desastre. Era la excusa para su huida.

En una pequeña antesala junto al corredor principal, se transformó con manos temblorosas. La peluca que Farah había conseguido cubría por completo su distintivo cabello rubio. Los cosméticos teatrales de Courtney oscurecieron sus cejas y hundieron sus mejillas, haciéndola parecer quizá diez años mayor. Una sencilla capa negra, rellenos bajo el vestido para disimular su figura y una media máscara que cubría la parte superior de su rostro completaron la transformación.

Ashley se estudió en el pequeño espejo. Ni siquiera ella apenas reconocía a la mujer que le devolvía la mirada. Gracias al cielo le había dicho a Madam Chloé que la esperara y cómo iría vestida.

Moviéndose rápidamente por el jardín de Farah, salió por la puerta trasera hacia el callejón. El coche de alquiler aguardaba exactamente donde le habían prometido, y pocos instantes después avanzaba traqueteando por las calles oscurecidas de Londres hacia una dirección que la aterraba y fascinaba a partes iguales.

LA CASA con la puerta roja se veía distinta de noche. Donde durante su visita diurna había parecido elegante y refinada, la oscuridad le daba un aire de misterio... casi de peligro. Una cálida luz brillaba detrás de las gruesas cortinas, y el tenue sonido de la música se escapaba hacia la calle.

Le habían indicado que usara la puerta lateral, al final de un callejón. Su llamada fue respondida de inmediato por una mujer que

no reconoció: mayor, de aspecto severo, que la examinó con ojos agudos antes de asentir.

—Lady Anónima, supongo. Madam Chloé la está esperando. Por aquí.

Dentro, un estrecho corredor de servicio se extendía ante ellas, tenuemente iluminado por velas espaciadas a gran distancia unas de otras.

—Estos pasadizos permiten una observación discreta —explicó la mujer en voz baja—. Podrá ver y oír todo, pero los invitados y las chicas no tendrán idea de que usted está aquí. Madam Chloé insiste en la absoluta discreción.

El corazón de Ashley martilleaba mientras seguía a la mujer cada vez más adentro de la casa. El angosto corredor desembocó en lo que parecía ser una galería oculta: una ingeniosa característica arquitectónica que permitía observar los salones principales de abajo a través de pantallas decorativas que, desde el otro lado, parecían sólidas.

—Espere aquí —indicó la mujer—. Observe lo que desee. Cuando haya visto suficiente, regrese a este lugar y la acompañaré a la salida.

Y entonces se marchó, dejando a Ashley sola en las sombras.

Debajo de ella, el salón principal era un estudio de sensualidad elegante. A diferencia del refinado ambiente de su primera visita por la tarde, la atmósfera nocturna era decididamente más íntima. La luz de las velas titilaba desde innumerables rincones, envolviendo a todos en una iluminación suave y favorecedora. La música sonaba en alguna parte, un pianoforte interpretado con habilidad, y el murmullo de las conversaciones se mezclaba con ocasionales risas femeninas.

Ashley contó quizá dos docenas de caballeros, varios de los cuales reconoció y algunos de los cuales sabía que estaban casados. Por eso estaba haciendo esto. No quería que su marido estuviera con otras mujeres. Un escalofrío de temor la recorrió. ¿Y si veía allí a Raven?

Todos los hombres iban vestidos con atuendos de noche que hablaban de riqueza y posición. Las mujeres, las chicas de Madam

Chloé, se movían entre ellos con una gracia ensayada. Eran hermosas, desde luego, pero no de la manera obvia que Ashley había esperado. Sus vestidos, aunque más escotados y evidentemente sin corsé, seguían siendo elegantes. Sus movimientos eran gráciles más que vulgares.

Observó cómo una mujer, una pelirroja vestida de seda azul oscuro, se acercaba a un caballero corpulento que estaba sentado solo. La técnica de la mujer era fascinante por su sutileza. No se le lanzaba encima ni hacía sugerencias vulgares. En cambio, entabló conversación con él, riéndose de algo que dijo y tocándole ligeramente el brazo mientras tomaba asiento a su lado. En cuestión de minutos, él estaba inclinado hacia ella, completamente cautivado.

Otra mujer, esta de cabello oscuro y aspecto exótico, demostraba un enfoque similar con un caballero más joven. Pero su método era distinto: más juguetón, provocador. Se alejaba cuando él intentaba alcanzarla, obligándolo a seguirla, y luego lo recompensaba con una sonrisa y un beso que hacía que él se pavoneara como un pavo real.

Ashley comprendió que estaba presenciando una docena de estrategias diferentes, cada mujer adaptando su enfoque al caballero en particular. No se trataba solo de belleza, sino de atención, de hacer que cada hombre se sintiera único e importante.

—Interesante, ¿verdad?

Ashley se giró con un jadeo. Una mujer estaba de pie entre las sombras detrás de ella, de unos treinta años, con un impactante cabello rojo y una sonrisa llena de complicidad. Vestía un traje sencillo pero elegante y, a diferencia de las mujeres de abajo, se movía con el aire de alguien que simplemente estaba de paso en vez de trabajando allí.

—No quise asustarte —dijo la mujer con suavidad—. Soy Maggie. Llevo las finanzas del club. Madam Chloé mencionó que podrías estar aquí esta noche. Me pidió que te vigilara y me asegurara de que entendieras lo que estabas viendo.

—Yo... gracias —consiguió decir Ashley, con el corazón todavía acelerado—. Entonces, ¿responderás mis preguntas?

—Por supuesto. La noche apenas comienza y los hombres están bastante tranquilos. Pasarán una hora bebiendo, quizá jugando a las

cartas antes de elegir a la dama que desean llevar arriba. —Maggie se colocó a su lado y observó la escena de abajo—. Algunos hombres tienen una favorita. Y puede haber tensión si otro hombre desea a esa misma mujer.

Ashley comenzó a relajarse un poco. Había algo cálido y genuino en Maggie, pese a su ocupación.

—Madam Chloé dijo que podía aprender observando.

—Y puedes —aceptó Maggie—. Pero la observación solo te enseña hasta cierto punto. La verdadera educación viene de comprender qué impulsa estas interacciones. —Señaló el salón de abajo—. ¿Qué ves?

—Mujeres entreteniendo a hombres —respondió Ashley con vacilación—. Haciéndolos sentir importantes. Deseados.

—Exacto. Y fíjate: el contacto físico es mínimo en esta etapa. Un toque en el brazo, sentarse lo bastante cerca como para compartir aroma y calor, pero nada evidente. Están construyendo anticipación, haciendo que los hombres quieran más.

Ashley observó con mayor atención, viendo el patrón que Maggie describía. Las mujeres estaban ejecutando una especie de danza, cada paso cuidadosamente calculado para atraer a sus parejas más profundamente hacia el deseo.

—Pero seguramente al final... —Ashley dejó la frase en el aire, insegura de cómo formular la pregunta con delicadeza.

—Al final se retiran a habitaciones privadas, sí —dijo Maggie con naturalidad—. Pero incluso entonces, no es lo que imaginas. Las mejores chicas, las que cobran los precios más altos, no simplemente... actúan. Crean experiencias. Hacen que cada hombre se sienta la criatura más viril y deseable del mundo.

Ashley absorbió aquello, pensando en la cuidadosa distancia de Raven.

—¿Cómo haces que un hombre se sienta deseado cuando está decidido a mantenerse distante?

Maggie la observó con ojos inteligentes.

—Ah. Así que ese es tu problema. ¿Un marido que no quiere ir a tu cama?

Las mejillas de Ashley ardieron incluso en la oscuridad.

—¿Es tan obvio?

—Solo porque Madam Chloé me dijo que esperara a una dama exactamente en esa situación. —La expresión de Maggie se suavizó con simpatía—. Es más común de lo que crees. Los hombres levantan muros a su alrededor por todo tipo de razones.

—Mi marido guarda luto por otra mujer —admitió Ashley en voz baja—. Murió poco antes de nuestro matrimonio. Creo que piensa que venir a mi cama deshonoraría su memoria.

—O quizá teme algo completamente distinto. —Maggie hizo una pausa, como si escogiera sus palabras con cuidado—. Dime, ¿quién era esa mujer por la que guarda luto?

—Se llamaba Kitty. Una... una mujer de una casa como esta.

El reconocimiento cruzó el rostro de Maggie.

—¿Kitty O'Brien? ¿Pelirroja, ojos verdes, acento irlandés?

Ashley contuvo el aliento.

—¿La conocías?

—Sí. Trabajamos juntas aquí brevemente antes de que ella se trasladara al establecimiento de la señora Bellamy y yo dejara de atender clientes. —La expresión de Maggie se volvió pensativa—. Kitty y yo solíamos encontrarnos en la casa de té Gunter's. Hablaba mucho de Su Gracia. El duque de Blackstone, ¿verdad? Generoso, amable, pero con gustos muy... particulares.

—¿Gustos? —La voz de Ashley salió apenas por encima de un susurro.

Maggie miró hacia el salón de abajo y luego condujo a Ashley más adentro de las sombras, lejos de la galería de observación.

—Tu marido es conocido entre ciertas mujeres por su interés en lo que algunos llaman juegos de alcoba. Atar a sus parejas con pañuelos de seda, vendarles los ojos, azotes, ese tipo de cosas. En realidad no es tan raro; a muchos caballeros les gusta tener el control, y muchas mujeres lo encuentran bastante emocionante cuando se hace correctamente.

Ashley se sintió mareada. La conversación con sus amigas sobre las vendas tomó de pronto un significado completamente distinto.

—¿Estás diciendo que le gusta... sujetar a las mujeres y golpearlas?

—Sí, de una manera muy particular. Pero entiende esto: no se trataba de crueldad ni de fuerza, sino simplemente de dominación y control. Kitty siempre decía que era increíblemente atento, completamente concentrado en el placer de su pareja. Las ataduras, las vendas... eran sobre confianza y sensaciones, una dominación placentera. —Maggie estudió el rostro de Ashley—. ¿Eso te escandaliza?

—Yo... no lo sé —admitió Ashley—. Nunca había oído hablar de cosas así.

—La mayoría de las damas respetables nunca lo han hecho. Pero es mucho más común de lo que la sociedad reconoce. Incluso existe un término para ello: los franceses lo llaman “bondage”, de su palabra para atar. Algunos lo llaman disciplina y sumisión, aunque eso hace que suene más duro de lo que suele ser.

—¿Y Kitty disfrutaba esos... juegos?

—Muchísimo. Tenía el temperamento perfecto para ello: confiada, aventurera. Y al parecer tu marido tiene bastante habilidad en esas cuestiones. —El tono de Maggie era completamente práctico, como si estuviera hablando de algo tan poco escandaloso como preferir té en lugar de café.

La mente de Ashley daba vueltas. ¿Podría ser esa la razón por la que Raven mantenía las distancias? ¿Temía que ella se horrorizara ante semejantes preferencias? ¿O que, siendo una dama, jamás pudiera comprender o aceptar esos deseos?

—¿Cómo haría alguien... es decir, si una mujer quisiera...? —Ashley no lograba formular la pregunta.

—¿Si quisieras mostrarle a tu marido que puedes aceptar su naturaleza? —Maggie sonrió con suavidad—. Eso es más complicado. No puedes simplemente anunciar que estarías dispuesta a probar esas cosas; eso revelaría que has estado investigando sobre él, y podría salir mal. No. Tendrías que acercarte de manera más sutil. Hacerle creer que fue idea suya.

—¿Pero cómo?

—Empieza con ejercicios de confianza. Permítele guiarte en pequeñas cosas: aceptar sus indicaciones sin cuestionarlas, mostrar que confías en su criterio. Menciona casualmente que la idea de

ceder el control te parece... intrigante. Deja caer comentarios sobre vendas o pañuelos de seda en contextos inocentes. —Los ojos de Maggie brillaron con picardía—. Haz que se pregunte si tal vez no eres tan inocente como supone.

Él ya pensaba que ella no era inocente. Quizá eso finalmente jugara a su favor. Ashley sintió cómo el calor le inundaba el cuerpo solo de pensarlo. ¿Realmente podría hacer algo así? ¿Tentar deliberadamente a su marido hacia comportamientos que la sociedad condenaría como perversos?

Pero, después de todo, la sociedad ya la había condenado una vez. ¿Qué tenía que perder?

Ashley lanzó una última mirada al salón de abajo, observando la compleja danza de seducción que continuaba sin pausa. Había llegado allí desesperada e ignorante y se marchaba con un conocimiento que la emocionaba y aterraba a partes iguales.

Su marido tenía gustos particulares. Gustos que, al parecer, una mujer había comprendido y satisfecho antes que ella. Si Ashley quería captar la atención de Raven, su deseo, tendría que demostrarle que podía ser igual de comprensiva, igual de receptiva.

Aunque la sola idea hiciera que su pulso se acelerara entre miedo y expectación.

—Sí —dijo en voz baja—. Estoy lista para irme.

Maggie la condujo de regreso por los pasadizos ocultos y finalmente emergieron por la misma entrada de servicio que Ashley había utilizado para entrar. El coche de alquiler seguía esperándola donde lo había dejado y, momentos después, avanzaba traqueteando por las calles de Londres rumbo a la casa de Farah.

Mientras el carruaje se balanceaba, Ashley se quitó el disfraz pieza por pieza, transformándose otra vez en la respetable duquesa de Blackstone. Pero por dentro, algo fundamental había cambiado.

Había entrado en aquel establecimiento buscando aprender cómo atraer la atención de un hombre. Se marchaba con algo mucho más peligroso: comprensión de los deseos particulares de su hombre y el comienzo de un plan para demostrarle que podía satisfacerlos.

Si tenía el valor para intentarlo.

La partida de cartas seguía en pleno apogeo cuando Ashley volvió a entrar por el jardín de Farah. Se cambió rápidamente, guardando el disfraz y los cosméticos para deshacerse de ellos más tarde. Cuando regresó al salón, encontró a Courtney vigilando su regreso con ojos ansiosos.

—¿Y bien? —susurró Courtney cuando Ashley volvió a sentarse a la mesa de juego.

—He aprendido muchísimo —murmuró Ashley—. Más de lo que jamás imaginé.

—¿Y?

—Y creo que ahora entiendo por qué mi marido mantiene las distancias. —Ashley recogió sus cartas, aunque apenas distinguía los palos y números—. La cuestión es si tendré el valor de acortar esa distancia.

Courtney le apretó la mano bajo la mesa.

—Lo tienes. Sé que sí.

Ashley consiguió esbozar una pequeña sonrisa, aunque su mente seguía llena de imágenes de pañuelos de seda y vendas, de confianza y entrega, de un marido al que apenas conocía pero que de pronto comprendía mucho mejor.

Aquella noche había dado el primer paso aterrador. Ahora solo tenía que encontrar el valor para dar el siguiente.

Aunque eso significara aventurarse en un territorio que ninguna duquesa respetable debería siquiera reconocer, mucho menos explorar.

Cuando llegó a casa, Henderson le informó que Su Gracia todavía no había regresado. Mientras subía las escaleras, se preguntó dónde estaría y con quién. ¿Habría conseguido una nueva amante para instalarla en su casa de placer? Por un instante deseó haber pedido pasar por la casa de Kitty para ver si él estaba allí.

Quizá debería visitar aquella casa. Tal vez eso le daría una idea de lo que ocurría allí dentro. ¿Amaba Raven a Kitty simplemente porque ella no juzgaba sus peculiaridades? ¿O era algo más? Sus pies parecían tener voluntad propia y la llevaron hasta el dormitorio de su marido. No había señal de Simpson, su ayuda de cámara.

Ashley permaneció fuera de la puerta del dormitorio de Raven, con la mano temblando mientras flotaba sobre el picaporte de bronce. En más de tres meses de matrimonio, jamás había cruzado aquel umbral. Él nunca la había invitado y ella había estado demasiado insegura, demasiado asustada del rechazo, como para entrar por iniciativa propia.

Pero aquella noche, fortalecida por lo que había aprendido de Maggie y empujada por una necesidad desesperada de comprender al hombre con el que se había casado, giró el picaporte y entró.

La habitación era inconfundiblemente masculina. Mientras la suya estaba decorada con suaves tonos lavanda y crema, la de Raven lucía verdes oscuros y rica caoba. Pesadas cortinas bloqueaban casi toda la luz de la luna, dejando el espacio tenue y sombrío. El aroma a sándalo y cuero impregnaba el aire, la misma combinación que ella había mencionado encontrar reconfortante durante aquella cena juntos.

Una enorme cama con dosel dominaba la habitación; la madera oscura estaba tallada con intrincados detalles que apenas lograba distinguir con la escasa luz. Pero algo brillaba débilmente. Se acercó. Había aros metálicos en el cabecero. Qué extraño.

El cobertor era de brocado verde oscuro, dispuesto con absoluta precisión, como si la cama nunca hubiera sido usada. ¿Dormía en otra parte? ¿O simplemente era así de meticuloso con las apariencias?

Ashley avanzó más adentro de la habitación, con las zapatillas silenciosas sobre la gruesa alfombra. Había un escritorio cerca de la ventana, su superficie ordenada y pulcra: libros de cuentas apilados con exactitud, la pluma y la tinta colocadas cuidadosamente. Los estantes empotrados a lo largo de una pared estaban llenos de libros, cuyos lomos mostraban temas que iban desde administración agrícola hasta filosofía. Todo hablaba de orden, control y una cuidadosa contención.

Era la habitación de un hombre que no revelaba nada de su interior.

¿O sí?

La mirada de Ashley fue atraída hacia un alto gabinete en una esquina, parcialmente oculto detrás de un biombo. A diferencia del resto de los muebles de la habitación, aquella pieza parecía extrañamente fuera de lugar: demasiado ornamentada, demasiado deliberadamente apartada de la vista casual. La madera era más oscura, más antigua, y en vez de los herrajes de bronce que adornaban todo lo demás, aquel gabinete tenía una cerradura de hierro.

Un gabinete cerrado con llave. Escondido en una esquina. En una habitación a la que nadie, salvo Raven, entraba jamás.

Su corazón empezó a latir con fuerza mientras se acercaba. Aquello estaba mal; estaba invadiendo su privacidad, husmeando entre sus pertenencias personales. Si él la descubría allí, tendría todo el derecho a enfurecerse.

Pero necesitaba saberlo. Necesitaba entender qué lo impulsaba, qué lo asustaba tanto como para mantener semejante distancia de su propia esposa.

Descubrió que la cerradura ni siquiera estaba echada. Tal vez Raven se había vuelto descuidado, seguro del conocimiento de que aquel era su dominio privado. O quizá simplemente lo había olvidado.

Ashley abrió la puerta del gabinete y se quedó sin aliento.

Dentro, acomodada con el mismo cuidado preciso que caracterizaba todo en la vida de Raven, había una colección de objetos que nunca había visto antes, pero que de pronto comprendió con total claridad.

Rollos de cuerda. No cáñamo áspero como el que usaban los marineros, sino cordones de seda suave de diferentes largos y colores. Pañuelos de seda, algunos lisos y otros bordados con delicados diseños. Lo que parecían esposas de cuero, forradas con algo suave, ¿terciopelo, quizá? claramente diseñadas para rodear muñecas o tobillos sin lastimar. Y máscaras. Varias de ellas, hechas de seda y satén, pensadas para cubrir completamente los ojos.

También había otros objetos, cosas que no reconoció de inmediato. Instrumentos de cuero de distintos tamaños y formas; algunos con múltiples tiras colgando de mangos tallados, otros con

forma de paletas. Todos claramente caros, bien cuidados, guardados con una atención que sugería que eran posesiones valiosas.

Aquello era. La evidencia física de lo que Maggie le había contado: las “preferencias particulares” de Raven. Las herramientas de aquellos juegos de dormitorio que había compartido con Kitty, la fuente de placeres que él creía que ninguna dama respetable podría aceptar o comprender. ¿O era que se sentía demasiado avergonzado para usar esas cosas con una mujer de buena familia, especialmente con su esposa?

La mano de Ashley se extendió antes de que pudiera detenerse. Sus dedos temblaron al tocar uno de los pañuelos de seda. La tela era increíblemente suave, casi líquida contra su piel. Lo levantó del gabinete y dejó que se deslizara entre sus dedos, sintiendo un inesperado revoloteo en el bajo vientre.

¿Cómo se sentiría estar atada con algo tan suave? Tener las muñecas sujetas con aquella seda mientras Raven...

Soltó el pañuelo como si quemara, con las mejillas encendidas pese a estar sola. ¿Qué estaba pensando? Aquellos eran instrumentos de perversión, ¿no? Cosas que ninguna mujer decente debería siquiera reconocer, mucho menos imaginar usando.

¿No había mencionado Courtney que Lucien usaba antifaces?

Pero mientras contemplaba el contenido cuidadosamente dispuesto del gabinete, Ashley descubrió que su rechazo se transformaba en algo mucho más complejo. Curiosidad, desde luego. Confusión respecto a por qué semejantes cosas podrían atraer a alguien. Pero debajo de eso había algo más: una fascinación tentativa y aterradora.

Maggie había dicho que Kitty disfrutaba de aquellos juegos. Que Raven era hábil y atento, que las ataduras tenían más que ver con la confianza y las sensaciones que con la crueldad. ¿Podría ser verdad? ¿Podría algo tan escandaloso ser realmente... placentero?

Ashley volvió a extender la mano, esta vez tocando una de las esposas de cuero. El exterior era suave como mantequilla, pero el interior estaba forrado de terciopelo que acariciaba sus dedos. Quienquiera que hubiera fabricado aquello claramente lo había

diseñado para brindar comodidad pese a su propósito. No era un instrumento de tortura; era algo completamente distinto.

Luego tomó una de las máscaras, levantando la creación de seda negra hacia la luz de la vela. Estaba bellamente hecha, con diminutas puntadas y cintas para ajustarla suavemente en su sitio. Recordó el rubor de Courtney cuando había mencionado el interés de Lucien por los antifaces; recordó la tímida confesión de su amiga de que no poder ver hacía todo más intenso.

¿Era eso lo que Raven quería? ¿Vendarle los ojos, atarla con seda suave, tomar el control absoluto mientras ella se abandonaba a las sensaciones?

La idea debería haberla aterrorizado. En cambio, hizo que su pulso se acelerara de una manera que definitivamente no era miedo.

Dejó la máscara con cuidado y retrocedió un paso, intentando calmar el desenfreno de su corazón. Aquello lo cambiaba todo. Ahora entendía por qué Raven mantenía una distancia tan calculada, por qué la trataba con un respeto tan escrupuloso pese a desearla claramente. Él creía que ella jamás podría aceptar esa parte de él, que sus gustos particulares la disgustarían o la asustarían.

La estaba protegiendo de sí mismo.

La comprensión hizo que le doliera el pecho. Todo ese tiempo había pensado que él no la deseaba, que ella no era lo bastante atractiva para captar su interés. Pero la verdad era mucho más complicada: él la deseaba demasiado; de maneras que creía que ella jamás podría aceptar.

Ashley volvió a mirar el contenido del armario, intentando verlo a través de los ojos de Raven. Aquellos no eran simples objetos: representaban una parte de sí mismo que mantenía encerrada, oculta del mundo. Una vulnerabilidad que había compartido con Kitty, pero que creía imposible compartir con su esposa duquesa.

¿Era por eso que escondía tanto de sí mismo de quienes lo rodeaban? ¿Siempre tan correcto y formal? ¿Qué le había ocurrido para volverse así? ¿Alguien lo había descubierto y amenazado?

¿Temía lo que dirían sus pares? ¿Lo que pensaría ella?

¿Qué ocurriría si le demostraba que estaba equivocado? ¿Si de alguna manera le indicaba que no era tan inocente ni que se iba a

escandalizar tanto como él suponía? ¿Que quizá estaría dispuesta a explorar aquellos placeres misteriosos, si la guiaban con paciencia y cuidado?

La idea la aterrizaba y la emocionaba al mismo tiempo.

Ashley devolvió todo cuidadosamente a su lugar exacto dentro del armario, asegurándose de que la disposición coincidiera perfectamente con como lo había encontrado. Cerró la puerta con suavidad, dejándola sin llave tal como la había descubierto, y se apartó.

Le temblaban las manos, y se las presionó contra las mejillas encendidas. Lo que había encontrado debería haberla hecho huir horrorizada en nombre de la virtud. En cambio, había despertado algo en ella: una curiosidad, una posibilidad que jamás había imaginado.

Maggie le había advertido sobre los ejercicios de confianza, sobre mostrarle a Raven que podía entregarle el control. En aquel momento, Ashley no había comprendido del todo qué significaba eso. Ahora, mirando aquel armario de aspecto inocente en la esquina, lo entendía perfectamente.

La cuestión era si tendría el valor de actuar conforme a esa comprensión.

Ashley se dirigió hacia la puerta, deteniéndose para echar una última mirada a la habitación. Todo parecía intacto, sin señales de su intrusión. Pero por dentro, se sentía completamente transformada.

Había ido en busca de comprensión. Y la había encontrado... junto con un camino hacia adelante que parecía conducir a un territorio escandaloso, emocionante y aterrador.

Mientras se deslizaba hacia el corredor y regresaba apresuradamente a su propia habitación, la mente de Ashley hervía de posibilidades. Había estado enfocando todo de la manera equivocada, intentando seducir a Raven con las armas femeninas convencionales, cuando lo que él realmente ansiaba era algo muy distinto.

Necesitaba una mujer capaz de aceptar sus deseos más oscuros. Que confiara en él lo suficiente como para cederle el control. Que no

lo juzgara ni retrocediera horrorizada ante las partes secretas de sí mismo que ocultaba con tanto cuidado.

¿Podría ella ser esa mujer? ¿Podría la infame Lady Ashley, ya manchada por un escándalo, abrazar otro tipo de transgresión por completo?

En la seguridad de su propia habitación, Ashley se vio reflejada en el espejo. Tenía las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes con algo que casi parecía emoción. Parecía más viva de lo que se había sentido en meses.

Y en algún lugar profundo de su interior, bajo capas de decoro y miedo, sintió los primeros indicios de una respuesta a su pregunta.

Quizá sí podía ser esa mujer, después de todo.

Si tan solo lograba reunir el valor para demostrárselo.

CAPÍTULO SIETE

Raven estaba de pie en el salón de la casa de Chelsea, rodeado de muebles cubiertos con fundas de lino y del olor rancio de un hogar demasiado tiempo deshabitado. Las motas de polvo danzaban bajo la luz de la tarde que entraba por ventanas que no se habían limpiado correctamente en meses, y cada superficie estaba cubierta por una fina capa de abandono.

No debería haber esperado tanto para ocuparse de aquel lugar.

Las palabras de Wolf durante su conversación en White's resonaban en su mente. *Véndela. Hoy mismo. Porque mientras sigas conservando esa casa, todos los chismosos de Londres asumirán que piensas instalar allí a otra amante.* Su cuñado tenía razón, por supuesto. Conservar la casa era una tontería: un apego sentimental a un pasado que jamás podría recuperar y un problema para su presente que no podía permitirse.

Y por eso estaba allí, por fin, para revisar lo que quedaba y preparar la propiedad para venderla.

La tarea debería haber sido sencilla. La mayor parte del mobiliario venía con la casa; simplemente pagaría para que se incluyera en la venta. Pero había objetos personales que recoger, regalos que le había dado a Kitty y que, de algún modo, le parecía incorrecto dejar para que extraños los descubrieran y especularan sobre ellos.

Sus amigos quizá pensarán que sus peculiaridades eran obscenas... igual que su padre. Mantenía a casi todos a distancia. Nadie conocía realmente quién era.

Excepto Kitty.

Raven recorrió las habitaciones lentamente, asaltado por recuerdos a cada paso. El sofá donde Kitty se acurrucaba junto a él leyendo novelas francesas escandalosas mientras él fingía desaprobárselas. La mesa del comedor donde habían compartido cenas íntimas, con la risa de ella llenando espacios que antes de conocerla parecían insoportablemente vacíos.

El dormitorio.

Se detuvo en el umbral, incapaz de obligarse a entrar. Esa habitación guardaba sus recuerdos más intensos; no solo de pasión, aunque había habido mucha, sino de confianza. De haber encontrado a alguien que aceptaba todas sus partes, incluso las más oscuras, sin juzgarlo ni temerle.

Kitty había sido extraordinaria en eso. Nunca se había apartado de sus necesidades particulares ni lo había hecho sentir un monstruo por desear lo que deseaba. Al contrario, lo había recibido con entusiasmo y creatividad, enseñándole que sus deseos no eran perversos: simplemente formaban parte de su naturaleza.

Y ahora ella estaba muerta, asesinada en aquella misma casa por la furia de un loco, un hombre que había querido herir a Lady Courtney y al que él mismo había matado para vengar a Kitty, aunque aquello no le había dejado más que vacío. Solo le quedaban culpa, añoranza y el peso de un matrimonio que nunca había querido contraer.

Raven se obligó a entrar en el dormitorio, con la garganta tensa. La cama seguía hecha, la colcha perfectamente lisa, como si aguardara a unos ocupantes que jamás volverían. Podía ver las argollas sujetas al cabecero que usaba para atarla, y el techo estaba cubierto de espejos. Eso tendría que desaparecer. Haría que uno de sus hombres se encargara.

Sobre la mesita descansaba un pequeño joyero; apenas unos días antes de morir, le había regalado a Kitty unos pendientes de esmeraldas. Probablemente seguían allí dentro.

Debería llevárselos. Tal vez venderlos o...

No. No podía venderlos. Pero tampoco podía conservarlos. La idea de que Ashley los descubriera y preguntara de dónde venían...

El sonido de pasos en la escalera lo dejó inmóvil.

Los sirvientes sabían que no debían molestarlo. Había dejado claro que quería privacidad mientras lidiaba con aquella dolorosa tarea. Entonces, ¿quién...?

—¿Raven?

La voz de su esposa. Allí. En aquella casa.

El horror y la furia lucharon en su pecho cuando Ashley apareció en la puerta del dormitorio, con una expresión vacilante pero decidida. Llevaba un sencillo vestido azul pálido y, en medio del ambiente polvoriento de la casa de Kitty, parecía absurdamente limpia y correcta, todo lo que aquel lugar no era.

—¿Qué haces aquí? —las palabras salieron más ásperas de lo que pretendía, impulsadas por la vergüenza y por la terrible vulnerabilidad de ser descubierto allí—. ¿Cómo supiste siquiera...?

—Tu ayuda de cámara mencionó que habías ido a una propiedad en Chelsea. —Ashley dio un paso cauteloso dentro de la habitación, observando el espacio íntimo con lo que solo podía describirse como una neutralidad deliberada—. Yo... le pedí la dirección a tu secretario.

—No tenías derecho. —Raven se giró, incapaz de soportar mirarla mientras estaba en el dormitorio de Kitty—. Esto es un asunto privado. No te concierne.

—¿No? —Su voz era suave, sin rastro de acusación—. Esta casa pertenecía a alguien importante para ti. A alguien a quien amabas. Eso parece algo que debería importarle a tu esposa.

El tono razonable, la ausencia de celos o reproches, de alguna manera empeoraron todo. Había esperado enojo, lágrimas, quizá una escena dramática. En cambio, Ashley estaba allí con una tranquila dignidad, tratando la casa de su amante muerta como si fuera simplemente otra propiedad que debía administrarse.

—La voy a vender —dijo bruscamente—. Por eso estoy aquí. Para recoger algunas cosas antes de entregársela al agente inmobiliario.

—Entiendo. —Ashley avanzó un poco más en la habitación, y Raven resistió el impulso de bloquearle físicamente el paso para impedir que viera algo que no debía. Probablemente ni siquiera sabría qué estaba mirando—. Debe de ser difícil.

—Tiene que hacerse. —Siguió dándole la espalda, mirando por la ventana el pequeño jardín de abajo—. Debí hacerlo hace meses. Conservarla fue... una tontería.

—¿Lo fue? —Ahora estaba más cerca; podía oír el roce de sus faldas—. A veces necesitamos tiempo para despedirnos de las personas que hemos perdido.

La comprensión en su voz amenazó con deshacerlo por completo. Quería que ella se enfadara, que lo acusara de conservar un santuario para su amante. A eso habría sabido responder con su propia ira, habría podido usarla como escudo contra el dolor aún vivo que le retorcía el pecho.

Pero aquella compasión serena era imposible de combatir.

—Ella murió aquí —dijo en voz baja—. Kitty. La mataron en esta casa unos hombres que buscaban vengarse de Lucien. Intentaba hacer algo noble... por mí. Intentó salvar la reputación de la hija de Lucien. —Sus manos se cerraron en puños—. Le compré esta casa pensando que la mantendría a salvo y, en cambio, intentaba hacer lo correcto y la mataron por ello.

—No fue culpa tuya.

—¿No lo fue? —Por fin se volvió para mirarla, viendo su propio dolor reflejado en los ojos oscuros de ella—. Intentaba convertirla en una mujer respetable... cuando debería haberla dejado ser ella misma.

—Entonces podría haber muerto de enfermedad, de parto o de cualquiera de las otras formas en que las mujeres de su profesión suelen acabar sus días —lo interrumpió Ashley con suavidad—. Tú le diste comodidad y seguridad. No puedes culparte porque un loco eligiera la violencia.

Raven quiso discutir, pero las palabras no acudieron. En vez de eso, se encontró simplemente mirando a su esposa... a aquella mujer a la que apenas conocía y que, aun así, estaba allí ofreciéndole una absolución que no merecía.

—¿Por qué estás aquí, Ashley? —preguntó cansadamente—. Realmente. No solo porque mi ayuda de cámara mencionó una casa en Chelsea.

Ella respiró hondo, como reuniendo valor.

—Porque quiero entender. Tú la amabas... a Kitty. Era importante para ti, lo bastante importante como para que sigas llorando su pérdida meses después de su muerte. Si vamos a tener algún tipo de matrimonio real, necesito entender esa parte de tu vida.

—No hay nada que entender. —Se apartó de la ventana, incómodo bajo su escrutinio—. Se acabó. Ella está muerta y yo estoy casado contigo. Ese es el final de la historia.

—¿Lo es? —Ahora había un desafío en la voz de Ashley—. Porque, desde donde yo estoy, sigues aferrándote a esta casa, sigues aferrándote a su recuerdo, sigues manteniéndote separado de mí... como si amar a tu esposa fuera de algún modo una traición a su memoria.

La inexactitud de aquella observación lo hizo estremecerse.

—Venderé la casa. Hoy. Eso es lo que querías, ¿no? ¿La prueba de que no estoy conservando un lugar conveniente para futuras indiscreciones?

—No quiero pruebas de nada. —Ashley se colocó justo frente a él, obligándolo a mirarla a los ojos—. Quiero un marido que realmente esté presente en nuestro matrimonio. Que no me trate como una obligación que debe manejarse desde una distancia segura.

—Te he dado todo...

—Excepto a ti mismo. Sospecho que casi no le das una parte de ti a nadie. —Las palabras fueron suaves, pero devastadoras—. Me has dado dinero, posición, protección contra el escándalo. Pero no me has dado a ti, Raven. Y estoy empezando a pensar que es porque no crees que yo pueda aceptar quién eres realmente.

El contuvo el aliento. ¿Cuánto sabía ella? ¿Cuánto había adivinado?

—No sé de qué hablas.

—¿No? —Sostuvo su mirada con firmeza—. Tienes miedo de que, si me dejas acercarme demasiado, descubra algo de ti que me haga

apartarme horrorizada. Alguna parte de ti mismo que crees vergonzosa o incorrecta.

—Ashley...

—Déjame ayudarte con esto. —Hizo un gesto alrededor de la habitación—. Déjame ayudarte a revisar sus pertenencias, a decidir qué conservar y qué dejar ir. No es una traición a su memoria... es honrarla como corresponde. Y quizá, en el proceso, puedas empezar a liberarte de la culpa que te mantiene atrapado.

Raven la observó fijamente. Aquella mujer debería estar celosa y posesiva, y sin embargo le ofrecía comprensión y compañía.

—¿Por qué querrías ayudarme a honrar la memoria de mi amante?

—Porque ella era importante para ti. —La expresión de Ashley era sincera, abierta—. Porque fingir que nunca existió no nos hará felices a ninguno de los dos. Y porque estoy cansada de competir con un fantasma, Raven. No puedo luchar contra alguien que ya no está aquí para defenderse. Pero sí puedo intentar entender lo que ella significaba para ti y, al hacerlo, quizá entenderte mejor a ti también.

La lógica era impecable, pero el riesgo emocional parecía enorme. Permitir que Ashley entrara en aquel espacio, en aquellos recuerdos, significaba exponer partes de sí mismo que había mantenido cuidadosamente ocultas. Pero tal vez eso fuera precisamente lo que su matrimonio necesitaba: honestidad en lugar de distancia calculada.

—De acuerdo —dijo al fin—. Si realmente quieres ayudar... entonces sí. Lo agradecería.

El alivio inundó el rostro de Ashley, seguido enseguida por determinación.

—¿Por dónde empezamos?

Comenzaron por las cosas más evidentes: el joyero sobre la mesa de noche, algunos libros que Raven le había regalado a Kitty, unas cartas. Ashley trató cada objeto con respeto, sin hacer preguntas indiscretas, simplemente ayudándolo a separarlo en montones: cosas para conservar, cosas para donar, cosas para desechar.

Mientras trabajaban, la atmósfera opresiva de la casa pareció aligerarse un poco. Tener a Ashley allí, tratando aquella dolorosa tarea como si fuera simplemente otro problema que resolver juntos, hacía que todo pareciera menos una traición y más... un cierre.

—Háblame de ella —dijo Ashley de pronto, doblando con cuidado uno de los chales de Kitty—. No de cómo murió, sino de quién era. ¿Qué hizo que la amaras?

Raven hizo una pausa, con un broche de camafeo en la mano. Se lo había regalado a Kitty en su cumpleaños.

—Era... sencilla. Honesta respecto a lo que quería y a lo que sentía. Sin juegos ni fingir. Solo era ella misma, por completo y sin disculparse por ello.

—Eso suena maravilloso —dijo Ashley en voz baja—. Aunque para las jóvenes damas es difícil ser una misma. La sociedad puede ser muy cruel.

—Lo era. —Dejó el broche en el montón de “conservar”; se lo donaría a una de las chicas del establecimiento de Madame Chloé que había sido amiga de Kitty—. Ella me hacía sentir aceptado. No juzgado por mi título, mi fortuna o mis conexiones. Simplemente... aceptado.

—Por quien eres —dijo Ashley, y algo en su tono hizo que él alzara la vista bruscamente.

—Sí.

Ella sostuvo su mirada directamente.

—Todo el mundo merece eso, Raven. Ser aceptado por quien realmente es, no solo por la cara que muestra a la sociedad. O por cómo la sociedad cree que es. Nada es nunca exactamente lo que parece.

—Como tú. Estoy empezando a verte con más claridad. Tu escándalo no debería haberte definido.

El peso de sus palabras quedó suspendido entre ellos, cargado de significados que él aún no estaba preparado para examinar. En lugar de hacerlo, se aclaró la garganta y volvió a la tarea.

Trabajaron en un silencio cómodo durante un rato más, hasta que la mayoría de las pertenencias personales de Kitty quedaron clasificadas. La habitación se veía desnuda ahora, despojada de los

pequeños detalles que la habían hecho suya. Pronto no sería más que otra propiedad en venta, con los recuerdos contenidos entre aquellas paredes dispersos o guardados en cajas.

—¿Raven? —La voz de Ashley sonó vacilante, y cuando él levantó la vista, vio que se retorció las manos nerviosamente—. Hay algo que necesito decirte. Algo que debería haberte dicho hace semanas.

El pecho de Raven se tensó con aprensión.

—¿Qué ocurre?

—Quiero más de nuestro matrimonio. —Las palabras salieron apresuradamente, como si llevara demasiado tiempo conteniéndolas—. No más dinero ni más posición... quiero hijos. Una familia. Quiero ser una verdadera esposa para ti, no solo la mujer que administra tu casa y te acompaña a los eventos sociales.

Raven sintió que se le escapaba el aire de los pulmones. Claro que ella quería hijos... ¿qué mujer no los quería? Era el propósito fundamental del matrimonio, el resultado esperado de cualquier unión. Había sabido que aquella conversación era inevitable, y la había estado temiendo desde la noche de bodas.

—Ashley...

—Por favor, déjame terminar. —Respiró hondo para serenarse—. Sé que no elegiste este matrimonio. Sé que nos obligaron a estar juntos por el escándalo y las circunstancias. Pero ahora estamos casados y tenemos que encontrar alguna manera de hacer que funcione. No puedo pasar el resto de mi vida en este... limbo. Casada, pero no realmente casada. Como una obligación que aceptaste.

El eco de sus propios pensamientos sobre Kitty, sobre ser aceptado tal como era, lo golpeó con fuerza. ¿Era así como se sentía Ashley? ¿Como si él valorara el hecho de haber evitado un escándalo, pero no a ella como persona?

—No es que no te desee —dijo con cuidado—. Debes saber que ese no es el problema.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —Ella se acercó más, con una expresión abierta y vulnerable—. ¿Por qué mantienes tanta distancia? ¿Es Kitty? ¿Temes que estar conmigo deshonre su memoria?

—No —admitió—. Es algo más que eso.

—Entonces dímelo. Ayúdame a entender. —Extendió la mano con cautela y la apoyó sobre su brazo. El contacto envió una oleada de calor a través de él, pese a la inocencia del gesto—. Sea lo que sea, Raven, podemos enfrentarlo juntos. Pero no puedo luchar contra sombras. Necesito que seas sincero conmigo.

Él miró la mano de Ashley sobre su brazo, la confianza implícita en aquel simple gesto. Ella le estaba ofreciendo algo que Kitty también le había dado: aceptación sin comprender todos los detalles. Fe en que lo que revelara no haría que se apartara de él.

¿Podía arriesgarse? ¿Podía arriesgar la frágil paz que habían construido admitiendo deseos que tal vez la escandalizarían o disgustarían?

—Necesito tiempo —dijo al fin—. Para pensar cómo... cómo explicar ciertas cosas.

La decepción cruzó fugazmente el rostro de Ashley, pero ella asintió.

—¿Cuánto tiempo?

—No mucho. Solo... deja que termine este asunto con la casa. Que cierre adecuadamente esta parte de mi pasado. Y luego hablaremos. De verdad hablaremos, sobre lo que ambos queremos de este matrimonio.

—¿Y serás sincero conmigo? —Sus ojos examinaron su rostro—. ¿Nada más de distancia cortés y evasivas cuidadosas?

—Lo intentaré. —Era lo mejor que podía ofrecer—. Te prometo que lo intentaré, Ashley.

Ella lo estudió durante un largo momento y luego asintió.

—Está bien. Esperaré. Pero no para siempre, Raven. Tengo veintidós años. Quiero hijos.

La practicidad de su declaración le arrancó una sonrisa pese a la tensión.

—No estás al borde de la muerte.

—No, pero tampoco me estoy haciendo más joven. —Ella apretó suavemente su brazo—. Y tú tampoco. No desperdices lo que podríamos tener aferrándote a lo que hemos perdido.

La sabiduría de sus palabras lo golpeó profundamente. ¿No era exactamente eso lo que había estado haciendo? ¿Aferrarse a los recuerdos de Kitty mientras se negaba a sí mismo, y a Ashley, cualquier oportunidad de felicidad en el presente?

—Tienes razón —dijo en voz baja—. Me he estado aferrando demasiado fuerte. A esta casa, a mi dolor, a mi miedo de... seguir adelante.

—Entonces avancemos juntos. —La sonrisa de Ashley era tímida, pero genuina—. Empecemos terminando esta tarea. ¿Qué más queda por hacer?

Pasaron otra hora trabajando en las habitaciones restantes y, con cada objeto clasificado, Raven sintió que una pequeña parte de su carga se aligeraba. Tener a Ashley allí, tratando la memoria de Kitty con respeto en lugar de celos, hacía que dejar ir el pasado se sintiera menos como una traición y más como la progresión natural del duelo.

Cuando se preparaban para irse, Ashley se detuvo en la puerta y miró hacia las habitaciones ahora vacías.

—Debió de haber sido muy especial para inspirar una devoción así.

—Lo era —aceptó Raven—. Pero ya no está. Y tú sí. Necesito recordar eso.

—No te estoy pidiendo que la olvides —lo corrigió Ashley con suavidad—. Solo que hagas espacio para nuevos recuerdos junto a los antiguos.

Él miró a su esposa, esa mujer con la que se había casado por obligación, pero que estaba revelando una profundidad de comprensión y fortaleza que jamás había esperado, y sintió que algo cambiaba en su pecho. No era amor, todavía no. Pero sí el comienzo del respeto, de una apreciación genuina por quien ella era y no solo por lo que representaba.

—Gracias —dijo—. Por venir hoy aquí. Por no hacer esto más difícil de lo que ya era.

—Somos compañeros, Raven. —Ella tomó su brazo mientras descendían las escaleras—. O al menos estamos intentando serlo. Los compañeros se ayudan, incluso con las cosas difíciles.

Cuando salieron a la luz del sol de la tarde, Raven tomó una decisión. Vendería aquella casa, como había prometido. Pero más que eso, intentaría, de verdad intentaría, construir algo real con Ashley. Ella merecía eso. Ambos lo merecían.

—Vamos a casa —dijo mientras la ayudaba a subir al carruaje—. La casa debería venderse rápido; está bien cuidada y en una buena ubicación.

—¿Y después? —Los ojos de Ashley reflejaban esperanza y aprensión a partes iguales.

—Y después veremos. —Se acomodó a su lado, más cerca de lo habitual—. Sobre lo que ambos queremos. Sobre cómo hacer que este matrimonio sea algo más que un acuerdo conveniente.

Ella asintió y él la vio tragar con dificultad.

—Tengo miedo —admitió en voz baja—. De ser rechazada. De no ser suficiente. No sé si puedo llegar a amarte y sospecho que quizá tú nunca me ames a mí. ¿Será eso suficiente para alguno de los dos?

—Yo también tengo miedo —confesó él—. Pero creo que ambos hemos tenido miedo durante demasiado tiempo. Ya es hora de ser valientes. Solo dame un poco más de tiempo.

Mientras el carruaje avanzaba rumbo a casa, Raven se descubrió buscando la mano de Ashley. Ella se tensó por la sorpresa y luego se relajó, entrelazando sus dedos con los de él.

Era un gesto pequeño, pero se sintió monumental. El primer contacto genuino que compartían desde aquel beso desesperado en el jardín que había iniciado todo aquello.

Quizá, pensó, todavía había esperanza para ellos después de todo. Si tan solo encontraban el valor de ser honestos el uno con el otro.

Incluso si esa honestidad revelaba cosas que ninguno de los dos esperaba enfrentar.

CAPÍTULO OCHO

Ashley estudió su reflejo en el espejo de cuerpo entero, con el corazón latiéndole con igual intensidad de emoción y aprensión.

El vestido era lo más atrevido que había usado jamás: seda azul zafiro profundo que se ceñía a sus curvas antes de caer en líneas elegantes hasta el suelo. Pero era el escote lo que le robaba el aliento. Cortado escandalosamente bajo, revelaba la parte superior de sus pechos de una manera que rozaba la indecencia, salvándose de la completa impropiedad solo por el margen más fino.

—¿Está segura de esto, milady? —su doncella, Petra, rondaba nerviosa—. Es muy... es decir, bastante...

—¿Revelador? —completó Ashley, sintiendo cómo se le calentaban las mejillas—. Sí, lo sé. Pero está perfectamente a la moda. Lady Caroline llevó algo parecido al baile de los Rothschild el mes pasado.

—Lady Caroline no está casada y busca atrapar marido —dijo Petra con cuidado—. Usted es la duquesa de Blackstone. El estándar es un poco distinto.

Ashley lo sabía. También sabía que los enfoques convencionales no estaban funcionando con Raven. Después de la conversación del día anterior en la casa de Kitty, después de su promesa de ser honesto con ella, había decidido que era hora de adoptar una estrategia más agresiva. Si su esposo necesitaba estímulo para verla

como una mujer y no simplemente como una esposa, entonces eso haría.

Aunque significara empujar los límites de la decencia.

—Ayúdame con la capa —dijo con firmeza, poniendo fin a la discusión.

La pesada capa de terciopelo la cubría por completo, ocultando el escandaloso vestido bajo sus respetables pliegues. Lo revelaría en la ópera, cuando Raven no pudiera simplemente enviarla de regreso a casa para cambiarse. Cuando tendría que sentarse a su lado en el palco, plenamente consciente de lo que estaba exhibiendo ante todo Londres.

La idea hizo que su pulso se acelerara con una anticipación nerviosa.

RAVEN LA ESPERABA en el vestíbulo cuando ella descendió, luciendo devastadoramente atractivo con su atuendo de noche. El abrigo negro perfectamente ajustado a sus anchos hombros, la impecable corbata blanca, el cabello oscuro peinado hacia atrás revelando las fuertes líneas de su rostro. Cuando alzó la vista hacia ella, algo destelló en sus ojos verdes: quizá apreciación, aunque la capa no revelaba nada.

—Te ves encantadora —dijo, ofreciéndole el brazo—. Aunque no creo haber visto antes esa capa.

—Es nueva —respondió Ashley, y era verdad. La había comprado específicamente para ocultar el vestido hasta el momento oportuno—. Pensé que sería apropiada para la ópera.

—Muy elegante. Debería mencionarte que esta noche se nos unirán el conde de Marlowe y su hermana Claire. Creo que eres amiga de Claire y conoces a su hermano.

—Por supuesto. Aunque Lord Marlowe puede ser algo... impropio en su conversación. Creo que lo hace a propósito para escandalizarnos a las damas. He visto a Fane varias veces porque es el hermano de Claire. Claire es una de las de la Herm... es decir, es

mi amiga —Ashley dijo esto último rápidamente. Valora, la hermana del vizconde Vale, estaba locamente enamorada del libertino con su encanto despreocupado y su reputación escandalosa, aunque la Hermandad intentaba advertirle que se mantuviera alejada de él—. Definitivamente es un libertino, pero uno adorable.

—Eso describe perfectamente a Fane. —Raven la ayudó a subir al carruaje y se acomodó a su lado, manteniendo la habitual distancia cuidadosa—. Él trata la vida como una diversión interminable, mientras que yo... —dejó la frase inconclusa.

—Mientras que tú te tomas todo muy en serio —terminó Ashley con suavidad—. Sí, me he dado cuenta. Quizá por eso son amigos: se equilibran el uno al otro.

—Quizá. —La expresión de Raven se volvió pensativa mientras el carruaje avanzaba hacia la ópera—. A veces envidio su facilidad. Nada parece pesarle del modo en que las responsabilidades me pesan a mí.

Ashley estudió el perfil de su esposo bajo la tenue luz del carruaje.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Liberarte de las responsabilidades?

—No. Las responsabilidades son parte del ducado. Pero a veces me pregunto cómo sería simplemente... disfrutar las cosas. Sin estar calculando constantemente las consecuencias y administrando obligaciones. —Giró la cabeza para mirarla—. ¿Tiene sentido?

—Todo el sentido del mundo. —Había heredado el ducado siendo muy joven. Ashley sospechaba que no había tenido a nadie que lo ayudara y que había vivido aterrorizado de fracasar. Resistió el impulso de tomarle la mano—. Aunque creo que eres más capaz de disfrutar de lo que imaginas. Solo necesitas darte permiso.

Algo cambió en su expresión: interés, curiosidad.

—¿Eso crees?

—Eso sé. —Sostuvo su mirada, permitiéndole ver la certeza en sus ojos—. No estás hecho de piedra, Raven, por mucho que intentes fingir lo contrario.

La intensidad del momento se rompió cuando llegaron a la ópera. Raven la ayudó a bajar y atravesaron el abarrotado vestíbulo

saludando conocidos mientras avanzaban hacia el palco de Blackstone.

Lord Marlowe y Claire ya los esperaban. Fane descansaba elegantemente en una de las sillas mientras su hermana permanecía junto a la baranda observando a la multitud de abajo.

—¡Blackstone! —Fane se puso de pie con su habitual gracia despreocupada y avanzó para estrechar la mano de Raven—. Y la encantadora duquesa. Qué placer verlos a ambos.

—Lord Marlowe. —Ashley le ofreció la mano, que él tomó con una reverencia cortesana que de algún modo parecía burlona a pesar de su ejecución perfecta—. Lady Claire, qué maravilloso volver a verla.

Claire se volvió con una sonrisa cálida y avanzó para abrazar ligeramente a Ashley.

—Me alegra mucho que pudiéramos acompañarlos. La ópera es mucho más entretenida con compañía, especialmente cuando Fane insiste en hacer comentarios inapropiados durante toda la función.

—Yo proporciono contexto —protestó Fane—. No es mi culpa que los intérpretes decidan... sobreactuar ciertos momentos.

—¿Como tú sobreactúas todo? —dijo Raven con sequedad, aunque había afecto bajo las palabras.

Mientras tomaban asiento, Ashley mantuvo la capa firmemente cerrada, esperando el momento adecuado. La ópera se estaba llenando rápidamente y los palcos a su alrededor estaban ocupados por la élite londinense. Perfecto. Cuantos más testigos hubiera de la reacción de Raven, más difícil le resultaría mantener su cuidadosa distancia.

—¿Desea que tome su capa, milady? —preguntó un atento asistente apareciendo a su lado—. El palco puede volverse bastante cálido una vez que empieza la función.

—Sí, gracias. —Ashley se puso de pie y desabrochó el cierre con dedos que solo temblaban ligeramente.

La capa se deslizó de sus hombros, revelando el vestido zafiro en toda su escandalosa gloria.

El silencio fue inmediato y absoluto.

Los ojos de Fane se abrieron con apreciación antes de que una lenta sonrisa se extendiera por su rostro. Claire dejó escapar un pequeño sonido que podía ser aprobación o conmoción; era difícil saberlo. Y Raven...

Raven se había quedado completamente inmóvil, con los ojos verdes fijos en el escote expuesto de Ashley con una expresión que hizo que el calor inundara todo su cuerpo. No era desaprobación lo que veía allí, no exactamente. Había sorpresa, desde luego. Pero debajo de eso, ardiendo a través de la decencia que llevaba como armadura, había un deseo crudo e inconfundible.

Su mandíbula se tensó y un músculo saltó en su mejilla mientras luchaba visiblemente por mantener el control. Cuando finalmente encontró la voz, esta salió más baja y áspera de lo habitual.

—Ashley. Una palabra. En privado.

—La función está a punto de empezar —dijo ella dulcemente, acomodándose de nuevo en su asiento con gracia deliberada. El movimiento hizo que el escote descendiera un poco más y vio cómo las manos de Raven se cerraban en puños sobre sus muslos.

—Ahora —dijo él, pero Fane intervino con humor despreocupado.

—Vamos, Blackstone, no puedes arrastrar a tu encantadora esposa fuera del palco como un marido celoso. Todo el mundo hablará. —Se reclinó en la silla, claramente disfrutando del espectáculo—. Además, se ve magnífica. Ese color le sienta extraordinariamente bien, Su Gracia.

—Gracias, Lord Marlowe. —Ashley mantuvo los ojos en Raven, observándolo librar una batalla interna entre la decencia y el impulso de cubrirla con algo, cualquier cosa, que la ocultara de la vista de los demás.

Claire se inclinó hacia Ashley y habló en voz baja.

—Es una elección muy atrevida para la ópera.

—¿Lo es? —Ashley mantuvo un tono inocente—. Pensé que era bastante elegante.

—Oh, es elegante —convino Claire, con diversión danzando en sus ojos—. También potencialmente escandaloso, propenso a provocar chismes y garantizado para distraer a todos los hombres de esta ópera. Incluyendo, noto, a mi hermano y a tu esposo.

En efecto, Fane observaba a Ashley con una apreciación nada disimulada, mientras que Raven parecía debatirse entre cometer un asesinato o algo mucho más primitivo. Sus ojos regresaban constantemente al escote de ella a pesar de sus evidentes esfuerzos por mirar a otra parte: al escenario, a la multitud, a cualquier lugar menos a la piel expuesta de su esposa.

—Estás jugando con fuego —murmuró Claire—. Lo apruebo, pero espero que sepas lo que haces.

Ashley no estaba completamente segura de saberlo. Pero después de meses de distancia calculada e indiferencia cortés, estaba dispuesta a arriesgarse a quemarse si eso significaba finalmente captar la atención genuina de su esposo.

Las luces se atenuaron cuando comenzó la función y Ashley se acomodó para mirar, intensamente consciente de la tensión de Raven a su lado. Él se había colocado más cerca de lo habitual y ella comprendió con un pequeño estremecimiento de emoción que estaba intentando bloquear la vista que otros palcos tenían de ella. Su cuerpo formaba una barrera parcial, protegiéndola de las miradas casuales mientras su mano sujetaba el brazo de la silla con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

—¿Qué estás haciendo? —susurró él con brusquedad durante el aria de apertura, con los labios muy cerca de su oído.

—Mirando la ópera —susurró ella en respuesta—. ¿No es por eso que estamos aquí?

—Sabes perfectamente a qué me refiero. —Su aliento era cálido sobre su piel y ella reprimió un escalofrío—. Ese vestido...

—Es perfectamente aceptable. Mira alrededor: la mitad de las mujeres aquí llevan escotes parecidos.

—Tú no eres la mitad de las mujeres aquí. Eres mi esposa.

—Sí. —Se volvió para sostenerle la mirada en la penumbra—. Lo soy. Quizá ya es hora de que lo recuerdes.

Lo vio tragar con dificultad mientras su mirada descendía una vez más hacia la piel expuesta antes de apartarse con visible esfuerzo.

—Habla de esto en casa.

—Lo espero con ansias.

Volvió a dirigir su atención al escenario, aunque no habría podido decir qué estaba ocurriendo en la representación. Toda su conciencia estaba centrada en Raven a su lado: su tensión apenas contenida, el calor que irradiaba de su cuerpo, la forma en que su respiración se había acelerado.

Esto estaba funcionando. Por fin, por fin había logrado atravesar su cuidadoso control.

Durante el intermedio, Fane se levantó para ir a buscar refrescos, y Claire se excusó para visitar a unos amigos en otro palco, dejando a Ashley y Raven momentáneamente solos.

—¿Por qué? —La voz de Raven sonó tensa—. ¿Por qué llevarías algo tan... tan provocativo?

—Porque quería hacerlo. —Ashley se volvió para mirarlo de frente, notando cómo sus ojos descendían de inmediato hacia su escote antes de obligarse a volver a su rostro—. Porque estoy cansada de que me trates como una pieza de porcelana que tienes miedo de tocar. Porque soy tu esposa, Raven, y quiero que me veas como tal.

—Te veo —dijo él con aspereza—. Dios me ayude, te veo. Pero esto... —Hizo un gesto vago hacia su vestido—. Esto no es apropiado. Todos los hombres de esta ópera te están mirando.

—No. —Ella se inclinó más cerca, bajando la voz hasta apenas un susurro—. Todos los hombres de esta ópera están mirando lo que te pertenece. Y tú eres el único que parece decidido a ignorar ese hecho.

Él contuvo la respiración.

—Ashley...

—Me prometiste honestidad —lo interrumpió ella—. Prometiste que hablaríamos de lo que ambos queremos de este matrimonio. Bueno, ahora mismo estoy siendo honesta. Quiero ser deseada por mi esposo. Quiero ser algo más que una obligación que eres demasiado honorable para eludir.

—¿Crees que no te deseo? —Las palabras salieron ásperas, casi furiosas—. ¿Crees que no he pasado tres meses luchando contra el impulso de... —Se interrumpió abruptamente, como si hubiera comprendido lo que estaba a punto de admitir.

—¿De qué? —insistió Ashley, con el corazón acelerado—. Dímelo, Raven. ¿Contra qué has estado luchando?

Pero el regreso de Fane con el champán interrumpió cualquier respuesta, y Raven volvió a encerrarse en una rígida formalidad, aunque sus ojos seguían traicionándolo, regresando una y otra vez al escandaloso escote de su vestido.

La segunda mitad de la ópera transcurrió en una bruma de tensión. Ashley podía sentir la conciencia que Raven tenía de ella como si fuera un contacto físico, podía ver el músculo tensándose en su mandíbula mientras mantenía su cuidadoso control. Fane, perceptivo pese a su reputación de frivolidad, mantuvo un constante flujo de comentarios entretenidos que requerían respuestas mínimas, dándoles a ambos espacio para manejar sus emociones.

Cuando la representación finalmente terminó y las luces se encendieron, Raven se puso de pie de inmediato.

—Tu capa —dijo secamente, tomándola del asistente y colocándosela él mismo sobre los hombros, dejando sus manos allí apenas un momento más de lo necesario.

—¿Tan pronto? —preguntó Fane con evidente diversión—. Pensé que podríamos ir todos a cenar...

—Esta noche no. —El tono de Raven no admitía discusión—. Ashley y yo tenemos asuntos que discutir. En casa.

Claire captó la mirada de Ashley y le guiñó un ojo.

—Por supuesto. Quizá en otra ocasión. Fue encantador verlos a ambos.

El viaje en carruaje de regreso a casa transcurrió en silencio y cargado de tensión no expresada. Raven se sentó frente a ella en lugar de a su lado, como si mantener distancia física pudiera ayudarlo a recuperar el control. Pero sus ojos seguían volviendo hacia ella, visible incluso bajo la pesada capa, y Ashley podía ver el deseo luchando contra la ira y algo más, tal vez miedo, a perder el cuidadoso dominio que había mantenido durante tanto tiempo.

Cuando llegaron a casa, Raven la ayudó a bajar con una rígida formalidad y luego despachó a los sirvientes con una brusca orden. Solos en el vestíbulo, finalmente se volvió para enfrentarla por completo.

—¿Qué intentabas lograr esta noche? —Su voz era baja, pero intensa—. ¿Solo querías avergonzarme? ¿Demostrar que podías hacerme perder el control?

—No. —Ashley desabrochó la capa, dejándola caer a sus pies—. Intentaba hacer que me vieras. Que realmente me vieras, no como una obligación o un deber, sino como una mujer. Como tu esposa.

Sus ojos ardieron mientras la observaba, contemplando el efecto completo del vestido sin las multitudes ni la oscuridad de la ópera para disimularlo.

—Te veo, Ashley. Ese es precisamente el problema. Te veo con demasiada claridad, te deseo demasiado, y estoy aterrorizado por lo que pasará si dejo de luchar contra ello.

—Entonces deja de luchar —susurró ella—. Solo por esta noche, deja de luchar y dime la verdad. Dime qué quieres.

Durante un largo momento, Raven simplemente la miró, mientras el deseo, el miedo y algo más oscuro combatían en su expresión. Luego dio un paso más cerca, lo bastante cerca para que ella pudiera sentir su calor, ver el pulso acelerado en su garganta.

—Lo que quiero —dijo con aspereza— te escandalizaría. Lo que quiero cambiaría todo entre nosotros. Lo que quiero... —Se interrumpió, apretando la mandíbula por el esfuerzo de contenerse.

—Inténtalo —dijo Ashley, con la voz más firme de lo que se sentía—. Me prometiste honestidad, Raven. Así que sé honesto. ¿Qué quieres?

Él levantó una mano para tomarle el rostro, rozando su pómulos con el pulgar con una ternura devastadora.

—A ti —dijo simplemente—. Pero no de una manera en que una duquesa respetable debería ser deseada. Y por eso he mantenido la distancia, Ashley.

Ashley contuvo el aliento ante su confesión.

—Entonces no retrocedas —susurró—. Tócame, Raven. Muéstrame lo que quieres.

Los ojos de él se oscurecieron, las pupilas dilatándose hasta que apenas quedó un fino anillo verde. Durante un instante suspendido, simplemente la observó: sus labios entreabiertos, el rápido subir y bajar de su pecho, el rubor extendiéndose por su piel. Entonces, con

un sonido que fue mitad gruñido, mitad rendición, su boca cayó sobre la de ella.

Esto no se parecía en nada a su beso desesperado en el jardín tres meses atrás. Aquel había nacido del dolor, del alcohol y de la soledad compartida. Esto era deliberado, hambriento, controlado a pesar de su intensidad. Sus labios exigían en vez de pedir, y Ashley respondió con el mismo fervor, alzando las manos para aferrarse a las solapas de su chaqueta.

Él sabía a champán y a algo más oscuro, algo únicamente suyo que la hacía marearse. La mano libre de Raven se deslizó hasta su cintura, atrayéndola contra él, y Ashley jadeó al sentir el calor sólido de su cuerpo, la inequívoca evidencia de su deseo presionando contra ella.

El sonido pareció desatar algo en él. Su beso se volvió más exigente, su lengua rozó la de ella de una forma que le debilitó las rodillas. La mano en su cintura descendió más, abarcando la curva de su cadera a través de la fina seda de su vestido, y Ashley lo sintió temblar por el esfuerzo de contenerse.

—Ashley —murmuró él contra su boca, la voz áspera por la necesidad—. No tienes idea de lo que estás pidiendo.

—Entonces muéstramelo —respondió ella sin aliento, envalentonada por la evidencia de que él la deseaba tan desesperadamente como ella a él.

La respuesta de Raven fue profundizar el beso, inclinarle la cabeza con la mano que aún le sostenía el rostro mientras la otra ascendía por su costado, deteniéndose justo debajo de la curva de su pecho. El toque era deliberado, controlado: una pregunta formulada con la mano.

Ella se arqueó hacia él en respuesta y sintió su brusca inhalación contra sus labios.

Pero entonces su mano subió más, el pulgar rozando la piel expuesta sobre el escandaloso escote, y algo pareció romperse dentro de él. No su control desmoronándose, sino otra cosa... algo que lo dejó rígido.

Rompió el beso abruptamente, respirando con dificultad y de forma irregular. Durante un instante, simplemente la miró, con

expresión atormentada, la mano aún cálida sobre su piel. Luego retrocedió tan de repente que Ashley trastabilló.

—No. —La palabra salió áspera, casi furiosa—. No, no puedo. No así.

Ashley extendió la mano hacia él, confundida y dolorida por la abrupta pérdida de contacto.

—Raven, ¿qué...?

—Ve a la cama, Ashley. —Se apartó de ella, apoyando una mano en la pared como si necesitara sostenerse. Sus hombros estaban rígidos por la tensión y su respiración seguía desigual—. Por favor. Solo ve a la cama.

—Pero dijiste...

—Sé lo que dije. —Su voz sonó cruda—. Y precisamente por eso necesitas irte. Ahora. Antes de que haga algo de lo que ambos nos arrepintamos.

El rechazo dolió más que si jamás la hubiera tocado. Ashley sintió lágrimas arderle en los ojos, pero se negó a dejarlas caer.

—No puedes seguir haciendo esto. No puedes besarme así y luego apartarme.

—Sí puedo y debo hacerlo. —Aún no la miraba, la mano convertida en un puño contra la pared—. No entiendes lo que estás pidiendo, Ashley. Lo que quiero de ti. No es... no es lo que un esposo debería querer de su esposa.

—Entonces dime qué es —suplicó ella—. Haz que lo entienda.

—No. —La palabra fue definitiva—. No esta noche. No cuando apenas puedo conservar el control. Ve a la cama, Ashley. Por favor.

Ese “por favor” la quebró. Había sido pronunciado con una desesperada contención que le hizo comprender que insistir más sería cruel. Cualquiera que fuera la batalla interna que él estaba librando, ella lo había llevado al borde de algo que lo aterrorizaba.

Así que reunió lo que quedaba de su dignidad, recogió la capa abandonada y caminó hacia las escaleras. En el primer peldaño se detuvo y miró hacia atrás.

Raven no se había movido. Permanecía inmóvil en el vestíbulo, un hombre en guerra consigo mismo, todo su cuerpo irradiando tensión y deseo insatisfecho.

—Algún día —dijo ella en voz baja— tendrás que confiar en mí lo suficiente para ser honesto. Completamente honesto. Y espero que, cuando llegue ese día, descubras que soy más fuerte de lo que crees.

Luego subió las escaleras sola, con los labios aun ardiendo por su beso, y con el cuerpo dolorido por la necesidad frustrada y el corazón rompiéndose un poco al comprender que el deseo por sí solo quizá nunca sería suficiente para salvar la distancia entre ellos.

CAPÍTULO NUEVE

Raven permanecía solo en su estudio, con el decantador de brandy al alcance de la mano, aunque intacto. No necesitaba que el alcohol nublara su juicio; sus pensamientos ya estaban bastante confundidos. El beso de Ashley aún ardía en sus labios, una marca que atravesaba cada muro cuidadosamente construido a lo largo de los años.

Vas a tener que confiar en mí lo suficiente para ser honesto.

Sus palabras resonaban en el silencio, una acusación y una súplica envueltas juntas. Confianza. Dios, si tan solo fuera así de simple.

Se acercó a la ventana, contemplando el jardín oscuro donde todo había comenzado. El mismo jardín donde la había besado tres meses atrás, en un momento de debilidad nacido del dolor y de demasiado brandy. El beso de esta noche había sido diferente: deliberado, hambriento, una muestra de lo que realmente deseaba de ella.

Y aun así la había apartado. Otra vez.

La vergüenza que lo invadió le resultaba tan familiar como respirar. Veintinueve años, y todavía no podía separar el deseo del asco. Todavía no podía aceptar lo que era sin escuchar aquellas palabras, afiladas como un cuchillo incluso después de todos esos años.

Abominación.

La mano de Raven se cerró con fuerza sobre el marco de la ventana. Había tenido quince años. Solo quince, era todo extremidades torpes y una necesidad desesperada de demostrarse hombre. Cuando lady Featherington lo había convocado por primera vez a su salón privado mientras su padre discutía asuntos de las propiedades con el barón, él creyó que era un honor. Ella parecía tan sola como él, y le daba lástima, casada con un hombre lo bastante mayor para ser su padre o incluso su abuelo. Era hermosa, sofisticada, cinco años mayor y experimentada de maneras que deslumbraban su joven mente.

Pasó una semana haciéndose amiga de él, o eso creyó entonces. Mirándolo en retrospectiva, comprendía ahora que lo había estado seduciendo. Un muchacho entrando en la adultez, pero inseguro de sí mismo. Ella lo hacía sentir como un dios.

Finalmente, una tarde, murmuró:

—*Estás tan tenso, Raven.* —Sus dedos se deslizaron por sus hombros bajo el sol de aquella tarde—. *Déjame enseñarte a relajarte. A sentir placer.*

Él fue voluntariamente. Ansiosamente. ¿Qué muchacho de quince años no lo habría hecho?

Los recuerdos llegaban ahora en fragmentos, misericordiosamente incompletos, aunque lo bastante vívidos para hacer que se le contrajera el estómago. Con sus manos mostrándole cómo usar pañuelos de seda. Sus instrucciones entrecortadas mientras guiaba sus toques inseguros. La oleada de poder cuando ella jadeaba y se arqueaba bajo él, diciéndole lo bien que la hacía sentir, lo naturales que eran sus instintos.

—*Algunos hombres nacen para dominar* —susurró ella contra su piel—. *Y algunas mujeres anhelan rendirse. No hay vergüenza en ello, querido. Es simplemente naturaleza.*

Durante dos años, él le creyó. Dos años de tardes robadas cuando su padre lo llevaba consigo por negocios. Dos años creyéndose afortunado de ser instruido por una mujer tan experimentada. Dos años desarrollando gustos que había supuesto simplemente... normales.

Hasta aquella tarde de finales de verano, cuando todo se hizo añicos.

La puerta abriéndose de golpe. El rugido indignado del barón Featherington. Su padre detrás de él, el rostro púrpura de furia.

Y Raven, ya de diecisiete años pero aún lo bastante joven como para quedarse paralizado de terror, con la fusta en la mano y lady Featherington atada a los postes de la cama, ambos atrapados en la posición más condenatoria imaginable.

—*¡Perverso!* —La voz del barón restalló como un látigo—. *¡Degenerado! ¿Qué clase de enfermo bastardo...?*

—*Ella me pidió que...* —había intentado explicarse Raven, forcejeando con los nudos, desesperado por liberarla.

—*¡Abominación!* —Su padre dio un paso al frente, el desprecio palpable—. *Corrompiendo a una mujer casada con tus perversas inclinaciones. No eres un caballero... eres un monstruo fingiendo ser civilizado.*

Lady Featherington no dijo nada. Ni una sola palabra en su defensa. Simplemente lloró con delicadeza entre las manos mientras su marido la desataba, interpretando el papel de víctima de forma tan convincente que Raven casi llegó a creerlo él mismo.

¿Había sido ella la víctima? La pregunta todavía lo atormentaba. Ella era mayor, experimentada, la que había iniciado todo. Pero también era una mujer, y él el heredero de un duque. A ojos de la sociedad, a ojos de la ley, él era quien tenía el poder.

Aunque entonces no se hubiera sentido así.

Su padre se vio obligado a pagar una enorme suma para silenciar el escándalo. Los Featherington partieron hacia el continente poco después, y su padre dejó claro que, si Raven hablaba alguna vez de lo ocurrido, se aseguraría de que el castigo fuera severo.

—*Lo que le hiciste a esa mujer es antinatural. Ella es una dama, y eso solo se hace con una prostituta* —había dicho su padre en voz baja, después de que el dinero cambiara de manos y las amenazas fueran pronunciadas—. *No sé dónde aprendiste esas... inclinaciones. Pero nunca volverás a entregarte a ellas. ¿Me entiendes? Nunca. O yo mismo te desheredaré.*

Raven lo había entendido. Había entendido que algo fundamental en él estaba mal. Le encantaba ser quien dominaba. Le encantaba atarla y azotarla. Y, aun así, su padre le decía que los deseos que lady Featherington había cultivado y alentado eran vergonzosos. Que los hombres normales no querían lo que él quería, no ansiaban control y rendición a partes iguales. No con una dama.

Y luego, unos meses después, su padre murió, y Raven odiaba que hubiera pensado tan mal de él antes de abandonar este mundo.

Durante años, tras la repentina muerte de su padre, enterró sus necesidades físicas. Se concentró en convertirse en el hombre que su padre habría aprobado. En el deber, en aprender a administrar las propiedades, en ser el heredero perfecto. Permanecer libre de escándalos y evitar relaciones femeninas. Evitó por completo a las mujeres hasta los veintitrés años, cuando la necesidad se volvió insoportable.

Fue entonces cuando descubrió el establecimiento de madame Bellamy. Cuando aprendió que existían lugares donde hombres con gustos como los suyos podían encontrar compañeras dispuestas. Donde las mujeres comprendían y aceptaban lo que él deseaba. Donde no tenía que sentirse un monstruo.

Kitty había sido una revelación. Nunca lo hizo sentir avergonzado. Nunca retrocedió ante sus deseos ni los calificó de incorrectos. Con ella, finalmente se había sentido... normal. Aceptado. Libre para ser él mismo sin ser juzgado.

Y ahora ella se había ido, y él estaba casado con Ashley: una dama, una duquesa, alguien que merecía un esposo normal con deseos normales. Alguien que se horrorizaría si conociera la verdad sobre lo que él ansiaba.

Pensó en el vestido de Ashley esa noche. En cómo lo había mirado con un deseo tan abierto. El sabor de su boca, la suave calidez de su cuerpo contra el suyo. La había deseado con una intensidad que lo aterrorizaba. No solo llevarla a la cama de la forma convencional, sino verla atada con seda, con los ojos vendados, confiando completamente en él mientras él adoraba cada centímetro de su piel.

La vergüenza de ello le revolvía el estómago.

Ella merecía algo mejor que un marido que no podía hacerle el amor sin querer atarla. Algo mejor que un hombre que se excitaba pensando en inmovilizar a su propia esposa, en los bonitos sonidos que podría hacer si le daba nalgadas...

No. No podía pensar en ello. No podía permitirse imaginar a Ashley en esas posiciones, aunque la fantasía le hubiera estado quemando la mente desde la noche de bodas.

Raven apoyó la frente contra el cristal frío de la ventana. ¿Qué haría ella si lo supiera? ¿Lo miraría con el mismo desprecio que había visto en los ojos de su padre? ¿Lo llamaría aberración, perverso, monstruo vestido con ropa de caballero? ¿Huiría a casa de su hermano y convertiría su vergüenza secreta en conocimiento público?

O peor aún... ¿le permitiría hacer lo que quisiera por deber, quedándose allí con esa expresión cuidadosa y educada que usaba cuando se obligaba a aceptar realidades desagradables?

No soportaría ninguna de las dos posibilidades.

Así que seguiría como hasta ahora. Manteniendo las distancias. Protegiéndola de la oscuridad que llevaba dentro.

Aunque eso significara negarles a ambos la conexión que claramente ansiaban.

Aunque significara morir lentamente de soledad.

¿Pero qué ocurría con su necesidad de un heredero?

El reloj dio las dos de la mañana. En algún lugar sobre él, Ashley probablemente estaba despierta en su hermoso dormitorio, preguntándose por qué su marido la había besado con tanta pasión para luego enviarla lejos.

Si tan solo supiera la verdad: que la había enviado lejos precisamente por esa pasión. Porque un momento más y habría hecho algo imperdonable. Le habría mostrado exactamente qué clase de hombre era en realidad.

Y la habría perdido por completo en el proceso.

Solo tenía que encontrar la manera de acostarse con su esposa mientras mantenía sus verdaderos deseos bajo control. Seguramente solo necesitaría hacerlo hasta que ella quedara embarazada. Eso era lo que Ashley quería. No a él precisamente, sino un hijo. Ella

tampoco estaba enamorada de él. Tampoco esperaba una gran pasión. Eso debería facilitar las cosas.

Le debía un hijo. Necesitaba un heredero. Así que tomó una decisión.

Después de todo, ella no era una inocente. Corrían rumores de que había pasado la noche con el hombre con el que había intentado fugarse. Si simplemente entraba en su habitación una noche, en la oscuridad, y cumplía con sus deberes de esposo, eso debería satisfacerla. Después de todo, ella solo quería el hijo.

No a él.

RAVEN BAJÓ A DESAYUNAR a la mañana siguiente después de quizá dos horas de sueño inquieto, preparándose para lágrimas, reproches o, peor aún, un silencio glacial. Lo que encontró en cambio lo dejó completamente desconcertado.

Ashley estaba sentada a la mesa del desayuno, fresca y hermosa con un vestido de mañana amarillo suave, untando mantequilla en una tostada como si la noche anterior jamás hubiera ocurrido. El escandaloso vestido de zafiros bien podría haber sido un sueño febril. El beso que casi lo había deshecho... una invención de su imaginación agotada.

Ella levantó la vista al verlo entrar y le ofreció una sonrisa agradable, cortés y desesperantemente normal.

—Buenos días, Raven. Espero que hayas dormido bien.

Definitivamente no había dormido bien. Había pasado la noche caminando de un lado a otro en su estudio, bebiendo brandy cuyo sabor ni siquiera podía percibir y tratando desesperadamente de no pensar en la calidez de su boca ni en el suave sonido que había hecho cuando él la atrajo hacia sí.

—Lo suficiente —mintió, acercándose al aparador para servirse un plato pese a no tener apetito—. ¿Y tú?

—Muy bien, gracias. —Tomó un delicado bocado de tostada y luego alcanzó la tetera—. ¿Quieres un poco? Todavía está caliente.

La domesticidad del momento parecía surrealista. Allí estaba ella, sirviendo té y hablando de sueño como si él no la hubiera besado hasta dejarla sin aliento en el vestíbulo. Como si no la hubiera enviado sola a la cama con la desesperación apenas contenida en la voz.

—Gracias.

Aceptó la taza; sus dedos casi no se rozaron cuando ella se la pasó, y él se acomodó en su silla. El silencio se extendió entre ellos, cómodo para ella y tortuoso para él.

Debería disculparse. Debería explicar su comportamiento, aunque explicar implicaría revelar verdades que no estaba preparado para compartir. Debería hacer algo más que sentarse allí fingiendo que todo era perfectamente normal cuando ambos sabían que no lo era.

Pero antes de que pudiera formular palabras que no empeoraran aún más las cosas, Ashley dejó la taza con un suave tintineo.

—Quería recordarte el baile de máscaras de Lady Summerton esta noche —dijo con un tono tan casual que le hizo dar vueltas la cabeza—. Sé que lo habías anotado en tu agenda, pero con todo lo que ocurrió ayer pensé que valía la pena mencionarlo.

El baile de máscaras. Cristo, lo había olvidado por completo. El baile anual de Lady Summerton era uno de los eventos más esperados de la Temporada: disfraces elaborados, máscaras ornamentadas y suficiente champán como para ahogar el decoro. Se esperaba su asistencia, particularmente dada su posición.

—Sí, claro. —Tomó un sorbo de té, agradecido de tener algo que hacer con las manos—. Lo recuerdo.

—Ya elegí mi disfraz —continuó Ashley, untando mermelada en otra tostada con una compostura exasperante—. Seré una adivina gitana. Farah me ayudó a prepararlo: muchos pañuelos y joyas, bastante dramático en realidad. Creo que te gustará.

La mente de Raven conjuró de inmediato una imagen de Ashley envuelta en sedas coloridas, sedas con las que podría atarla al cabecero de la cama, y reprimió el pensamiento con firmeza. Lo último que necesitaba era más combustible para las fantasías que lo habían mantenido despierto toda la noche.

—Estoy seguro de que será precioso —consiguió decir.

—Gracias. —Ella le sonrió por encima de la taza de té—. Pero esta mañana me di cuenta de que no tengo idea de qué piensas ponerte tú. ¿Quieres que te ayude a elegir máscara y disfraz? Sé que algunos caballeros encuentran estas cosas tediosas.

La pregunta era tan perfectamente mundana, tan completamente alejada de la intimidad cargada de la noche anterior, que Raven sintió que había entrado en una farsa. ¿Cómo podía ella sentarse allí hablando de disfraces cuando él todavía podía saborear sus labios? ¿Cuando el recuerdo de su cuerpo presionado contra el suyo estaba grabado en su cerebro?

—No... no lo había pensado demasiado —admitió. Lo cual era cierto: había estado bastante ocupado con otras preocupaciones—. Quizá algo sencillo. Una capa y una máscara.

La expresión de Ashley mostró una leve decepción.

—Eso es lo que usan todos los caballeros cuando no quieren esforzarse. Lady Summerton pide específicamente disfraces elaborados. Ese es precisamente el propósito de la velada.

—¿Y qué sugerirías tú? —Las palabras salieron más bruscas de lo que pretendía; sus nervios desgastados dificultaban la paciencia.

Si notó el tono, no dio ninguna señal. En cambio, inclinó la cabeza pensativa, estudiándolo de una manera que lo hizo muy consciente de su aspecto desaliñado. Todavía no se había afeitado y la corbata estaba anudada con menos precisión de la habitual.

—¿Un salteador de caminos, quizá? —sugirió—. Tienes la altura y el porte para ello. Todo oscuro, peligroso y misterioso. Haría buena pareja con mi disfraz de gitana; nos veríamos bastante dramáticos juntos.

Oscuro y peligroso. Si tan solo supiera cuán precisa era esa descripción. Cuán oscuros eran sus deseos; cuán peligroso podía ser para la sensibilidad de ella.

—¿Un salteador de caminos? —repitió lentamente—. Suena bastante... villanesco.

—Es un baile de máscaras, Raven. Se supone que todos deben ser un poco villanos por una noche. —Sus ojos brillaron con algo: ¿diversión?, ¿desafío? —. Además, te verías muy apuesto con un sombrero tricorne y una capa. Bastante atractivo, de hecho.

El cumplido, pronunciado con tanta naturalidad, le provocó un calor inesperado en el pecho. ¿Cuándo había dicho Ashley que era apuesto? ¿Cuándo lo había mirado con algo distinto de esa cortesía cuidadosa o, como la noche anterior, esperanza desesperada?

—Muy bien —se oyó decir—. Un salteador de caminos será. Aunque necesitaré ayuda para encontrar las piezas adecuadas del disfraz con tan poca antelación.

—Simpson y yo podemos encargarnos —dijo Ashley con confianza—. Dale a tu ayuda de cámara una descripción de lo que quieres y tendremos algo apropiado para esta tarde. Ese hombre es increíblemente ingenioso.

—Lo es.

Raven se descubrió relajándose un poco, dejándose arrastrar por la conversación fácil pese al agotamiento.

—¿Cuánto tiempo llevas planeando tu disfraz?

—Dos semanas. —Una chispa traviesa cruzó sus facciones—. Quería algo que causara impresión. Algo que destacara entre las típicas pastorcillas y diosas griegas que llenan todos los bailes de máscaras.

Sin duda destacaría. Ashley siempre destacaba, lo pretendiera o no. Incluso con aquel discreto vestido de mañana, con el cabello sencillamente recogido y sin joyas adornándole el cuello, era luminosa. Hermosa de una manera que le hacía doler el pecho.

—Siempre causas impresión —dijo él en voz baja; las palabras escaparon antes de que pudiera cuestionar su prudencia.

Algo destelló en la expresión de ella: quizá sorpresa o placer. Pero desapareció tan rápido que pudo haberlo imaginado.

—Es muy amable de tu parte decir eso.

—No es amabilidad. Es un hecho.

Dejó la taza de té sobre la mesa, sintiendo de pronto la necesidad de decir algo, cualquier cosa, para reconocer lo que había ocurrido entre ellos.

—Ashley, sobre anoche...

—¿Sí?

Ella sostuvo su mirada directamente, sin rastro de vergüenza ni acusación. Solo una atención tranquila.

Las palabras se enredaron en su garganta. ¿Qué podía decir? *Lo siento por besarte* sería mentira. *Lo siento por detenerme* revelaría demasiado. *Lo siento por no ser el marido que mereces* estaba más cerca de la verdad, pero solo conduciría a preguntas que no podía responder.

—La ópera —dijo finalmente, tomando el camino cobarde—. Tu vestido era... es decir, tú estabas... —Se esforzó por encontrar palabras que no sonaran condenatorias ni revelaran demasiado cuánto lo había afectado—. Muy hermosa.

—Gracias. —No había triunfo en su voz, ningún reconocimiento de que aquel vestido escandaloso había logrado exactamente lo que ella pretendía: capturar toda su atención, dolorosamente por completo—. Me alegra que lo pensaras. Temía que fuera demasiado atrevido.

Demasiado atrevido. Esa era una manera de describir un vestido que había hecho que todos los hombres del teatro miraran a su esposa con un deseo apenas disimulado. Que le había hecho querer cubrirle los hombros con su abrigo y esconderla de la vista de todos. Que le había hecho besarla con un hambre que llevaba meses reprimiendo.

—Sin duda fue inolvidable —dijo con cuidado.

—Bien. —Terminó el té y se levantó de la mesa con natural elegancia—. Eso era precisamente lo que buscaba. Ahora, ¿quieres que Simpson vaya a verte por lo del disfraz? ¿O prefieres ocuparte tú mismo?

—Envíalo a mi estudio dentro de una hora. —Raven también se puso de pie; los modales estaban demasiado arraigados incluso en medio de su confusión—. Primero debería revisar algo de correspondencia.

—Por supuesto.

Ashley caminó hacia la puerta, pero se detuvo y miró por encima del hombro.

—¿Raven? Espero que disfrutes el baile de máscaras esta noche. A veces es más fácil ser honestos cuando llevamos máscaras. Cuando podemos fingir ser otra persona por una noche.

La observación fue tan perspicaz que le cortó la respiración. ¿Era por eso que había elegido un disfraz de gitana? ¿Para esconderse tras la personalidad de alguien audaz y misterioso, alguien capaz de leer fortunas y descubrir verdades ocultas?

—Quizá tengas razón —dijo él en voz baja.

Ella sonrió; una sonrisa auténtica esta vez, cálida y sincera.

—Por lo general la tengo. Al menos en estas cosas.

Y entonces se fue, dejándolo solo con tostadas frías y el persistente aroma de su perfume. Raven volvió a dejarse caer en la silla, con la mente dando vueltas.

¿Qué juego estaba jugando Ashley?

La noche anterior había sido apasionada, exigiendo honestidad y empujando todos los límites. Esa mañana estaba serena y práctica, hablando de disfraces como si no fueran más que conocidos cordiales preparándose para un compromiso social.

Pero sus últimas palabras insinuaban algo completamente distinto.

A veces es más fácil ser honestos cuando llevamos máscaras.

¿Qué planeaba decirle esa noche, oculta tras el disfraz de una gitana? ¿Qué verdades podría pronunciar cuando todos a su alrededor fingieran ser alguien diferente?

Y más aterrador aún... ¿qué verdades podría revelar él a cambio, vestido como un oscuro y peligroso salteador de caminos, con el rostro oculto y la identidad disfrazada?

De pronto, el baile de máscaras parecía mucho más peligroso de lo que cualquier obligación social tenía derecho a ser.

Raven terminó su ya frío té y se levantó en busca del santuario de su estudio. Tenía correspondencia que revisar, asuntos de la finca que atender y aproximadamente doce horas para prepararse para una velada que empezaba a sentirse peligrosamente parecida a caminar hacia una trampa creada por él mismo.

Una trampa cebada con pañuelos de seda, sonrisas misteriosas y una esposa que parecía decidida a dismantelar cada una de las defensas cuidadosamente construidas que él poseía.

Dios lo ayudara, estaba deseando que llegara la noche.

CAPÍTULO DIEZ

Ashley se quedó mirando la nota que Henderson, el mayordomo, acababa de entregarle, mientras la compostura cuidadosamente construida que mantenía amenazaba con resquebrajarse. La letra firme de Raven cruzaba el caro papel con una brevedad frustrante:

Prinny me ha convocado. No puedo negarme. Me reuniré contigo en casa de Lady Summerton tan pronto como sea posible. Adelántate, no me esperes.

R

—¿Habrá respuesta, Su Gracia? —La voz de Henderson era cuidadosamente neutral, pero Ashley percibió el destello de simpatía en sus ojos. Probablemente toda la casa sabía ya que el duque y la duquesa de Blackstone ocupaban dormitorios separados y llevaban vidas prácticamente separadas.

—No habrá respuesta —dijo ella, manteniendo la voz firme por pura fuerza de voluntad—. Por favor, informe al cochero que estaré lista para partir en veinte minutos.

Cuando Henderson se retiró, Ashley arrugó la nota en el puño.

Claro. Claro que Prinny iba a escoger precisamente esa noche para convocar a Raven. El sentido de la oportunidad del Príncipe Regente era impecable... o más bien espectacularmente terrible.

Había pasado todo el día preparándose para aquella velada. Su disfraz era perfecto: capas de pañuelos coloridos y joyas tintineantes, khôl oscuro alrededor de los ojos, el cabello suelto y salvaje de una forma en que ninguna duquesa respetable aparecería jamás en público. Había planeado cada detalle, ensayado lo que podría decir si se presentaba el momento, armado su valor para la seducción hacia la que llevaba avanzando desde aquel beso devastador en el vestíbulo.

Y ahora llegaría sola, como alguna esposa patética cuyo marido ni siquiera podía molestarse en acompañarla a un baile.

Basta, se dijo con firmeza, alisando la nota arrugada antes de guardarla en el retículo. Raven no podía rechazar una convocatoria de Prinny; nadie podía. Llegaría al baile tarde o temprano. Ella simplemente debía ser paciente.

Aunque la paciencia nunca había sido su punto fuerte. Si hubiera tenido más paciencia, habría acudido a Wolf antes de lanzarse de cabeza a confrontar a Carstairs y quizá las cosas serían distintas. Quizá habría podido elegir a un hombre con el que realmente quisiera casarse.

Una imagen de Raven vestido de salteador de caminos cruzó su mente. ¿Lo habría elegido a él? ¿Cómo podría hacerlo, cuando él no permitía que nadie llegara a conocerlo?

Se llevó la mano al corazón.

Quería conocerlo.

Veinticinco minutos después, el carruaje de Ashley se detuvo frente a la resplandeciente casa de Lady Summerton. Música y risas escapaban por las puertas abiertas, y un flujo constante de invitados elaboradamente disfrazados subía las escaleras. Vio dioses y diosas griegos, criaturas mitológicas, figuras históricas de todas las épocas. El baile anual de máscaras siempre era espectacular, pero Lady Summerton se había superado aquel año.

Ashley descendió sola del carruaje, con las coloridas faldas girando alrededor de sus tobillos y las campanillas de su disfraz tintineando suavemente con cada movimiento. Varias cabezas se volvieron a su paso, y oyó murmullos especulando sobre su identidad.

Bien. Ese era precisamente el propósito de un baile de máscaras: el misterio.

Dentro, el salón de baile había sido transformado en algo sacado de un cuento árabe. Lady Summerton hacía lo mismo cada año. Cortinajes de seda en tonos joya colgaban del techo, creando alcobas íntimas. Las velas parpadeaban dentro de faroles ornamentados, proyectando sombras danzantes sobre la multitud. En una esquina habían levantado una tienda de adivina... qué apropiado para su disfraz... y sirvientes vestidos de manera exótica circulaban ofreciendo champán y delicadezas.

—¡Ashley!

La voz de Farah atravesó la sala y Ashley se volvió para ver a su amiga saludándola cerca de la mesa de refrigerios. Farah iba disfrazada de Boudica, completa con una lanza de juguete y una elaborada corona con cuernos, mientras Rockwell, a su lado, llevaba una armadura romana con evidente resignación.

Ashley avanzó entre la multitud, atrayendo miradas apreciativas a su paso. El disfraz de gitana estaba funcionando exactamente como había planeado: atrevido, llamativo, imposible de ignorar.

—¡Te ves magnífica! —Farah la abrazó mientras las campanillas de ambos disfraces tintineaban—. ¿Dónde está Blackstone? No me digas que al final lleva un aburrido dominó.

—Prinny lo mandó llamar —dijo Ashley, intentando que la decepción no se notara en su voz—. Llegará más tarde. Vendrá disfrazado de salteador de caminos. Yo elegí su traje.

—Perfectamente villanesco. —Courtney apareció a su lado, vestida como Cleopatra con sedas blancas drapeadas y una elaborada peluca negra—. Lucien se negó a combinar disfraces conmigo. Anda por ahí disfrazado del rey Arturo, nada menos.

—Al menos sus maridos están aquí —dijo Tiffany con una risa, apoyando la mano sobre su vientre cada vez más redondeado. Había elegido un traje sencillo pero elegante de ninfa del bosque, con sedas verdes fluidas y coronas de flores—. Wolf está discutiendo política en la sala de cartas. Como si hubiéramos venido a un baile de máscaras para ponernos serios.

—Hablando de la sala de cartas... —intervino una voz masculina familiar, y Ashley se giró para encontrar a lord Marlowe, Fane, vestido de pirata, completo con sombrero tricorne y un sable sorprendentemente realista. Su hermana Claire estaba junto a él con un apropiado vestido isabelino, mucho más respetable que su libertino hermano.

—Lord Marlowe —lo saludó Ashley con una leve reverencia—. La piratería le sienta bien.

—¿Verdad que sí? —Su sonrisa no mostraba arrepentimiento alguno—. Aunque confieso que me decepciona encontrarte sin tu temible marido. Después de la función de ópera de anoche, pensé que estaría pegado a tu lado.

Ashley sintió calor en las mejillas y agradeció el kohl que rodeaba sus ojos.

—Llegará en breve. Ya sabes cómo son las convocatorias reales.

—Ah, sí, Prinny. —Fane puso los ojos en blanco—. Ese hombre tiene el peor sentido de la oportunidad de toda Inglaterra. Mis condolencias, Su Gracia. Pero él también querrá asistir, así que estoy seguro de que su marido aparecerá pronto.

—¿Quién aparecerá pronto? —preguntó otra voz, y el vizconde Vale se unió al creciente grupo, vestido como una especie de caballero medieval. Su hermana Valora estaba a su lado, deslumbrante con un vestido griego azul pálido que resaltaba su cabello claro y sus ojos.

—Lord Vale, señorita Valora —los saludó Ashley—. Qué gusto verlos.

—Ashley. —Valora la abrazó cálidamente—. Tu disfraz es absolutamente perfecto. Mucho más interesante que otra aburrida pastorcilla.

—Pensaba exactamente lo mismo del tuyo —dijo Ashley con sinceridad—. Pareces una diosa.

—Atenea, específicamente —respondió Valora con una sonrisa—. Diosa de la sabiduría y de la guerra. Me pareció apropiado.

—¿Apropiado porque eres muy sabia o porque estás constantemente en guerra? —preguntó Fane con falsa inocencia, y Ashley vio tensarse la expresión de Valora.

—Ambas cosas —respondió ella con frialdad—. Aunque algunas batallas apenas merecen la pena.

—Niños, por favor —intervino Claire con el tono resignado de alguien acostumbrado a mediar entre su hermano y Valora—. Es un baile de máscaras. ¿No podemos pasar una sola noche sin que ustedes dos se estén peleando?

—¿Y dónde estaría la diversión en eso? —preguntó Fane, aunque se apartó ligeramente, como si percibiera la auténtica irritación de Valora.

Ashley observó el intercambio con interés. Todos en su círculo sabían que Valora albergaba sentimientos por Fane, aunque nunca lo hubiera admitido en voz alta. Y todos sabían que Fane evitaba obstinadamente cualquier cosa que se pareciera a un compromiso serio, especialmente con jóvenes inocentes como Valora.

Era una pena, en realidad. Serían perfectos juntos si Fane pudiera mirar más allá de su reputación de libertino y Valora pudiera admitir lo que quería.

Muy parecido a su propia situación, pensó Ashley con humor sombrío. Desear algo desesperadamente mientras el objeto de ese deseo permanecía frustrantemente fuera de alcance.

—Caballeros —dijo Farah con una dulzura deliberada—, creo que están empezando las partidas de cartas en el salón este. ¿Por qué no van a perder algo de dinero mientras nosotras las damas nos ponemos al día?

—Siempre encantado de complacer. —Rockwell apareció de la nada y besó a su esposa en la mejilla—. Aunque pienso ganar, no perder.

—Naturalmente —dijo Tiffany con sequedad—. Váyanse ya, todos ustedes. Tenemos asuntos importantes que discutir.

Los hombres se alejaron con distintos grados de reluctancia; Fane lanzó una última mirada inescrutable a Valora antes de desaparecer entre la multitud. Apenas se fueron, las mujeres se acercaron unas a otras formando un pequeño círculo junto a uno de los rincones cubiertos de seda.

—Por fin —dijo Courtney—. Me moría por hablar de las inversiones. Tiffany, ¡cuéntales las noticias!

Los ojos de Tiffany brillaron triunfantes.

—Tuvimos una gran victoria esta semana. El negocio naviero hacia las Américas en el que invertimos hace tres meses... bueno, los primeros barcos regresaron y las ganancias superaron incluso nuestras proyecciones más optimistas.

—¿Cuánto? —preguntó Farah con entusiasmo.

—Treinta por ciento de retorno —respondió Tiffany satisfecha—. Lo que nos pone significativamente por delante en la apuesta. A menos que Blackstone o Marlowe hayan logrado un milagro esta última semana, vamos ganando.

Ashley sintió un leve remordimiento al oír mencionar a Raven. Ella sabía sobre su empresa naviera hacia las Indias; él se lo había contado durante aquella maravillosa cena antes de que todo se volviera tan complicado. ¿Debería mencionar las inversiones de Raven en las Indias? ¿Dónde debía estar realmente su lealtad?

—Eso es maravilloso —dijo ella, forzando entusiasmo en su voz—. ¿Hemos calculado cómo estamos posicionadas en general?

—He estimado que llevamos aproximadamente un quince por ciento de ventaja —dijo Valora, dejando en evidencia su talento para los números incluso en un baile de máscaras—. Con solo dos meses restantes en la apuesta, haría falta una inversión extraordinaria para que Blackstone o Marlowe logren alcanzarnos.

—¿Y el premio? —preguntó Claire—. ¿Ya decidimos qué vamos a exigir cuando ganemos?

—Reconocimiento público —dijo Courtney con firmeza—. Quiero que admitan, delante de todos en White's, que las mujeres pueden ser tan hábiles con las inversiones como los hombres.

—De acuerdo —corearon las demás mujeres.

Ashley asintió con ellas, aunque su mente estaba en otra parte. Dentro de dos meses, Raven descubriría que había estado compitiendo contra su propia esposa. ¿Cómo reaccionaría? ¿Se enfurecería por el engaño? ¿Se sentiría impresionado por su talento financiero? ¿Una mezcla de ambas cosas?

—¿Ashley?

La voz de Farah atravesó sus pensamientos, y Ashley se dio cuenta de que su amiga la observaba con preocupación.

—¿Puedo robarte un momento? Quiero enseñarte algo.

Ashley se dejó apartar del grupo, siguiendo a Farah entre la multitud hasta un rincón más tranquilo, cerca de la tienda de la adivina.

—Bien —dijo Farah sin preámbulos—. ¿Qué ocurre? Pareces estar a mil kilómetros de aquí.

—Estoy bien —respondió Ashley automáticamente, pero enseguida se corrigió. Esas mujeres eran sus amigas más cercanas. Si no podía ser sincera con ellas, ¿con quién podría serlo? —. En realidad, no estoy bien. Estoy frustrada y confundida, y esperando desesperadamente que Raven aparezca esta noche.

—¿Por tu plan? —Los ojos de Farah se agrandaron con comprensión—. ¿Todavía piensas seducirlo?

—Pensaba hacerlo —admitió Ashley—. Pero ahora se ha retrasado, y estoy aquí sola, y no sé si...

Se interrumpió, tomando aire.

—Anoche pasó algo. Después de la ópera.

—Cuéntamelo todo —exigió Farah, arrastrándola más adentro del rincón para tener privacidad.

Y Ashley lo hizo. Describió la confrontación en el vestíbulo, la manera en que Raven por fin había admitido que la deseaba. El beso que había incendiado todo su cuerpo de necesidad. Y luego la forma abrupta en que la apartó, enviándola sola a la cama mientras él lidiaba claramente con demonios internos que ella no comprendía.

—Me desea —terminó en voz baja—. Lo sé. Pero está aterrorizado de algo. De alguna parte de sí mismo que cree que yo no puedo aceptar.

—¿Tiene gustos particulares? —preguntó Farah.

—Parece que, como Lucien, le gustan las vendas en los ojos y otras cosas. Le gustan las ataduras, el control.

—¿Y eso es algo malo? Podría ser divertido —dijo su amiga con una sonrisa traviesa.

—Lo sé. Y no me asusta... o al menos, no de la manera en que él cree que debería asustarme. Tengo curiosidad. Incluso me intriga.

Ashley sintió calor en las mejillas.

—Pero no me da la oportunidad de demostrárselo. Sigue alejándome antes de que las cosas puedan avanzar.

—Entonces esta noche no le des esa opción —dijo Farah con firmeza—. Cuando llegue, acorrálalo. Aprovecha el baile de máscaras: todos están fingiendo ser alguien más, los límites son más flexibles, las normas sociales quedan suspendidas. Llévalo a algún lugar privado y haz que te escuche.

—¿Y qué se supone que debo decir? “Raven, sé que te gusta atar mujeres y estoy perfectamente de acuerdo con eso”?

La risa de Ashley sonó ligeramente histérica.

—Querrá saber cómo lo descubrí, y no puedo precisamente admitir que visité un burdel y rebusqué en su gabinete privado.

—Entonces no seas tan explícita —aconsejó Farah—. Sé insinuante. Deja caer pistas. Dile que confías en él, que quieres explorar cosas nuevas juntos, que no eres tan inocente ni tan fácil de escandalizar como él supone.

—Estoy aterrorizada —admitió Ashley—. ¿Y si hago todo eso y aun así me rechaza? ¿Y si no me gusta? ¿O si su vergüenza respecto a sus deseos es demasiado profunda? Yo realmente quiero hijos.

Estaba demasiado asustada para admitir que también encontraba a su marido insoportablemente atractivo y que una parte de ella estaba empezando a enamorarse de él. ¿Cómo podía arriesgar su corazón cuando él ni siquiera era capaz de compartir plenamente quién era?

—No necesitas vendas para tener sexo rutinario, Ashley. Quizá no sea bueno, pero tendrás tu hijo —dijo Farah con suavidad—. Y luego podrás decidir si quieres seguir luchando o aceptar un matrimonio sin pasión. Pero, Ashley... mereces algo mejor que eso. Mereces un marido que realmente te desee, que pueda llegar a amarte. ¿Cómo puede crecer el amor si no existe pasión?

—Lo sé.

Ashley enderezó los hombros y acomodó las coloridas telas de su disfraz.

—Tienes razón. Esta noche voy a acorralarlo. Haré que hable conmigo de verdad. No más huidas, no más distancia calculada.

—Esa es mi chica —dijo Farah con aprobación—. Ahora vamos, volvamos con las demás. Y sigue vigilando por tu bandido de caminos. Cuando llegue, te lanzas sobre él.

Regresaron al salón principal, donde la Hermandad había reclamado un pequeño grupo de sillas cerca de la pista de baile. Ashley intentó concentrarse en la conversación: sobre el embarazo de Tiffany, sobre los planes de Courtney para organizar una fiesta en el campo, sobre la frustración de Claire por el continuo comportamiento libertino de su hermano. Pero su atención seguía desviándose hacia la puerta, esperando ver una figura alta vestida de oscuro y con sombrero tricorne.

Pasó una hora. Luego otra.

El baile de máscaras estaba en pleno apogeo: las parejas bailaban desenfrenadamente, el champán corría libremente y las inhibiciones se relajaban gracias a las máscaras que ofrecían la ilusión del anonimato. Ashley bailó con Wolf, con Vale, incluso con Fane, que resultó sorprendentemente elegante pese a su reputación de libertino.

Pero Raven seguía sin aparecer.

—Vendrá —la tranquilizó Courtney durante una breve pausa entre bailes—. Las audiencias con Prinny nunca duran tanto. Seguramente ya viene de camino con el Regente.

Ashley quería creerle. Pero cuando el reloj marcó la medianoche y todavía no había señales de su marido, la duda empezó a abrirse paso en su interior. ¿Y si aquella era su manera de evitarla después del beso de la noche anterior? ¿Y si estaba usando a Prinny como excusa para mantenerse alejado, para conservar la distancia entre ellos?

¿Y si ella había presionado demasiado, revelado demasiado, y ahora él se estaba apartando por completo?

—Deja de atormentarte —dijo Tiffany, apareciendo a su lado con una nueva copa de champán—. Se te nota en toda la cara. Estará aquí, Ashley. Ten fe.

Ashley aceptó la copa y dio un largo sorbo, intentando calmar el torbellino de pensamientos en su mente. Estaba en uno de los eventos más espectaculares de Londres, rodeada de amigas que se

preocupaban por ella, vestida con un disfraz que la hacía sentirse audaz y poderosa.

Se negaba a pasar toda la noche suspirando por un marido que quizá ni siquiera aparecería.

—Tienes razón —dijo, obligando a su voz a sonar animada—. Nada más de esperar sentada. Vamos a bailar.

Pero incluso cuando permitió que Wolf la llevara de nuevo hacia la pista, incluso mientras reía, giraba y fingía estar pasando la mejor noche de su vida, los ojos de Ashley seguían regresando a la puerta.

Observando.

Esperando.

Deseando.

A un oscuro y peligroso bandido de caminos que quizá guardaba algo más que la posibilidad de darle un hijo. Tal vez sostenía su corazón entre las manos, lo supiera él o no.

EL BAILE de máscaras giraba alrededor de Ashley como un caleidoscopio de colores y sonidos, pero ella apenas lo notaba. ¿Dónde estaba él?

—Está aquí.

El susurro de Farah atravesó la distracción de Ashley, y ella se volvió tan rápido que las campanillas de su disfraz tintinearón.

—No mires ahora, pero tu bandido de caminos acaba de entrar con el grupo del Regente.

El corazón de Ashley dio un vuelco. Se obligó a esperar, a contar hasta diez antes de permitir que su mirada se dirigiera casualmente hacia la entrada. Y allí estaba él.

¿Por qué de repente encontraba a su marido tan atractivo? Ese no era el plan. Solo necesitaba que él fuera a su cama.

El corazón le tropezó en el pecho cuando él recorrió el salón con la mirada, como si estuviera buscando a alguien. ¿A ella? No. No. No podía enamorarse de su marido. De un hombre que todavía lloraba

al amor de su vida. Él ya tenía todas las cartas; desde luego, ella no iba a entregarle también su corazón.

Contuvo el ritmo frenético de sus latidos y se volvió para enfrentarlo.

Raven imponía en su disfraz: abrigo negro con botones plateados, pantalones oscuros metidos dentro de botas altas, un sombrero tricorne ensombreciendo su rostro enmascarado. Una capa colgaba de sus anchos hombros y hasta había conseguido una pistola muy convincente que llevaba metida en el cinturón. Parecía exactamente lo que debía ser: peligroso, misterioso y absolutamente dominante.

Y todas las mujeres del salón lo estaban mirando.

Sus miradas se encontraron a través del abarrotado salón de baile e, incluso con media cara oculta por la máscara, Ashley vio su brusca inhalación. Lo vio quedarse inmóvil, con toda su atención clavada en ella y en su salvaje disfraz de gitana, con el cabello suelto y los llamativos pañuelos.

Entonces Prinny apareció a su lado, jovial y reclamando atención, y el momento se rompió. Raven se volvió para atender al Príncipe Regente y a su séquito, pero Ashley notó cómo su mirada regresaba constantemente a ella, siguiendo cada uno de sus movimientos mientras mantenía una conversación cortés.

—¿Y ahora qué? —susurró a Farah.

—Ahora esperas el momento adecuado —murmuró Farah—. Deja que venga a ti. Lo hará... no podrá evitarlo. Mira cómo te observa.

Y, en efecto, la atención de Raven parecía atraída magnéticamente hacia ella pese a sus obligaciones con el Regente. Incluso desde el otro lado del salón, Ashley podía sentir el peso de su mirada, percibir la tensión apenas contenida en él.

La tensión fue creciendo a medida que avanzaba la noche. Raven cumplió con todas sus obligaciones sociales: saludó a Lady Summerton, intercambió cortesías con otros invitados, atendió sus deberes como anfitrión distinguido. Pero siempre, siempre, sus ojos la encontraban entre la multitud.

Cuando ella bailó con Vale, sintió la mirada de Raven ardiéndole en la espalda.

Cuando se rio de algo que dijo Fane, alcanzó a ver cómo la mandíbula de Raven se tensaba desde el otro extremo del salón.

La deseaba.

La evidencia estaba en cada línea rígida de su cuerpo, en cada mirada posesiva, en cada instante de control apenas sostenido.

Por fin, cuando se acercaba la una de la madrugada y los bailes se habían vuelto más desenfrenados, Raven se separó del grupo con el que hablaba y comenzó a dirigirse hacia ella con determinación deliberada.

El pulso de Ashley se aceleró.

Era el momento.

—Baila conmigo.

Su voz era baja, áspera, cuando apareció junto a ella. No era una petición: era una orden envuelta en una cortesía apenas civilizada.

—Pensé que nunca lo pedirías.

Ella puso la mano en la suya y sintió el estremecimiento que lo recorrió al contacto.

Él la condujo a la pista mientras los músicos comenzaban un vals. La mano de Raven sobre su cintura ardía incluso a través de las capas del disfraz, y sus dedos la sujetaban quizá con más fuerza de la apropiada. Bailaron en silencio durante varios momentos, el espacio entre ellos cargado de todo lo que no se decía.

—Esta noche estás hermosa —dijo al fin, con los ojos verdes intensos detrás de la máscara—. Demasiado hermosa. Demasiado salvaje. Ningún hombre aquí puede dejar de mirarte.

—A mí solo me importa la atención de un hombre.

Ashley sostuvo su mirada sin apartar los ojos.

—Y parece decidido a evitarme.

—No evitarte. Jamás evitarte.

Su mano se tensó en su cintura.

—Estoy intentando protegerte, Ashley. De mí mismo.

—¿Y si no quiero protección? —Se acercó más, lo suficiente para que las campanillas de su disfraz rozaran el cuerpo de él—. ¿Y si quiero la verdad? Toda.

Ella sintió cómo él se tensaba, vio el conflicto librarse en su expresión. La música crecía a su alrededor, otras parejas giraban con

sus elaborados disfraces, pero el mundo de Ashley se había reducido a esto: los ojos atormentados de su marido, el temblor de sus manos, el deseo apenas contenido que irradiaba de él.

—No sabes lo que estás pidiendo —dijo él, con la voz tensa.

—Entonces dímelo. Haz que lo entienda. —Le apoyó la mano libre sobre el pecho, sintiendo el latido acelerado de su corazón bajo la palma—. No soy frágil, Raven. No voy a romperme.

—Ashley...

—Quiero un hijo. —Las palabras salieron atropelladamente, desesperadas y sinceras mientras las lágrimas le llenaban los ojos—. Quiero ser una esposa de verdad para ti. Quiero... —Tragó saliva, reuniendo valor—. Quiero que me des lo único que hará soportable este matrimonio.

Él soltó una respiración entrecortada. Durante un instante solo la miró fijamente, y ella vio quebrarse algo en la cuidadosamente mantenida compostura de él. Hambre pura, luego compasión destelló en sus ojos, seguida de inmediato por miedo.

—No entiendes lo que estás ofreciendo —dijo él con aspereza—. Lo que quiero de ti no es... no es lo que un caballero debería querer de su esposa.

—Muéstramelo. —La audacia de sus propias palabras la sorprendió, pero siguió adelante—. El baile de máscaras es la cobertura perfecta. Todos aquí están fingiendo ser otra persona esta noche. Nosotros también podríamos fingir. Podrías mostrarme lo que deseas sin miedo a ser juzgado.

La música estaba terminando. A su alrededor, las parejas comenzaban a separarse y abandonar la pista. Pero Raven la sostuvo un momento más, escrutando sus ojos con una intensidad desesperada.

—Si te lo muestro —dijo, con la voz apenas audible por encima de los aplausos dedicados a los músicos—, si dejas que veas la verdad de lo que soy... puede que no te guste lo que descubras. Puede que me tengas miedo.

—Quiero un hijo —susurró Ashley—. Solo quiero un hijo.

Ella vio el instante exacto en que la determinación de él se derrumbó. Vio cómo el deseo ¿o era culpa?, vencía al miedo, cómo

la necesidad triunfaba sobre la vergüenza. La mano de él abandonó su cintura para atrapar la de ella, apretándola casi hasta hacerle daño.

—Nos vamos a casa —dijo él—. Ahora. Antes de que pierda el valor.

La condujo fuera de la pista de baile y fue a pedir el carruaje. El corazón de Ashley latía con fuerza mientras lo seguía, las campanillas de su disfraz tintineaban suavemente a cada paso. No tenía idea de lo que estaba a punto de suceder, de la verdad que Raven estaba por revelar.

Pero había dicho la verdad. No le tenía miedo a él. Lo único que temía era pasar el resto de su vida atrapada en aquel limbo de deseo y espera, sin hijos. Quería tener a alguien a quien amar.

Fuera lo que fuese lo que viniera después, al menos sería honesto. Al menos sería real.

Raven la miró una vez mientras la ayudaba a subir a su carruaje, con los ojos oscuros de deseo y determinación tras la máscara de bandido de caminos.

Y Ashley, vestida como una adivina capaz supuestamente de ver el futuro, no tenía idea del destino que la aguardaba. Pero estaba lista para descubrirlo.

CAPÍTULO ONCE

El viaje de regreso en carruaje transcurrió en un silencio incómodo. ¿Se estaba arrepintiendo de su decisión? El ardor en sus ojos le hizo pensar que no.

Ignorando a todo el personal que aún seguía despierto a esas horas de la noche, la llevó tras él mientras subían las escaleras hacia la suite ducal. Despidió a su ayuda de cámara con un gesto de la mano.

Raven la hizo entrar y cerró la puerta, apoyándose contra ella como si necesitara el soporte. Durante un largo momento, simplemente la observó, con el pecho subiendo y bajando en rápidas respiraciones. Luego echó la llave.

—Última oportunidad —dijo con voz áspera—. Puedes cruzar la puerta comunicante hacia tu habitación y fingir que esto nunca ocurrió. Seguir como hasta ahora.

—No.

Ashley se acercó más, con el valor fortalecido por la necesidad desesperada que veía en sus ojos.

—No más de fingir. No más distancia. Quiero la verdad, Raven. Toda.

Él se apartó de la puerta, quitándose el sombrero tricorne y arrojándolo a un lado. Sus manos fueron hacia la máscara, pero vacilaron.

—Si me quito esto... si hacemos esto... no podré volver a mantenerte a distancia. ¿Lo entiendes? Una vez que sepas lo que soy, lo que necesito... no podrás olvidarlo.

—Bien.

Ella levantó la mano y se quitó su propia máscara, dejándola caer al suelo.

—Estoy cansada de las máscaras. Tanto de las literales como de las metafóricas.

Algo cambió en su expresión: resignación mezclada con alivio y un hambre feroz. Se quitó la máscara, revelando por completo su rostro bajo la luz de luna que entraba por la ventana. Sin aquella barrera entre ellos, ella pudo ver cada emoción reflejada en sus facciones: deseo, culpa, vergüenza, esperanza, miedo.

—Voy a contarte algo —dijo él en voz baja, acercándose a la ventana y dándole la espalda—. Algo que nunca le he contado a nadie excepto a... excepto a Kitty. Y después de que te lo diga, entenderás por qué he mantenido la distancia.

Ashley esperó, con las manos entrelazadas para evitar que le temblaran.

—Cuando tenía quince años —empezó Raven, con la voz cuidadosamente controlada—, una mujer mayor me sedujo. Una mujer casada. La señora Featherington.

Hizo una pausa y Ashley vio cómo se tensaban sus hombros.

—En ese momento pensé que era muy afortunado. Una mujer hermosa interesándose por un chico torpe. Enseñándome cosas que nadie más me enseñaría.

El pecho de Ashley se apretó mientras empezaba a comprender.

—Ella me enseñó sus preferencias —continuó Raven, cerrando las manos en puños a los costados—. Me mostró cómo le gustaba ser... restringida. Controlada. Dominada. Y descubrí que yo era bastante bueno en eso. Que me gustaba. Que había algo en mi naturaleza que respondía a ese tipo de intercambio de poder.

Se volvió hacia ella, con una expresión atormentada.

—La vi intermitentemente durante dos años. Pensaba que lo que ella me había enseñado era perfectamente normal. Que todos los hombres deseaban lo que yo deseaba. Hasta que su marido y mi

padre nos descubrieron. Hasta que mi padre tuvo que pagar una enorme suma para silenciar el escándalo. Hasta que aprendí que lo que deseaba... lo que soy... es considerado perverso. Desviado. Incorrecto.

—Raven... —empezó Ashley, pero él levantó una mano.

—Déjame terminar. Por favor.

Tomó una respiración temblorosa.

—Mi padre estaba furioso. Me llamó una abominación. Dijo que mis inclinaciones eran vergonzosas, que había corrompido a una mujer casada con mis deseos retorcidos. No importaba que ella hubiera iniciado todo, que hubiera sido ella quien me enseñó. A ojos de la sociedad, yo era el monstruo. Y murió pensando eso.

La comprensión golpeó a Ashley como una ola. Por eso él había mantenido la distancia. Por eso había sido tan cuidadoso, tan controlado. Creía que estaba roto de forma irreparable, que sus deseos eran algo vergonzoso que la disgustaría o asustaría.

—Después de la muerte de mi padre —continuó Raven—, intenté enterrar esa parte de mí. Me concentré en el deber, en ser el duque perfecto. Pero la necesidad nunca desapareció. Finalmente encontré establecimientos donde... donde las mujeres entendían. Donde podía ser yo mismo sin ser juzgado.

Sus ojos se encontraron con los de ella, desnudos y vulnerables.

—Kitty entendía. Nunca me hizo sentir como un monstruo. Con ella, por fin podía ser honesto respecto a lo que quería.

—Y ahora crees que yo no puedo soportar esa verdad —dijo Ashley suavemente—. Crees que voy a apartarme de ti como hizo tu padre. Que voy a verte como algo perverso o incorrecto. ¿Por qué debería importarte eso? No es como si nuestro matrimonio fuera por amor.

—¿Y si se lo contaras a alguien? Las damas ya saben que no he ido a tu cama, ¿verdad?

La pregunta fue apenas un susurro, cargado con años de vergüenza acumulada.

Una pequeña parte de ella se derrumbó. Había esperado que fuera porque le importaba lo que ella pensaba. Pero él jamás la

habría escogido como esposa de no ser por aquel tonto beso bajo los efectos del alcohol.

—Ashley, lo que quiero de ti no es gentil ni romántico. Quiero atarte a mi cama con pañuelos de seda. Quiero vendarte los ojos y tomar el control absoluto de tu placer. Quiero oírte suplicar y verte rendirte por completo ante mí.

Su voz se quebró.

—¿Qué clase de marido quiere eso de su esposa? ¿Qué clase de hombre no puede hacerle el amor a una mujer sin necesitar dominarla?

El dolor en su voz rompió algo en el pecho de Ashley. Todo ese tiempo, él se había estado torturando, convencido de que sus deseos lo hacían indigno de ella. Convencido de que jamás podría aceptar lo que necesitaba.

Ella cruzó el espacio entre ambos en tres pasos y alzó las manos para tomar su rostro entre ellas.

—Raven. Escúchame con mucha atención.

Él cerró los ojos, como preparándose para el rechazo.

—No tengo miedo de lo que quieres —dijo ella con firmeza—. No estoy disgustada ni horrorizada. Estoy... intrigada, quizá un poco asustada. Algo curiosa. Tal vez incluso un poco emocionada por la idea. Nadie es perfecto. Todos tenemos defectos.

Sus ojos se abrieron de golpe, con incredulidad escrita en el rostro.

—No puedes hablar en serio...

—Lo sabía —lo interrumpió ella—. No todo, pero sí lo suficiente. Visité tu dormitorio mientras no estabas. Encontré el gabinete.

El horror inundó su expresión.

—Ashley, puedo explicarlo...

—Vi las bufandas de seda. Las esposas de cuero forradas de terciopelo. Las máscaras y otros objetos, todos claramente caros y bien cuidados. ¿Y sabes qué pensé? —sostuvo su mirada con firmeza—. Pensé que parecían diseñados para el placer, no para el dolor. Pensé que quien los creó se preocupaba por la comodidad, incluso mientras proporcionaba restricción.

—¿Tú... tú no sientes repulsión? —su voz era apenas audible.

—Bueno, no tengo mucha experiencia en ese ámbito. —Deslizó los pulgares por sus pómulos, sintiéndolo temblar bajo su contacto—. Estoy casada contigo, Raven. Si vamos a tener un buen matrimonio, tenemos que ser honestos el uno con el otro. Sé que sigues enamorado de Kitty, pero aun así podemos tener un matrimonio basado en el respeto y quizá en la amistad.

—Me gustaría eso. Cualquier otra cosa es agotadora.

—Por lo tanto, quiero ser tu esposa en todos los sentidos. Si esto es lo que necesitas, si estos son los deseos que has estado reprimiendo... entonces muéstramelo. Enséñame. Déjame ser la mujer que acepta todo de ti, no solo las partes controladas y correctas.

—Ashley... —sus manos se alzaron para cubrir las de ella, su expresión dividida entre la esperanza y el terror—. No entiendes lo que estás ofreciendo. Una vez que empecemos por este camino...

—Entonces lo exploraremos juntos. —Se puso de puntillas, acercando más su rostro al de él—. Confío en ti, Raven. Confío en que nunca me harías daño de verdad. Eres un buen hombre. Lo que sea que quieras hacer sería sobre placer, sobre conexión. Sobre finalmente ser honestos el uno con el otro. Además, si no me gusta, nos detendremos una vez que esté embarazada.

Ella lo vio vacilar, vio el deseo luchar contra años de vergüenza profundamente arraigada. Así que tomó la decisión por ambos, presionando sus labios contra los de él en un beso que era a la vez tierno y exigente.

Por un latido, él permaneció inmóvil. Luego, con un sonido que fue mitad gemido, mitad rendición, le devolvió el beso con un hambre que le robó el aliento. Sus brazos la rodearon, atrayéndola contra él con una fuerza casi dolorosa, y ella sintió la evidencia de su deseo presionando contra su vientre.

Este beso era diferente al del vestíbulo. Aquel había sido contenido, controlado a pesar de su intensidad. Este era crudo, desesperado: el beso de un hombre que había estado hambriento y al fin se le permitía darse un festín.

Sus manos recorrieron la espalda de ella, enredándose en las bufandas de su disfraz, aferrándose a su cintura, abarcando su caja

torácica. Cuando finalmente rompió el beso, ambos respiraban agitadamente y los ojos de él se habían oscurecido de necesidad.

—Dime que estás segura —dijo con voz áspera—. Dime que entiendes a lo que estás accediendo.

—Quiero un hijo y quiero a mi esposo en mi cama para conseguirlo —dijo Ashley, con la voz firme pese al latido desenfrenado de su corazón—. Como sea que me necesites. Muéstrame, Raven. Ya no te contengas.

Ella vio el instante exacto en que el control de él se hizo añicos. Sus manos fueron hacia las bufandas alrededor de su cuello, desenrollándolas lentamente y con deliberado cuidado.

—Estas —dijo, bajando la voz a un registro más grave que le provocó escalofríos— son perfectas. ¿Confías en mí para que las use?

El aliento de Ashley se entrecortó al comprender su intención. Las bufandas que formaban parte de su disfraz de gitana... quería usarlas como ataduras. La intimidad de aquello, el simbolismo, aceleró su pulso.

—Sí —susurró—. Confío en ti.

Algo feroz y posesivo brilló en los ojos de él.

—Si en algún momento quieres que me detenga, dirás la palabra "rojo". ¿Entiendes? No importa lo que esté ocurriendo, si dices "rojo", me detendré inmediatamente. Tu seguridad, tu comodidad... eso es lo más importante. Siempre.

El hecho de que incluso en medio de su deseo, incluso después de años reprimiendo sus necesidades, estuviera pensando primero en el bienestar de ella hizo que el pecho de Ashley se apretara de emoción. Esto no se trataba de crueldad ni de control por el control mismo. Se trataba de confianza, de entrega, de dos personas finalmente siendo honestas la una con la otra.

—Entiendo —dijo ella—. "Rojo" significa detenerse.

—Buena chica. —El elogio en su voz envió un calor inesperado a través de su cuerpo—. Ahora voy a besarte otra vez. Y mientras lo hago, voy a empezar a desvestirte. Si quieres que vaya más despacio o que me detenga, me lo dices. ¿Entiendes?

—Sí.

La boca de él reclamó la suya de nuevo, más suave esta vez, pero no menos intensa. Sus manos se movieron con sorprendente delicadeza, encontrando los cierres de su disfraz, aflojando cordones y lazos con una facilidad experta. Ashley sintió cómo las capas de su atuendo de gitana comenzaban a caer, bufandas, faldas, el chaleco bordado, hasta quedar solo con la camisola y el corsé.

—Eres hermosa —murmuró Raven contra su boca, sus manos abarcando la cintura aprisionada por el corsé—. Malditamente hermosa, y he querido esto... te he querido a ti... durante tanto tiempo.

—Entonces tómame —respondió Ashley sin aliento—. Por favor, Raven. Necesito...

—Sé lo que necesitas. —Su voz era pura seducción—. Y voy a dártelo. Pero antes, tenemos que establecer algunas cosas. Esto no va a ser suave ni convencional. Voy a atarte con tus propias bufandas. Voy a tomarme mi tiempo. Y tú vas a entregarte completamente a mí. ¿Puedes hacer eso?

La pregunta quedó suspendida en el aire entre ellos, cargada de significado. Esta era su última oportunidad de retroceder, de insistir en algo más tradicional. Pero al mirar los ojos de Raven, al ver la esperanza desesperada mezclada con miedo, Ashley supo que esto era exactamente lo que ambos necesitaban para alcanzar sus objetivos.

—Sí —dijo con firmeza—. Muéstramelo todo. No te contengas.

La transformación en Raven fue inmediata e impresionante. El duque cuidadoso y controlado desapareció, reemplazado por algo más oscuro, más primitivo. Sus manos se movieron con una nueva seguridad, recogiendo las coloridas bufandas que habían adornado su disfraz.

—Las manos —ordenó suavemente, y Ashley obedeció, el corazón acelerado por la anticipación y un poco de miedo.

Sintió la seda deslizarse alrededor de sus muñecas, atándolas juntas con sorprendente habilidad. No tan apretado como para hacer daño, pero sí lo bastante firme como para que no pudiera liberarse. La sensación de estar restringida, de entregarle el control a su

esposo, envió un estremecimiento por su cuerpo que no había esperado.

—¿Cómo se siente eso? —la voz de Raven era grave junto a su oído, su aliento cálido contra su piel—. Dímelo con sinceridad.

—Extraño —admitió Ashley—. Pero también... emocionante. Me siento expuesta, pero segura al mismo tiempo.

—Perfecto. —Le besó el hombro—. Exactamente así es como deberías sentirte. Vulnerable, pero confiando en que voy a cuidar de ti. Porque lo haré, Ashley. Voy a cuidarte muy bien.

Sus manos fueron hasta el corsé y comenzaron a desatarlo con dedos ágiles.

—He imaginado esto tantas veces —confesó mientras la prenda se aflojaba—. A ti, atada y desnuda ante mí. Mía para tocar. Mía para dar placer. Mía para poseer completamente.

El tono posesivo de su voz probablemente debería haberla alarmado. En cambio, hizo que el calor se acumulara en lo más bajo de su vientre. Había pasado tres meses sintiéndose indeseada, y ahora su marido la miraba como si fuera lo más deseable del mundo.

El corsé cayó, dejándola solo con su fina camisola. Raven retrocedió apenas un poco, recorriéndola con una mirada tan hambrienta y apreciativa que Ashley sintió cómo sus pezones se endurecían en respuesta.

—Dios, Ashley. —Su voz sonó reverente—. Eres perfecta. Absolutamente perfecta.

Entonces volvió a besarla, más profundamente esta vez, mientras sus manos recorrían libremente su cuerpo y las de ella seguían atadas frente a sí. La restricción solo intensificaba cada sensación: el calor de su boca, la fuerza de sus manos, el sólido calor de su cuerpo vestido presionado contra su desnudez.

—Hermosa —murmuró contra sus labios—. Te necesito en una cama. Ahora.

La levantó con facilidad pese a las ataduras en sus muñecas y la llevó hasta la gran cama con dosel. Raven la depositó sobre ella con una delicadeza sorprendente.

Por un momento, simplemente permaneció allí, mirándola desde arriba: su esposa, atada y sin aliento, con el cabello desordenado

alrededor de los hombros y su feminidad expuesta. Ashley sintió que se ruborizaba bajo aquel escrutinio intenso, pero no apartó la mirada.

—Necesito que entiendas algo —dijo Raven mientras caminaba hasta asegurarse de que la puerta del dormitorio estuviera cerrada con llave; su voz sonaba áspera por la emoción—. Esto no se trata solo de placer físico para mí. Se trata de confianza. De que tú entregues el control y yo sea digno de esa entrega. De ser completamente honestos el uno con el otro de una forma que la sociedad nunca permite.

—Lo entiendo —susurró Ashley—. Y no tengo miedo, Raven. Quiero esto. Te quiero a ti.

Se quitó el abrigo lentamente, luego el chaleco y la corbata. Cada prenda revelaba más del hombre que había debajo: hombros anchos, pecho musculoso, la evidencia de su deseo tensando los pantalones. Para cuando quedó desnudo de la cintura hacia arriba, Ashley tenía la boca seca.

Era magnífico.

Y era suyo.

—Ahora —dijo Raven mientras subía a la cama junto a ella—, déjame mostrarte exactamente con qué he estado soñando durante tres meses.

Sus manos se movieron y, con otra bufanda, ató las muñecas de Ashley a un aro del cabecero. Ahora estaba estirada bajo él como una ofrenda sacrificial. Lentamente, le subió la tela por las piernas, sobre las caderas, amontonándola en la cintura. Ashley jadeó ante la repentina exposición, incapaz de cubrirse debido a sus manos atadas.

—No te escondas de mí —ordenó Raven con suavidad—. Quiero verte toda. Cada hermoso centímetro.

Sus manos acariciaron la parte interna de sus muslos y Ashley no pudo contener un gemido ahogado. Nunca antes la habían tocado así. El escándalo que había arruinado su reputación había sido una mentira, pero no podía pensar en eso ahora, no con las manos de Raven sobre su piel y sus ojos oscurecidos por el deseo. Aunque una pequeña voz le gritaba que debía decírselo. Él probablemente

pensaba que ella no era inocente, y si se lo confesaba, tal vez se detendría.

—Tan sensible —murmuró con una voz aterciopelada—. He soñado con esto, Ashley. Con tenerte así, confiando completamente en mí.

Sus dedos trazaban patrones sobre su piel que la hacían jadear y arquearse. Cada caricia era deliberada, controlada, diseñada para aumentar lentamente el placer. No tenía ninguna prisa; se tomaba su tiempo para descubrir qué la hacía gemir, qué hacía que se le cortara la respiración.

—Voy a hacerte sentir cosas que nunca has sentido antes —prometió mientras sus labios dejaban besos a lo largo de su mandíbula y descendían por su garganta—. Voy a desarmarte lentamente, pieza por pieza, hasta que no quede nada salvo placer.

Ashley le creyó. Su cuerpo ya cantaba bajo sus caricias, la sensación creciendo de formas que jamás había experimentado. Cuando la mano de Raven subió más alto, más íntimamente, ella jadeó ante aquella sensación desconocida. Pero era... indescriptible.

—Normalmente te pondría una venda en los ojos y... pero eso lo dejaremos para otra ocasión.

Ashley observó sus ojos mientras él inclinaba la cabeza para besarla largamente, aunque no la complació demasiado tiempo. El beso fue demasiado corto —aunque no podía quejarse, porque su boca encontró muchas otras maneras ingeniosas de recorrer su cuello, sus hombros, sus pechos, su vientre...

Le separó las piernas y besó la parte interna de su muslo. Ashley contuvo el aliento. Había oído hablar de aquello. Mujeres casadas hablando en voz baja sobre lo que habían leído... o experimentado. Se preguntó qué más podría mostrarle Raven en la penumbra de su dormitorio.

Y entonces dejó de preguntarse cualquier cosa, porque la lengua de él estaba sobre ella, en el lugar más íntimo de todos, y no pudo hacer otra cosa que dejarse arrastrar por aquella sensualidad e intentar no sollozar de placer.

Nunca había sabido que el placer pudiera ser así, especialmente con un hombre con el que jamás había querido casarse.

Nada parecido a aquella espiral ardiente de sensaciones enroscándose en su vientre y extendiéndose por sus brazos hasta las puntas de los dedos, por sus piernas hasta el dedo más pequeño del pie. Se agitó sobre la cama, oyendo sus propios gemidos entrecortados resonar en la tenue luz del fuego, pero Raven no le dio tregua.

Ella no quería su misericordia. Lo quería a él.

Finalmente, la espiral tensa explotó, y Ashley arqueó el cuerpo mientras soltaba un grito. Temió que toda la casa pudiera oírla. No había duda de que Raven sí lo había hecho. Cerró los ojos, completamente satisfecha y exhausta. Pero él todavía no había terminado con ella.

Volvió a inclinarse sobre ella y la besó. Ashley pudo saborearse en sus labios y se estremeció cuando la rodilla de Raven la abrió aún más, acomodándose perfectamente entre sus muslos.

—Te quiero —murmuró él junto a su oído mientras sus labios recorrían su garganta y descendían para succionar uno de sus pechos.

Y con una sola embestida entró en ella.

Ante su grito, Raven se quedó completamente inmóvil, con sus ojos encontrando los de Ashley con una atención repentina y aguda.

—¿Ashley? —Su voz llevaba una pregunta; confusión mezclada con una comprensión que comenzaba a abrirse paso.

—No te detengas —suplicó ella, aunque vio cómo el entendimiento inundaba la expresión de él.

—Tú eres... —Se interrumpió, mientras su mano temblaba sobre la piel de Ashley—. Ashley, ¿nunca has...?

—Por favor —susurró ella, sintiendo las lágrimas picarle en los ojos—. Por favor, no te apartes ahora. Quiero esto. Te quiero a ti.

Pero Raven ya se estaba moviendo; sus manos fueron hacia las bufandas de seda que ataban sus muñecas. La liberó con movimientos rápidos y eficaces, y luego la atrajo contra su pecho, sosteniéndola mientras el corazón de él retumbaba bajo su oído.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Su voz estaba áspera por la emoción—. Ashley, dejaste que todos creyeran... el escándalo que arruinó tu vida...

—¿Cuándo le ha importado a la sociedad la verdad? —terminó ella en voz baja—. La historia no es mía para ser contada, pero te juro que no fui yo quien intentó fugarse con ese caballero. Yo solo intentaba salvar a... alguien, pero las consecuencias fueron terribles. No podía permitir que esa persona saliera herida, así que hice lo que tenía que hacer, aunque eso hiciera que todos pensarán lo peor de mí. Yo era más fuerte. Tenía la protección de mi hermano, un marqués. Wolf y Rockwell todavía no conocen toda la historia.

Los brazos de Raven se apretaron alrededor de ella.

—¿Y has pasado tres años cargando sola con ese peso? ¿Siendo castigada por algo que no hiciste?

—Ahora ya no importa. —Ashley se apartó apenas para mirarlo, viendo el torbellino en sus ojos—. Lo hecho, hecho está. Yo solo quiero ser una buena esposa y tener muchos hijos.

Él le sostuvo el rostro entre las manos, apartando con los pulgares lágrimas que ella ni siquiera había notado que caían.

—No te estoy rechazando. Pero, Ashley, tu primera vez... debería haber sido perfecta. No apresurada. No contigo atada porque yo no podía controlar mis... podría haber sido más gentil.

—Esto es perfecto —lo interrumpió ella con firmeza—. Esto eres tú siendo honesto conmigo por fin. Mostrándome quién eres realmente. Eso es mucho más perfecto que cualquier desfloración convencional.

—Eso lo dices ahora, pero... ¿cómo podrías saberlo? —Él soltó una pequeña risa y parte de la tensión desapareció.

—Lo digo en serio. —Ashley tomó sus manos y las sostuvo contra su rostro—. Pasé tres meses preguntándome por qué mi marido no quería tocarme. Pensando que no era lo bastante deseable, que no era digna. Y ahora por fin lo entiendo: estabas intentando protegerme de ti mismo. Pero, Raven, no necesito protección. Necesito honestidad. Te necesito a ti. Y quiero nuestro hijo.

Ashley vio la batalla reflejada en su expresión: el deseo luchando contra su instinto protector, la necesidad enfrentándose a la vergüenza profundamente arraigada que sentía por sus preferencias.

—Quiero hacer esto bien —dijo él al final—. Hacerte el amor con suavidad en tu primera vez, como mereces...

—No. —La voz de Ashley fue firme—. Solo quiero que sea real. Ya he tenido suficientes secretos en mi vida. Sería agradable no tener que esconder cosas dentro de mi matrimonio.

—Ashley...

—Muéstrame —susurró ella mientras llevaba las manos al pecho de Raven, sintiendo el latido acelerado de su corazón—. Por favor.

Durante un largo momento, Raven simplemente la observó, con el conflicto visible en cada línea de su cuerpo. Luego, lentamente, Ashley vio cómo su determinación se derrumbaba. Vio el deseo imponerse al miedo, la necesidad triunfar sobre la vergüenza.

Esta vez él la acostó suavemente sobre la cama, sin ataduras ni máscaras. Solo ellos dos.

Mucho más tarde, mientras permanecían entrelazados en la cama, Ashley se sintió profundamente cambiada. Su cuerpo le dolía de formas desconocidas, pero era un dolor agradable, un recordatorio de todo lo que habían compartido. Raven la sostenía cerca de él, acariciándole el cabello con una ternura sorprendente.

—Te hice daño —dijo él en voz baja, y Ashley pudo oír la culpa en sus palabras—. Te juro que nunca volveré a hacerte daño.

—No más de lo natural para una primera vez —lo tranquilizó Ashley, depositando un beso sobre su pecho—. Y el placer superó con creces cualquier incomodidad. Tú fuiste... Raven, eso fue extraordinario.

—La extraordinaria eres tú —la corrigió él, inclinándole el rostro hacia arriba.

—Nunca voy a ser la duquesa respetable, y lamento que el nombre de tu familia esté manchado por el mío. —Ashley recorrió con ternura la línea de su mandíbula—. Pero puedo ser una madre maravillosa.

Los ojos de Raven brillaron sospechosamente.

—Debería haber acudido a ti hace meses. Debería haber sido honesto en lugar de esconderme detrás del miedo y la culpa.

—Ahora estamos siendo honestos —dijo Ashley—. Eso es lo que importa. Solo espero que podamos encontrar una manera de hacer que este matrimonio sea cómodo y feliz para ambos.

—Me gustaría eso. Mis padres tenían una especie de amistad; incluso podría llamarse amor. Pero fue un matrimonio arreglado. Ellos tuvieron suerte. Quizá yo también la tenga. —La besó suavemente, aunque con profundidad.

—Tienes un aspecto de deliciosamente satisfecha —dijo con oscura satisfacción mientras contemplaba el resultado de su obra—. ¿Te gustaría quedarte conmigo esta noche o prefieres ir a tu dormitorio?

—Me gustaría quedarme.

—A mí también me gustaría eso.

CAPÍTULO DOCE

Raven contemplaba el techo en penumbras de su dormitorio, con el cálido cuerpo de Ashley acurrucado contra su costado, respirando profunda y acompasadamente en un sueño agotado. Él también debería estar durmiendo; Dios sabía que su cuerpo estaba satisfecho de una forma que no lo había estado en meses. Pero su mente se negaba a aquietarse y, en cambio, hervía con una furia que crecía con cada minuto que pasaba.

Ella había sido inocente.

Todo ese tiempo... tres años de susurros y desplantes, tres años siendo tratada como un ejemplo de advertencia, tres años de la alegre condena de la sociedad... y ella había sido inocente. No solo técnicamente inocente según la forma en que la sociedad medía esas cosas, sino verdaderamente, completamente irreproachable.

Yo solo intentaba salvar a... alguien.

Las palabras resonaban en su mente, alimentando la rabia que ardía en su pecho. Algún bastardo había intentado fugarse con otra joven y Ashley, la insensata, valiente, imposiblemente noble Ashley, había intervenido. Y de alguna manera, en medio del caos que siguió, había sido ella quien terminó arruinada mientras los verdaderos culpables escapaban sin consecuencias.

Su brazo se tensó involuntariamente alrededor del cuerpo dormido de Ashley, y ella emitió un suave sonido, acurrucándose aún

más contra él. Incluso dormida, buscaba consuelo. Buscaba seguridad. Y él había pasado tres meses manteniéndola a distancia, juzgándola por un escándalo que había asumido para proteger a otra persona.

La vergüenza por eso lo atravesó profundamente, pero aún más profunda era la rabia abrasadora hacia quienquiera que la hubiera puesto en esa situación. Ese hombre pagaría.

Raven se apartó con cuidado del abrazo de Ashley, acomodándole la colcha sobre los hombros desnudos antes de ponerse los pantalones y la camisa que había dejado tirados. Dormir era imposible. Caminó hasta la ventana y contempló la oscuridad previa al amanecer sobre Londres, con las manos apretadas en puños contra el alféizar.

¿A quién había protegido?

Ashley tenía varias amigas íntimas, la llamada Hermandad que mencionaba de vez en cuando. Lady Courtney, ahora casada con Lucien. Lady Farah, su propia hermana, casada con Rockwell. Lady Tiffany, casada con Wolf. También estaban Claire, Valora, Lauren e Ivy, la hermana de Ashley. Cualquiera de ellas podría haber sido la mujer a la que Ashley había intentado salvar.

Pero ¿por qué Ashley había sido la atrapada en lugar de los verdaderos implicados? No tenía sentido a menos que... a menos que la fuga hubiera sido descubierta de forma pública y Ashley hubiera desviado deliberadamente la atención hacia sí misma. Había asumido la culpa. Había dejado que la sociedad creyera que ella era la mujer caída en desgracia y no quien realmente había intentado huir con aquel hombre sin nombre.

Cristo. Cuanto más lo pensaba, más crecía su furia. ¿Qué clase de mujer permitía que Ashley se sacrificara de esa forma? ¿Que pasara tres años convertida en una paria social mientras ellas seguían adelante con sus vidas?

A menos que no lo supieran. A menos que Ashley hubiera sido tan convincente en su engaño que incluso la persona a la que salvó hubiera creído las mentiras que la sociedad decía sobre ella.

Pero había un hombre que había iniciado todo aquello y no había sufrido ninguna consecuencia.

Raven apoyó la frente contra el cristal frío, intentando ordenar sus pensamientos caóticos. Necesitaba información. Hechos. Una imagen clara de lo que había ocurrido realmente tres años atrás antes de decidir cómo vengarse de quien había causado todo aquello.

La cuestión era: ¿quién le diría la verdad?

Ashley era la fuente más obvia, pero algo le impedía despertarla para exigir respuestas. Ella había cargado sola con aquel peso durante tres años, protegiendo con lealtad inquebrantable a quienquiera que hubiera estado protegiendo. ¿Traicionaría ahora esa confianza, incluso ante su marido? Y, más importante aún... ¿tenía él derecho a pedírselo?

Apenas acababan de encontrar esta nueva... especie de relación. Sabía que, después de esa noche, la pérdida de Kitty dolía menos. Seguía allí, pero ya no lo consumía todo.

Entonces, sus hermanos. Tanto Wolf como Rockwell habían estado implicados en las consecuencias del escándalo y habían ayudado a manejar el desastre social. Seguramente sabían algo. Pero Ashley había dicho específicamente que ellos no conocían toda la historia.

Así que los hermanos conocían alguna versión de los hechos, pero no la verdad completa. Lo que significaba que Ashley también les había mentado a ellos, o al menos les había permitido creer una versión incorrecta de lo sucedido. Siempre protegiendo a otros, nunca a sí misma.

La mandíbula de Raven se tensó. Durante los últimos meses había desarrollado un respeto a regañadientes por Wolf y Rockwell. Eran buenos hombres que claramente amaban a sus esposas. Pero también habían permanecido de brazos cruzados mientras su hermana asumía la culpa por algo que no había hecho. ¿De verdad nunca lo sospecharon? ¿O simplemente aceptaron el juicio de la sociedad porque era más fácil que enfrentarse a él?

La furia que ardía en su pecho se expandió, abarcando no solo al hombre desconocido que había iniciado todo ese desastre, sino también a todos los que habían fallado a Ashley. Incluyéndose a sí mismo.

Se apartó de la ventana y comenzó a recorrer el dormitorio con una agitación apenas contenida. El cielo al este empezaba a aclararse; el amanecer no debía de estar lejos. En unas horas la casa despertaría. Henderson llevaría la correspondencia matutina. Simpson llegaría para ayudarlo a vestirse. La vida continuaría como si todo no hubiera cambiado de forma fundamental en el espacio de una sola noche.

Pero todo había cambiado. Por fin había reclamado a su esposa, por fin había sido honesto respecto a sus deseos. Y, a cambio, ella le había revelado una verdad que le hacía querer incendiar la mitad de los salones de Londres.

La historia no es mía para ser contada.

Eso había dicho ella. Lo que significaba que la reputación de otra persona, el futuro de otra persona, seguían en juego. Incluso ahora, incluso después de todo lo que había soportado, Ashley seguía protegiendo a quien la había puesto en aquella situación.

La nobleza de aquello le provocaba al mismo tiempo ganas de sacudirla y de abrazarla con fuerza.

Raven detuvo sus pasos frente al escritorio, contemplando las ordenadas pilas de correspondencia y libros de cuentas. Había construido una fortuna gracias a investigaciones cuidadosas, reuniendo información y utilizándola estratégicamente. Seguramente podía aplicar esas mismas habilidades para desentrañar lo que había sucedido tres años atrás.

¿Pero por dónde empezar? El escándalo había ocurrido antes de que él le prestara a Ashley más atención que la mera conciencia básica de su existencia. Claro que recordaba los rumores; todo el mundo recordaba cuando una joven de buena familia intentó fugarse y fue descubierta. ¿Pero los detalles? Nunca se había molestado en averiguarlos, demasiado concentrado en sus propios asuntos como para preocuparse por otro escándalo de sociedad.

Ahora lo lamentaba. Amargamente.

¿Quién tendría información? ¿Los chismosos que habían difundido la historia en primer lugar? Pero ellos solo conocerían la versión falsa, el relato escandaloso al que la sociedad se había aferrado. ¿Los sirvientes que habían estado presentes? Pero tres

años era mucho tiempo, y los hogares cambiaban. El personal se marchaba, los recuerdos se desvanecían o se alteraban convenientemente para encajar con la narrativa aceptada.

Si quería la verdad, tendría que acudir a las fuentes primarias. Y eso significaba Ashley... o sus hermanos.

Raven volvió a la cama, contemplando a su esposa dormida. Bajo la creciente luz del amanecer, parecía imposiblemente joven, vulnerable de una manera que jamás se permitía mostrar despierta. Su cabello rubio estaba extendido sobre las almohadas de él, y su rostro lucía sereno en el sueño. No había rastro de la carga que había llevado consigo, del secreto que había guardado durante tres años.

Podría despertarla ahora mismo, exigirle que le contara todo. Probablemente lo haría; esa noche ya le había revelado tanto, había confiado en él con su cuerpo y con la verdad sobre su inocencia. ¿Por qué no confiarle el resto también?

Pero algo lo detuvo. Algún instinto que le decía que presionar demasiado, demasiado rápido, destruiría la frágil nueva intimidad que habían construido. Ashley había pasado tres años aprendiendo a protegerse, a guardar sus secretos cerca del pecho. No entregaría fácilmente toda la verdad solo porque hubieran compartido una cama.

Y él le había prometido honestidad, pero también le había prometido compañerismo. Exigir información que ella aún no estaba lista para dar sería una violación de eso.

Lo que dejaba a sus hermanos.

Raven regresó a su escritorio y sacó una hoja de papel y su pluma. Invitaría a Wolf y a Rockwell a reunirse con él en White's, por separado, para que no pudieran coordinar sus historias ni proteger mutuamente su ignorancia. Los interrogaría con cuidado, reuniría toda la información posible y reconstruiría lo que pudiera.

Y entonces... entonces decidiría qué hacer con ese conocimiento.

No podía limpiar el nombre de Ashley. La sociedad había emitido su juicio tres años atrás, y la sociedad era notoriamente reacia a revisar sus opiniones una vez formadas. Aunque anunciara ante todo Londres que su esposa había sido inocente, lo descartarían como el

delirio de un marido enamorado hasta la obsesión. O peor aún: especularían que Ashley lo había manipulado para que creyera sus mentiras.

No, una reivindicación pública era imposible. Pero eso no significaba que no pudiera haber consecuencias para el hombre que la había puesto en esa situación.

La pluma de Raven se movió sobre el papel con trazos decididos. Empezaría con Wolf, el hermano mayor, el más probable de haber estado directamente involucrado en manejar las consecuencias del escándalo. Luego hablaría con Rockwell, quien podría tener una perspectiva distinta, considerando su posterior matrimonio con Farah.

Entre los dos, seguramente podría reconstruir suficiente verdad para identificar al culpable. El hombre que había intentado la fuga. La mujer a quien Ashley había protegido. Cualquiera más que hubiera conocido la verdad y permitido que Ashley cargara con la culpa.

Y una vez conociera sus identidades... bueno, él era el duque de Blackstone. Tenía riqueza, influencia y conexiones que se extendían a cada rincón de la sociedad. No podía restaurar públicamente la reputación de Ashley, pero sí podía asegurarse de que todos los involucrados en destruirla enfrentaran las consecuencias adecuadas.

Consecuencias sutiles, quizá. Del tipo que no pudiera rastrearse hasta él o Ashley. Pero consecuencias, al fin y al cabo.

Los negocios de un hombre podían fracasar misteriosamente. La posición social de una mujer podía sufrir reveses inexplicables. Las reputaciones podían dañarse mediante rumores cuidadosamente sembrados, tal como había ocurrido con Ashley. Había aprendido del mismísimo maestro de la manipulación: Prinny y su corte sobresalían en destruir personas sin dejar huellas. A cambio, Prinny recurría a él para recibir consejos financieros.

Raven podía hacer lo mismo.

La idea le produjo una satisfacción sombría. Había pasado toda su vida adulta intentando ser honorable, controlado, correcto. Pero quizá había momentos en que la corrección debía apartarse para dejar paso a la justicia.

Detrás de él, Ashley se removió, emitiendo un pequeño sonido de confusión. Él se volvió y la encontró parpadeando despierta, extendiendo la mano hacia el lugar de la cama donde él había estado acostado.

—¿Raven? —Su voz estaba áspera por el sueño, insegura.

—Estoy aquí.

Abandonó la carta a medio escribir, volvió a la cama y se deslizó junto a ella. Ashley se acurrucó de inmediato contra él, apoyando la cabeza justo en ese lugar de su pecho donde parecía encajar perfectamente.

—¿No podías dormir? —preguntó ella, con el aliento cálido sobre su piel.

—Demasiados pensamientos —admitió, lo cual no era exactamente una mentira.

Ella guardó silencio un momento, mientras sus dedos trazaban patrones distraídos sobre su pecho.

—¿Pensamientos sobre lo que te conté?

Así que había estado más despierta durante su espiral mental de lo que él había imaginado. O quizá simplemente ya lo conocía lo bastante bien como para adivinar qué ocupaba su mente.

—Sí —dijo él, porque la honestidad era lo que se habían prometido mutuamente—. Estoy furioso, Ashley. Furioso con quienquiera que te puso en esa situación.

—Es historia antigua —dijo ella suavemente—. Ya no importa.

—A mí sí me importa.

Le atrapó la mano, deteniendo su movimiento.

—Te sacrificaste para proteger a alguien. Eso importa.

—Tomé una decisión. —Su voz era baja, pero firme—. Fue mi decisión y no me arrepiento. Bueno... no demasiado, al menos.

—Te arrebataron tus opciones. Te costó tres años de miseria. Casi destruyó por completo tus posibilidades de futuro.

Ella permaneció callada tanto tiempo que él creyó que no respondería.

—La alternativa le habría costado mucho más a otra persona. Yo podía sobrevivir al escándalo. Ella no.

Ella. Así que Ashley había estado protegiendo a una mujer. Casi con toda seguridad, una de sus amigas de la Hermandad.

—¿Y el hombre? —preguntó Raven con cuidado—. ¿El que realmente intentó la fuga?

El cuerpo de Ashley se tensó contra el suyo.

—Esa es una historia que no puedo contar. Lo siento.

Él oyó la determinación en su voz, el muro levantándose otra vez. Ashley había compartido aquello con lo que se sentía cómoda: su inocencia, sus motivos. Pero las identidades de todos los demás seguían protegidas.

Por ahora.

—No voy a presionarte —dijo Raven, y lo decía en serio—. Pero Ashley, necesito que entiendas algo. Ahora soy tu marido. Protegerte es mi responsabilidad. Y si alguien... cualquiera... te amenaza o intenta usar este viejo escándalo contra ti, lo destruiré.

Ella se apartó un poco para mirarlo, con los ojos muy abiertos bajo la creciente luz del amanecer.

—Raven...

—Lo digo en serio. —Su voz era dura, cargada con toda la furia que había estado conteniendo—. Me importa un demonio quiénes sean o cuáles crean que son sus justificaciones. Ahora eres mía. Estás bajo mi protección. Y yo protejo lo que es mío.

Algo destelló en su expresión... sorpresa, quizá, o el comienzo de algo más profundo. Luego volvió a apoyar la cabeza contra su pecho, encontró su mano y entrelazó los dedos con los suyos.

—Gracias —susurró—. Pero, por favor... no empieces una guerra por mi causa. Ya hice las paces con lo que ocurrió.

—¿De verdad? —No pudo ocultar el escepticismo de su voz—. ¿O simplemente aprendiste a aceptar la injusticia porque luchar contra ella parecía imposible?

Ella no respondió, y ese silencio fue respuesta suficiente. Rodó sobre un costado, dándole la espalda a sus ojos demasiado perspicaces.

Raven observó cómo su respiración se volvía lenta y regular mientras se hundía otra vez en el sueño. Pero su propia mente seguía despierta, alerta, planeando.

Hablaría con Wolf y Rockwell, reuniría toda la información que tuvieran, por incompleta que fuese. Y luego comenzaría a investigar por su cuenta, usando todos los recursos a su disposición para descubrir toda la verdad.

Podría llevar meses. Podría llevar años. Pero él era un hombre paciente cuando se trataba de proteger y vengar lo que le pertenecía.

Y Ashley le pertenecía ahora. Su esposa. Su responsabilidad. Su... algo más que todavía no estaba preparado para nombrar, pero algo que hacía insoportable la idea de verla sufrir. Y una escoria de hombre que había destruido su reputación social tendría la desagradable costumbre de reaparecer, sobre todo si creía tener algo con lo que amenazar a una duquesa.

Cuando el sol finalmente asomó sobre el horizonte, bañando la alcoba en tonos dorados y ámbar, Raven se hizo una promesa. Costara lo que costara, por mucho tiempo que llevara, descubriría la verdad sobre el escándalo de Ashley.

Y cuando lo hiciera, todos los involucrados pagarían las consecuencias.

Empezando por el hombre que había puesto a su esposa en una situación imposible tres años atrás. El cobarde que permitió que una mujer inocente cargara con la culpa de su intento de fuga. El bastardo que salió ileso mientras Ashley sufría la condena de la sociedad.

Raven todavía no conocía su nombre.

Pero lo sabría.

Pronto.

Y cuando llegara ese momento, aquel hombre aprendería lo que significaba ganarse la enemistad del duque de Blackstone.

ASHLEY DESPERTÓ LENTAMENTE, recuperando la conciencia por etapas. Primero llegó la sensación de unas sábanas desconocidas contra su piel desnuda. Luego, el agradable dolor entre los muslos y la

delicada molestia en músculos cuya existencia ni siquiera había sospechado. Y finalmente, la comprensión de que estaba sola en la enorme cama de Raven, con la luz matinal entrando a raudales por unas ventanas que jamás había visto desde ese ángulo.

Se estiró con cuidado, haciendo una mueca por el tirón de aquellas nuevas molestias, y no pudo contener la pequeña sonrisa que curvó sus labios. La noche anterior había sido... extraordinaria. Abrumadora. Nada parecida a lo que había imaginado que sería su primera vez cuando era una muchacha ingenua que soñaba con romances y matrimonios por amor.

Pero había sido real. Honesta. Y pese a las ataduras, la intensidad y los oscuros deseos de su esposo, que probablemente deberían haberla escandalizado, había sido maravilloso.

Su mano descendió inconscientemente hasta su vientre plano, los dedos extendiéndose sobre la piel suave bajo la sábana. ¿Podría haber ocurrido ya? ¿Bastaría una sola noche para crear el hijo que tanto deseaba?

Probablemente no. No era tan ingenua como para creer que la concepción funcionaba así; a muchas parejas casadas les llevaba meses, incluso años. Pero la posibilidad hizo florecer algo cálido en su pecho. La esperanza de que al fin pudiera tener a alguien a quien amar sin reservas. Un bebé que la necesitara, que dependiera de ella, que le diera un propósito más allá de administrar una casa y asistir a funciones sociales.

Una suave risita escapó de sus labios antes de que pudiera contenerla. Aunque, si la noche anterior era un indicio de cómo continuarían... intentando crear a ese niño...

Bueno, no le importaría repetir aquellos intentos.

En absoluto.

El cuerpo se le calentó al recordar las manos de Raven sobre su piel, su boca dejando fuego en lugares que jamás imaginó que pudieran ser besados. Las bufandas de seda atando sus muñecas mientras él tomaba el control absoluto, su voz baja y dominante arrancándole placeres de un cuerpo cuya capacidad desconocía.

Sí.

Definitivamente quería repetir aquello.

Probablemente debería escandalizarla pensar así. Una dama respetable no debería disfrutar de ser atada por su marido, no debería ansiar la sensación de rendirse por completo al control de otro. Pero Ashley había dejado de preocuparse por ser una dama respetable tres años atrás, cuando la sociedad decidió de todos modos que era una mujer arruinada.

Si iba a ser una mujer infame, más valía disfrutar de las ventajas.

Su sonrisa se desvaneció cuando la realidad irrumpió en su agradable ensueño matutino. ¿Dónde estaba Raven? Pasó la mano por las sábanas a su lado; estaban frías al tacto, señal de que él llevaba fuera de la cama bastante tiempo. Apenas amanecía cuando ella se había despertado brevemente y lo había visto en el escritorio, escribiendo algo con sombría determinación.

Estoy furioso, Ashley. Furioso con quienquiera que te haya puesto en esa situación.

Las palabras de la noche anterior resonaban en su mente, y la cálida satisfacción en su pecho se volvió fría aprensión. Había visto la rabia arder en los ojos de Raven cuando ella admitió la verdad sobre su escándalo. Había sentido la tensión en su cuerpo, la furia apenas contenida al descubrir que ella había sido inocente todo el tiempo.

Había estado tan concentrada en finalmente compartir la verdad, en hacerle saber que no era la mujer caída que la sociedad creía que era, que no había considerado del todo lo que Raven podría hacer con esa información.

Pero ahora, bajo la fría luz de la mañana, la preocupación comenzó a roerle el estómago.

Raven era un duque. Un hombre de considerable poder e influencia. Un hombre que había pasado los últimos tres meses manteniendo una cuidadosa distancia precisamente porque temía su propia naturaleza: su necesidad de control, de dominación. Y ella acababa de entregarle una injusticia que necesitaba ser corregida, un agravio cometido contra su esposa.

Contra algo que él había reclamado como suyo para proteger.

Protejo lo que es mío.

Ashley se incorporó lentamente, aferrando la sábana contra su pecho mientras una inquietud le recorría la espalda. Conocía ese tono. Lo había oído suficientes veces en las voces de sus hermanos cuando se habían autoproclamado sus guardianes después de que estallara el escándalo. La furia protectora de hombres que se creían responsables de defender el honor de sus mujeres.

Y el sentido del honor de Raven, a pesar de sus complicados deseos, era profundo. Lo había visto en la forma en que le había ofrecido matrimonio para salvarla de un segundo escándalo. Lo había visto en su cuidadosa contención durante tres meses de matrimonio, creyendo que la protegía de su naturaleza más oscura. Lo había visto en la manera en que le hizo el amor la noche anterior, con una intensidad tan controlada, asegurándose siempre de que ella estuviera cómoda, de que quisiera lo que él hacía.

Él querría justicia para ella. Querría castigar a quien la había puesto en aquella situación.

Y eso no podía suceder bajo ninguna circunstancia. La reputación de Ivy quedaría destruida, y Ashley quería que su hermana tuviera las oportunidades que ella nunca había tenido. La oportunidad de enamorarse de un hombre digno de ella. La oportunidad de conocer su lugar en la sociedad y ser aceptada.

Ashley apartó las mantas y se puso de pie, ignorando la protesta de su cuerpo mientras buscaba algo que ponerse. Su disfraz de gitana estaba esparcido por el suelo en un colorido desorden: los pañuelos que Raven había usado para atarle las muñecas estaban enredados entre sus faldas y el chaleco bordado. Su camisón estaba en algún lugar al otro lado de la habitación.

Tomó la bata que Raven había dejado sobre una silla y se la envolvió alrededor del cuerpo. Era demasiado grande; el dobladillo se arrastraba por el suelo y las mangas le cubrían las manos. Pero era cálida y olía a él, a sándalo, cuero y algo exclusivamente Raven, y serviría hasta que pudiera regresar a sus propios aposentos.

Pero todavía no. Primero necesitaba pensar. Planear.

Ashley se acercó a la ventana donde antes había vislumbrado a Raven, contemplando las calles de Londres que comenzaban a

despertar. Los sirvientes ya iban de un lado a otro ocupándose de sus tareas, los comerciantes hacían entregas, la ciudad cobraba vida.

En algún lugar ahí fuera, el hombre que había intentado fugarse con Ivy tres años atrás seguía con su vida, creyéndose a salvo de las consecuencias. Creyendo que la amenaza que había hecho después bastaría para mantener a Ashley en silencio para siempre. Había amenazado con dañar a su hermana si Ashley contaba la verdad de lo que realmente había ocurrido... Ella no se atrevía a revelar su nombre.

Dile la verdad a alguien, y tu hermana pagará el precio. Haré públicas sus cartas. Su reputación quedará destrozada.

Y podía hacerlo. Ashley lo creía de todo corazón. Él aún conservaba las cartas que Ivy le había escrito. No permitiría que su hermana sufriera lo mismo que ella había sufrido.

Las manos de Ashley se cerraron en puños dentro de las enormes mangas de la bata de Raven. Lord Edmund Carstairs. Aún podía ver su atractivo rostro deformado por el desprecio mientras le siseaba aquellas palabras después de que su plan de convencer a Ivy para fugarse hubiera fracasado. Ashley había interceptado aquella carta y frustrado su plan, y él se había enfurecido tanto... todavía recordaba el frío terror que la había invadido ante sus amenazas.

Ivy, que solo tenía diecisiete años y aún lloraba la muerte de su padre. Carstairs se había aprovechado de ello. Si hubiera sido honorable, habría esperado a que terminara el período de luto de la familia. Pero no. Necesitaba una gran dote y había visto una forma de conseguirla cuanto antes. Ivy le había escrito cartas de amor ingenuas que la habrían destruido si alguna vez se hacían públicas. Cartas que aquel canalla todavía conservaba y usaría si se veía presionado.

Cuando Ashley descubrió el plan de huir con Ivy, actuó por puro instinto: enfrentándose a él, exigiéndole que dejara en paz a Ivy, amenazando con denunciarlo ante sus hermanos. Pero Carstairs había sido más rápido, más astuto. Le dio la vuelta a la situación, sujetándola y haciendo parecer que Ashley era quien intentaba fugarse con él. Ella también tenía una gran dote.

Lady Featherington la había visto, junto con un baúl que Carstairs llevaba para las cosas de Ivy, subir al carruaje con un hombre, y luego se encargó de hacer correr la voz de que Ashley se estaba fugando. Ashley había luchado contra Carstairs y logró convencer al desgraciado de que sus hermanos lo matarían cuando consiguiera escapar. Así que él la abandonó al borde del camino diciendo que ella era demasiado problemática. Sus hermanos la encontraron a cuarenta y ocho kilómetros al norte de Londres.

Se había negado a decirles quién la había secuestrado o qué había sucedido porque las amenazas de Carstairs eran muy reales.

Que el mundo creyera que Ashley era la culpable, o él haría públicas las cartas de Ivy y destruiría a ambas. Su sacrificio habría sido en vano.

Así que dejó que todos creyeran las mentiras. Dejó que la sociedad destrozara su reputación. Observó cómo sus amigos se alejaban uno por uno, excepto la Hermandad. Ninguna de sus amigas la había juzgado ni siquiera le habían preguntado cuál había sido el escándalo.

Pero soportó tres años de desaires y susurros especulativos. Todo para proteger a su hermana menor.

Pero Ivy estaba a salvo. Eso era lo único que importaba. Además, ahora era una duquesa y ni siquiera Carstairs podía tocarla.

Pero si Raven comenzaba a investigar... si empezaba a hacer preguntas, a exigir respuestas a Wolf y Rockwell... Si él y sus hermanos descubrían de algún modo la identidad de Carstairs... bueno, un león enjaulado era un león peligroso. ¿Haría públicas las cartas de Ivy? Ashley ya conocía la respuesta.

La respiración de Ashley se aceleró mientras el pánico crecía en su pecho. Ni siquiera sabía dónde estaba aquel hombre. ¿Estaría casado ahora? ¿Seguiría importándole? ¿Simplemente le devolvería las cartas?

Si Raven lo encontraba, si el duque de Blackstone exigía justicia para su esposa, Carstairs no tendría nada que perder y perfectamente podría cumplir su amenaza de destruir la reputación de Ivy. Ashley simplemente no quería a ese hombre de vuelta en su

vida. Ni en la de Ivy. Su hermana seguía soltera. ¿Y si volvía a fijarse en ella?

No. No podía permitir que eso sucediera. No lo permitiría.

Pero ¿cómo detenía a Raven sin explicarle por qué? ¿Sin revelar la participación de Ivy?

Y ahora le había contado apenas suficiente verdad a su marido como para enviarlo en una cruzada por justicia que ella absolutamente no podía permitir que culminara con éxito.

Estúpida, se reprendió, apoyando la frente contra el cristal frío de la ventana. *Deberías haber mantenido la boca cerrada. Deberías haber dejado que creyera exactamente lo que la sociedad decía de ti.* Pero el hecho de que fuera virgen no había pasado desapercibido.

La noche anterior, envuelta entre sus brazos, sintiéndose querida y deseada por primera vez en tres años... había querido que él supiera que no era lo que todos creían. Había querido que supiera que él era el primero, el único. Que ella no era la mujer que él había pensado.

Orgullo. Vanidad. Sentimentalismo estúpido. Y ahora Ivy podría pagar el precio.

Ashley se abrazó a sí misma; la bata de Raven ofrecía un consuelo insuficiente contra el frío temor que se asentaba en su estómago. Necesitaba hablar con él. Necesitaba hacerle entender que investigar el escándalo era una idea terrible, que algunos secretos era mejor dejarlos enterrados.

Pero ¿cómo explicarlo sin revelar demasiado? ¿Cómo convencerlo de dejarlo pasar sin contarle lo de Ivy, las amenazas de Carstairs? Ivy quedaría devastada si descubría que el escándalo de Ashley había sido culpa suya. Y si Carstairs decidía usar aquellas cartas tontas... Ashley no quería ni pensarlo. Ivy había sufrido cuando Carstairs desapareció tan repentinamente, pero era joven y aún estaba de duelo por su padre, así que no la había destruido.

Un suave golpe en la puerta la hizo sobresaltarse.

—¿Su Gracia? He traído té.

Simpson. El ayuda de cámara de Raven.

Dios santo, toda la casa sabría ya que había pasado la noche en la cama de su marido. Los sirvientes estarían chismorreando,

especulando. Aunque quizá eso fuera bueno: evidencia de un matrimonio normal, de relaciones conyugales ocurriendo finalmente después de tres meses de dormitorios separados.

—Solo un momento —dijo Ashley, mirando frenéticamente alrededor en busca de algo más apropiado que la bata de su marido. Pero su disfraz estaba desperdigado por todas partes y desde luego no iba a presentarse ante un sirviente vestida únicamente con pañuelos y una camisola.

Ajustó el cinturón de la bata y fue a abrir la puerta apenas lo suficiente para asomarse. Simpson estaba en el pasillo con una bandeja de té, su expresión perfectamente neutra, tal como dominaban los buenos sirvientes.

—Su Gracia me pidió que trajera esto —dijo Simpson, sin mirarla del todo a los ojos—. Está en el estudio atendiendo correspondencia, pero quiso asegurarse de que tuviera algo de tomar al despertar.

Claro que sí. Incluso en medio de planear la venganza que fuera que estuviese tramando, Raven pensaba en su comodidad.

—Gracias —dijo Ashley, abriendo más la puerta para tomar la bandeja—. ¿Su Gracia... es decir, mencionó cuándo podría estar libre?

—Dijo que tenía varios asuntos urgentes que atender esta mañana, Su Gracia. Pero me pidió que le informara que se reunirá con usted para el almuerzo, si eso le parece bien.

Varios asuntos urgentes. Como escribir cartas a sus hermanos, quizá. Como hacer averiguaciones sobre su escándalo. Como iniciar una investigación que podría destruir todo lo que Ashley había sacrificado durante tres años para proteger a Ivy.

—Eso me parece perfectamente bien —dijo Ashley con una voz sorprendentemente firme—. Por favor, dígle a Su Gracia que espero con ansias el almuerzo.

Simpson hizo una reverencia y se retiró. Ashley llevó la bandeja de té a una pequeña mesa junto a la chimenea, mientras su mente seguía acelerada.

Tenía unas horas antes del almuerzo. Unas horas para recomponerse, para pensar cómo abordar aquella conversación con Raven. Para encontrar una manera de hacerle entender que

investigar su escándalo era peligroso; no solo para ella, sino para las personas que amaba.

Se sirvió té con manos que temblaban ligeramente y luego se dejó caer en la silla, aún envuelta en la enorme bata de Raven. La luz de la mañana dibujaba patrones dorados sobre el suelo, los pájaros cantaban al otro lado de la ventana y, en algún lugar de la casa, los sirvientes seguían con sus tareas diarias.

Normal. Todo parecía perfectamente normal.

Pero Ashley sentía que su mundo estaba equilibrado sobre el filo de un cuchillo. De un lado, la frágil intimidad nueva que había construido con su esposo: la honestidad, la confianza, la posibilidad de algo más que un acuerdo conveniente. Del otro, el secreto que había guardado durante tres años, la hermana a la que había protegido, la amenaza que aún pendía sobre ambas.

No podía tener las dos cosas. No podía ser completamente sincera con Raven y seguir protegiendo a Ivy. Una de las dos tendría que ceder.

Y Ashley ya había decidido, tres años atrás, qué era lo más importante.

Su mano volvió a deslizarse hasta su vientre, aquel pequeño gesto cargado de esperanza. Quizá ya estuviera esperando un hijo de Raven. Quizá, en unas semanas, tendría la confirmación de que al menos uno de sus objetivos se estaba cumpliendo.

Un bebé lo cambiaría todo. Le daría margen para pedirle a Raven que dejara el pasado enterrado, que se concentrara en el futuro de ambos en vez de buscar justicia por agravios antiguos.

Ashley cerró los ojos, luchando contra las lágrimas que amenazaban con salir. Había creído que la noche anterior marcaba un nuevo comienzo: un matrimonio verdadero construido sobre la verdad, la confianza y el respeto mutuo. Pero ya, menos de doce horas después, volvía a guardar secretos. Volvía a proteger a otros a costa de su propia felicidad.

Parecía que algunas cosas nunca cambiaban.

Por mucho que deseara que pudieran hacerlo.

CAPÍTULO DOCE

Raven atravesó las puertas de White's, con una furia apenas contenida vibrando por sus venas. Ardía de preguntas que no podía hacerle a su esposa. Preguntas sobre quién le había hecho aquello. Preguntas sobre quién merecía pagar.

Solo intentaba salvar a... alguien.

Las palabras lo perseguían, repitiéndose en un bucle interminable en su mente. Alguien había intentado fugarse con una joven. Ashley había intervenido. Y de algún modo, de manera imposible, había sido ella quien terminó arruinada mientras los verdaderos culpables escapaban sin consecuencias.

El olor familiar a cuero, tabaco y dinero viejo lo envolvió mientras entregaba el abrigo al asistente. El club estaba moderadamente concurrido para un martes por la tarde: caballeros escapando de sus esposas y responsabilidades, refugiándose en las cartas, el brandy y la compañía masculina.

La mirada de Raven recorrió el salón, buscando. Allí: el marqués de Wolfarth. Wolf estaba solo cerca de las ventanas, con un periódico desplegado frente a él y una taza de café junto al codo. Perfecto. Empezaría por el hermano mayor, el más probable de haber estado directamente implicado en manejar las consecuencias del escándalo tres años atrás.

—Wolf.

Raven se acercó a la mesa, con un tono cuidadosamente neutral pese a la rabia que hervía bajo su piel.

Wolf alzó la vista y su expresión pasó de una leve sorpresa a algo más cauteloso.

—Blackstone. No esperaba verte aquí hoy.

—¿Puedo acompañarte?

—Por supuesto.

Wolf señaló la silla frente a él mientras doblaba el periódico con deliberada precisión.

—¿Ya estás escapando de las exigencias de la vida matrimonial?

La pulla casual normalmente le habría resbalado a Raven, pero hoy tocó un nervio sensible.

—En realidad, esperaba hablar sobre Ashley.

La postura de Wolf se tensó de inmediato y su mano se cerró con fuerza alrededor del vaso.

—¿Ocurre algo? ¿Está enferma?

—No, nada de eso.

Raven hizo una seña a un sirviente y pidió brandy antes de acomodarse en la silla de cuero.

—Está perfectamente bien. De hecho, últimamente ha estado... más feliz.

—Me alegra oírlo.

El tono de Wolf seguía siendo cauteloso, evaluándolo.

—Tiffany mencionó que parecía más relajada cuando tomaron el té la semana pasada.

Raven aceptó el brandy y dio un largo trago para serenarse. ¿Cómo demonios se abordaba un tema tan delicado? *El escándalo de tu hermana hace tres años... ¿Qué sabes realmente? ¿Sabías que era inocente? ¿Sabías que protegía a otra persona?*

Pero no podía preguntarlo directamente. Ashley había dicho que Wolf y Rockwell no conocían toda la historia, y revelar lo que ella le había contado sería traicionar su confianza. No, necesitaba ser sutil. Extraer información con cuidado sin dejar ver cuánto sabía ya.

—He estado pensando en el pasado de Ashley —dijo al fin, escogiendo las palabras con cuidado—. En el primer escándalo que

precedió a nuestro matrimonio. Confieso que en aquel entonces nunca presté demasiada atención a los detalles.

—Y, sin embargo, recuerdo que no permitías que tu hermana Farah se relacionara con ella.

La expresión de Wolf se cerró por completo y sus ojos se volvieron fríos.

—¿Qué sucede con eso?

—Tengo curiosidad por las circunstancias. Por lo que ocurrió realmente, no por las especulaciones de la sociedad.

Raven mantuvo un tono conversacional, como si estuvieran hablando del clima.

—Se me ocurrió que, como su esposo, quizá debería comprender qué sucedió en verdad.

—¿Por qué?

La voz de Wolf adquirió un filo peligroso.

—Ya pasó. Terminó. Historia antigua. ¿Qué sentido tendría removerlo ahora?

Porque tu hermana pasó tres años siendo castigada por algo que no hizo, quiso gritar Raven. Porque algún bastardo destruyó su reputación y salió limpio de todo aquello. Porque ella ha cargado sola con ese peso durante tres años mientras tú, Rockwell y todos los demás aceptaban el juicio de la sociedad sin cuestionarlo.

Pero no podía decir nada de eso. En vez de eso, hizo girar el brandy en su vaso, observando cómo el líquido ámbar atrapaba la luz de la tarde que entraba por las ventanas.

—Ashley es mi esposa. Mi duquesa. Protejo lo que es mío.

Sostuvo la mirada de Wolf directamente.

—Si quedan consecuencias de ese escándalo, amenazas contra su reputación o su seguridad, necesito saberlo. Necesito saber su nombre. ¿Y si todavía representa una amenaza?

—No hay amenazas.

La respuesta de Wolf llegó demasiado rápido, demasiado defensiva.

—Han pasado tres años. La gente ya siguió adelante. Encontraron nuevos escándalos sobre los que murmurar.

—¿De verdad?

Raven se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Porque he notado cómo ciertas matronas todavía levantan la nariz cuando Ashley entra en una habitación. Cómo las invitaciones se extienden de mala gana, como si la sociedad me estuviera haciendo un favor al reconocer a la duquesa de Blackstone. Eso no me parece gente que haya seguido adelante.

La mandíbula de Wolf se tensó y un músculo palpitó bajo su piel.

—Ashley sabía en lo que se metía al casarse contigo. Entendía el precio social.

—¿Lo entendía?

La pregunta escapó antes de que Raven pudiera detenerla, más áspera de lo que pretendía.

—¿O simplemente aceptó otro sacrificio más como si fuera su deber? ¿Otra carga que soportar sola?

El silencio se extendió entre ellos, pesado de acusaciones no pronunciadas. A su alrededor, los sonidos habituales del club continuaban: el tintinear de los vasos, el murmullo de las conversaciones, el crujido de los periódicos. Pero en aquella mesa, la tensión se enroscaba como un resorte demasiado tenso.

—¿Qué es exactamente lo que estás preguntando, Blackstone? —dijo finalmente Wolf, con la voz baja y peligrosa—. Porque parece que estás cuestionando decisiones tomadas hace tres años por personas que tenían en mente el bienestar de Ashley.

—Estoy cuestionando si alguien sabía realmente qué era lo mejor para Ashley.

Raven dejó el vaso sobre la mesa con una fuerza cuidadosamente controlada.

—Estoy cuestionando si la verdad de ese escándalo era realmente lo que todos creían.

Wolf se quedó muy quieto.

—¿Qué te ha contado Ashley?

—Lo suficiente.

No era mentira, aunque tampoco era toda la verdad.

—Lo suficiente para hacerme preguntarme por el hombre involucrado. El hombre con el que supuestamente intentó fugarse.

—¿Supuestamente?

Una ceja de Wolf se alzó.

—¿Dudas que estuviera con un hombre esa noche?

—Dudo de muchas cosas sobre toda aquella situación.

Raven sostuvo la mirada de Wolf con firmeza.

—Por ejemplo, dudo que Ashley fuera tan imprudente como para fugarse con alguien inadecuado. Es demasiado inteligente, demasiado consciente de las consecuencias sociales. Y aun así, la sociedad aceptó esa versión sin cuestionarla.

—Se vio un carruaje —dijo Wolf, con una voz cuidadosamente neutral—. Lady Featherington vio a Ashley subiendo a él, con un baúl. Salía de Londres hacia el norte. ¿Qué otra cosa se suponía que debíamos concluir?

Raven sintió un frío helado por dentro.

—Quizá haya más en la historia de lo que vio Lady Featherington.

Lady Featherington era una víbora y no merecía confianza alguna, pero difícilmente podía revelar por qué pensaba eso. Raven se recostó en la silla, obligándose a parecer despreocupado pese a la furia que crecía en su pecho.

—¿Alguna vez descubrieron la identidad del hombre? ¿Lo interrogaron? ¿Le exigieron que respondiera por lo que hizo?

El silencio de Wolf fue respuesta suficiente.

—No lo hicieron —dijo Raven con frialdad—. Tres años, y nunca lo identificaron. Nunca le hicieron rendir cuentas. ¿Por qué?

—Ashley se negó a dar su nombre.

La admisión pareció costarle a Wolf.

—Lo intentamos. Dios sabe que Rockwell y yo lo intentamos. Exigimos respuestas, amenazamos con consecuencias. Pero ella no quiso decirnos quién era. Afirmó que no importaba, que él ya se había marchado y que perseguirlo solo empeoraría las cosas.

Los dedos de Raven se cerraron alrededor del vaso hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Claro que Ashley había protegido a aquel bastardo. Había estado protegiendo a todos menos a sí misma.

—¿Y aceptaron eso? ¿Simplemente lo dejaron pasar?

—¿Qué otra opción teníamos?

La voz de Wolf se elevó ligeramente, atrayendo algunas miradas curiosas de las mesas cercanas. Volvió a bajarla mientras se inclinaba hacia adelante.

—La encontramos en el camino, a treinta millas al norte de Londres, despeinada y alterada, con ese maldito baúl a su lado. El escándalo ya se estaba extendiendo. Lady Featherington iba contándoles a todos que había visto a Lady Ashley Ware fugándose con algún hombre.

—¿Y la versión de Ashley?

—Que todo había sido un terrible malentendido. Que el hombre era un amigo que la estaba ayudando con un asunto personal. Que no había ocurrido nada impropio.

La risa de Wolf no tuvo humor alguno.

—Por supuesto, nadie le creyó. Las jóvenes no hacen viajes nocturnos en carruaje, a treinta millas de Londres, con “amigos” varones y un baúl, a menos que esté ocurriendo algo impropio.

—¿Y si decía la verdad?

Raven mantuvo la voz uniforme pese al deseo de gritar.

—¿Y si realmente fue un malentendido? ¿Un intento de ayudar a otra persona que salió terriblemente mal?

Wolf lo estudió durante un largo momento, algo cambiando en su expresión.

—¿Ashley te ha dicho que fue así?

—Te estoy preguntando qué piensas tú —replicó Raven, esquivando la cuestión—. Conoces a tu hermana. ¿De verdad crees que intentaría fugarse? ¿Qué arriesgaría todo por algún hombre inadecuado?

—No.

La palabra salió suave, pero con absoluta convicción.

—No, nunca lo creí. No del todo. Ashley siempre ha sido la sensata. La que seguía las reglas, la que entendía el deber y el decoro. No tenía sentido que de repente lo arrojara todo por la borda.

—Entonces, ¿por qué aceptaron el escándalo?

—Porque ¿qué otra cosa podíamos hacer?

La frustración de Wolf se filtró bajo el control cuidadosamente mantenido.

—Las pruebas eran condenatorias. Ashley no quería explicarse. No quería defenderse. No quería dar el nombre del hombre. ¿Qué se suponía que debíamos hacer? ¿Forzarla? ¿Arrancarle la información contra su voluntad?

—Sí —dijo Raven con aspereza—. Si eso significaba proteger su reputación, su futuro... sí, debiste obligarla a afrontar el asunto.

—Es fácil decirlo ahora, con tres años de distancia. —Los ojos de Wolf brillaron de ira—. Tú no estabas allí. No viste lo asustada que estaba. Lo desesperadamente que quería simplemente dejar que todo se disipara. Cada vez que insistíamos, ella se volvía más retraída, más cerrada. Teníamos miedo...

Se interrumpió, pero Raven pudo completar el resto. Miedo de que hiciera algo drástico. Miedo de perderla por completo.

—¿De qué tenía miedo? —preguntó Raven en voz baja—. ¿Qué amenaza pendía sobre ella para que prefiriera la ruina social antes que decir la verdad?

—No lo sé.

La admisión de Wolf sonó a derrota.

—Me lo he preguntado durante tres años y sigo sin saberlo.

—¡Blackstone! ¡Wolf!

La voz de Rockwell atravesó la sala mientras se acercaba a su mesa.

—Qué coincidencia encontrarlos a ambos aquí.

Ninguna coincidencia en absoluto, sospechó Raven. Probablemente Wolf había enviado aviso en cuanto Raven solicitó aquella reunión. Los hermanos eran protectores con su hermana; eso sí tenía que reconocerlo.

—Rockwell.

Raven se puso de pie brevemente cuando el otro hombre se unió a ellos, haciendo una señal para pedir otra copa.

—Justamente hablábamos de Ashley.

—¿Ah, sí?

Rockwell se acomodó en la tercera silla, observando a ambos con mirada evaluadora.

—Espero que nada preocupante.

—Depende.

Raven volvió a sentarse, estudiando al hermano menor de Ashley. Mientras Wolf era directo e impetuoso, Rockwell tendía más a la sutileza y la observación. Diferentes enfoques para la misma feroz necesidad de protegerla.

—¿Cuánto sabes sobre el escándalo de tu hermana?

La expresión de Rockwell apenas vaciló, pero Raven percibió la ligera tensión en sus hombros.

—Sé lo que sabe todo el mundo. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque no estoy convencido de que todo el mundo conozca la verdad.

Raven miró a ambos hermanos.

—¿Alguna vez consideraron que Ashley podría haber estado protegiendo a alguien? ¿Asumiendo la culpa por las acciones de otra persona?

La mirada que pasó entre Wolf y Rockwell fue breve, pero reveladora. Lo habían considerado. Por supuesto que sí.

—El pensamiento se nos cruzó por la cabeza —dijo Rockwell con cautela—. Pero Ashley insistió en que no era así. Que el escándalo había sido culpa suya.

—¿Y le creyeron?

—Creímos que quería que le creyéramos —respondió Wolf—. Hay una diferencia.

Por fin, algo de honestidad.

Raven se inclinó hacia adelante, bajando la voz.

—Entonces ayúdenme a entender. ¿A quién estaba protegiendo? ¿Quién era lo bastante importante como para que Ashley sacrificara tres años de su vida? Quiero que ese desgraciado pague por ello o, al menos, saber quién es por si algo ocurre en el futuro.

—No lo sabemos —dijo Rockwell, y la frustración en su voz parecía genuina—. Hemos especulado, claro. Pensado en cuáles de sus amigas podrían haber estado en problemas aquella primavera. Pero Ashley era cercana a varias jóvenes. La Hermandad apenas se estaba formando. Podría haber sido cualquiera de ellas.

—O podría haber sido exactamente lo que parecía —añadió Wolf, aunque el tono sugería que ni él mismo lo creía del todo—. Una decisión impulsiva de la que Ashley se arrepintió.

—Excepto que esa no es Ashley —dijo Raven—. Ninguno de ustedes cree que ella sea así. Entonces ¿por qué lo aceptaron?

—Porque ella nos lo pidió.

La voz de Wolf se volvió queda.

—Porque nos rogó... literalmente nos rogó... que lo dejáramos estar. Que dejáramos de investigar, de hacer preguntas, de intentar restaurar su reputación. Dijo que solo empeoraría las cosas.

—¿Empeoraría cómo? —insistió Raven—. ¿Peor para quién?

—No quiso decirlo.

Rockwell hizo girar el brandy recién servido.

—Solo seguía insistiendo en que perseguir el asunto causaría más daño que bien. Que el escándalo se desvanecería con el tiempo si simplemente lo dejábamos estar.

—¿Y lo hizo? ¿Se desvaneció?

Raven ya conocía la respuesta.

—No.

La mandíbula de Wolf se tensó.

—Si acaso, empeoró. Las especulaciones, los susurros. Tres años de aislamiento social para nuestra hermana mientras el hombre que la puso en esa situación, quienquiera que fuera, no enfrentó consecuencia alguna. Odiaba lo que la sociedad le hizo.

Ahí estaba. La ira que Raven había estado buscando, la frustración que reflejaba la suya propia. Wolf y Rockwell habían fallado a Ashley, pero no por falta de cariño, sino porque habían sido superados por la amenaza o la obligación que la había mantenido en silencio.

—Quiero encontrarlo —dijo Raven, y las palabras surgieron con una intensidad contenida—. Al hombre involucrado en ese escándalo. Quiero saber quién es, qué está haciendo ahora, si sigue siendo una amenaza para Ashley.

—¿Por qué ahora? —La mirada de Rockwell se agudizó—. Han pasado tres años. Llevas tres meses casado. ¿Qué ha cambiado?

Porque me he dado cuenta de que mi esposa pasó tres años cargando con un peso que no le correspondía. Porque he descubierto que no es la mujer caída que la sociedad pintó. Porque alguien por fin necesita preocuparse lo suficiente como para exigir justicia por lo que le hicieron.

Pero no podía decir nada de eso sin traicionar lo que Ashley le había confiado.

—Porque es mi esposa —dijo en cambio—. Nunca permitiré que vuelvan a hacerle daño. Si existe siquiera una posibilidad de que ese hombre reaparezca, de que pueda causar problemas o amenazar la posición de Ashley, necesito saberlo.

—Intentamos encontrarlo —dijo Wolf—. Hace tres años, inmediatamente después de que estallara el escándalo. Hicimos averiguaciones, ofrecimos recompensas por información. Nada. Era como si el hombre fuera un fantasma. Nadie lo vio, nadie lo conocía, nadie podía describirlo más allá de los detalles más vagos.

—Lady Featherington solo le vio la espalda —añadió Rockwell—. Vio a Ashley subiendo al carruaje con un baúl, vio la silueta de un hombre entre las sombras. Pero no distinguió bien su rostro, ni pudo describir su ropa o su porte. Solo... un hombre.

—Muy conveniente —dijo Raven con oscuridad. ¿Sabía Featherington algo más? Era la última persona con la que deseaba hablar. Ahora era la alegre viuda y sospechaba que seguía con sus juegos. ¿A cuántos otros jóvenes habría corrompido? *Pero a ti te gustaba esa corrupción...*

—Demasiado conveniente —coincidió Wolf—. Por eso nos preguntamos si Ashley había ayudado deliberadamente a ocultar su identidad. Se aseguró de que nadie pudiera identificarlo.

Para proteger a quienquiera que estuviera protegiendo. Para mantener a salvo su secreto.

—Tiene que haber algo —insistió Raven—. Algún detalle que hayan pasado por alto, alguna pregunta que no hicieron. ¿Dónde exactamente la encontraron?

—Treinta millas al norte —dijo Wolf—. En el camino a Cambridge. Estaba sentada junto al borde del camino, con aspecto de...

Se interrumpió, con una expresión dolorida.

—¿Con aspecto de qué?

—Asustada. —La voz de Rockwell fue baja—. No despeinada ni comprometida, ni ninguna de las cosas que uno esperaría de una mujer que hubiera pasado la noche en un carruaje con un hombre. Solo asustada. Y cuando intentamos consolarla, decirle que todo saldría bien, se apartó de nosotros.

La imagen golpeó a Raven como un impacto físico. Ashley, asustada y sola en un camino oscuro, apartándose del consuelo de sus propios hermanos. ¿Qué había ocurrido aquella noche para dejarla tan dañada?

—O... —dijo Raven cuidadosamente— Ashley en realidad estaba intentando ayudar. A la persona que me mencionó anoche, aquella cuya fuga intentaba impedir.

Ambos hermanos se quedaron inmóviles.

—¿Te dijo eso? Eso... tendría sentido —dijo Wolf lentamente, como si las piezas por fin encajaran—. No estaba huyendo. Estaba tratando de impedir que otra persona huyera.

—Y de alguna manera quedó atrapada ella misma en el escándalo —terminó Rockwell—. Dejó que todos creyeran que la culpable era ella para proteger a quien realmente intentó fugarse.

—¿Pero quién? —exigió Raven—. ¿Quién habría sido lo bastante imprudente como para planear una fuga? ¿Y con quién?

—La Hermandad apenas estaba comenzando entonces —dijo Rockwell pensativo—. Lady Courtney estaba de luto por la muerte de Lucien, así que es poco probable que fuera ella. Lady Farah... mi esposa, dudo que fuera ella. Es tu hermana, Raven, y la tenías completamente controlada. Lady Tiffany, la esposa de Wolf, también era una ratón de biblioteca sin dinero, así que ¿por qué alguien intentaría fugarse con ella? También estaban Claire y Valora, que podrían ser posibilidades porque tienen grandes dotes. Aunque Claire lo dudo, ya que su hermano Fane es un libertino, y Claire evita a los hombres como a la peste. Y Lauren, la hermana de Lucien, también estaba de luto y era pobre como una rata de iglesia. Ah, y por supuesto está nuestra otra hermana, Ivy.

Ivy. La hermana menor de Ashley, que habría tenido... ¿qué? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete años entonces? ¿Podría haber sido Ivy?

Wolf vio la expresión de su rostro.

—No fue Ivy. Estuvo conmigo todo el día en las carreras.

No podía permitir que esa persona resultara herida, así que hice lo que tenía que hacer, aunque eso hiciera que la gente pensara lo peor de mí. Yo era más fuerte.

—¿Alguna de ellas mostró un interés particular por hombres inadecuados aquella Temporada? —preguntó Raven.

—No que nosotros notáramos —dijo Wolf—. Aunque tampoco estábamos vigilando cada interacción social de las jóvenes.

—¿Y después del escándalo? —insistió Raven—. ¿Alguna de ellas se casó rápidamente? ¿Formó un apego repentino?

Ambos hermanos guardaron silencio, pensando.

—No. Tiffany fue la primera en casarse —dijo finalmente Rockwell.

—Tiffany y yo nos casamos el año pasado —añadió Wolf.

—Farah y yo también nos casamos hace poco —señaló Rockwell—. No tenemos secretos. Ella me lo habría dicho.

—¿Y los hombres? —preguntó Raven con frustración—. ¿Algún caballero de aquella Temporada desapareció repentinamente? ¿Abandonó Londres inesperadamente? ¿Cambió de circunstancias?

—Docenas —respondió Rockwell secamente—. Los jóvenes caballeros son notoriamente inconstantes. Deudas de juego, obligaciones familiares, comisiones militares... hay incontables razones por las que un hombre podría abandonar Londres.

Raven reprimió su frustración. Tres años era mucho tiempo. Los recuerdos se desvanecían, los detalles se difuminaban, y quienquiera que hubiera orquestado aquel desastre claramente había tenido cuidado de cubrir sus huellas.

—Tiene que haber algo —insistió—. Algún hilo del que podamos tirar.

—Supongo que nuestra querida hermana sigue insistiendo en que lo dejes estar, igual que hizo con nosotros —preguntó Rockwell. Raven confirmó la afirmación con una leve inclinación de cabeza.

—¿Por qué? —La pregunta de Wolf fue directa—. ¿Qué esperas conseguir, Blackstone? Aunque identifiques al hombre, aunque pruebes la inocencia de Ashley, a la sociedad no le importará. Ya

emitieron su juicio. Nada de lo que hagas ahora restaurará su reputación. Tu matrimonio la protege y la ha elevado de nuevo dentro de la sociedad.

—Entonces me conformaré con justicia —dijo Raven con dureza—. Alguien tiene que pagar por lo que le hicieron.

Los hermanos lo miraron con algo parecido a sorpresa, como si no esperaran tanta vehemencia del duque que se había casado con su hermana por obligación.

—Ella te ha afectado —dijo Rockwell en voz baja—. Ashley. De verdad te importa.

—Es mi esposa —repitió Raven, aunque incluso para sus propios oídos sonó insuficiente. Porque sí, maldita sea, le importaba. Más de lo que jamás había pretendido. Más de lo que era prudente. La muerte de Kitty le había enseñado que el amor dolía. Que podía ser arrebatado en un abrir y cerrar de ojos. No permitiría que eso le ocurriera a Ashley.

—Entonces deberías saber —dijo Wolf cuidadosamente— que Ashley no te agradecerá esto. Escarbar en el pasado, intentar limpiar su nombre. Nosotros lo intentamos. Ella nos detiene cada vez. Dice que es mejor dejar dormir a los perros dormidos.

—Porque sigue teniendo miedo —dijo Raven—. Sea cual sea la amenaza que la mantuvo en silencio hace tres años, todavía existe. Y hasta que descubra cuál es esa amenaza, hasta que pueda neutralizarla, nunca será realmente libre.

Se levantó de la silla; la conversación le había dejado más preguntas que respuestas, pero al menos había confirmado sus sospechas. Ashley estaba protegiendo a alguien. Los hermanos lo sabían, pero no podían demostrarlo. Y quienquiera que la hubiera puesto en aquella situación seguía ahí fuera, todavía como una posible amenaza.

—Si recuerdan algo más —dijo Raven—, cualquier cosa que pueda ayudar a identificar al hombre o a la mujer que Ashley estaba protegiendo, díganmelo.

—¿Y qué harás con esa información? —preguntó Wolf.

La sonrisa de Raven no tenía calidez alguna.

—Lo que sea necesario para garantizar la seguridad y la tranquilidad de mi esposa. Cueste lo que cueste.

Los dejó allí, con la mente arremolinada de posibilidades y furia. Ahora tenía más información, pero no suficiente. Ni de lejos.

Pero era un comienzo. Y Raven siempre había sido un cazador paciente cuando tenía la motivación adecuada.

Alguien había destruido la reputación de Ashley, su felicidad, tres años de su vida.

Y el duque de Blackstone se aseguraría absolutamente de que pagaran por ello.

Era una lástima que la única persona con la que se le ocurría hablar sobre el asunto, la única que había visto algo aquel día, fuera Lady Featherington.

CAPÍTULO TRECE

Raven llegó a casa mientras el sol de la tarde proyectaba largas sombras sobre el vestíbulo de mármol de su residencia londinense, con el almuerzo olvidado por completo. La conversación con Wolf y Rockwell había durado más de lo planeado y lo había dejado frustrado, impulsado por la furia y la determinación, pero sin las respuestas concretas que ansiaba.

Lady Featherington.

El nombre permanecía en su mente como un sabor amargo. Era la única persona que se le ocurría que pudiera haber presenciado algo aquel día, tres años atrás. Pero acercarse a esa víbora estaba fuera de cuestión. No después de lo que ella le había hecho.

Le entregó el abrigo y el sombrero a Henderson, apenas registrando el saludo del mayordomo.

—¿Su Gracia está en casa?

—Creo que sí, Su Gracia. Estaba en el salón hace un rato, aunque no estoy seguro de dónde se encuentra ahora.

Raven asintió brevemente y se dirigió al salón. Vacío. Revisó luego la salita matutina y después la biblioteca. Ni rastro de Ashley. Una extraña inquietud lo impulsaba hacia adelante: necesitaba verla, mirar sus ojos y recordarse por qué estaba haciendo aquello. Por qué estaba escarbando en un pasado que ella claramente deseaba mantener enterrado.

Porque merecía justicia. Aunque ella no creyera que fuera posible.

Subió las escaleras de dos en dos, encaminándose hacia el dormitorio de Ashley. Quizá estuviera descansando... aunque parecía temprano para eso. Llamó suavemente a la puerta.

No hubo respuesta.

Raven dudó un instante, luego giró el picaporte y asomó la cabeza dentro. La habitación estaba vacía, la cama perfectamente tendida, sin señales de que hubiera sido ocupada recientemente. ¿Dónde podía estar a esa hora? La casa no era tan grande; seguramente ya la habría encontrado.

Frunciendo el ceño, retrocedió al corredor y se dirigió hacia sus propios aposentos. Tal vez debería cambiarse para la cena de todos modos. Podrían hablar durante la comida, y él podría intentar convencerla de que su investigación no era la amenaza que ella temía.

Abrió la puerta de su dormitorio y se detuvo de inmediato. La habitación estaba exactamente como la había dejado aquella mañana: ordenada, impersonal, todo en su sitio. Pero había algo...

Inclinó la cabeza, escuchando.

Agua. El tenue sonido del agua moviéndose.

La sala de baño.

El corazón le golpeó las costillas al comprenderlo. La pequeña habitación entre ambos dormitorios, diseñada para que una duquesa pudiera bañarse en privado, conectada por puertas a ambos lados. Él nunca la había usado; tenía sus propias instalaciones en el vestidor. Pero Ashley...

Raven avanzó hacia la puerta comunicante sin pensarlo conscientemente.

Su mano se quedó suspendida sobre el picaporte mientras el decoro luchaba contra algo mucho más primitivo.

Debería darle privacidad.

Debería llamar a la puerta, como mínimo.

Ella merecía esa cortesía.

Pero, Dios lo ayudara, la tentación era demasiado fuerte.

Sus dedos se cerraron alrededor del pomo de latón y lo giró despacio, con cuidado, abriendo la puerta apenas lo suficiente para mirar al interior.

El vapor llenaba la pequeña estancia, espeso y cálido, impregnado del aroma de lavanda y de algo más... rosas, quizá.

Las velas parpadeaban sobre las superficies de mármol, proyectando sombras danzantes sobre las paredes de azulejos.

Y allí, en el centro de todo, estaba Ashley.

Reclinada en la bañera de cobre, llevaba el cabello rubio recogido en un moño suelto del que escapaban mechones que se curvaban sobre su cuello húmedo.

Tenía los ojos cerrados, la cabeza apoyada contra el borde curvo de la bañera, y una expresión de paz tan absoluta que Raven sintió que se le cortaba la respiración.

El agua le llegaba a los hombros.

A través de la superficie ondulante distinguía las suaves curvas de su cuerpo: la línea de sus pechos, la estrechez de su cintura, la longitud de sus piernas.

El vapor se elevaba a su alrededor como un velo, ocultando y revelando a partes iguales.

Debería marcharse.

Debería cerrar la puerta y fingir que nunca había visto aquello.

Pero sus pies se negaban a moverse y su mano permanecía inmóvil sobre el picaporte.

Como si hubiera percibido su presencia, Ashley abrió los ojos.

Durante un instante, simplemente se miraron a través del aire cargado de vapor.

Él esperó que gritara.

Que se cubriera.

Que le exigiera salir de inmediato.

En lugar de eso, sonrió.

Una pequeña sonrisa cómplice que hizo que el calor se instalara en lo más profundo de su vientre.

—¿Vas a quedarte ahí de pie? —preguntó con voz suave y ligeramente divertida—. ¿O vas a acompañarme?

La invitación era clara.

Inconfundible.

Y aun así, Raven dudó en el umbral, dividido por igual entre el deseo y el decoro.

—No quiero invadir tu intimidad —consiguió decir, con una voz más ronca de lo que pretendía.

La sonrisa de Ashley se amplió.

—Raven. Estamos casados. Anoche pasé la noche en tu cama, atada con cintas de seda mientras me mostrabas placeres que jamás había imaginado. Creo que ya hemos superado la etapa de las formalidades, ¿no te parece?

Tenía razón.

Varias razones excelentes, de hecho.

Aun así, vaciló.

—He vuelto de White's porque quería hablar contigo sobre...

—¿Sobre tu investigación acerca de mi escándalo? —Se incorporó un poco y el agua resbaló por sus hombros—. Sí, supuse que allí habías ido. A interrogar a mis hermanos y a empezar a escarbar en mi pasado a pesar de que te pedí muy claramente que lo dejaras en paz.

No había enfado en su tono.

Solo una resignación cansada que le dolió más que cualquier reproche.

—Ashley...

—Ven aquí —lo interrumpió, tendiéndole una mano húmeda—. Por favor. Lo que tengamos que discutir puede esperar unas horas. Ahora mismo solo quiero que mi marido se una a mí en esta bañera ridículamente grande.

La sinceridad desnuda de su voz terminó por derribarlo.

Raven entró por completo en la sala de baño y cerró la puerta tras de sí.

El vapor lo envolvió de inmediato, cálido y húmedo, haciendo que la ropa le pareciera demasiado ajustada y pesada.

—El agua se enfriará si tardas demasiado en quitarte toda esa ropa —observó Ashley, acomodándose de nuevo contra la bañera con una expresión de absoluta satisfacción.

No pudo evitar sonreír ante su audacia.

Aquella era la mujer que la noche anterior le había pedido que la atara, que se había entregado por completo a su control sin vacilar.

¿Por qué había pensado que se escandalizaría por encontrarlo en su baño?

Raven se quitó rápidamente la corbata, aunque los dedos le fallaron un poco por las prisas.

Después siguieron la chaqueta y el chaleco, cada prenda abandonada en un montón desordenado que sin duda Simpson desaprobaba más tarde.

Sacó la camisa de los pantalones y vio cómo los ojos de Ashley se oscurecían cuando se la quitó por la cabeza y la arrojó a un lado.

La mirada de ella recorrió su pecho, deteniéndose en los músculos que había desarrollado con la esgrima y la equitación.

Cuando terminó de desvestirse, oyó claramente cómo ella contenía el aliento.

—Me estás mirando —dijo él, incapaz de ocultar la diversión en su voz.

—Sí —respondió ella sin el menor rastro de vergüenza—. Lo estoy haciendo. Eres bastante impresionante, ¿sabes? Sería una pena no apreciar las vistas.

Aquella admiración tan directa hizo que la sangre le ardiera en las venas.

Raven dejó atrás el resto de la ropa y se acercó a la bañera.

Era, en efecto, ridículamente grande, diseñada para que una dama y su esposo pudieran acomodarse con holgura.

El agua seguía humeando y estaba perfumada con los aceites que tanto le gustaban a Ashley.

Se sumergió en ella con un suspiro de puro placer.

El calor comenzó de inmediato a relajar músculos cuya tensión ni siquiera había advertido.

O quizá fuera Ashley.

La forma en que lo observaba con aquellos ojos azules.

La manera en que se humedecía los labios mientras él se acomodaba frente a ella.

—Ven aquí —dijo él, bajando la voz hasta aquel tono de mando que había utilizado la noche anterior—. Te quiero más cerca.

Ashley se movió por el agua con la gracia de una bailarina, creando ondas que acariciaron la piel de Raven.

Pero, en lugar de acomodarse a su lado como él esperaba, se colocó entre sus piernas, apoyando la espalda contra su pecho, encajando contra él como si hubiera sido creada específicamente para ocupar aquel lugar.

Raven la rodeó con los brazos y la atrajo contra sí.

Su piel mojada era resbaladiza bajo sus manos y no pudo resistir la tentación de explorarla: deslizó las palmas por sus costados, sobre sus costillas y más arriba.

—Raven... —susurró ella, arqueándose contra su contacto.

—He pensado en ti todo el día —admitió junto a su oído—. Durante mi reunión con tus hermanos, incluso mientras hablábamos de asuntos serios, una parte de mi mente seguía regresando a anoche. A los sonidos que hacías cuando te tocaba. A cómo te veías, sin aliento bajo mis manos.

La respuesta de Ashley fue un suave gemido que lo llenó de satisfacción.

Él continuó acariciándola, recorriendo cada curva y cada hueco, aprendiendo qué la hacía jadear y qué la hacía derretirse contra él.

Cuando sus manos descendieron bajo el agua, ella no protestó.

Al contrario, se relajó aún más entre sus brazos y dejó que él la sostuviera mientras su respiración se volvía cada vez más irregular.

—Vas a hacer que olvide que estamos en una bañera —consiguió decir Ashley, dejando caer la cabeza sobre su hombro.

—Esa es la idea.

Rozó su oreja con los labios.

—Aunque, si lo prefieres, podríamos trasladarnos al dormitorio. Mi cama es lo bastante grande para lo que tengo pensado.

Ashley se volvió entre sus brazos con sorprendente agilidad, haciendo que el agua se derramara por los bordes de la bañera.

—Dormitorio —aceptó entre jadeos—. Definitivamente dormitorio. Pero antes...

Se acercó a él deliberadamente, y el simple contacto hizo que a Raven le resultara casi imposible pensar con claridad.

Sus manos encontraron las caderas de ella y la atrajeron más cerca.

—Ashley... —gruñó.

—Entonces llévame a la cama —lo desafió ella, con los ojos brillantes de deseo y de aquella chispa traviesa que había caracterizado sus últimos días—. Quiero olvidar los escándalos y las investigaciones. Quiero olvidarlo todo excepto cómo me haces sentir.

Aquello fue todo el permiso que necesitó.

Raven se puso en pie y la levantó consigo en medio de una cascada de agua y vapor perfumado.

Ella rodeó su cintura con las piernas sin preocuparse de que ambos estuvieran empapados ni del agua que caía al suelo.

La llevó a través de la puerta comunicante hasta el dormitorio, dejando un rastro de huellas mojadas sobre la alfombra que Simpson sin duda descubriría más tarde.

Ninguno de los dos le dio importancia.

Raven la depositó sobre la cama, nuestra cama, se corrigió mentalmente, y se inclinó sobre ella.

—Voy a mojar todas tus sábanas —protestó Ashley débilmente, aunque sus manos ya buscaban acercarlo más.

—Me importan un comino las sábanas.

La besó con toda la intensidad que había estado conteniendo durante la tarde.

Cuando finalmente se separaron, ambos respiraban con dificultad.

Ashley le sonrió con una confianza tan absoluta que algo se tensó dolorosamente en el pecho de Raven.

—Hazme el amor —susurró—. Esta noche sin juegos. Sin barreras. Solo nosotros.

Raven comprendió exactamente lo que le estaba pidiendo.

Intimidad.

Cercanía.

Sin distancias.

—Solo nosotros —aceptó.

Tomó sus manos entre las suyas y entrelazó los dedos.

Aquella vez fueron más lentos.

Más tranquilos.

Raven se tomó el tiempo de descubrir cada detalle de ella, aprendiendo qué gestos la hacían suspirar y cuáles la hacían sonreír.

Cuando finalmente se unieron, Ashley lo abrazó con fuerza, manteniéndolo cerca.

No había nada entre ellos.

Solo calor.

Confianza.

Y el creciente placer de sentirse juntos.

—Raven... —jadeó ella.

Él respondió exactamente como ella necesitaba, hasta que Ashley se aferró a él con un pequeño grito ahogado.

Solo entonces permitió que toda la tensión acumulada desapareciera.

Después permanecieron abrazados, con los corazones acelerados.

La tarde había dado paso al comienzo de la noche, tiñendo la habitación de tonos dorados y ámbar.

En algún lugar de la casa, la cena los esperaba.

Los sirvientes probablemente se preguntaban dónde estaban su señor y su señora.

Y el mundo continuaría con sus interminables rumores y especulaciones.

Pero en aquel instante nada de eso importaba.

Solo existía Ashley, cálida y satisfecha entre sus brazos, mientras trazaba dibujos distraídos sobre su pecho y su respiración recuperaba lentamente la calma.

—Vamos a perdernos la cena —murmuró contra su piel.

—No me importa. —Raven depositó un beso en su sien—. Que esperen. Que todo Londres espere. Ahora mismo, eres lo único que importa.

Ella levantó la cabeza para mirarlo y, en sus ojos, él vio comprensión. Sabía lo que había estado haciendo aquel día, sabía que había estado investigando su pasado a pesar de sus deseos. Y aun así, allí estaba, eligiendo aquel momento con él en lugar de reproches o discusiones.

—Deberíamos hablar —dijo Ashley en voz baja—. Sobre tu investigación. Sobre lo que averiguaste por mis hermanos.

—Más tarde. —La estrechó con más fuerza entre sus brazos—. Ahora mismo solo quiero abrazarte.

Ella asintió contra su pecho, aparentemente satisfecha con aquella respuesta por el momento. Dormitaron de forma intermitente mientras el atardecer se convertía en noche, despertándose de vez en cuando para tocarse o besarse antes de volver a quedarse dormidos. No fue hasta que el estómago de Raven gruñó con fuerza que Ashley soltó una carcajada y le dio un suave empujón en el pecho.

—Necesitas comer algo.

—Tú también. Sobre todo teniendo en cuenta lo que tengo planeado para después. —Le tomó la mano y se la llevó a los labios—. Aunque debo admitir que la idea de vestirme y bajar para enfrentarme a toda la casa me resulta extraordinariamente poco atractiva ahora mismo.

—Entonces no lo hagas. —Ashley se incorporó, y la sábana se deslizó alrededor de su cintura de una forma que le secó la boca—. Baja a escondidas a la cocina y trae algo. Podemos cenar aquí arriba, en privado.

La sugerencia era deliciosamente escandalosa: el duque de Blackstone escabulléndose por su propia casa como un ladrón para saquear la despensa. Raven no pudo evitar sonreír.

—Eres una pésima influencia.

—Lo sé. Soy la dama que jamás se comporta. —Se inclinó para besarlo, lenta y dulcemente—. Es parte de mi encanto.

Diez minutos después, Raven se encontró haciendo exactamente lo que ella había sugerido. Se había puesto unos pantalones y una camisa, prescindiendo de medias y zapatos, y había bajado por la escalera de servicio hasta la cocina. La casa estaba en ese momento intermedio: la cena había terminado, pero aún no se había recogido todo, y el personal se relajaba antes de las tareas finales de la noche.

La cocinera levantó la vista sobresaltada cuando él entró en su dominio y casi dejó caer la olla que sostenía.

—¡Su Gracia! No esperaba... ¿Ocurre algo? Creía que habían pospuesto la cena. Mis disculpas si no es así...

—No ocurre nada, señora Patterson. —Raven levantó una mano para tranquilizarla—. La duquesa y yo simplemente... bueno, hemos decidido cenar en mis habitaciones esta noche. En privado. Pensé que podría subir yo mismo una bandeja en lugar de molestar a alguien.

La mirada de comprensión que cruzó el rostro de la cocinera hizo que se le calentaran las orejas. Por supuesto, toda la servidumbre imaginaría exactamente qué los había mantenido ocupados toda la tarde. Las huellas mojadas que iban desde la sala de baño hasta su dormitorio ya eran una pista más que suficiente, incluso sin su prolongada ausencia.

—Por supuesto, Su Gracia. —La sonrisa de la señora Patterson fue indulgente mientras empezaba a preparar una bandeja—. Ha sobrado pollo frío de la cena y también un poco de ese pastel de venado que tanto le gusta. Pan recién hecho, queso, fruta. Y creo que aún queda algo de la tarta de chocolate favorita de la duquesa.

—Perfecto.

Raven la observó trabajar, añadiendo cada cosa a la bandeja con eficiencia profesional.

—Señora Patterson, ¿podríamos tener también una botella de vino? Algo ligero.

—Ya había pensado en ello, Su Gracia. —Añadió una botella y dos copas, y luego cubrió todo con un paño—. Aquí tiene. ¿Desean también desayunar en sus habitaciones mañana?

La pregunta fue formulada con total inocencia, pero Raven captó el mensaje implícito. La casa se estaba adaptando a aquella nueva situación: su duque y su duquesa por fin se comportaban como un matrimonio. Habría que hacer ciertos ajustes.

—Es muy posible —admitió—. Haré que Simpson se lo confirme por la mañana.

Cargó la bandeja escaleras arriba por la escalera de servicio, procurando no tropezar por las prisas. Cuando abrió la puerta de su dormitorio, encontró a Ashley perfectamente instalada.

Le había tomado prestada una de sus batas —la de seda verde oscuro que le llegaba casi hasta las rodillas— y estaba sentada con las piernas cruzadas en el centro de la cama, adorablemente despeinada.

—¿Tuviste éxito? —preguntó esperanzada.

—La señora Patterson se ha superado. —Raven colocó la bandeja entre ambos y retiró el paño con un gesto teatral—. Tenemos pollo, pastel de venado, pan, queso, fruta, vino y tarta de chocolate.

Los ojos de Ashley se iluminaron al oír lo de la tarta.

—Adoro a la señora Patterson.

Comieron muchas veces con los dedos, dándose bocados el uno al otro y compartiendo sorbos de vino de la misma copa. Era una intimidad que nunca habían tenido durante sus cenas formales en el comedor: cálida, juguetona y libre de la cuidadosa distancia que habían mantenido durante los últimos tres meses.

—Dime una cosa —dijo Ashley mientras escogía una uva de la bandeja—. Antes de nuestro escandaloso beso en el jardín, ¿pensabas quedarte soltero?

La pregunta lo tomó desprevenido.

Habían hablado de muchas cosas durante los últimos días, deseos y límites, miedos y esperanzas, pero nunca de aquello.

—Siempre supuse que acabaría casándome algún día —admitió Raven—. Necesitaba un heredero y el título lo exigía. Pero la idea me resultaba intimidante, y sabes por qué... —Hizo una pausa, escogiendo cuidadosamente sus palabras—. Pensaba que quizá había demostrado no ser apto para el matrimonio. No estaba preparado para enfrentarme a tener que fingir el resto de mi vida. Lo más probable es que hubiera tenido una amante.

—¿Y ahora? —preguntó ella suavemente, aunque él percibió la vulnerabilidad escondida bajo aquellas palabras.

—Ahora —respondió, dejando la copa de vino a un lado para tomarle la mano—, estoy empezando a pensar que estaba equivocado. Que quizá la felicidad no es algo para lo que solo se tiene una oportunidad.

Ashley apretó sus dedos.

—Me alegra.

Terminaron de comer mientras la noche se adueñaba por completo de la ciudad al otro lado de las ventanas. Cuando la bandeja quedó vacía y ambos estaban agradablemente satisfechos, Raven la apartó sobre su escritorio y regresó a la cama.

Antes de que pudiera responder, Ashley se levantó y se acercó a su arcón. Sacó uno de sus látigos de seda, unas cuerdas y una venda para los ojos. Luego se volvió hacia él y se quitó la bata.

—Me interesa aprender para qué sirven estas cosas —dijo con una sonrisa sensual mientras regresaba desnuda a la cama.

—¿Cómo he podido tener tanta suerte? —respondió él mientras se quitaba la ropa a toda prisa.

Sonrió al comprobar que ni siquiera tenía que darle instrucciones. Ashley se tendió sobre la cama, se colocó la venda y situó las manos por encima de la cabeza. Pero esta vez él ató una mano a la derecha y otra a la izquierda del cabecero. También le ató los pies a cada lado de la cama.

Le encantó verla estremecerse en el aire fresco de la noche y observar cómo sus pezones se endurecían por la expectación. Mientras deslizaba las tiras del látigo de seda por su hermoso cuerpo, sintió cómo la sangre se le calentaba y esperó ser capaz de resistir lo suficiente para darle el placer que merecía.

Más tarde, cuando ambos estuvieron completamente exhaustos, su corazón latió con fuerza al darse cuenta de que Ashley probablemente era la esposa perfecta para él.

—Quédate conmigo esta noche —dijo mientras se acomodaba a su lado.

—Pensaba hacerlo. Me gustaría pasar cada noche entre tus brazos.

Ella se giró hacia él y apoyó la cabeza en aquel lugar perfecto de su pecho.

—Aunque probablemente deberíamos hablar de ciertos límites en algún momento. Como cuando tengamos invitados en casa de verdad, o si hay mañanas en las que necesites trabajar...

—Ashley.

—¿Mmm?

—Deja de planificar y duerme. Ya resolveremos los detalles sobre la marcha.

Ella bostezó, y su aliento cálido acarició la piel de él.

—Eso ha sido sorprendentemente sensato por tu parte.

—A veces tengo mis momentos.

A los pocos minutos, su respiración se volvió regular y cayó dormida.

Raven permaneció despierto más tiempo, acariciándole el cabello con una mano mientras su mente daba vueltas a todo lo que había ocurrido durante los dos últimos días.

Había descubierto la inocencia de su esposa, compartido con ella su secreto más oscuro, le había hecho el amor dos veces y había iniciado una investigación que podría tener consecuencias de gran alcance.

Y, a pesar de lo complicado que era todo, se sentía más en paz de lo que se había sentido en años.

Mañana continuaría con su investigación.

Encontraría la forma de acercarse a Lady Featherington o a alguna otra persona que pudiera conocer la verdad sobre el escándalo de Ashley.

Empezaría a sentar las bases para que hubiera consecuencias para quien hubiera destruido la reputación de su esposa.

¿Pero esta noche?

Esta noche simplemente la abrazaría.

Se permitiría tener aquello: el calor de su cuerpo contra el suyo, la confianza que ella había depositado en él, la posibilidad de un futuro que ofreciera algo más que deber y obligación.

Era suficiente.

Por ahora, era más que suficiente.

CAPÍTULO CATORCE

Raven despertó con la pálida luz de la mañana filtrándose a través de las cortinas de su dormitorio y con una extraordinaria sensación de satisfacción.

Durante un momento no supo identificar qué era lo que se sentía diferente.

Entonces Ashley se movió entre sus brazos, su piel desnuda deslizándose contra la de él, y los recuerdos regresaron de golpe.

Su esposa.

En su cama.

Donde pertenecía.

La idea debería haberle resultado extraña después de tres meses de cuidadosa distancia, de dormitorios separados y cortesía formal.

En cambio, se sentía natural.

Correcta.

Como si algo que había estado fundamentalmente mal en el mundo por fin hubiera encajado en su sitio.

Ashley seguía profundamente dormida, con su cabello claro extendido sobre el pecho de él y una mano apoyada con descuido sobre sus costillas.

Dormida parecía increíblemente joven. Las líneas de preocupación y cautela que llevaba cuando estaba despierta habían desaparecido, dejando únicamente los delicados rasgos y la suave

boca que habían captado su atención por primera vez en aquel baile de máscaras.

¿De verdad había pasado solo una semana?

Le parecía toda una vida.

Como si entonces hubiera sido otra persona: el austero duque de Blackstone, controlado y distante, encadenado por el dolor y la culpa.

Aquel hombre jamás habría llevado a su esposa desde una bañera hasta su cama, empapado y sin importarle nada.

Jamás habría bajado a escondidas a la cocina para robar comida.

Jamás se habría permitido aquel tranquilo momento doméstico de simplemente observar a su esposa dormir.

Raven apartó un mechón de cabello de la frente de Ashley con un roce tan ligero como una pluma para no despertarla.

Ella emitió un pequeño sonido de satisfacción y se acurrucó más cerca de él, provocando una extraña emoción en su pecho.

Se estaba enamorando de ella.

Más allá del simple deseo.

Más allá del deber y la obligación.

Hacia algo que se parecía peligrosamente a... no estaba seguro.

No era lo que había sentido por Kitty.

Era más.

Algo primitivo.

Algo más profundo.

Entender eso debería haberlo aterrorizado; se había prometido a sí mismo no volver a arriesgarse a sufrir un dolor semejante.

Pero de alguna manera, con Ashley cálida y confiada entre sus brazos, el miedo parecía una preocupación lejana.

El reloj sobre la repisa de la chimenea dio las siete.

Pronto toda la casa estaría despierta, los sirvientes comenzarían sus tareas matutinas y Henderson aparecería con la correspondencia del día.

Raven debería levantarse.

Debería ocuparse de sus responsabilidades.

Pero Ashley eligió ese momento para despertar.

Sus ojos se abrieron lentamente y, durante un instante, la confusión cruzó sus facciones al reconocer dónde estaba.

Luego apareció el reconocimiento y algo más cálido —placer, quizá, o satisfacción.

—Buenos días —murmuró con la voz aún ronca por el sueño.

—Buenos días.

No pudo resistirse a besarle la frente.

—¿Has dormido bien?

—Mmm. Mejor que en meses. Me has dejado agotada.

Se estiró como un gato, completamente despreocupada por su desnudez.

—Aunque creo que tendré algunos moretones nuevos por nuestras... actividades.

El calor ascendió por el cuello de Raven.

—No te hice daño, ¿verdad? Intenté tener cuidado...

—Raven.

Ashley se apoyó sobre un codo para mirarlo directamente.

—Estuviste perfecto. No tengo absolutamente ninguna queja sobre la forma en que me tocas. ¿Está claro?

La franqueza de sus palabras, la total ausencia de vergüenza o afectación, despertó nuevamente el deseo en él a pesar de la agotadora noche que habían compartido.

Aquella mujer, su esposa, seguía sorprendiéndolo a cada paso.

—Perfectamente claro —consiguió responder.

La sonrisa de Ashley se volvió traviesa.

—Bien. Porque tengo toda la intención de que haya muchas más actividades de ese tipo en nuestro futuro, y odiaría que empezaras a contenerte por algún equivocado sentido de la decencia.

Antes de que pudiera responderle, antes incluso de que pudiera procesar el calor que sus palabras despertaban en él, sonó un suave golpe en la puerta.

—¿Su Gracia?

La voz de Simpson sonó cuidadosamente neutral.

—Tengo su café de la mañana y la correspondencia.

Raven reprimió una maldición.

Por supuesto, Simpson aparecería exactamente a la hora prevista, sin importar que su amo hubiera pasado la noche con su esposa.

—Un momento —respondió en voz alta.

Luego miró a Ashley con auténtico pesar.

—Debería...

—Adelante.

Ella le dio un beso en el pecho y se apartó, subiéndose la sábana hasta cubrirse.

—Yo me quedaré aquí pareciendo completamente seducida mientras tú atiendes tus asuntos. No te preocupes por mí.

La imagen mental que aquello provocó estuvo a punto de hacer que despidiera a Simpson sin más.

Pero el sentido de la responsabilidad terminó imponiéndose, apenas, y Raven se obligó a levantarse y ponerse la bata que Ashley había tomado prestada la noche anterior.

Abrió la puerta solo lo suficiente para aceptar la bandeja que Simpson le ofrecía, bloqueando la vista del interior.

La expresión del ayuda de cámara permaneció profesionalmente impassible, aunque Raven detectó un brillo cómplice en sus ojos.

—¿Necesitará que le prepare la ropa, Su Gracia?

—No inmediatamente. Llamaré cuando esté listo.

—Muy bien, Su Gracia. ¿Debo informar a la cocinera de que el desayuno se servirá en sus aposentos esta mañana?

Raven lanzó una mirada a Ashley.

Ella se había incorporado entre las almohadas y no hacía el menor esfuerzo por ocultar su presencia.

Le dedicó un alentador asentimiento.

—Sí, gracias, Simpson. Para dos.

—Excelente. Haré que lo suban dentro de una hora.

El ayuda de cámara hizo una reverencia y se retiró.

Raven cerró la puerta con un suave clic.

—Toda la casa lo sabe —observó Ashley con diversión mientras él llevaba la bandeja hasta la cama—. Para el mediodía, probablemente media Londres sabrá que el duque y la duquesa de Blackstone por fin han consumado su matrimonio.

—¿Eso te molesta? —preguntó él.

Ella lo consideró un momento mientras aceptaba el café que él le servía.

—No. En realidad, es bastante agradable. Que la gente asuma que nuestro matrimonio es normal en lugar de especular sobre por qué mantenemos dormitorios separados.

Raven revisó su correspondencia mientras bebía su propio café. Facturas, invitaciones a diversos eventos sociales, una carta de su administrador. Y entonces... su mano se detuvo al reconocer el sello de uno de los sobres.

Lady Featherington.

La propia víbora le había escrito. ¿Cómo demonios se había enterado de sus averiguaciones? ¿Alguien habría oído algo en el club? ¿Con quién se estaba viendo actualmente?

La furia estalló, intensa e inmediata, pero la reprimió, obligando a sus manos a permanecer firmes mientras rompía el sello y desplegaba la carta.

Su Gracia:

Creo que ha estado investigando con gran interés ciertos acontecimientos de hace tres años. Ha pasado bastante tiempo desde que alguien preguntó por el desafortunado escándalo de Lady Ashley y, debo admitir, esperaba su interés en el asunto, dado que es su esposa.

Si desea hablar sobre lo que presencié aquel día, estaré encantada de recibirlo. ¿Quizá tomar el té en mi residencia mañana por la tarde? ¿Digamos a las tres?

Espero con interés nuestra conversación.

Muy sinceramente,

Lady Georgiana Featherington

—¿Raven?

La voz de Ashley atravesó la furia que martilleaba sus venas.

—¿Qué ocurre? Pareces dispuesto a cometer un asesinato.

Él se inclinó y le besó la cabeza.

—Nada importante. Otra citación de Prinny.

Odiaba mentirle, especialmente después de la confianza que acababan de encontrar, pero solo conseguiría alterarla si supiera que

seguía investigando.

—A veces creo que Prinny te llama solo porque se siente solo. Me da pena. Quizá podríamos invitarlo a cenar alguna noche.

Le encantaba la bondad de su corazón, pero Prinny era... bueno, Prinny.

—Estoy seguro de que sería una buena idea. Pero quiero tenerte para mí solo durante un tiempo. Así que dejemos las visitas para más adelante.

Y la atrajo hacia sus brazos para besarla.

Entonces Ashley se movió y se sentó directamente sobre su regazo, mientras la sábana resbalaba y ella se acomodaba a horcajadas sobre él.

—Tenemos una hora antes de que llegue el desayuno —dijo, mientras sus manos ya comenzaban a abrir su bata—. Y resulta que todavía tengo bastante hambre. Solo que... no de comida.

A pesar de todo, la carta, la investigación, el peso de tres años de secretos, Raven se descubrió sonriendo.

Esa mujer. Su esposa.

Podía hacerle olvidar el mundo entero con una simple mirada y una caricia.

—Entonces déjame saciar tu apetito —murmuró contra sus labios.

Y procedió a hacerlo.

HORA Y MEDIA DESPUÉS, el desayuno se había retrasado y trasladado al comedor porque se habían dejado llevar un poco, Raven y Ashley finalmente salieron de su dormitorio, vestidos y perfectamente presentables.

Bajaron juntos las escaleras y, si el personal de la casa notó que la duquesa parecía radiante y que el duque no podía dejar de tocarla, una mano en su espalda, los dedos rozando los de ella mientras caminaban, lo disimularon muy bien.

Se acomodaron a la mesa y Henderson apareció para supervisar personalmente al servicio.

La expresión del viejo mayordomo era cuidadosamente neutral, pero Raven percibió el brillo satisfecho en sus ojos. Henderson había servido a tres generaciones de los Blackstone y se tomaba muy en serio la continuidad del linaje. Ver por fin a su señor comportarse como un esposo claramente le complacía.

—Esto es agradable —comentó Ashley mientras untaba mantequilla en una tostada—. Desayunar juntos. Deberíamos hacerlo más a menudo.

—Todas las mañanas, si quieres.

Raven aceptó el café que Henderson le sirvió.

—Confieso que me he acostumbrado bastante a tenerte en mi cama.

El rubor que apareció en las mejillas de Ashley era encantador. Por muy atrevida que fuera en privado, todavía conservaba cierta capacidad para sonrojarse. A él le resultaba adorable.

Le dio la vuelta a la mano y le besó la palma.

—Y bien, ¿qué planes tienes para hoy? Tengo reuniones con mi administrador y, por supuesto, con Prinny, pero esta mañana estoy libre.

—De hecho —dijo Ashley, iluminándosele los ojos con una idea—, estaba pensando en tu estudio. Es muy masculino y elegante, por supuesto, pero podría beneficiarse de algunos detalles que lo hicieran más... acogedor.

—¿Acogedor?

—Para mí.

Se levantó y rodeó la mesa hasta colocarse junto a su silla.

—Me gustaría pasar tiempo allí contigo. Leer mientras trabajas en tu correspondencia, quizá. Hablar de asuntos de negocios; en realidad me parecen bastante fascinantes. Pero la habitación es tan completamente tuya que me siento como una intrusa cada vez que entro.

Raven comprendió perfectamente lo que ella estaba pidiendo.

Quería tener su propio espacio dentro de su dominio privado.

Una reivindicación de aquella estancia tan masculina donde él había pasado tres meses escondiéndose de ella.

—¿Qué tenías en mente?

—Nada dramático.

El entusiasmo de Ashley era contagioso.

—Quizá una silla más cómoda junto a la ventana, donde la luz es buena para leer. Algunos de mis libros en las estanterías junto a los tuyos. Tal vez unos colores más suaves para equilibrar toda esa madera oscura y el cuero.

—Quieres redecorar mi despacho.

—¡Solo un poco!

Ella se rio al ver su expresión.

—Te prometo que no lo convertiré en un salón. Seguirá siendo muy tuyo. Solo quiero... compartirlo contigo de vez en cuando.

La sinceridad de aquellas palabras, aquel simple deseo de formar parte de su vida, tocó algo profundo en el pecho de Raven.

¿Cuántas veces durante los últimos tres meses se había refugiado en aquel despacho para evitarla?

Y ahora ella no le pedía un espacio propio, sino el derecho a compartir el suyo.

—Haz lo que quieras —dijo él con voz áspera—. La habitación es tan tuya como mía.

La sonrisa de Ashley habría podido iluminar toda la casa.

Se inclinó para besarlo, dulce y largamente, allí mismo en el comedor del desayuno, donde cualquier sirviente podía verla.

—Empezaré esta tarde —prometió contra sus labios—. Podemos elegir juntos las telas y los muebles.

—Tengo reuniones...

—Entonces reuniré toda la información y lo hablaremos mañana.

Se apartó, con los ojos brillantes.

—Gracias, Raven. No tienes idea de lo mucho que significa esto para mí.

En realidad, estaba empezando a comprenderlo.

Empezaba a entender que lo que Ashley quería, lo que siempre había querido, era un verdadero compañero de vida.

No un proveedor que la mantuviera a distancia, sino un esposo que compartiera su existencia con ella.

Quería ser vista y valorada.

Aquello era aterrador y emocionante a partes iguales.

Pasaron el resto de la mañana juntos.

Raven se ocupó de su correspondencia mientras Ashley leía en una silla que había arrastrado junto a su escritorio.

Era una escena doméstica y cómoda, y él se descubrió robándole miradas, maravillado por lo natural que resultaba tenerla allí.

Cerca del mediodía, ella dejó el libro y se estiró.

—Debería ir a visitar a Tiffany. El embarazo la ha tenido bastante delicada y la he descuidado vergonzosamente estos últimos días.

—Dale mis saludos —dijo Raven, firmando la última carta con un elegante trazo.

—Me pregunto si yo también estaré embarazada. ¿Tú quieres tener hijos?

—Sí. Más que nada.

La respuesta fue inmediata.

—No sabía cuánto deseaba ser padre hasta que me obligaste a afrontarlo. Y no se trata solo de tener un heredero. Quiero ser un buen padre. Un padre al que sus hijos puedan acudir en busca de consejo y ayuda. Un padre que jamás rechazaría a su propio hijo... por ningún motivo.

—Serías un padre maravilloso.

—Gracias.

Entonces la besó, lenta y profundamente, volcando en aquel gesto todo lo que aún no podía expresar con palabras.

Ella respondió con el mismo fervor, aferrándose a su camisa mientras se acercaba a él.

Cuando finalmente se separaron, ambos respiraban con dificultad.

Raven apoyó la frente contra la de ella.

—Ve a visitar a Tiffany. Te veré en la cena. Y Ashley...

—¿Sí?

—Esta noche, si te parece bien, me gustaría mostrarte algo. Otro aspecto de lo que exploramos anoche. Si te interesa.

El rubor inundó sus mejillas, pero sus ojos brillaban de curiosidad y de algo que parecía expectación.

—Me interesa mucho —respondió—. Muchísimo, de hecho.

Y con aquella promesa suspendida entre ambos, ella volvió a besarlo y se marchó, dejando a Raven solo con sus pensamientos y con la carta de Lady Featherington, que seguía sobre su escritorio como una serpiente enroscada.

Pronto tendría que enfrentarse a aquella víbora en particular y averiguar qué información poseía sobre el escándalo de Ashley.

Pero esta noche...

Esta noche volvería a tener a su esposa entre sus brazos.

Seguiría explorando la pasión que ardía entre ellos.

Seguiría construyendo la relación que estaban creando, un momento íntimo cada vez.

Era suficiente.

Por ahora, lo era todo.

EL RESTO del día transcurrió en una agradable bruma.

Raven asistió a sus reuniones, tomó decisiones sobre inversiones y propiedades y se ocupó de los mil pequeños asuntos que requerían la atención de un duque.

Pero durante todo ese tiempo, una parte de su mente permaneció fija en Ashley.

En cómo se había visto aquella mañana en su cama.

En la confianza de sus ojos cuando le pidió que tuviera cuidado.

En el calor que había surgido entre ellos en su despacho.

Se estaba obsesionando con ella.

Aquella revelación debería haberlo preocupado, pero en lugar de eso se descubrió aceptándola.

Durante tres meses la había mantenido a distancia, y aquello los había hecho desgraciados a ambos.

Ahora que la había dejado acercarse, ahora que había probado la posibilidad de una auténtica compañera de vida...

No había vuelta atrás.

Y no quería que la hubiera.

¿Y si le ocurría algo?

¿Y si también la perdía a ella?

Empujó aquel miedo a lo más profundo de su interior.

Para cuando regresó a casa aquella tarde, descubrió que Ashley había cumplido su promesa de empezar a trabajar en su despacho. Había llevado muestras de telas y bocetos de muebles, extendiéndolos sobre el escritorio con el entusiasmo de un general planificando una campaña.

—Estaba pensando en este sillón —dijo, señalando un dibujo de un amplio butacón tapizado en un profundo color borgoña—. Es lo bastante cómodo para largas sesiones de lectura, pero sigue siendo lo bastante masculino para no desentonar con el resto de la habitación.

Raven estudió el boceto, fingiendo considerarlo seriamente. En realidad, habría aceptado damasco rosa y adornos dorados si eso la hacía feliz.

—Es perfecto.

Pasaron una hora revisando sus planes. Ashley explicaba su visión mientras Raven aportaba alguna sugerencia ocasional.

Era algo doméstico y cotidiano, y completamente diferente de todo lo que había experimentado antes en una relación.

Aunque, después de todo, nunca había estado casado.

Kitty solo se ocupaba de él en el aspecto físico.

Pero Ashley...

Ashley quería formar parte de todo.

De su trabajo, de sus espacios, de su vida.

Y cuanto más tiempo pasaba Raven con ella, más deseaba darle exactamente eso.

La cena fue tranquila, solo ellos dos en el comedor más pequeño.

Hablaron de todo y de nada: de la visita de Ashley a Tiffany, de las reuniones de Raven, de los chismes de los clubes y los salones.

Una conversación fácil que resultaba natural y cómoda.

Cuando la comida terminó y Henderson se retiró, dejándolos con oporto y café, Raven encontró la mirada de Ashley al otro lado de la mesa.

—Antes, hoy —dijo con aquella voz grave que sabía que la afectaba— mencioné que quería mostrarte algo esta noche.

Ella contuvo el aliento de forma audible.

—Lo recuerdo.

—¿Sigues interesada?

—Sí.

Sin vacilación.

Solo una honestidad simple y directa que hizo que el calor se acumulara en el bajo vientre de Raven.

Se puso de pie y le ofreció la mano.

—Entonces ven conmigo.

La condujo escaleras arriba, pasando por el dormitorio de ella y entrando en el suyo.

La habitación estaba preparada exactamente como había pedido: velas encendidas, la cama preparada y, sobre ella, colocados con deliberado cuidado, pañuelos de seda en tonos verde oscuro y dorado, además de un antifaz confeccionado con la seda negra más suave, diseñado para bloquear toda la luz sin dejar de ser delicado contra la piel sensible.

Pero junto a ellos había algo nuevo.

Una especie de paleta.

Los ojos de Ashley se abrieron de par en par al contemplar todo aquello.

—¿Quieres castigarme y...?

—Solo si tú quieres.

Raven se colocó detrás de ella y apoyó las manos sobre sus hombros.

—¿Recuerdas lo que te dije antes? ¿Sobre el control y la confianza?

—Lo recuerdo.

—Anoche comprobaste que perder la vista intensificaba tus otros sentidos. Hacía que cada caricia fuera más intensa. Que cada sonido pareciera más nítido. Se trata de abandonarse a las sensaciones, de permitirme guiarte a través de placeres que puedes sentir, aunque no veas cuándo llegan.

Sintió cómo ella se estremecía bajo sus manos.

—¿Y también me atarás?

—Si me lo permites.

La giró para que lo mirara a los ojos.

Necesitaba que viera la sinceridad en ellos.

—Pero, Ashley... solo haremos esto si te sientes completamente cómoda. Si en algún momento quieres detenerte, dices la palabra y nos detenemos inmediatamente. ¿Entendido?

—¿Qué palabra?

Raven reflexionó un momento.

—¿Qué te parece "escándalo"? Si dices esa palabra, sabré que realmente te sientes incómoda y que no es solo que estés abrumada por las emociones.

Ashley soltó una risa sorprendida y sincera.

—En realidad es perfecta. Ya se sabe que he sido bastante escandalosa.

—No. Eres mi hermosa esposa.

Le rozó la frente con un beso.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Confiarás en mí para esto?

Ella sostuvo su mirada durante un largo instante.

Raven pudo ver el debate interno reflejado en sus ojos.

Aquello representaba un nivel de entrega distinto al de los simples pañuelos de seda.

Una confianza más profunda.

Finalmente, Ashley asintió.

—Sí. Confío en ti, Raven. Muéstrame.

CAPÍTULO QUINCE

Ashley estaba sentada en el pequeño escritorio del salón matinal, revisando las cuentas domésticas de la semana con la señora Patterson, pero su mente no dejaba de regresar a la noche anterior.

El calor le subió por el cuello al recordar el antifaz de seda negra, cómo la oscuridad había intensificado cada sensación, cómo él la había colocado a cuatro patas, con un collar alrededor del cuello sujeto al cabecero de la cama. Cómo lo había sentido detrás de ella y cómo cada impacto de la paleta sobre sus nalgas se mezclaba con el placer que le provocaban sus caricias. Su mundo se había convertido en destellos de color detrás del antifaz mientras las sensaciones crecían hasta que sintió que estaba a punto de hacerse añicos únicamente por el contacto de Raven.

—¿Su Gracia?

La voz de la señora Patterson la devolvió al presente.

—¿La factura del carnicero?

—Oh. Sí.

Ashley se obligó a concentrarse en las pulcras columnas de cifras que tenía delante.

—Parece razonable. Apruebe el pago, por favor.

Pero incluso mientras firmaba su nombre con deliberado cuidado, sus pensamientos regresaron al dormitorio.

Al momento en que Raven había sujetado su cabello en la mano y la había guiado con aquella voz baja y autoritaria para que confiara en él.

Para que se entregara por completo.

Y ella lo había hecho.

Dios la ayudara, realmente lo había hecho.

Aquella mezcla de placer y dolor había sido una revelación.

Se había tensado la primera vez que oyó el silbido del instrumento cortando el aire, anticipando el dolor.

Pero el toque de Raven había sido medido, controlado: una sensación aguda seguida de inmediato por la caricia tranquilizadora de su mano.

Construyendo una sensación sobre otra hasta que placer y dolor se fundieron en algo casi trascendente.

¿Cómo podía algo que la sociedad consideraría una perversión sentirse tan correcto?

Ashley se movió ligeramente en la silla; aún permanecía una leve sensibilidad de la noche anterior, oculta bajo capas de muselina y seda, invisible para el resto del mundo.

Un secreto que solo ella y Raven compartían.

La idea la hizo sonreír a pesar de sí misma.

—¿Su Gracia?

La señora Patterson la observaba con una curiosidad apenas disimulada.

—Parece especialmente alegre esta mañana.

—¿Lo parezco?

Ashley enderezó los libros de cuentas con exagerado cuidado.

—Supongo que he dormido bien.

Aquello era quedarse corta.

Había dormido profundamente, sin sueños, entre los brazos de Raven, con el cuerpo agradablemente dolorido y la mente por fin en calma después de semanas de preocupación.

Cuando despertó aquella mañana y descubrió que él ya se había marchado, llamado por alguna reunión temprana con su administrador, casi se sintió abandonada.

Tres meses de dormitorios separados, de distancia cuidadosamente mantenida y de cortesías formales.

Y ahora, después de apenas unas noches de intimidad, ya lo echaba de menos cuando no estaba.

Terreno peligroso.

No podía permitirse enamorarse de su marido cuando su matrimonio debía ser poco más que un acuerdo conveniente para evitar un escándalo.

¿Qué quería él de aquel matrimonio, además de hijos y una compañera de cama que disfrutara de sus juegos?

Pero su traicionero corazón parecía no preocuparse por lo que era sensato.

—¿Eso es todo, Su Gracia?

La señora Patterson reunió sus libros de cuentas con la eficiencia que daba la práctica.

—Sí, gracias. Ah, una cosa más.

Ashley sacó las muestras de tela que había reunido para el despacho de Raven.

—Necesitaré que encarguen estas sillas esta semana. Y también la estantería para la pared del fondo.

Los ojos de la ama de llaves brillaron con comprensión.

Toda la servidumbre había notado el cambio en la relación entre su amo y su ama.

Ashley suponía que era imposible ocultar esas cosas a los criados que cambiaban las sábanas y arreglaban las habitaciones.

—Por supuesto, Su Gracia. Haré que Henderson se ocupe de ello inmediatamente.

Cuando el ama de llaves se marchó, Ashley se encontró sola con la luz de la mañana y con unos pensamientos cada vez más inapropiados.

Intentó concentrarse en otros asuntos domésticos: el menú de la cena de la semana siguiente, las reparaciones necesarias en el ala este, el próximo acto benéfico que había aceptado ayudar a organizar.

Pero su mente seguía regresando a la forma en que Raven la había mirado la noche anterior.

A la reverencia que había en su tacto a pesar de la intensidad de todo lo que habían compartido.

A cómo la había sostenido después, murmurándole palabras tranquilizadoras contra el cabello mientras el mundo volvía poco a poco a su lugar.

—*Eres perfecta* —le había susurrado él—. *Tan valiente. Tan hermosa. Tan perfectamente mía.*

Mía.

La posesividad contenida en aquella sola palabra debería haberla alarmado.

Pero, en lugar de eso, había sentido una cálida oleada extenderse por su pecho.

Después de tres años siendo el ejemplo de advertencia de la sociedad, de no pertenecer a ningún lugar ni a nadie, la idea de ser reclamada, de ser deseada, se sentía como un regalo que nunca había esperado recibir.

Ashley se sorprendió sonriendo de nuevo y obligó a su expresión a adoptar algo más apropiado para una duquesa que revisaba las cuentas del hogar.

Pero por dentro se sentía más ligera de lo que se había sentido en años.

Quizá estaba mal obtener tanto placer de lo que hacían a puertas cerradas.

Quizá las damas no debían disfrutar ciertas intimidades con sus esposos ni anhelar más de ellas.

Pero Ashley había dejado de preocuparse por lo que las damas debían hacer tres años atrás, cuando la sociedad la juzgó por un escándalo que no era suyo.

Si ya era notoria, si ya estaba más allá de los límites de la respetabilidad a los ojos de la alta sociedad, ¿por qué no abrazar la libertad que acompañaba a una reputación arruinada?

¿Por qué no disfrutar de cada momento de felicidad que su marido le ofrecía?

El sonido de unos pasos en el pasillo la hizo alzar la vista.

Raven apareció en la puerta de la sala de estar matutina, todavía vestido para los negocios con un abrigo oscuro y una impecable

corbata, aunque con una suavidad en la expresión que ella empezaba a reconocer.

—Aquí estás —dijo, acercándose a donde estaba sentada—. Henderson me dijo que estabas revisando las cuentas de la casa.

—Ya he terminado.

Ashley dejó la pluma a un lado, plenamente consciente de cómo reaccionaba su cuerpo ante la sola presencia de él.

—¿Cómo fue tu reunión?

—Tediosa.

Se apoyó contra el escritorio, lo bastante cerca para que ella percibiera su aroma familiar: sándalo y algo especiado que era exclusivamente suyo.

—Me encontré distraído, pensando en otras cosas.

—¿Otras cosas?

Ella levantó la vista hacia él a través de sus pestañas, alentada por el calor que veía en sus ojos.

—Principalmente en mi esposa. Y en si estaba tan dolorida como temía después de las... actividades de anoche.

El color inundó las mejillas de Ashley.

Incluso ahora, incluso después de todo lo que habían compartido, la franqueza con la que él reconocía su intimidad la hacía sentirse como una joven debutante.

—Estoy perfectamente bien —consiguió decir—. Quizá un poco sensible, pero nada que me preocupe.

—Bien.

Él alzó una mano para acariciarle la mejilla, mientras el pulgar rozaba suavemente su piel.

—Nunca quiero hacerte daño, Ashley. No de verdad. Si alguna vez me excedo...

—No lo harás.

Ella giró el rostro hacia su palma y depositó un beso allí.

—Confío en ti, Raven. Completamente.

Algo cambió en su expresión: vulnerabilidad y asombro mezclados.

—No merezco esa confianza.

—Sí la mereces.

Permanecieron así durante un momento, con la mano de él cálida contra su rostro y el corazón de ella comportándose de maneras extrañas dentro de su pecho.

Luego Raven pareció recomponerse y se enderezó.

—He venido a preguntarte si tienes planes para esta tarde. Pensé que quizá podríamos pasar algo de tiempo juntos. Hablar. Conocernos mejor fuera de...

Hizo un gesto vago, y Ashley comprendió lo que no terminaba de decir.

Fuera del dormitorio.

Fuera de la intensa conexión física que compartían.

—Me gustaría mucho —respondió con sinceridad—. No tengo ningún compromiso importante.

—Excelente. ¿Damos un paseo por el jardín? Hace un día agradable y, para ser sincero, he pasado demasiado tiempo encerrado en mi despacho últimamente con esta absurda apuesta. Me alegraré cuando termine y ganemos.

Ashley guardó sus pensamientos para sí.

Estaba dividida entre su marido y la Hermandad.

¿Debía contárselo?

No.

Era importante para las damas, para todas las damas en realidad, que ellas ganaran.

Atravesaron la casa y salieron al jardín, donde las últimas flores del otoño seguían floreciendo con obstinada resistencia ante la llegada del invierno.

El aire era fresco, pero agradable, y Ashley se sintió agradecida por la oportunidad de estar al aire libre, lejos de los sirvientes, de las normas sociales y del peso de las responsabilidades domésticas.

Raven le ofreció el brazo y caminaron durante varios minutos en un cómodo silencio antes de que él hablara.

—Háblame de tu infancia —dijo—. Antes del escándalo. Antes de que todo cambiara. ¿Cómo eras cuando eras niña?

La pregunta la sorprendió.

Habían compartido sus cuerpos, compartido intimidades que habrían escandalizado a la sociedad, pero nunca habían hablado

realmente de sus pasados más allá de lo estrictamente necesario.

—Supongo que era... una niña normal —dijo lentamente, buscando entre sus recuerdos—. Feliz. El matrimonio de mis padres era feliz, algo poco común en su época. Fueron un ejemplo de cómo podía ser una verdadera unión: afecto sincero y respeto entre marido y mujer.

—Tuviste suerte en eso.

—La tuve. Mi padre murió cuando yo tenía dieciocho años, y creo que ahí fue cuando las cosas comenzaron a cambiar. Mi madre sufrió mucho su pérdida y volcó toda su atención en Ivy y en mí.

Hizo una pausa mientras observaba una mariposa revoloteando entre las últimas rosas.

—Soñaba con que yo fuera el diamante de la temporada y lograra un matrimonio brillante. Uno de mis mayores arrepentimientos es haber destruido ese sueño.

—No fue culpa tuya —dijo Raven en voz baja.

—¿No?

Ashley soltó una pequeña risa, aunque teñida de amargura.

—Sin embargo, mi madre nunca me repudió ni me reprendió cuando mi reputación quedó arruinada a los diecinueve años. Ella me conocía. Creía en mí. Y no insistió cuando me negué a contarle cómo había sucedido.

Sonrió suavemente.

—La amo por eso.

—Estaba orgullosa el día de nuestra boda.

Ashley sonrió.

—Eras un duque y, aunque no estaba contenta con las circunstancias, creo que sintió alivio al saber que estaría a salvo. Le caes bien.

El brazo de Raven se tensó bajo la mano de ella.

—Lo siento. Por todo. Por haber sido una de las personas que te juzgaron sin conocer la verdad.

—No conocías la verdad porque yo no podía contarla. Y aún no puedo contarla toda.

Ella apretó suavemente su brazo.

—Pero he hecho las paces con lo que ocurrió.

Habían llegado a un pequeño banco escondido en un rincón formado por setos demasiado crecidos, y Raven la ayudó a sentarse.

Luego se acomodó a su lado con expresión preocupada.

—Ahora que eres mi duquesa, ¿cuáles son tus sueños? —preguntó en lugar de responder a sus palabras—. ¿Qué quieres para tu vida?

La pregunta abrió algo en el pecho de Ashley.

Nadie le había preguntado por sus sueños en tres años.

Todos habían estado demasiado ocupados hablando de su caída en desgracia, de su reputación arruinada, de su comportamiento escandaloso y de cómo reducir los daños.

—Quiero ser madre —admitió en voz apenas audible—. Más que cualquier otra cosa en el mundo, quiero ser feliz. Una casa llena de risas, caos y pequeñas manos pegajosas me haría feliz. Quiero leer cuentos a nuestros hijos, enseñarles a ser amables y verlos convertirse en buenas personas.

—Me gusta ese sueño.

Raven tomó su mano y entrelazó los dedos con los de ella.

—Podemos tener eso.

—¿Podemos?

Ashley se volvió para mirarlo directamente.

—Te casaste conmigo por obligación, Raven. Para protegerme de un segundo escándalo. Estoy agradecida por ello, de verdad. Y no voy a fingir que no disfruto de la intimidad que compartimos. Pero los hijos... los hijos merecen nacer del amor, no del deber.

—¿Y si está empezando a ser algo más que deber?

Las palabras salieron ásperas, casi a la defensiva.

—¿Y si estoy empezando a preocuparme por ti de una manera que no tiene nada que ver con la obligación?

El corazón de Ashley dio un vuelco.

—Raven...

—Estoy aterrado —continuó él, como si aquella confesión le costara un enorme esfuerzo—. Aterrado de preocuparme por ti como me preocupaba por Kitty. Aterrado de perderte como la perdí a ella. Aterrado de que lo que deseo de ti, la forma en que necesito tocarte

y tener el control, me convierta en el monstruo que mi padre decía que era.

Y allí estaba.

El núcleo de su miedo expuesto entre ellos.

Ashley se giró por completo en el banco y tomó ambas manos de Raven entre las suyas.

—Tu padre se equivocaba.

—¿De verdad?

La risa de Raven fue amarga.

—Me encontró cuando tenía diecisiete años con una fusta en la mano y una mujer casada atada a una cama. Me llamó aberración. Dijo que mis inclinaciones eran antinaturales, que la había corrompido con mis deseos retorcidos. Y luego murió apenas unos meses después, convencido de que yo era un perverso que había deshonrado el nombre de la familia.

El dolor en su voz hizo que a Ashley le doliera el pecho.

Él ya le había hablado de Lady Featherington y del escándalo que había sufrido siendo un muchacho.

Pero no había comprendido por completo el peso de la condena de su padre ni cómo aquellas palabras habían moldeado todo lo que Raven creía de sí mismo.

—Se equivocaba —repitió con firmeza—. Escúchame, Raven. Esa mujer, Lady Featherington, era cinco años mayor que tú. Sedujo a un chico de quince años y le enseñó a satisfacer sus deseos. Luego permitió que tú cargaras con toda la culpa cuando los descubrieron. Esa vergüenza no te pertenece. Le pertenece a ella.

—Mi padre no lo veía así.

—Probablemente tenía miedo de algo que no entendía. Miedo por su hijo. Tú lo sabes mejor que nadie.

Ashley apretó sus manos.

—Pero yo he compartido tu intimidad, Raven. He experimentado esas cosas que tú llamas tus «deseos retorcidos». Y te estoy diciendo que no hay nada malo en ti. Nada aberrante ni perverso en querer dar placer a tu esposa de formas poco convencionales.

—Ashley...

—No, déjame terminar.

Respiró hondo.

—Sí, te gusta tener el control. Sí, disfrutas guiándome y llevándome hasta el límite de lo que puedo soportar. Pero también eres cuidadoso. Atento. Constantemente te aseguras de que me encuentre bien y de que esté disfrutando. Te detienes en el instante en que notas cualquier señal de auténtico malestar.

Lo miró directamente a los ojos.

—Eso no es corrupción, Raven. Eso es cuidado.

Lo miró con algo parecido al asombro en los ojos, como si aún no pudiera creer que ella fuera real.

—Lo que hacemos juntos nos da placer a ambos —continuó Ashley con suavidad—. Nos hace sentir bien. ¿Cómo podría estar mal? ¿Cómo podrían el deseo mutuo, la confianza y... —vaciló ante la palabra, pero siguió adelante— ...y el afecto creciente ser algo que no fuera correcto?

—Mi padre...

—Tu padre estaba sufriendo por la pérdida de tu madre y tenía miedo por tu reputación. Reaccionó con ira y temor, y tú has cargado con sus palabras desde entonces. —Ashley alzó una mano para tomarle el rostro y obligarlo a mirarla a los ojos—. Pero, Raven, ya no tienes diecisiete años. Eres un hombre adulto con una esposa que comprende y acepta cada parte de ti. Incluso las partes que temes mostrar al mundo.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo y, por un instante, Ashley creyó que se apartaría. En lugar de eso, él se lanzó hacia ella y capturó su boca en un beso que sabía a desesperación y esperanza en partes iguales.

Cuando por fin se separaron, ambos respirando con dificultad, Raven apoyó la frente contra la de ella.

—Gracias —susurró—. Gracias por verme. Por no rechazar lo que soy.

—Eres mi esposo —dijo Ashley sencillamente—. Y eres un buen hombre, Raven. Honorable, amable y... sí, a veces un poco controlador, y no solo en el dormitorio. Pero eso no te convierte en una aberración. Te convierte en un ser humano.

Permanecieron sentados en silencio durante un rato, con las manos entrelazadas, mientras el sol de la tarde dibujaba patrones dorados entre las hojas del seto. Ashley sintió que algo cambiaba entre ellos: una confianza más profunda, quizá, o los cimientos de algo que algún día podría convertirse en amor.

—Yo también quiero esas cosas —dijo Raven finalmente—. Los niños. Una casa llena de risas. Una verdadera compañera de vida, no solo un matrimonio de conveniencia.

—Entonces construiremos eso juntos. —Ashley logró sonreír, pese a la preocupación que seguía inquietándola—. Un día a la vez.

—Hablando de construir cosas juntos... —Raven pareció aligerar deliberadamente el ambiente—. ¿Qué te parecería ir al teatro mañana por la noche? Hay una nueva representación de *Mucho ruido y pocas nueces* que dicen que es excelente. Podríamos invitar a Farah y Rockwell, y también a tu hermana Ivy. Hacer una salida familiar de verdad.

La propuesta la sorprendió y la alegró. Después de tres meses de matrimonio, sería su primera aparición pública como una pareja realmente unida y no como dos personas cumpliendo obligaciones sociales.

—Me encantaría —respondió Ashley con calidez—. Aunque debo advertirte que tu hermana sin duda nos interrogará sobre este repentino cambio en nuestras circunstancias.

—Que lo haga. —Raven sonrió, y la expresión transformó por completo su rostro—. Ya no tengo nada que ocultar. Al menos no a Farah.

Regresaron lentamente hacia la casa, ninguno de los dos dispuesto a poner fin a aquel momento de entendimiento. Pero cuando se acercaban a la entrada, Henderson apareció con una bandeja de plata.

—Su Gracia, esto acaba de llegar. —El mayordomo le ofreció la bandeja a Raven—. El mensajero dijo que era urgente.

Raven tomó la carta y Ashley observó cómo su expresión se cerraba mientras rompía el sello y recorría el contenido con la vista. No necesitó preguntar de quién era; la repentina tensión en sus hombros se lo dijo todo.

—¿Prinny otra vez? —preguntó en voz baja.

—Sí. —Volvió a doblar la carta con deliberado cuidado—. Tengo que atenderlo antes de ir al teatro.

—Últimamente te reclama mucho. ¿Alguna razón?

—Sospecho que tiene problemas financieros, como de costumbre. Gasta una fortuna. También hace mucho por las artes. Lo asesoré sobre la inversión en las Indias que te mencioné, y supongo que quiere conocer los resultados. Nos ha ido extraordinariamente bien.

Maldición. *Debería* haberle comentado aquello a Ashley.

—¿Tan bien nos ha ido?

Él se inclinó y depositó un beso en la parte superior de su cabeza.

—Muchísimo. Vamos, entremos a calentarnos. Puede que tenga que marcharme pronto.

Entraron juntos en la casa, ella tomada de su brazo como un matrimonio que llevara décadas unido, y el corazón le cantaba de felicidad. Aquello era exactamente el tipo de matrimonio que deseaba: compartir sus vidas. Y aunque le disgustaba que Raven pareciera estar siempre a disposición de Prinny, se sentía orgullosa de su esposo.

Después de la cena, mientras se preparaban para acostarse, la conciencia de la atracción entre ellos crepitaba en el aire, intensa y eléctrica. Ashley quería que aquel día maravillosamente íntimo continuara.

Ashley extendió los brazos hacia él y lo atrajo a su lado. Raven acudió de buen grado. Hicieron el amor despacio, con ternura, sin pañuelos de seda, ni vendas, ni fustas. Solo piel, respiraciones compartidas y la creciente comprensión de que estaban construyendo algo real juntos.

Algo que valía la pena proteger.

Mientras Ashley se quedaba dormida entre los brazos de su marido, soñó con la vida que podrían tener ahora que él parecía haber renunciado a desenmascarar al hombre que había provocado el escándalo que arruinó su reputación. Le encantaba que Raven

respetara sus deseos y pensó que quizás podrían tener una vida maravillosa juntos.

CAPÍTULO DIECISÉIS

La casa de los Featherington en Berkeley Square era exactamente como Raven la recordaba: imponente, elegante, costosa. El barón Featherington había muerto unos años antes, dejando a su viuda, considerablemente más joven, con una fortuna y sin nadie que supervisara sus actos.

Los rumores decían que no había perdido el tiempo llenando su cama con una sucesión de amantes, aunque era lo bastante cuidadosa como para mantener una negación plausible.

Al contemplar la casa ahora, sabiendo lo que había ocurrido entre aquellas paredes, Raven sintió que trece años de ira acumulada se asentaban en su estómago como una piedra.

Un mayordomo al que no reconoció abrió la puerta y lo condujo a un salón decorado en tonos carmesí y dorado.

Colores sensuales, elegidos deliberadamente.

Nada en Georgiana Featherington era accidental.

—Su Gracia.

Su voz llegó desde detrás de él, baja y complacida.

—Qué maravilloso verlo después de todos estos años.

Raven se volvió despacio, preparándose para el impacto de verla otra vez.

Seguía siendo hermosa; tenía que reconocerlo.

A los treinta y cinco años, lady Featherington conservaba los rasgos llamativos que lo habían deslumbrado cuando era un muchacho. El cabello oscuro recogido con estudiado esmero sobre la cabeza, unos ojos verdes que parecían atravesar la ropa y una figura que desafiaba el paso del tiempo. Llevaba un vestido verde esmeralda con un escote escandalosamente pronunciado para una visita vespertina, y ella lo sabía.

—Lady Featherington.

Mantuvo la voz neutra y profesional.

—Gracias por aceptar recibirme.

—Oh, Raven.

Se deslizó hacia él con movimientos calculadamente seductores.

—¿Realmente hemos llegado al punto de tanta formalidad? Después de todo lo que compartimos.

Todos sus instintos le gritaban que retrocediera. Pero se mantuvo firme, obligándose a permanecer impassible mientras ella se detenía demasiado cerca y alzaba una mano para tocarle la solapa.

—No compartimos nada —dijo en voz baja—. Sedujiste a un muchacho y le enseñaste a satisfacer tus deseos. Eso no es compartir. Eso es manipulación.

Sus ojos se abrieron con una inocencia fingida.

—¿Eso es lo que te has contado todos estos años? ¿Qué te manipulé?

Soltó una risa ensayada y vacía.

—Querido, participaste de muy buena gana. Incluso con entusiasmo.

—Tenía quince años.

Las palabras salieron con más dureza de la que pretendía.

—Era un niño. Tú eras una mujer adulta, casada, que debería haber sabido comportarse mejor.

—Quince años apenas es un niño.

Sus dedos ascendieron por su pecho hacia la corbata.

—Ya casi eras un hombre. Y un alumno extraordinariamente aplicado. Yo simplemente desperté deseos que ya existían. No puedes culparme por eso.

Raven le sujetó la muñeca y apartó su mano con deliberada calma.

—No te culpo por mis deseos. Te culpo por utilizarlos para manipular a un muchacho que no entendía lo que estaba ocurriendo. Por enseñarme que aquello que deseaba me convertía en una aberración. Por no decir nada cuando mi padre nos descubrió y estuvo a punto de repudiarme.

Algo cruzó fugazmente su expresión; quizá irritación porque él no reaccionaba como esperaba.

—Tu padre exageró —dijo con desdén—. Lo que teníamos era hermoso. Natural. Dos personas que comprendían las necesidades del otro.

Volvió a acercarse y bajó la voz hasta convertirla en un ronroneo.

—Y creo que lo has echado de menos, ¿verdad? Echar de menos a alguien que realmente comprenda lo que necesitas.

—Tengo exactamente lo que necesito.

Raven dio un paso atrás, poniendo distancia entre ambos.

—Una esposa que me acepta por completo. Que no utiliza mis deseos como moneda de cambio ni me avergüenza por lo que quiero. Que se entrega a mí libremente, sin manipulaciones ni juegos.

La expresión de lady Featherington se endureció.

—Ah, sí. La famosa lady Ashley. Dime, ¿tu nueva duquesa sabe lo nuestro? ¿Sabe cómo eres en realidad?

Intentó ignorar la punzada que aquellas palabras le provocaron en el pecho. Ashley se horrorizaría si supiera que estaba allí.

—Lo sabe todo.

La admisión resultó liberadora.

—Cada detalle de lo que ocurrió entre nosotros. Cómo me condicionaste, me utilizaste y luego me descartaste cuando nos descubrieron. Y aun así me eligió. Aun así confía en mí.

—Qué... conmovedor.

El sarcasmo impregnaba cada sílaba.

—¿Y ese modelo de virtud también sabe por qué estás realmente aquí? ¿Que estás investigando su propio y escandaloso pasado?

Raven intentó ignorar el dolor que le produjo el comentario.

—Eso es precisamente de lo que he venido a hablar.

Se dirigió al lado opuesto de la habitación, necesitando espacio.

—Fuiste testigo del comienzo del escándalo de Ashley hace tres años. Necesito saber qué viste aquella noche. ¿Quién era el hombre?

Lady Featherington se acomodó en una chaise longue con gracia estudiada, dejando que su vestido se dispusiera de la manera más favorecedora posible.

—¿Y qué te hace pensar que voy a ayudarte?

—Porque me lo debes.

Raven sostuvo su mirada sin vacilar.

—Destruiste mi relación con mi padre. Murió creyendo que yo era un perverso que había corrompido a una mujer casada. Lo mínimo que puedes hacer es decirme la verdad sobre lo que viste.

Ella lo estudió durante un largo momento, con un cálculo evidente en su expresión.

—¿Y si me niego?

—Entonces me aseguraré de que todo Londres sepa exactamente lo que me hiciste. Cómo sedujiste a un chico de quince años y le enseñaste a satisfacer tus retorcidos deseos. Cómo manipulaste a un niño inocente para tu propio placer.

—No harás eso. También te deshonraría a ti. El poderoso y piadoso duque de Blackstone disfruta con el bondage. —Pero ahora había incertidumbre en su voz—. Soy una viuda respetada. Tú eres el duque de Blackstone. ¿Por qué arruinarías tu propia reputación admitiendo semejante affair?

—Porque ya no me importa. —Y era verdad. La vergüenza que su padre le había inculcado, el miedo a ser descubierto... la aceptación de Ashley lo había quemado todo—. No tengo nada que ocultar. Pero tú sí. Toda tu posición en la sociedad depende de mantener un aire de respetabilidad. Estoy seguro de que podría encontrar otros jóvenes con los que has hecho lo mismo. Una palabra mía sobre lo que realmente pasó, y estarás acabada.

Lady Featherington apretó los dedos en el brazo del diván.

—Estás mintiendo.

—Pruébame. —La voz de Raven era gélida—. Dime lo que viste esa noche, o empiezo a hablar. Tú eliges.

El silencio se alargó entre ellos, denso de tensión. Finalmente, ella soltó una risa, un sonido quebradizo y sin humor.

—Muy bien. Aunque no sé qué esperas lograr. —Se levantó y se sirvió una copa de jerez sin ofrecerle una—. Regresaba de una cena cuando vi a Lady Ashley cerca de la esquina. Un carruaje estaba esperando, y un hombre la agarró y la metió dentro.

—¿Cómo era?

—No pude verle la cara. Estaba oscuro, y me daba la espalda. —Ella dio un pequeño sorbo delicado—. La vi ser subida al carruaje y se marcharon hacia el norte.

—¿Eso es todo? —La frustración de Raven aumentaba—. ¿Armaste uno de los mayores escándalos de la temporada basándote en ver a un hombre arrastrándola a un carruaje?

—Vi suficiente. —Su sonrisa era afilada—. Ella lo estaba esperando. ¿Qué otra conclusión se suponía que debía sacar?

—¿Que estaba siendo secuestrada?

—¿Por qué estaba ella en la calle a esa hora de la noche si no estaba dispuesta?

—Tal vez ayudando a alguien más. Él la arrastró al carruaje, son sus palabras.

El tono de Lady Featherington dejó claro lo que pensaba de esa teoría.

—Pero aunque fuera cierto, y no digo que lo sea, ella no dijo que la hubieran secuestrado. Se fue a la noche con un hombre. Su reputación quedó arruinada en el momento en que tomó esa decisión.

Raven la estudió con cuidado. Algo en su forma de hablar le parecía falso, ensayado.

—Estás mintiendo.

—¿Perdón?

—Viste más que la espalda de un hombre. Sabes algo que no me estás contando. —Se acercó a ella, usando su altura como ventaja—. ¿Qué escondes, Georgiana?

Ella se estremeció al oír su nombre de pila, la primera reacción genuina que le veía.

—No escondo nada. Te dije lo que vi.

—Entonces, ¿por qué difundiste el escándalo tan rápido? ¿Por qué estabas tan ansiosa por destruir la reputación de Ashley con una información tan limitada?

—Porque eso es lo que hace la sociedad. —Dejó su copa con fuerza deliberada—. Las señoritas que se escabullen con hombres por la noche merecen exactamente lo que les pasa. Igual que los jóvenes que seducen a mujeres casadas... —Se contuvo, pero era demasiado tarde.

—Ah. —La comprensión llegó fría y clara—. A ti te pillaron en un escándalo y te obligaron a casarte con Lord Featherington, así que ¿por qué no iba a pasarle lo mismo a Ashley? No podías soportar que alguien más fuera feliz. Querías hacer daño a alguien solo porque podías. ¿Te hizo sentir importante?

El rostro de Lady Featherington se cerró.

—Mi vida ha resultado estar bien, muchas gracias. —Podía ver la mentira en sus ojos—. Mejor que la tuya, por lo que oigo. He oído que no vas al lecho de tu esposa... me pregunto por qué.

Sus amargas palabras lo desconcertaron. ¿Quién había estado hablando? Alguien de su personal. Tendría que investigarlo.

—Todavía estás enojada porque no fui a visitarte cuando murió tu esposo.

—Eso fue hace mucho tiempo. ¿Por qué me iba a importar? —Pero su voz carecía de convicción.

—Sabías que nuestros caminos se cruzarían algún día. Pero yo te di el corte directo. —Raven negó con la cabeza con repugnancia—. ¿Por qué eres tan mezquina? ¿Por qué arruinar a una joven inocente solo porque podías? Eso dice todo sobre tu carácter.

—Ella no era inocente. —Las palabras salieron demasiado rápido, demasiado a la defensiva—. Entró en ese carruaje. Tomó esa decisión.

—La metieron en el carruaje. Para salvar a alguien más. —Raven se acercó más, observando su rostro con atención—. ¿Quién era el hombre, Georgiana? Viste más de lo que admities. ¿Quién estaba en ese carruaje con Ashley?

Por un instante, algo brilló en sus ojos, conocimiento, certeza. Sabía exactamente quién había sido. Pero luego su expresión se

volvió lisa y fría.

—Vi la espalda de un hombre. Eso es todo. Y francamente, Su Gracia, estoy cansada de esta inquisición. —Se movió hacia la campanilla—. Creo que es hora de que se vaya.

—Hasta que no me digas la verdad no me iré.

—Te he dicho todo lo que sé. —Su mano quedó suspendida sobre la campanilla—. A menos que quieras quedarte por... otras razones. Podríamos revivir viejos tiempos. Podría mostrarte que no tienes que esconder tus deseos más oscuros. Sé fiel a tu naturaleza.

La oferta fue hecha con una sensualidad calculada, su cuerpo inclinándose hacia él en clara invitación. Y Raven sintió... nada. Ni tentación, ni interés, ni siquiera curiosidad. Solo repugnancia y lástima por una mujer que no tenía nada mejor que hacer que perseguir a hombres a los que había manipulado cuando eran niños.

—No me interesa —dijo con frialdad—. Tengo todo lo que necesito en casa.

Su expresión se torció.

—Lárgate.

—Con gusto. —Raven se dirigió a la puerta, luego se detuvo con la mano en el picaporte—. Una cosa más, Georgiana. Si descubro que estás ocultando información sobre esa noche, si descubro que protegiste deliberadamente al hombre responsable de arruinar la reputación de mi esposa, no seré tan amable como lo fui hoy. Tengo un inmenso poder como duque; me aseguraré de que pagues por ello.

Se marchó sin esperar respuesta, con la piel hormigueándole por la necesidad de lavarse los restos de aquel encuentro. El viaje en carruaje a casa se le hizo interminable, su mente se revolvía con frustración y furia.

Ella sabía algo. Estaba seguro de ello. La forma en que había evadido, las respuestas defensivas, las negativas demasiado rápidas. Lady Featherington sabía exactamente quién había estado en ese carruaje con Ashley. Había visto algo más que la espalda de un hombre.

Pero no iba a decírselo. Ya fuera por rencor o por otra motivación, iba a guardarse esa información para sí misma. Y eso la

convertía en peligrosa.

Raven golpeó con el puño la pared del carruaje, haciendo que su cochero exclamara preocupado. Desestimó la pregunta con un gesto, forzándose a respirar, a pensar.

No había descubierto nada útil. Había perdido una tarde enfrentándose a una mujer que todavía le ponía la piel de gallina, se había sometido a sus intentos de seducción y manipulaciones, todo para nada. Ashley había tenido razón: algunos secretos estaban enterrados demasiado profundamente para ser encontrados.

Pero maldición, no podía simplemente dejarlo pasar. No podía aceptar que quien había destruido la vida de su esposa saliera impune. Además, el hombre seguía siendo una amenaza. Odiaba la idea de que Ashley siguiera viviendo con miedo. Quería liberarla de eso.

El carruaje se detuvo frente a su casa de la ciudad, y Raven prácticamente huyó al interior, desesperado por lavarse la contaminación de la tarde. Henderson lo miró una sola vez y, sabiamente, no dijo nada, simplemente lo condujo a su estudio donde ya lo esperaba el brandy.

Pero Raven no quería brandy. Quería a Ashley.

La encontró en su estudio, el estudio de ambos ahora, corrigió mentalmente, acurrucada en el nuevo sillón de color burdeos que ella había encargado, con un libro en el regazo. Ella levantó la vista cuando él entró, y su expresión cambió inmediatamente a preocupación.

—¿Raven? Has llegado temprano.

Él cruzó hacia ella sin hablar, la levantó de la silla y la estrechó entre sus brazos. Ashley acudió voluntariamente, sus brazos rodeándole la cintura mientras él enterraba el rostro en su cabello, inhalando su aroma a lavanda.

Le dio un beso en la frente, luego en la nariz, luego en los labios. —Solo necesito tenerte cerca. Ha sido un día agotador... Prinny es como un niño mimado. Ni siquiera un buen resultado es suficiente. Siempre quiere más.

Las manos de Ashley subieron para enmarcar su rostro.

—¿Puedo ayudar a calmarte? ¿Qué puedo hacerte sentir? —susurró con ese tono seductor que él había aprendido a amar.

La verdad se le asentó en la lengua, desesperada por ser pronunciada. *Amado. Valorado. Completo.* Pero era demasiado pronto, demasiado frágil. Apenas habían comenzado a construir esta alianza. Las declaraciones de amor tendrían que esperar.

—Deseado —dijo en su lugar—. Que el verdadero yo es todo lo que necesitas.

—Me he dado cuenta de que siento debilidad por el verdadero tú. —La voz de Ashley era feroz—. Eres un buen hombre, Raven. Un hombre honorable que se preocupa demasiado y se esfuerza demasiado por proteger a las personas que ama.

Las personas que ama.

La frase quedó suspendida entre ellos, y Raven vio el momento en que Ashley se dio cuenta de lo que había dicho. Pero no lo retiró. Simplemente mantuvo su mirada, sin inmutarse, como desafiándolo a reconocer lo que estaba creciendo entre ellos.

—Deberíamos prepararnos para el teatro —dijo finalmente, rompiendo la tensión—. Farah y Rockwell nos estarán esperando.

—Que cuelguen a Farah y Rockwell. —Raven la atrajo hacia la puerta que conectaba su estudio con su dormitorio—. Te necesito. Ahora. Por favor.

Vio cómo los ojos de ella se oscurecían de deseo.

—Sí.

Llegaron hasta el dormitorio de él antes de que el control de Raven se rompiera. Atrajo a Ashley contra él, besándola con toda la desesperación y necesidad que bullían en su estómago. Ella respondió con igual fervor, sus dedos trabajaron en su corbata mientras las manos de él encontraban los botones del vestido de ella.

Las ropas cayeron en un montón sin gracia. No hubo desnudamiento cuidadoso esta vez, ni seducción medida. Solo la necesidad frenética de estar cerca, de borrar la fealdad de la tarde con la belleza de lo que tenían juntos.

Cuando finalmente estuvieron piel con piel, Raven se obligó a disminuir la velocidad. A respirar. Esto no se trataba de un

acoplamiento sin sentido, sino de recuperar algo que Lady Featherington había intentado ensuciar.

—Déjame adorarte —susurró contra los labios de Ashley—. Déjame mostrarte lo que eres para mí.

—Sí. —Ella lo dejó guiarla hacia la cama, permitió que la acomodara entre las almohadas—. Sí, Raven. Soy tuya.

Y lo era. Completamente, perfectamente suya.

Raven comenzó por los pies de ella, depositando besos en cada delicado arco, cada delgado tobillo. Subió por sus pantorrillas, sus rodillas, la piel sensible de sus muslos internos. Cada centímetro de ella merecía reverencia, y él la daba libremente.

La respiración de Ashley se aceleró mientras él recorría su cuerpo con manos y boca. Prestó especial atención a las marcas rosadas aún visibles en sus caderas por las actividades de la noche anterior, suavizándolas con besos tiernos.

—Eres hermosa —murmuró contra su piel—. Perfecta. Mía.

—Tuya —aceptó ella, sin aliento—. Siempre tuya.

Él continuó su exploración, adorando su estómago, sus costillas, la parte inferior de sus senos. Cuando finalmente tomó un pezón en su boca, Ashley se arqueó con un grito que fue directo a su entrepierna.

Pero esto no se trataba de su placer. Todavía no. Se trataba de mostrarle lo que ella significaba para él. Cómo ella lo había salvado de la oscuridad que Lady Featherington representaba.

Raven se tomó su tiempo, aprendiendo lo que hacía gemir a Ashley y lo que la hacía retorcerse de placer. Descubrió que era particularmente sensible justo debajo de su ombligo, que le encantaba que le besaran el cuello, que el lugar detrás de su rodilla la hacía reír.

Cuando finalmente se colocó entre sus muslos, Ashley temblaba de necesidad, sus manos aferradas a las sábanas, sus ojos oscuros de deseo y algo más profundo.

—Te amo —susurró mientras él se posicionaba—. Sé que es demasiado pronto, sé que acordamos que esto era solo un matrimonio de conveniencia, pero no puedo evitarlo. Te amo, Raven.

Las palabras rompieron algo en su pecho: el último muro que había estado manteniendo entre ellos. Todo el miedo, toda la distancia cuidadosa, toda la protección contra ser herido de nuevo... se derrumbó ante su honestidad.

—Yo también te amo —dijo él, deslizándose hasta el fondo en una sola embestida suave—. Que Dios me ayude, Ashley, yo también te amo.

Se movieron juntos lentamente, saboreando cada sensación. Sin ataduras, sin fustas, sin juegos de poder y control. Solo eran dos personas que se amaban, conectándose de la manera más fundamental posible.

Raven observó el rostro de Ashley mientras el placer aumentaba, vio cómo sus ojos se abrían cuando él cambiaba el ángulo, vio cómo su boca se abría mientras ascendía hacia la liberación. Cuando finalmente se rompió debajo de él, gritando su nombre como una oración, él la siguió al borde con el nombre de ella en sus labios.

Permanecieron enredados juntos después, con los corazones acelerados, la respiración agitada. Raven atrajo a Ashley cerca, necesitando sentir su calidez, su realidad. Era su ancla, su salvación, su todo.

—Vamos a perdernos el teatro —murmuró Ashley finalmente, sus dedos trazando patrones ociosos en su pecho.

—No me importa. —Raven le dio un beso en la sien—. Que Farah y Rockwell se pregunten. Ahora mismo, solo quiero tenerte entre mis brazos.

—No voy a ninguna parte. —Ella inclinó la cabeza hacia arriba para mirarlo—. ¿Lo decías en serio? ¿Lo que dijiste?

—Cada palabra. —Él la miró directamente a los ojos—. Te amo, Ashley. Creo que he estado enamorándome de ti desde la noche de la mascarada.

Le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Tú viste más allá de eso. Viste al hombre debajo de todo ese juicio y miedo. Me diste permiso para ser yo mismo.

—Tú me diste el mismo regalo. —La mano de Ashley subió para acariciarle la mejilla—. Me hiciste sentir digna de amor otra vez. Me hiciste creer que era más que mi escándalo.

Permanecieron así mientras la tarde se desvanecía en la noche, envueltos en los brazos del otro, murmurando confesiones y promesas. Lo que trajera el día siguiente, lo quequiera que aún acechara en las sombras, lo enfrentarían juntos.

Porque tenían esto. Este amor, esta alianza, este entendimiento perfecto.

Era suficiente. Tenía que ser suficiente.

EN SU SALA de estar al otro lado de la ciudad, Lady Georgiana Featherington mojó su pluma en tinta y comenzó a escribir.

Lord Carstairs,

Supongo que habrá oído que Lady Ashley se ha convertido recientemente en la Duquesa de Blackstone.

Pensé que podría desear saber que el Duque de Blackstone ha estado haciendo averiguaciones sobre el escándalo de Lady Ashley. Vino a verme hoy, exigiendo saber lo que presencié hace tres años. Claramente está investigando el asunto en nombre de su esposa.

No le dije nada útil, por supuesto. Pero debería saber que es persistente y cuenta con considerables recursos a su disposición. Si tiene alguna exposición en este asunto, le sugiero que tome las precauciones adecuadas.

Ah, y quizás mi memoria sobre con quién se subió al carruaje podría aclararse a menos que, digamos, 1000 guineas vinieran a mí.

Soy, como siempre, su devota amiga,

Lady F.

Selló la carta con satisfacción, su humillación anterior por el rechazo de Raven transformándose en frío cálculo. ¿Él pensaba que podía amenazarla? ¿Acusarla de ocultar información? Ella le mostraría lo que les pasaba a los hombres que rechazaban a Georgiana Featherington.

Si no podía tener a Raven, y claramente no podía, no con esa insípida duquesa haciendo ojitos de cordero enamorado, entonces se

aseguraría de que su precioso matrimonio no fuera tan perfecto como él creía.

Carstairs sabría qué hacer. Siempre lo sabía. Había oído que había vuelto a Londres y, como siempre, necesitaba una esposa rica.

Y si podía ganar dinero con un plan así... bueno, había tenido una mala racha en las mesas de juego.

Y si unas cuantas vidas quedaban destruidas en el proceso... bueno, ese era simplemente el precio que se pagaba por cruzarse con Lady Featherington.

Llamó a un lacayo para que entregara la carta, anticipando ya el caos que provocaría.

CAPÍTULO DIECISIETE

El salón de baile de Vale House brillaba como algo sacado de un cuento de hadas. Lady Vale se había superado a sí misma en su baile anual de otoño: miles de velas reflejadas en espejos dorados, montañas de flores de invernadero perfumando el aire, y la flor y nata de la sociedad girando sobre el pulido suelo en un caleidoscopio de seda y joyas.

Ashley estaba al borde de la pista de baile, observando a las parejas girar a su alrededor, y sintió algo que no había experimentado en tres años: felicidad pura y sin complicaciones.

—Estás radiante —Tiffany apareció a su lado, resplandeciente en púrpura intenso que acomodaba su creciente vientre—. No creo haberte visto nunca tan contenta.

—¿Soy tan evidente? —Ashley no pudo reprimir su sonrisa mientras observaba a Raven al otro lado de la sala, en profunda conversación con Wolf y el Vizconde Vale. Incluso a distancia, podía ver los sutiles cambios en él: la forma en que se mantenía menos rígido, cómo la genuina calidez reemplazaba su habitual expresión austera cuando sus miradas se encontraban.

—Gloriosamente evidente. Ni siquiera viniste al teatro con nosotras. Me pregunto por qué —Farah se unió a ellas, enlazando el brazo de Ashley con una sonrisa cómplice—. Ambos lo están. Rockwell mencionó que nunca había visto a su cuñado tan...

relajado. Sea lo que sea que haya cambiado entre ustedes, les sienta bien.

El calor invadió las mejillas de Ashley mientras los recuerdos de las últimas noches inundaban su mente: las manos de Raven en su piel, su voz baja y dominante, el exquisito abandono de la confianza.

—Hemos llegado a un entendimiento.

—Un entendimiento —Courtney apareció con champán para todas, sus ojos bailando con picardía—. ¿Así es como lo llamamos ahora? Porque la forma en que tu marido te mira sugiere algo bastante más apasionado que un mero entendimiento.

Ashley aceptó la copa, agradecida por tener algo que hacer con las manos.

—Somos... felices. Verdaderamente felices. Nunca pensé, después de todo... que pudiera sentirme así.

—Te lo mereces —Valora se acercó con su impresionante vestido azul hielo, luciendo cada centímetro de la joya que su madre la había criado para ser—. Después de tres años manteniendo la cabeza en alto a pesar de la crueldad de la sociedad, te mereces cada momento de felicidad.

El calor de su apoyo, su alegría genuina por su situación, hizo que la garganta de Ashley se cerrara. Estas mujeres, la Hermandad, la habían apoyado cuando todos los demás le habían dado la espalda. La habían acogido en su grupo de inversión, su amistad, sus vidas, sin pedirle nunca que explicara o se defendiera.

—Hablando de felicidad —dijo Claire, uniéndose a su creciente círculo—, ¿alguien ha notado cómo Fane ha estado mirando a Valora toda la noche?

La expresión de Valora se cerró de inmediato.

—Lord Marlowe observa todo. Está en su naturaleza ser observador.

—Te mira de forma diferente —observó Tiffany con la franqueza del embarazo—. Como un hombre hambriento mirando un festín del que se ha convencido de que no puede disfrutar.

—Bueno, pues no puede. —La voz de Valora tenía un deje que Ashley reconocía: el dolor de querer algo que se considera imposible—. Lord Marlowe es un libertino notorio sin interés en relaciones

respetables. Y yo no soy tan tonta como para suspirar por un hombre que nunca me verá como algo más que la amiga irritante de su hermana.

Ashley conocía ese tipo particular de dolor. ¿No había pasado ella tres meses convencida de que Raven no la quería, y de que él nunca vería más allá de su escándalo para descubrir a la mujer que había debajo?

—A veces los hombres nos sorprenden —dijo suavemente, captando la mirada de Raven al otro lado de la sala. Él sonrió, una expresión privada e íntima que envió calor a través de ella, y comenzó a abrirse camino hacia su grupo.

—A veces lo hacen —coincidió Farah, observando a Rockwell reírse de algo que había dicho Wolf—. Pero a veces primero tenemos que mostrarles lo que se están perdiendo.

Raven llegó hasta ellas, ofreciendo una leve reverencia a las damas reunidas antes de que su mano encontrara la parte baja de la espalda de Ashley, un toque posesivo que habría sido escandaloso apenas unas semanas antes pero que ahora se sentía perfectamente natural.

—Damas. —Su saludo fue educado, pero su atención estaba completamente enfocada en Ashley—. Me temo que me han convocado. Lord Haverford y varios otros inversores desean discutir una empresa naviera. ¿Te importaría terriblemente si te abandono por un breve tiempo?

La antigua Ashley habría sonreído cortésmente y le habría dicho que atendiera sus asuntos. La nueva Ashley, la que había aprendido que tenía todo el derecho de reclamar su lugar en su vida, se puso de puntillas para presionar un beso en su mejilla, al diablo con el decoro.

—Ve a hacer tu fortuna —susurró contra su oído—. Estaré aquí cuando termines.

Sintió que él se estremecía al contacto, vio cómo sus ojos se oscurecían con promesa. —No te alejes demasiado. Te querré en mis brazos para el último vals.

—Ni lo soñaría.

Él presionó un beso en su mano enguantada, deteniéndose apenas un momento demasiado para ser meramente educado, antes de unirse a regañadientes a los caballeros reunidos cerca de la sala de naipes.

—Cielo santo —exhaló Courtney—. El Duque de Blackstone está embobado. Nunca pensé que vería tal día.

—Yo tampoco —admitió Ashley, mientras lo veía desaparecer entre la multitud—. Pero no lo cuestiono. Simplemente estoy agradecida.

La conversación giró hacia temas más ligeros: la frustración de Claire con el último escándalo de su hermano, las quejas de Tiffany sobre su creciente cintura, la navegación diplomática de Valora entre los intentos de su madre por concertarle un matrimonio. Ashley se dejó llevar por la familiar calidez de la amistad, riendo con la historia de Farah sobre el desastroso intento de Rockwell de escribir poesía.

El aire del salón de baile se volvió cálido con tantos cuerpos, y Ashley se sintió atraída hacia las puertas de la terraza, buscando un momento de respiro. La noche era fresca pero no incómodamente fría, y el jardín más allá la atraía con su promesa de tranquilidad.

—Saldré un momento a tomar el aire —le dijo a Tiffany, que asintió comprensiva.

La terraza estaba benditamente vacía, y Ashley se dirigió a la balaustrada de piedra, respirando profundamente el aire otoñal. Los jardines de Londres nunca le olían del todo bien, demasiado humo de carbón, muy poca tierra genuina, pero al menos estaba más fresco que en el salón de baile.

—Lady Ashley —la voz llegó desde su derecha, suave y culta—. O debería decir, Su Gracia. Perdóneme, todavía me estoy adaptando a su ascenso de rango.

La sangre de Ashley se heló. Conocía esa voz. La había oído en sus pesadillas durante tres años.

Se giró lentamente, forzando su expresión a una neutralidad educada.

—Lord Carstairs. Buenas noches.

Parecía exactamente como ella lo recordaba, atractivo como una serpiente, con cabello oscuro y ojos más oscuros, vestido

impecablemente de negro de etiqueta. A sus treinta y dos años, había envejecido bien, su rostro mostraba solo leves signos de la disipación que se rumoreaba que rondaba sus noches.

—Debo felicitarla por su matrimonio —dijo Carstairs, acercándose con la gracia depredadora de un zorro que se aproxima a un conejo atrapado—. El Duque de Blackstone. Todo un logro para una mujer arruinada.

—Si me disculpa... —Ashley comenzó a pasar junto a él, pero su mano se disparó, atrapando su muñeca.

—Vamos, vamos. Eso no es muy educado. Especialmente cuando tenemos tanto de qué hablar. —Su agarre no era doloroso, pero era firme. Imposible de escapar—. Por ejemplo, por qué su marido ha estado haciendo averiguaciones sobre cierto escándalo de hace tres años.

Cada músculo del cuerpo de Ashley se tensó. Raven no había...

—No sé a qué se refiere.

—¿Ah, no? —Carstairs sonrió, y era la sonrisa de un hombre que tenía todo el poder—. Lady Featherington tuvo la amabilidad de advertirme. Aparentemente, el Duque de Blackstone la visitó recientemente, haciéndole preguntas sobre lo que presencié aquella noche. Preguntas muy insistentes, según Georgiana. Disfrutó mucho describiendo su desesperación por descubrir la verdad.

Lady Featherington. Él había ido a verla. No le había mencionado nada de eso. Ahora Carstairs sabía que Raven había estado investigando. Esto no era bueno. Esa mujer vil probablemente lo había advertido, seguramente por dinero o favores, o simplemente por el placer malicioso de causar caos.

—Evidentemente no tengo control sobre lo que hace mi marido. Raven es protector —logró decir Ashley, con la voz más firme de lo que se sentía—. No le gusta ver el nombre de su esposa traído a colación con viejos chismes. Así que yo que usted tendría cuidado.

—Protector. —Carstairs probó la palabra como si le resultara divertida—. Qué conmovedor. Pero ambos sabemos que esto es más que eso, ¿verdad? Está investigando. Intentando descubrir quién te metió realmente en aquel carruaje. Sospecho que busca venganza, y yo no deseo enfrentarme a un duque.

—No encontrará nada. —Ashley levantó la barbilla, aferrándose a lo que le quedaba de compostura—. Fue hace tres años. Todo el mundo ya lo ha dejado atrás.

—¿De verdad? —Dio un paso más cerca, obligándola a retroceder hasta quedar contra la balaustrada. Cualquiera que los observara desde el salón de baile no vería más que a dos personas manteniendo una conversación educada; su cuerpo estaba colocado de forma que los protegía de miradas indiscretas—. Es una lástima que me encuentre en una etapa delicada de negociaciones para conseguir esposa. Si perdiera este ventajoso acuerdo debido a chismes del pasado, no estaría nada contento. Quizá tendría que compartir cierta correspondencia que conservo de la pequeña Ivy.

—No se lo he dicho a nadie. —Las palabras apenas superaron un susurro—. Ni siquiera a Raven. Tu secreto está a salvo mientras lady Featherstone permanezca callada. ¿Por qué arriesgarte a la ira de mis hermanos y de mi marido revelando tu sórdido pasado?

—Necesito un heredero, y mis arcas están algo vacías. Espero solucionar muy pronto ese problema con este matrimonio. No lo arruines.

—No quiero hacerlo. Apenas pienso en ti.

—Sé que no se lo has dicho; de lo contrario, ya estaría llamando a mi puerta. —Su pulgar acarició la muñeca de Ashley, una burla de ternura—. Porque si tu devoto esposo descubre la verdad... si averigua que era yo quien estaba en aquel carruaje, que intenté fugarme con Ivy... bueno, un duque dispone de considerables recursos para vengarse, ¿no es así? Y además están tus hermanos.

—No lo sabe. Y nunca lo sabrá. A menos que tú no te mantengas alejado de mí. —Ashley intentó apartarse, pero Carstairs la sujetó con firmeza.

—Asegúrate de que siga siendo así. —Su voz descendió, perdiendo toda apariencia de cordialidad—. Porque si tu marido interfiere en mis planes y viene a por mí, si intenta sacar a la luz lo que ocurrió realmente aquella noche, cumpliré mi promesa original y revelaré las cartas de amor que tu hermana me escribió. —Hizo una pausa y miró alrededor—. Tu hermana Ivy es una joven muy bonita, ¿verdad? Sería una pena que sufriera un accidente...

El corazón de Ashley se detuvo.

—No te atrevas... mis hermanos te matarían.

—De hecho, está aquí esta noche. La vi antes bailando con el joven lord Ashford. Tan inocente. Tan confiada. —Carstairs se inclinó más cerca, y su aliento caliente rozó la oreja de Ashley—. Sería extraordinariamente fácil arruinarla o algo peor. Una nota anónima insinuando que se reúne con hombres poco apropiados. Sobre todo si revelo las cartas que me escribió. Una situación comprometida preparada en un pasillo oscuro. O quizá algo más... permanente. Después de todo, los accidentes ocurren. Las jóvenes se caen de los balcones. Contraen misteriosas enfermedades. Desaparecen de camino a casa después de un baile.

La forma tan despreocupada con la que describía aquellos horrores hizo que la bilis ascendiera por la garganta de Ashley.

—Eres un monstruo.

—Soy un sobreviviente. —Le soltó la muñeca y dio un paso atrás, sin perder aquella terrible sonrisa—. Y me protejo de los peligros. En este momento, tu marido representa una amenaza.

—¿Qué quieres? —Las palabras tenían sabor a ceniza.

—Quiero que desvíes su investigación. —Carstairs se acomodó los puños de la camisa con deliberada calma—. ¿Recuerdas a lord Berring? Murió el año pasado en un accidente de caza. Muy trágico.

Ashley asintió mecánicamente. Había conocido a Berring: un jugador libertino que había dilapidado toda su fortuna antes de pegarse un tiro en la cabeza. El accidente de caza había sido una ficción piadosa que la sociedad había aceptado para evitar reconocer el suicidio.

—Excelente. —La sonrisa de Carstairs se ensanchó—. Lord Berring está muerto y, por tanto, fuera del alcance de cualquier consecuencia. Vas a decirle a tu marido que Berring era el hombre que estaba en el carruaje aquella noche. Que intentó secuestrarte, cambió de opinión y te dejó al borde del camino. Tus hermanos llegaron antes de que ocurriera nada impropio, pero el escándalo ya se había extendido.

—No le mentaré. —Las palabras salieron con más firmeza de la que Ashley sentía—. No traicionaré su confianza.

—Entonces serás responsable de lo que le ocurra a tu hermana.
—La voz de Carstairs se volvió tan fría como el invierno—. Puede que tu marido quiera hacerme daño por lo que hice, pero si lo intenta, me aseguraré de que las cartas de Ivy se hagan públicas. Y eso la destruirá.

—No. —Las manos de Ashley temblaron sobre la piedra de la balaustrada—. Por favor, no.

—Tres días. —Consultó su reloj de bolsillo con la misma naturalidad con la que podría haber estado hablando del tiempo—. Tienes tres días para contarle a tu marido esta historia sobre el pobre difunto Berring. Tres días para apartar su investigación de mí. Si fracasas, Ivy pagará el precio. Quedará arruinada.

—¿Cómo sabrás si se lo he dicho?

—Oh, lo sabré. —Carstairs guardó el reloj—. Tengo ojos en todas partes, mi querida duquesa. Si se menciona a Berring, será el tema de conversación en White's. Si el duque de Blackstone deja de hacer preguntas sobre tu escándalo, sabré que has obedecido. Si continúa investigando... bueno, también lo sabré.

Se enderezó, convertido una vez más en el encantador caballero de siempre. Para cualquiera que los observara desde el salón de baile, podrían haber estado hablando de algo tan poco escandaloso como el tiempo o el bazar benéfico de la semana siguiente.

—Ha sido un placer ponernos al día —dijo Carstairs, con el tono perfecto de una despedida cortés—. Por favor, transmite mis saludos a tu marido. Es un hombre formidable. Pero lo que un hombre no sabe no puede hacerle daño. Podemos dejar atrás este desafortunado episodio.

Hizo una reverencia, perfecta y burlona a la vez, y regresó al salón de baile, dejando a Ashley sola en la terraza con el corazón acelerado y el terror aferrándose a su garganta.

Tres días.

Tres días para destruir la confianza que ella y Raven habían construido.

Tres días para mentirle al hombre que amaba o ver a su hermana sufrir consecuencias demasiado horribles para siquiera contemplarlas.

Tres días para manchar el nombre de un hombre muerto solo para salvar a su familia y la vida que estaba construyendo con su esposo.

Raven.

Maldito hombre terco.

¿Por qué no podía simplemente dejarlo pasar...?

Porque te ama...

Ashley se aferró a la balaustrada hasta que los nudillos se le pusieron blancos, luchando contra las ganas de vomitar. ¿Cómo había salido todo tan mal tan deprisa? Apenas unas horas antes había estado bailando en los brazos de Raven, riendo con sus amigas, disfrutando de una felicidad que jamás creyó posible.

Ahora aquella felicidad parecía arena deslizándose entre sus dedos.

No podía decirle la verdad a Raven; Carstairs haría daño a Ivy. Pero tampoco podía mentirle, no ahora, no después de todo lo que habían compartido. ¿Y qué ocurriría con la familia de Berring? Más escándalos. La idea de mirar aquellos ojos verdes y engañarlo deliberadamente le revolvía el estómago.

Ya no estás sola, le había dicho Raven aquella misma mañana, depositando besos sobre su hombro desnudo mientras la luz del amanecer teñía su dormitorio de tonos dorados. *Sea lo que sea que te amenace, lo enfrentaremos juntos.*

Quizá podía contárselo a Raven y revelarle lo que Carstairs tenía sobre Ivy. Pedirle que no siguiera investigando. Pero ¿y si se lo contaba a sus hermanos? Tal vez podrían proteger a Ivy de una amenaza física, pero una amenaza contra su reputación... ¿cómo podría alguien proteger a Ivy de su propia imprudencia juvenil?

—¿Ashley?

Se volvió sobresaltada y encontró a Raven en la puerta de la terraza, con la preocupación claramente reflejada en el rostro. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿La había visto con Carstairs?

—Te vi aquí fuera con lord Carstairs. —Su voz era cuidadosamente neutral, aunque ella percibió lo que se ocultaba debajo: la furia protectora que él estaba aprendiendo a controlar—. ¿Te molestó?

—No. —La mentira surgió automáticamente, suavizada por años de práctica—. Simplemente... nos estábamos poniendo al día. Nos felicitó por nuestro matrimonio.

Los ojos de Raven se entrecerraron. Ya la conocía demasiado bien. Podía leer las señales sutiles que ella había intentado ocultar con tanto cuidado.

—Estás pálida. Y te tiemblan las manos.

Ashley bajó la mirada y comprobó que tenía razón. Sus manos enguantadas temblaban contra la piedra. Con un esfuerzo de voluntad, logró inmovilizarlas.

—No es nada. Solo... viejos recuerdos. Ver a personas de antes del escándalo a veces me afecta de esta manera.

No era una mentira completa. Ver a Carstairs había traído de vuelta cada terrible momento de tres años atrás: el miedo, la impotencia, el peso aplastante de proteger a todos menos a sí misma.

Raven cruzó la distancia que los separaba en dos zancadas y le sostuvo el rostro con una ternura devastadora.

—Dímelo. Sea lo que sea que te haya dicho para alterarte, quiero saberlo ahora mismo.

Durante un instante, Ashley estuvo al borde de confesárselo todo.

Las palabras se agolparon en su garganta.

Me amenazó con hacer daño a Ivy. Quiere que te mienta. Podría perjudicarla si no lo hago, si no físicamente, destruyendo su reputación...

Desesperadas por salir.

Pero entonces la voz de Carstairs resonó en su mente:

«Solo necesito que este matrimonio se celebre».

Quizá, una vez casado, le devolvería las cartas.

—No es nada —susurró, odiándose por mentir, pero sin ver otra alternativa—. De verdad, Raven. Solo fantasmas del pasado. Estar aquí, de nuevo en sociedad, a veces me recuerda cómo eran las cosas antes.

Pudo ver cómo él debatía consigo mismo si insistir o exigir la verdad. Pero estaban en una terraza pública durante uno de los

bailes más importantes de la temporada. No era el lugar para interrogatorios ni confesiones.

—Nos vamos —dijo Raven con firmeza, rodeándole la cintura con un brazo.

—No puedes irte todavía. Tienes que reunirte con los inversores...

—Puede esperar. —Su tono no admitía discusión—. Mi esposa es más importante que cualquier negocio.

La naturalidad con la que la priorizaba, la feroz protección que impregnaba su voz, hizo que los ojos de Ashley se llenaran de lágrimas.

¿Cómo podía mentirle a ese hombre?

¿Cómo podía traicionar la confianza que habían construido?

Pero ¿cómo podía arriesgar la reputación de Ivy? ¿Su vida?

Y no solo eso. También le preocupaba lo que Ivy haría cuando descubriera que había sido la causante del escándalo de Ashley...

Raven la condujo de regreso al salón de baile, deteniéndose únicamente el tiempo suficiente para disculparse brevemente con lady Vale y avisar a la Hermandad de que se marchaban antes de tiempo.

Ashley vio la preocupación reflejarse en los rostros de sus amigas, pero la presencia de Raven a su lado impidió que hicieran preguntas.

El trayecto de regreso a casa en carruaje transcurrió en un silencio tenso. Raven sostuvo su mano, acariciando suavemente la palma con el pulgar en movimientos circulares, pero no insistió en pedir explicaciones. Simplemente permaneció a su lado: firme, paciente, esperando a que ella estuviera preparada para compartir la carga que llevaba encima.

Aquella paciencia, aquella confianza, se sentían como cuchillos sobre su piel.

Al llegar a casa, Raven despidió a los sirvientes y condujo a Ashley directamente a su dormitorio.

A su dormitorio.

A su dormitorio compartido, se corrigió mentalmente.

La habitación que se había convertido en un santuario de honestidad, vulnerabilidad y confianza.

Una confianza que estaba a punto de traicionar.

—Habla conmigo —dijo Raven, guiándola hasta el borde de la cama mientras él se arrodillaba frente a ella para desatar cuidadosamente las cintas de sus zapatillas de baile—. Por favor, Ashley. Veo que estás aterrada. Dime, ¿de qué hablabas con Carstairs en el baile? Estabas alterada. ¿Es él ese hombre?

Lo sabe, fue su primer pensamiento.

¿Podía mentirle al hombre que daría su vida por protegerla?

Volvió el rostro.

—Estoy cansada. Si vas a interrogarme, ¿puedes hacerlo por la mañana?

El silencio resonó en el dormitorio.

Él se colocó detrás de ella y comenzó a masajearle los hombros, rígidos por la tensión.

—¿Cuándo vas a confiar en mí? Dices que me amas, pero ¿cómo puedes hacerlo si no confías en mí?

Cuando ella no respondió, él continuó:

—Quizá sea mejor que esta noche duermas en tu habitación, ya que estás tan cansada.

Entonces se dirigió a abrir las puertas comunicantes entre ambos dormitorios.

Confianza.

Ella también había confiado en él.

Había creído que había escuchado su súplica de no investigar, pero él había seguido haciéndolo a sus espaldas.

¿Cómo podía funcionar un matrimonio sin confianza?

¿Podía siquiera funcionar?

No permitió que las lágrimas afloraran. En lugar de eso, se puso lentamente de pie y caminó hacia donde él estaba, en el oscuro umbral.

Cuando intentó pasar junto a él, Raven la detuvo y le depositó un beso en la frente.

—No podemos seguir así. Esta noche piensa en nosotros, en la confianza y en lo que significa para nosotros. Para mí no puede

existir amor sin confianza. Creí que compartir contigo mis particularidades y confiarte mis secretos demostraba cuánto confío en ti. ¿Puedes hacer lo mismo conmigo?

Ella quería hacerlo.

Pero el miedo la mantenía atrapada en un férreo abrazo.

Mientras yacía en su cama fría y solitaria, Ashley contempló el techo y se enfrentó a la imposible elección que tenía delante.

Tres días para mentirle al hombre que amaba.

Tres días para salvar a su hermana.

Tres días para destruir todo lo que ella y Raven habían construido.

No tenía idea de cómo sobreviviría a aquello.

No tenía idea de si su amor podría resistir semejante traición.

Pero sabía con absoluta certeza que haría el sacrificio.

Que contaría la mentira.

Que desviaría la investigación de Raven y rezaría para que jamás descubriera la verdad.

Porque proteger a su hermana pequeña no era una elección.

Era supervivencia.

Era amor.

Aunque le costara a Ashley la única felicidad verdadera que había conocido en toda su vida.

CAPÍTULO DIECIOCHO

El sol de la mañana dibujaba patrones moteados sobre el sendero del jardín, pero Ashley no sentía ningún calor procedente de él. Estaba sentada en el banco de piedra junto al arco de rosas, el mismo banco donde se había sentado incontables veces durante los últimos meses, intentando comprender su nueva vida como duquesa de Blackstone. Ahora estaba allí intentando comprender cómo la había destruido por completo.

Tres noches.

Tres interminables noches desde la última vez que Raven había compartido su cama. Desde que le había preguntado directamente por Carstairs y ella había esquivado la respuesta, evadido la verdad y vuelto a refugiarse tras los muros que había pasado tres años construyendo.

Cada noche había permanecido despierta en su cama fría y solitaria, contemplando la puerta comunicante entre sus habitaciones.

Una puerta que seguía firmemente cerrada, una barrera más impenetrable que el roble y el hierro.

Una barrera que ella misma había levantado con su obstinada negativa a confiar en el hombre que amaba.

Porque sí lo amaba.

Dios la ayudara, amaba a Raven Perrin con una intensidad que la aterraba.

Amaba su feroz instinto protector, su vulnerabilidad oculta, la manera en que había confiado en ella deseos que nunca había compartido con nadie más. La forma en que la había mirado cuando le ató las muñecas con seda, con los ojos oscurecidos por la necesidad y por algo más profundo, algo que parecía el comienzo del amor.

Y ella lo había echado todo a perder.

¿Por qué?

¿Por un secreto que la estaba consumiendo por dentro?

Quizá había llegado el momento.

El momento de que todos conocieran la verdad.

Se lo contaría si estuviera segura de que él ayudaría a proteger la reputación de Ivy y se asegurara de que sus cartas a Carstairs nunca vieran la luz.

Ashley arrancó una rosa tardía del arbusto que tenía al lado, apenas dándose cuenta de que una espina le había atrapado el pulgar.

Una gota de sangre apareció, de un rojo brillante contra su piel pálida.

La observó distraídamente, pensando en lo apropiado que resultaba: una herida visible para acompañar las invisibles que se había estado infligiendo a sí misma y a Raven.

¿Qué estoy haciendo?

La pregunta la había atormentado durante tres noches sin dormir.

Se había dicho que estaba protegiendo a Ivy.

Que las amenazas de Carstairs eran demasiado peligrosas para correr riesgos.

Que guardar silencio era la única forma de mantener a salvo a su hermana.

Pero ¿era realmente así?

Raven había confiado en ella secretos que podrían destruirlo si se hicieran públicos.

Sus gustos particulares, las cosas que necesitaba en la intimidad; si la sociedad llegaba a saberlo, si las personas equivocadas

descubrían lo que el duque de Blackstone requería de sus parejas íntimas, quedaría arruinado.

Lo tacharían de perverso.

Lo rechazarían.

Y se convertiría en objeto de burla.

Para un hombre tan orgulloso, aquello sería una tortura.

Y aun así, se lo había mostrado.

Se lo había explicado todo con una honestidad vacilante.

Le había atado las muñecas con pañuelos de seda y le había preguntado si tenía miedo, dispuesto a marcharse si ella respondía que sí.

Se había mostrado vulnerable de una manera que ningún hombre de su posición solía permitirse, porque había creído que ella era digna de esa confianza.

Y ella le había pagado con mentiras.

Ashley presionó el pulgar sangrante contra un pétalo de rosa, dejando una pequeña mancha carmesí.

El dolor físico no era nada comparado con el que sentía en el pecho.

Él confió en mí, y yo no confío en él.

Pero no era tan simple, ¿verdad?

No era solo su secreto para contar. El futuro de Ivy estaba en juego. Carstairs había dejado sus amenazas perfectamente claras: si hablaba, su hermana pagaría el precio.

¿Podía arriesgarse a eso? ¿Podía apostar la vida de Ivy con la esperanza de que Raven, Wolf y Rockwell pudieran protegerla? Su propia caída en desgracia casi la había destruido. Ivy no era tan fuerte, sin mencionar que tendría que cargar también con la culpa del escándalo de Ashley.

¿Y si Raven retaba a Carstairs a un duelo y resultaba herido o muerto? ¿Podría vivir con eso?

Pensar en todo lo que podía salir mal hizo que un frío glacial recorriera sus venas pese al soleado día.

Excepto...

¿Cuándo había hecho realmente daño Carstairs a Ivy?

Ashley dio vueltas a aquel pensamiento en su mente como si examinara una piedra desde todos los ángulos.

La había amenazado.

Le había susurrado advertencias venenosas.

La había convencido de que tenía tanto el poder como la voluntad de hacer daño a su hermana.

Pero durante tres años, Ivy había permanecido intacta. Segura en casa, en el campo, completamente ajena al peligro que supuestamente pendía sobre su cabeza.

¿Y si la amenaza era el arma?

¿Y si Carstairs había sabido desde el principio que el miedo bastaría para mantenerla en silencio?

¿Era realmente el tipo de hombre lo bastante audaz como para cumplir sus amenazas?

Su propia reputación también estaba en juego. Su comportamiento sería motivo de conversación: había estado merodeando para intentar secuestrar a una joven vulnerable y en duelo.

Aquella revelación hizo que el hielo inundara sus venas.

Había pasado tres años paralizada por el terror de lo que él pudiera hacer.

Tres años permitiendo que aquel miedo dictara sus decisiones, la mantuviera aislada y le impidiera buscar ayuda.

Tres años dándole a Carstairs exactamente lo que quería, su silencio, sin que él tuviera que mover un solo dedo.

—Dios mío, he sido una completa idiota —susurró al jardín vacío.

Y ahora aquel mismo miedo le había costado a Raven.

El hombre al que amaba, el esposo que le había mostrado pasión y compañerismo, que la había mirado como si fuera un tesoro invaluable.

Lo había visto alejarse durante los últimos tres días.

Había visto el dolor en sus ojos cada vez que ella evitaba responder a sus preguntas.

Había sentido la creciente distancia entre ambos como un dolor físico.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que aquella distancia se volviera permanente?

¿Cuánto tardaría Raven en decidir que ella no valía el esfuerzo?
¿Que una esposa incapaz de confiar en él no merecía ser amada?

El pensamiento le provocó ganas de llorar.

Ashley se puso de pie de repente y la rosa cayó al suelo, olvidada.

La respuesta había estado frente a ella durante tres días y había estado demasiado asustada para verla.

Tenía que contárselo.

Tenía que confiar en Raven de la misma forma que él había confiado en ella.

Juntos, con Wolf y Rockwell, con todo el poder y los recursos de dos duques y un marqués, podrían proteger a Ivy.

Podrían enfrentarse a Carstairs y a sus amenazas.

Podrían poner fin, finalmente, al control que había ejercido sobre ella durante aquellos terribles tres años.

Especialmente si él deseaba realizar un matrimonio ventajoso.

¿Por qué iba Carstairs a revelar ahora toda la verdad?

Pero, más importante aún, necesitaba que Raven supiera que confiaba en él.

Que su amor era real y no dependía de su capacidad para guardar secretos.

Que estaba dispuesta a mostrarse tan vulnerable ante él como él se había mostrado ante ella.

Se trata de confianza, había dicho él aquella primera noche en su dormitorio, con las cintas de seda en las manos y la incertidumbre en los ojos.

Y bien, ella estaba lista para rendirse.

Lista para ser sincera.

Lista para confiar en que el hombre que la había sostenido atada y temblorosa en su cama también la mantendría a salvo frente a cualquier tormenta.

Las manos de Ashley temblaron mientras alisaba su vestido de mañana.

Iba a ir a verlo ahora mismo.

En ese mismo instante.

Entraría en su despacho y le contaría todo: lo de Carstairs, la fuga que nunca llegó a producirse, Ivy, las amenazas y aquellos tres años de silencio.

Lo pondría todo a sus pies y confiaría en que él la ayudara a afrontar las consecuencias.

Y le suplicaría, si fuera necesario, que la perdonara por haber tardado tanto en llegar a ese punto.

Su corazón golpeaba con fuerza contra sus costillas mientras se dirigía hacia la casa, componiendo ya las palabras en su mente.

Raven, necesito contarte algo. Sobre el escándalo. Sobre quién fue realmente...

—Buenos días, Su Gracia.

La voz la detuvo a mitad de un paso.

Debía estar imaginándolo.

—Un día precioso.

Ashley se volvió lentamente mientras el estómago se le hundía como una piedra.

Era real.

Y estaba allí.

Lord Edmund Carstairs estaba de pie junto a la verja del jardín, impecablemente vestido como siempre, con una agradable sonrisa en su atractivo rostro.

Pero sus ojos...

Aquellos ojos fríos y calculadores no tenían nada de agradable.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó ella con una voz mucho más firme de lo que se sentía—. Esto es propiedad privada. No tiene derecho...

—¿No lo tengo?

Se acercó un paso y Ashley retrocedió instintivamente.

—Ayer tuve una conversación muy interesante con un lacayo en White's. Al parecer, el duque de Blackstone no ha dejado de hacer preguntas. Investigando un determinado escándalo de hace tres años. Incluso ha estado preguntando específicamente por mí. Preguntas que están haciendo sentir... incómoda a la gente.

El terror y la furia lucharon dentro del pecho de Ashley.

—Váyase. Márchese ahora mismo o llamaré a los sirvientes...

Pero no tuvo oportunidad.

Carstairs se movió con una velocidad sorprendente, cerrando la distancia entre ellos antes de que pudiera reaccionar.

Una mano le cubrió la boca, ahogando su grito de alarma, mientras el otro brazo se cerraba alrededor de su cintura.

—Lamento que haya llegado a esto —siseó junto a su oído mientras ella forcejeaba para liberarse—. Pero no me has dejado elección. Si no puedo silenciarte con amenazas, tendré que silenciarte de forma permanente. Sin tu versión de los hechos, nadie sabrá nunca la verdad. Pero tiene que parecer un accidente, para que tu esposo no empiece a investigar otra vez.

Ashley intentó gritar, pero él apretó más la mano sobre su boca, dificultándole la respiración.

Le arañó los brazos.

Le pateó las espinillas.

Pero él era más fuerte y contaba con la ventaja de la sorpresa.

La arrastró hacia atrás, hacia la verja, alejándola de la casa donde los sirvientes podrían oírla.

No.

No, no, no.

El pánico inundó todo su cuerpo.

Aquello no podía estar ocurriendo.

No ahora.

No cuando por fin había decidido confiar en Raven.

No cuando estaba a punto de contarle toda la verdad.

No cuando estaba tan cerca de ser libre.

—Deja de resistirte —gruñó Carstairs—. Solo lo estás haciendo más difícil para ti.

A través del jardín podía ver la casa.

Podía ver la ventana de su dormitorio, donde tres noches antes Raven había permanecido de pie diciéndole que no podía amar sin confianza.

Podía ver la ventana de su despacho, donde probablemente estaba trabajando en aquel mismo instante, sin sospechar que su

esposa estaba siendo arrastrada lejos de él a apenas unos metros de distancia.

Raven, pensó desesperadamente mientras seguía forcejeando. Raven, por favor. Mira por la ventana. Por favor, mírame. Por favor...

Pero nadie apareció en las ventanas. Ningún sirviente miró casualmente hacia el jardín. Justo en el momento en que necesitaba que alguien, cualquiera, fuera testigo de lo que estaba ocurriendo, estaba completamente sola.

Carstairs la arrastró a través de la verja y hacia las cocheras detrás de la casa. Un carruaje oscuro la esperaba allí, con la puerta ya abierta. La empujó bruscamente al interior y ella tropezó, logrando sostenerse en el asiento opuesto.

—Conduce —ordenó al cochero mientras subía tras ella y cerraba la puerta de golpe—. Rápido.

El carruaje se puso en marcha con una sacudida. Ashley se lanzó hacia la puerta, pero Carstairs le agarró el brazo y la tiró hacia atrás con tanta fuerza que ella soltó un grito de dolor.

—Siéntate y cállate —gruñó, habiendo abandonado toda apariencia de cortesía—. A menos que quieras que también te amordace.

Ashley obedeció, pero su mente corría a toda velocidad.

Tenía que escapar.

Tenía que hacer llegar algún mensaje a Raven.

Tenía que...

—¿Adónde me llevas?

—A algún lugar tranquilo. A algún lugar donde no nos molesten.

—La expresión de Carstairs era fría; el cálculo se mezclaba con algo que parecía auténtico pesar—. De verdad no quería llegar a esto. Si simplemente hubieras hecho lo que te dije, si le hubieras dado el nombre de Berring y convencido a tu marido de dejar de hacer preguntas, nada de esto sería necesario. Pero no pudiste dejar las cosas como estaban, ¿verdad?

—Vas a matarme.

No era una pregunta.

—No tengo elección. —Extendió las manos como si fuera una víctima de las circunstancias—. El matrimonio Harrington vale veinte

mil libras. Veinte mil libras, Su Gracia. Más que suficiente para saldar mis deudas y establecerme adecuadamente en la sociedad. No puedo dejar escapar eso porque decidiste desarrollar una conciencia.

—Raven me encontrará. —Ashley mantuvo la voz firme por pura fuerza de voluntad—. Te perseguiré hasta el fin del mundo si me haces daño.

—Tal vez. Pero para entonces habrás sufrido un accidente muy desafortunado y yo estaré felizmente casado con la señorita Harrington, con su fortuna asegurando mi futuro. —Carstairs se encogió de hombros—. El duque puede sospechar todo lo que quiera. Sin un nombre, sin pruebas y sin tu testimonio, no hay nada que pueda hacer.

El carruaje avanzaba traqueteando por las calles de Londres, alejando a Ashley de la seguridad con cada instante que pasaba.

Apoyó la mano contra la ventanilla y observó desfilan los edificios familiares. Pensó en Raven sentado en su despacho.

Pensó en las palabras que nunca había llegado a decirle.

Confío en ti. Te amo. Lo siento. Tardé demasiado en reunir el valor para decirte la verdad.

Ahora quizá nunca tendría la oportunidad.

Quizá moriría con aquellas palabras sin pronunciar, dejando que Raven creyera que jamás había confiado realmente en él. Dejándolo llorar a otra mujer que había amado, preguntándose si estaba condenado a perder a todos aquellos a quienes intentaba querer.

No.

No iba a permitir que eso ocurriera.

Ashley se irguió en su asiento y sostuvo la mirada de Carstairs con toda la rebeldía que pudo reunir.

Era la duquesa de Blackstone.

Hermana de un conde y de un duque.

Esposa de un hombre que había vencido a sus propios demonios para construir algo real junto a ella.

No iba a morir en silencio.

Si Carstairs quería verla muerta, tendría que ganárselo.

Y mientras tanto, encontraría una manera, cualquier manera, de dejar un rastro para que Raven pudiera seguirlo.

Porque confiaba en él.

Confiaba en que iría a buscarla.

Confiaba en que movería cielo y tierra para llevarla de vuelta a casa.

Solo tenía que sobrevivir el tiempo suficiente para que él la encontrara.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Raven miró fijamente el libro de cuentas que tenía delante, pero los números podrían haber estado escritos en griego antiguo por todo el sentido que tenían para él.

Tres días.

Tres interminables días desde que había enviado a Ashley a dormir a su propia habitación, desde que le había pedido que confiara en él del mismo modo en que él había confiado en ella.

Tres días observando cómo la mujer que amaba se refugiaba cada vez más detrás de sus murallas.

Había sido un idiota.

Un idiota arrogante, santurrón, que había exigido sinceridad mientras ignoraba el miedo muy real que veía en los ojos de su esposa. Ashley había intentado decirle que la investigación era peligrosa, le había suplicado que dejara el pasado en paz, y él había seguido adelante como una apisonadora, convencido de que la justicia importaba más que sus preocupaciones.

Ahora apenas le hablaba.

Comía en su habitación.

Inventaba excusas para evitarlo en los pasillos de su propia casa.

Para mí no puede haber amor sin confianza.

Dios, ¿qué había hecho?

Había convertido el amor y la confianza en algo condicionado, le había dado un ultimátum cuando lo que ella necesitaba era paciencia. Comprensión. La misma compasión que él había esperado recibir cuando le mostró aquellas bufandas de seda y le confesó sus deseos más oscuros.

Raven apartó la silla de su escritorio con tanta fuerza que esta se deslizó ruidosamente por el suelo.

No podía concentrarse en los asuntos de la finca. No podía pensar en nada salvo en el abismo creciente entre ellos.

Si no encontraba pronto una manera de salvar esa distancia, temía que se volviera permanente.

Quizá debería ir a verla.

Decirle que la investigación no importaba.

Que podía vivir con cualquier secreto que estuviera ocultando.

Que su futuro juntos era más importante que castigar a quienquiera que la hubiera herido en el pasado.

Porque así era, ¿no?

Tres años de sufrimiento no podían deshacerse revelando la verdad ahora.

Pero tres años más, o treinta, de un matrimonio envenenado por su orgullo obstinado y el miedo justificado de ella...

Esa era una tragedia que sí podía evitar.

Eso era algo que sí podía arreglar.

Raven se puso de pie, habiendo tomado una decisión.

Iba a buscar a Ashley en ese mismo instante y decirle...

Un movimiento en el jardín llamó su atención.

Miró hacia la ventana, esperando ver a un sirviente o quizá a uno de los jardineros.

En cambio, vio a su esposa.

Ashley estaba sentada en el banco de piedra junto al arco de rosas, con su vestido de mañana azul pálido destacando contra los verdes más oscuros del jardín.

Incluso desde aquella distancia podía ver la tensión en sus hombros, la forma en que se mantenía erguida como si cargara un peso enorme.

La mano de Raven fue hacia el pestillo de la ventana.

Iba a ir a verla ahora mismo.

Le diría todo lo que acababa de comprender.

Le suplicaría que lo perdonara por haber sido semejante imbécil.

Pero entonces apareció otra figura junto a la verja del jardín.

Un hombre.

Alto, bien vestido, moviéndose con una arrogancia despreocupada que hizo que Raven apretara los dientes incluso antes de reconocerlo.

Lord Edmund Carstairs.

El hielo inundó sus venas.

¿Qué demonios hacía aquel bastardo en su jardín?

¿Cómo se atrevía a acercarse a Ashley en una propiedad privada?

Ashley se había levantado del banco y, aun desde la ventana, Raven pudo ver cómo cambiaba su lenguaje corporal: los hombros se echaban hacia atrás, la barbilla se alzaba con desafío.

Pero también había miedo.

Podía verlo en la forma en que sus manos se cerraban en puños a los costados.

Raven ya estaba moviéndose antes de decidirlo conscientemente, caminando a grandes zancadas hacia la puerta de su despacho.

Pero algo lo hizo detenerse.

Algún instinto que le advertía que observara.

Que viera qué quería Carstairs antes de irrumpir como un ángel vengador.

Regresó a la ventana y observó cómo Carstairs hablaba.

Estaba demasiado lejos para oír las palabras, pero lo bastante cerca para ver cómo el rostro de Ashley palidecía.

Para verla dar un paso involuntario hacia atrás.

Entonces Carstairs se movió.

Rápido.

Sorprendentemente rápido para un caballero.

Le cubrió la boca con una mano mientras el otro brazo se cerraba alrededor de su cintura cuando ella empezó a forcejear.

—¡No!

La palabra salió arrancada de la garganta de Raven mientras giraba hacia la puerta, con el corazón golpeándole el pecho por el

terror y la furia.

Atravesó la puerta de su despacho.

Corrió por el pasillo.

Se lanzó hacia la salida al jardín mientras gritaba pidiendo ayuda a los sirvientes.

Demasiado tarde.

Maldita sea, demasiado tarde.

Cuando llegó al jardín, estaba vacío.

Solo la rosa que Ashley sostenía yacía en el suelo, abandonada.

Raven corrió hacia la verja y la abrió de golpe.

Las cocheras al otro lado estaban silenciosas, pero alcanzó a oír el sonido de unos cascos alejándose a toda velocidad y vio un carruaje oscuro desapareciendo al doblar una esquina.

Se llevaba a su esposa.

Se llevaba a Ashley.

La comprensión lo golpeó como un puñetazo físico.

Carstairs tenía a Ashley.

Debía de ser el hombre que había destruido su reputación, que la había aterrorizado hasta obligarla a guardar silencio durante tres años.

Y acababa de secuestrarla de su propio jardín.

Y era culpa de Raven.

Su maldita investigación había obligado a Carstairs a actuar.

Ashley había intentado advertirle.

Le había suplicado que dejara de hacer preguntas.

Y él había descartado sus preocupaciones con arrogancia.

Había creído que sabía más.

Había creído que la justicia valía el riesgo.

Ahora ella estaba pagando el precio de su estupidez.

No otra vez.

Dios, por favor, no otra vez.

El pensamiento lo golpeó con la fuerza de un carruaje desbocado.

Kitty.

Kitty había muerto por circunstancias fuera de su control, asesinada por un loco mientras él había sido incapaz de impedirlo.

Había vivido con esa culpa todos los días desde entonces, con la certeza de que había fallado en proteger a alguien que le importaba.

Y ahora Ashley.

Su esposa.

Su compañera.

La mujer que se había vuelto esencial para su propia existencia.

Estaba en peligro por su culpa.

Por su arrogancia.

Porque había insistido en escarbar en un pasado que ella le había suplicado que dejara enterrado.

—¿Su Gracia?

Simpson apareció en la entrada del jardín, con preocupación grabada en el rostro normalmente impassible del mayordomo.

—He oído gritos... —comenzó.

—Han secuestrado a mi esposa —dijo Raven, con una voz mortalmente serena a pesar del pánico que le desgarraba el pecho—. Lord Edmund Carstairs la raptó del jardín hace apenas unos momentos. Envía inmediatamente a un lacayo a la residencia del marqués de Wolfarth. Dile a Wolf que han secuestrado a su hermana y que necesito que él y Rockwell estén en mi casa de la ciudad ahora mismo. Después, haz ensillar mi caballo. Rápido.

Los ojos de Simpson se abrieron de par en par, pero para su mérito no perdió tiempo haciendo preguntas. Simplemente hizo una reverencia y salió corriendo.

Raven se quedó solo en el jardín, con la mente acelerada.

¿Adónde la llevaría Carstairs?

A algún lugar aislado. A algún sitio donde pudiera... ¿qué? ¿Amenazarla? ¿Hacerle daño?

¿Matarla?

Ese pensamiento le heló la sangre.

Si Carstairs estaba lo bastante desesperado como para secuestrar a una duquesa a plena luz del día, estaba lo bastante desesperado como para hacer cualquier cosa. Y Ashley conocía su identidad. Podía revelar cualquier secreto que hubiera estado ocultando durante los últimos tres años.

Ahora era un peligro para él.

Una testigo capaz de destruirlo.

A menos que eliminara a la testigo.

—No.

Las manos de Raven se cerraron en puños.

—No, maldito bastardo. No la tocarás. No le harás daño. Te encontraré y te haré pagar por cada instante de miedo que le has causado a mi esposa.

Se obligó a respirar. A pensar.

La furia ciega no ayudaría a Ashley.

Necesitaba ser inteligente. Estratégico.

¿Adónde iría Carstairs?

No a su propia residencia; era demasiado obvio. Tampoco a ninguno de sus clubes o lugares habituales. Quizá a algún sitio fuera de Londres. Algún lugar tranquilo y abandonado donde nadie oyera los gritos.

Piensa, maldita sea.

Eres el duque de Blackstone. Tienes recursos, contactos e información al alcance de la mano.

Úsalos.

Raven volvió corriendo a la casa y subió las escaleras hacia su estudio de dos en dos.

Tomó papel y tinta. Su mano permaneció firme a pesar del terror que se agitaba en sus entrañas mientras escribía notas apresuradas.

Una para su administrador de negocios, solicitando información inmediata sobre cualquier propiedad que Carstairs poseyera o a la que tuviera acceso.

Otra para su abogado, exigiendo hasta el último detalle sobre la situación financiera de Carstairs.

Y otra para sus contactos en el Ministerio del Interior, reclamando favores que llevaba años reservando.

Si Carstairs había llevado a Ashley a alguna parte, alguien los habría visto.

Los carruajes no desaparecían en el aire.

Un alboroto en la planta baja anunció la llegada de Wolf.

Raven fue a su encuentro en el vestíbulo, donde Wolf y Rockwell estaban de pie, respirando con dificultad, claramente después de

haber corrido todo el camino.

—¿Qué ha sucedido? —exigió Wolf sin preámbulos—. ¿Dónde está ella?

—Carstairs se la llevó.

La voz de Raven era tan dura como el acero.

—De nuestro jardín, hace menos de quince minutos. Lo vi desde la ventana de mi estudio, pero no pude llegar hasta ella a tiempo.

—¿Carstairs? —Los ojos de Rockwell se abrieron de par en par—. ¿Lord Edmund Carstairs?

—¿Lo conoces?

—Solo de reputación.

La expresión de Wolf se volvió sombría.

—Ha estado cortejando a la heredera azucarera Harrington. Había rumores de que pronto anunciarían su compromiso.

—Entonces necesita dinero —dijo Raven, mientras las piezas encajaban en su mente—. Desesperadamente, si está dispuesto a casarse con la hija de un comerciante. Y mi investigación sobre el escándalo de Ashley amenazaba eso. Si los Harrington descubrían que intentó secuestrar a otra mujer hace tres años...

—Retirarían la oferta —terminó Rockwell—. Una familia comerciante desesperada por conseguir un título puede pasar por alto muchas cosas, pero no una clase de escándalo así.

—Así que se la llevó para silenciarla.

La voz de Wolf fue peligrosamente baja.

—Va a matar a mi hermana para proteger sus perspectivas matrimoniales.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, demasiado terribles para contemplarlas por completo.

—No —dijo Raven con absoluta convicción—. No lo hará. Porque vamos a encontrarlos. Todos nosotros. Tenemos recursos que él jamás podrá igualar. Contactos, dinero, hombres que nos deben favores. Encontraremos a Ashley y la traeremos a casa.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Rockwell.

—Ya he pedido información sobre las propiedades de Carstairs —dijo Raven mientras los conducía al estudio—. Tenemos que pensar

adónde la llevaría. Un lugar aislado, pero accesible. Algún sitio al que pudiera llegar en una o dos horas desde Londres.

—Tiene un pabellón de caza —dijo Wolf de repente—. Al norte de la ciudad. Recuerdo haberlo oído mencionar en White's; se quejaba de los gastos de mantenimiento la temporada pasada.

—¿Dónde exactamente? —preguntó Raven.

—Cerca de Barnet, creo. Junto al camino de Cambridge.

El camino de Cambridge.

Donde Ashley había sido encontrada tres años antes, asustada y sola.

Carstairs la estaba llevando de vuelta al lugar donde todo había comenzado.

—Es ahí —dijo Raven con certeza—. Ahí es adonde ha ido. Wolf, reúne a todos los hombres de confianza que puedas. Rockwell, avisa al magistrado. Quiero autoridad legal para arrestar a Carstairs si es necesario.

—¿Por qué esperarías para matarla? —preguntó Rockwell, con desesperación en la voz.

El corazón de Raven estuvo a punto de detenerse.

Luego respiró.

—No puede simplemente matarla, porque eso iniciaría una investigación.

—Entonces, ¿cuál es su plan? ¿Retenerla indefinidamente? —preguntó Wolf con sarcasmo.

Raven no lo sabía.

¿Cuál era el plan de Carstairs?

Entonces su mente se puso en marcha.

—No. Tendría que hacer que pareciera un accidente. Así que necesita planear algo.

—O ya lo ha planeado.

—Te equivocas, Rockwell. Ashley no puede aparecer muerta fuera de Londres. Eso despertaría sospechas. Así que, por ahora, sigue viva. Voy a salir de inmediato.

—¿Solo? —Wolf le agarró el brazo—. Raven, no puedes...

—Sí puedo y lo haré.

Raven se soltó de su agarre, con una voz que no admitía discusión.

—Cada minuto que perdemos es otro minuto en que Ashley está en peligro. No voy a esperar.

—Entonces voy contigo —dijo Wolf con firmeza.

—Y yo también —añadió Rockwell.

Raven quiso discutir, pero una sola mirada a sus rostros le dijo que sería inútil.

Ashley era su hermana.

Tenían tanto derecho como él a rescatarla.

—Bien. Pero nos vamos ahora mismo. En este instante.

Cabalaron a toda velocidad por las calles de Londres y luego por el campo más allá de la ciudad, llevando a sus caballos al límite de sus fuerzas.

La mente de Raven hervía con posibilidades espantosas.

Ashley herida.

Ashley aterrorizada.

Ashley creyendo que él no iba a acudir a rescatarla porque había sido demasiado obstinado para escucharla cuando le suplicó que dejara de investigar.

Por favor, rezó a cualquier Dios que pudiera estar escuchándolo. Por favor, que llegue a tiempo. Renunciaré a la investigación. Me olvidaré de la justicia. Pasaré el resto de mi vida compensando mi arrogancia. Solo deja que siga viva. Deja que esté a salvo.

Pero bajo aquellas plegarias corría una corriente más oscura de pensamientos.

Recuerdos que no podía reprimir por mucho que lo intentara.

El rostro de Kitty, pálido e inmóvil en la muerte. La forma en que sus rizos pelirrojos habían quedado pegados por la sangre. La horrible y aplastante comprensión de que no había logrado protegerla. El hecho de que ni siquiera supiera que estaba en peligro hasta que fue demasiado tarde no hacía que doliera menos.

Y ahora era Ashley quien estaba en riesgo.

Ashley, que significaba mucho más para él de lo que Kitty jamás había significado.

No porque Kitty hubiera carecido de algo. Había sido maravillosa a su manera, llena de vida, risas y aceptación.

Pero Ashley era su igual.

Su compañera.

La mujer que compartía no solo su cama, sino también su vida, sus luchas y sus secretos más oscuros.

Con Kitty, había sido el duque de Blackstone jugando a una fantasía. Manteniendo una amante en una bonita casa, visitándola cuando sus obligaciones se lo permitían y conservando una cuidadosa separación entre sus dos vidas.

Con Ashley no existía esa separación.

Ella estaba entretejida en cada aspecto de su existencia.

Se sentaba en su estudio mientras él trabajaba.

Debatía política con él durante el desayuno.

Cuestionaba sus suposiciones y lo obligaba a ser mejor.

Conocía sus deseos, su vergüenza, sus miedos... y aun así lo amaba.

Perder a Kitty casi lo había destruido.

Perder a Ashley sería imposible de sobrevivir.

El pabellón de caza apareció cuando el sol comenzaba a descender hacia el horizonte.

Era una construcción destartada apartada del camino, rodeada de jardines descuidados y cercas rotas.

Exactamente el tipo de lugar al que un hombre desesperado podría llevar a una mujer mientras planeaba su asesinato.

Raven desmontó, pero sus piernas no quisieron llevarlo hacia adelante.

Se quedó inmóvil, mirando la deteriorada estructura, mientras el corazón le golpeaba las costillas.

¿Y si llego demasiado tarde?

El pensamiento lo paralizó por completo.

¿Y si cruzaba aquella puerta y encontraba a Ashley ya muerta?

¿Y si Carstairs la había matado en cuanto llegaron, eliminando la amenaza que representaba antes de que alguien pudiera detenerlo?

Raven no había conseguido salvar a Kitty.

Había llegado demasiado tarde para impedir su asesinato.

¿Podría soportar encontrar a Ashley de la misma manera?

¿Resistiría su corazón perder a otra mujer que amaba a causa de la violencia?

No.

La respuesta fue inmediata y absoluta.

No podría.

Perder a Kitty había sido devastador, pero perder a Ashley sería una aniquilación total.

Porque lo que sentía por Ashley no era el afecto protector de alguien responsable de otra persona.

Era la conexión profunda de dos personas que se habían elegido mutuamente, que habían construido algo real juntas.

Ashley era su compañera en todos los sentidos.

Su igual.

Su contraparte perfecta.

La mujer con la que hablaba de negocios, discutía filosofía y compartía tanto su cuerpo como sus secretos.

Ella lo desafiaba, lo frustraba, lo hacía reír, lo hacía pensar.

Había conocido sus deseos más oscuros y no solo los había aceptado, sino que los había abrazado. Y a cambio, le había confiado su propia vulnerabilidad.

Sin ella, su mundo estaría vacío.

Hueco.

Una colección cuidadosamente ordenada de deberes y obligaciones sin alegría, sin pasión, sin sentido.

No podía cruzar aquella puerta.

No podía afrontar la posibilidad de encontrarla muerta.

Era mejor quedarse allí, suspendido en aquel terrible instante de incertidumbre, que avanzar y ver confirmados sus peores temores.

—Raven.

La mano de Wolf se posó sobre su hombro.

—Tenemos que movernos.

—¿Y si ya está muerta?

Las palabras salieron roncas, apenas audibles.

—¿Y si llegamos demasiado tarde?

—Entonces nos enfrentaremos a eso cuando lo sepamos —dijo Wolf con suavidad—. Pero quedarnos aquí no cambiará nada. Y si existe alguna posibilidad de que siga viva ahí dentro, cada segundo que retrasemos puede marcar la diferencia entre salvarla o perderla.

La lógica atravesó la parálisis de Raven.

Si Ashley estaba viva...

Si estaba allí dentro luchando por su vida, creyendo que él acudiría a rescatarla...

Entonces su cobardía la estaba traicionando.

Su miedo la estaba abandonando cuando más lo necesitaba.

Y si ya estaba muerta...

Al menos lo sabría.

Podría sostenerla una última vez.

Y se aseguraría de que Carstairs pagara por lo que había hecho.

Pero no podía quedarse allí parado.

No podía permitir que el miedo a perderla le impidiera intentar salvarla.

Porque esa sería la peor traición posible: tener la oportunidad de rescatar a Ashley y fracasar porque estaba demasiado aterrorizado para actuar.

Pensó en su rostro la mañana después de haberle hecho el amor por primera vez.

La forma en que le había sonreído durante el desayuno, suave, satisfecha y feliz.

La forma en que había permanecido atada a su cama, confiando plenamente en él, en su cuerpo y en el placer que compartían.

La forma en que había discutido con él sobre la investigación, con el miedo y el amor enfrentándose en sus ojos mientras le rogaba que dejara el pasado en paz.

Ella había estado intentando protegerlo.

Protegerlos a ambos.

Y él había sido demasiado orgulloso para escucharla.

Pues ahora sí la escuchaba.

Voy hacia ti, Ashley.

Resiste.

Por favor, solo resiste.

Raven apartó la mano de Wolf y avanzó hacia el pabellón.

Su parálisis se hizo añicos, transformándose en una determinación concentrada.

El miedo seguía agitándose en sus entrañas, pero estaba siendo superado por algo más fuerte.

Amor.

Feroz, protector y absoluto.

La salvaría o moriría intentándolo.

No existía una tercera opción.

Se acercaron con cautela, escuchando cualquier sonido procedente del interior.

Entonces la oyó.

La voz de Ashley.

Desafiante y furiosa incluso a través de los gruesos muros.

—Eres un cobarde, Carstairs. Un cobarde patético y desesperado que amenaza a las mujeres porque es demasiado débil para afrontar las consecuencias como un hombre.

Viva.

Estaba viva.

El alivio inundó a Raven con tanta fuerza que casi se tambaleó.

Las rodillas se le debilitaron.

La visión se le nubló por las lágrimas.

Estaba viva.

Luchando.

Seguía siendo la mujer feroz e inquebrantable de la que se había enamorado.

Gracias a Dios.

¡Gracias a Dios!

Pero el alivio solo duró un instante antes de ser reemplazado por la furia.

Una furia ardiente, intensa y concentrada.

Carstairs la tenía.

La había secuestrado.

La había aterrorizado.

Y estaba a punto de descubrir que secuestrar a la duquesa de Blackstone sería el último error que cometería en su vida.

—La entrada trasera —susurró Wolf, señalando una puerta trasera que colgaba torcida de sus bisagras—. Podemos entrar sin que nos oigan.

Se movieron tan silenciosamente como pudieron tres hombres corpulentos, atravesando la puerta rota hacia un corredor cubierto de polvo.

Las voces se hicieron más fuertes.

Los tonos suaves de Carstairs se mezclaban con las respuestas desafiantes de Ashley.

—...simplemente acepta lo inevitable —estaba diciendo Carstairs—. No siento ningún placer en esto, de verdad. Pero no me has dejado otra opción.

—Siempre hay una opción.

La voz de Ashley era firme, intrépida.

El corazón de Raven se llenó de orgullo incluso mientras el terror seguía aferrándose a él.

—Estás eligiendo el asesinato porque eres demasiado cobarde para afrontar que te desenmascaren. Demasiado egoísta para aceptar las consecuencias de tus propios actos.

—Palabras muy valientes para una mujer atada a una silla.

Atada a una silla.

La visión de Raven se tiñó de rojo.

Irrumpió por la puerta hacia lo que en otro tiempo había sido un salón, captando toda la escena en un solo instante.

Ashley estaba atada a una silla de madera. Su vestido estaba rasgado a la altura del hombro y un moretón oscurecía una de sus mejillas.

Carstairs estaba de pie junto a ella, sosteniendo algo en la mano.

Una pistola, comprendió Raven con un horror helado.

—Aléjate de mi esposa.

Carstairs se volvió de golpe y su rostro se puso blanco al ver no solo a Raven, sino también a Wolf y Rockwell flanqueándolo.

Tres hombres grandes y furiosos bloqueando la única salida.

—Su Gracia. —Carstairs intentó adoptar su habitual encanto afable, pero la voz le tembló—. Esto... esto no es lo que parece...

—Parece —dijo Raven con una calma mortal— que has secuestrado a mi esposa. Que la has agredido. Y que actualmente sostienes una pistola en su presencia. Por favor, explícame cómo no es exactamente lo que parece.

—Es una mentirosa. —Carstairs retrocedió un paso, mientras la pistola oscilaba entre Raven y los demás—. Está intentando destruir mi compromiso con falsas acusaciones...

—No son falsas. —La voz de Wolf cortó el aire como una cuchilla—. Sabemos lo que hiciste hace tres años, Carstairs. Lo del intento de fuga con mi hermana. Lo de dejar que ella cargara con la culpa para salvarte.

El rostro de Carstairs pasó de blanco a gris.

—No pueden demostrar nada. Pero tengo pruebas del amor de Ivy por mí. Llevo sus cartas conmigo.

—¿Ivy? —dijeron tres voces al unísono.

—Estaba intentando convencer a Ivy de que huyera con él. Tuve que detenerlo. Pero, como tenía las cartas de Ivy, no podía contárselo a nadie. Ivy habría quedado arruinada.

Raven había tenido razón.

Estaba protegiendo a su hermana.

Y la amó aún más por ello.

—Si no quieres que te meta una bala, te sugiero que me entregues esas cartas —dijo Rockwell con frialdad—. Si no lo haces, la palabra de la duquesa bastará para destruir tu compromiso. Y diremos que las cartas son una falsificación. Todo el mundo nos creerá, porque ¿quién cuestionaría la palabra de un duque y un marqués? Además, nos aseguraremos de que todas las puertas de la sociedad se cierren en tu cara. Nadie te recibirá. Nadie hará negocios contigo. Quedarás tan arruinado como intentaste arruinar a Ashley.

—Entonces no tengo nada que perder. —La mano de Carstairs se afirmó sobre la pistola y la apuntó hacia Ashley—. Si de todos modos voy a ser destruido, ella también podría...

Raven se movió.

Años de esgrima, boxeo y la desesperada furia de un hombre que protegía a su esposa se combinaron cuando se lanzó a través de

la habitación.

Su mano se cerró sobre la muñeca de Carstairs, obligando a que la pistola apuntara hacia arriba cuando se disparó con un estruendo ensordecedor.

Ambos cayeron enredados entre brazos y piernas, mientras Carstairs luchaba con la fuerza desesperada de un animal acorralado.

La pistola salió despedida por el suelo.

Raven no la necesitaba.

Sus puños serían suficientes.

El primer golpe alcanzó a Carstairs en la mandíbula y le hizo girar la cabeza hacia un lado.

El segundo impactó en sus costillas con un satisfactorio crujido.

Carstairs intentó defenderse, intentó devolver los golpes, pero estaba blando después de demasiados años de vida cómoda, mientras que Raven había pasado meses descargando su dolor y frustración en el cuadrilátero.

—Esto es por Ashley.

Otro puñetazo.

—Por los tres años de vida que le robaste.

Otro.

—Por cada momento de miedo que le hiciste pasar.

Carstairs logró girar y quitarse a Raven de encima.

Se lanzó hacia algo.

Un cuchillo, comprendió Raven con una claridad helada.

Lo había sacado de la bota.

La última arma desesperada de un hombre desesperado.

Arremetió con ella, de forma salvaje y descontrolada.

Raven esquivó el ataque, atrapó su brazo y lo retorció con fuerza.

Los huesos crujieron.

Carstairs gritó.

El cuchillo cayó al suelo.

Y entonces Carstairs cometió su último error.

Intentó alcanzarlo con la otra mano, con el asesinato reflejado claramente en sus ojos mientras se volvía hacia donde Ashley permanecía atada e indefensa.

Raven no pensó.

No planeó.

Simplemente actuó por puro instinto, agarrando a Carstairs por detrás para apartarlo de Ashley.

Pero Carstairs se retorció entre sus brazos y el cuchillo se elevó entre ambos en un arco descontrolado.

Para Raven, todo ocurrió a cámara lenta.

Debería haber sido imposible.

Demasiado torpe.

Demasiado mal dirigido.

Pero, de algún modo, la hoja encontró carne y se deslizó entre las costillas de Carstairs mientras su propio impulso la hundía.

Los ojos de Carstairs se abrieron de par en par por la sorpresa.

Miró el cuchillo enterrado en su pecho y luego levantó la vista hacia Raven.

Abrió la boca, pero solo salió sangre.

Después se desplomó, su cuerpo quedando inerte.

Raven lo contempló desde arriba, respirando con dificultad, las manos cubiertas de sangre.

Había matado a un hombre.

No había sido su intención, pero el resultado era el mismo.

Carstairs yacía muerto a sus pies, con el cuchillo todavía sobresaliendo de su pecho.

—Raven.

La voz de Ashley atravesó su conmoción.

—Raven, por favor. Desátame.

Se movió como un autómatas, con las manos temblorosas mientras trabajaba en las cuerdas que sujetaban sus muñecas.

En cuanto quedó libre, Ashley se lanzó a sus brazos, sollozando contra su pecho.

—Lo siento —jadeó entre lágrimas—. Lo siento muchísimo. Iba a decírtelo. Esta mañana había decidido contártelo todo. Confiar en ti. Pero él vino y...

—Shh. —Raven la abrazó con fuerza, una mano enredada en su cabello y la otra rodeándole la espalda, como si pudiera impedir físicamente que el mundo volviera a arrebatársela—. Ya estás a

salvo. Estás a salvo y yo lo siento. Lo siento muchísimo, Ashley. Tenías razón. Intentaste decirme que la investigación era peligrosa y no quise escucharte. Esto es culpa mía. Todo.

—No. —Ella se apartó lo suficiente para mirarlo a la cara, colocando las manos a ambos lados de su mandíbula. Sus dedos eran suaves a pesar de los temblores—. Esto es culpa de Carstairs. De sus decisiones. De sus actos. Tú intentabas protegerme. Intentabas buscar justicia para mí. Eso no tiene nada de malo.

—Estuvo a punto de costarte la vida. —La voz se le quebró—. Como Kitty. Otra mujer a la que yo...

No pudo terminar la frase.

No pudo decirlo en voz alta.

—Yo no soy Kitty. —Los pulgares de Ashley secaron las lágrimas que corrían por su rostro—. Soy tu esposa.

Wolf se aclaró la garganta.

—Deberíamos... ocuparnos del cadáver. Y llevar a Ashley a casa. Habrá preguntas e investigaciones. Está claro que fue defensa propia, pero necesitaremos testigos que lo confirmen.

—Lo vimos todo —afirmó Rockwell con firmeza—. Carstairs atacó primero, tanto con la pistola como con el cuchillo. Amenazó la vida de la duquesa varias veces. Lo ocurrido es trágico, pero fue enteramente culpa suya.

Raven asintió, incapaz de encontrar palabras.

Había matado a un hombre para salvar a su esposa y no podía arrepentirse de ello.

Lo volvería a hacer sin dudar si fuera necesario.

—Una cosa antes de irnos.

Todos los hombres se detuvieron y miraron a Ashley.

—Nunca podemos contarle a Ivy lo de Carstairs. Diremos que era un enemigo de Raven. Destruiría a mi hermana saber que fui arruinada por protegerla. Prométanmelo. Todos ustedes.

—No estoy seguro de que podamos ocultar la muerte de Carstairs. Podría sospecharlo —dijo Wolf con suavidad.

—Estoy segura de que tres hombres poderosos pueden cambiar la historia. Ivy no puede conocer la verdad.

—Haremos todo lo que esté en nuestro poder para cumplir tu deseo —dijo Raven, estrechándola con más fuerza.

—Gracias. Ahora llévame a casa —susurró Ashley—. Por favor, Raven. Solo llévame a casa.

Él la levantó en brazos y la sacó de aquel horrible lugar hacia donde los caballos los esperaban.

Wolf y Rockwell se quedaron atrás para tratar con el magistrado y encargarse de las consecuencias.

Pero Raven solo se preocupaba por la mujer que llevaba en brazos.

Por llevarla sana y salva a casa.

Por decirle todo lo que había comprendido demasiado tarde.

Por asegurarse de que supiera que valía más que cualquier investigación, cualquier justicia, cualquier orgullo.

Ella lo valía todo.

—Gracias por venir a buscarme. Por amarme. —Sus palabras le calentaron el corazón—. Siento haberte asustado como Kitty. Sé que la amabas.

—No —admitió Raven, arrancando las palabras de algún lugar profundo de su pecho—. Lo que sentía por Kitty era real, pero estaba... separado del resto de mi vida. Ella era mi refugio, mi consuelo, alguien que aceptaba partes de mí que me habían enseñado a considerar vergonzosas. Me importaba profundamente. Pero no de la manera en que te amo a ti. Si te hubiera perdido, jamás me habría recuperado.

Respiró de forma entrecortada.

—Pero tú, Ashley... tú no estás separada de nada. Estás entretendida en cada parte de mi existencia. Eres mi compañera, mi igual, la mujer que comparte no solo mi cama, sino todo mi mundo. Perder a Kitty casi me destruyó. Pero perderte a ti...

Negó con la cabeza, incapaz de expresar con palabras la devastación absoluta que aquella posibilidad encerraba.

—No podría sobrevivirlo. Literalmente no podría seguir adelante sin ti.

—No tendrás que hacerlo. —Ella apoyó la frente contra la suya—. Estoy aquí. Estoy viva. Ambos estamos vivos y tenemos un futuro

por delante.

—Un futuro en el que te escuche cuando me digas que algo es peligroso —dijo Raven con firmeza—. Un futuro en el que confíe en tu criterio tanto como espero que tú confíes en el mío. Un futuro en el que seamos verdaderos compañeros en todos los sentidos.

—Me gusta cómo suena ese futuro.

La sonrisa de Ashley estaba empañada por las lágrimas, pero era sincera.

Cuando llegaron a la seguridad de Londres, permitió que Henderson la ayudara a bajar y luego volvió a levantarla en brazos para entrar con ella en la casa.

Al depositarla sobre la cama, dijo:

—Ya estás a salvo. Carstairs nunca volverá a hacerte daño. No me importa qué secretos quieras guardar. Puedes confiarme cualquier cosa, pero dejaré que seas tú quien decida cuánto deseas contarle a tu marido en el futuro, y confiaré en que sabes qué es lo mejor. Estoy tan enamorado de ti que moriría sin ti en mi vida.

Observó con horror cómo los ojos de Ashley volvían a llenarse de lágrimas.

—¿Y si tengo otro secreto... pero no es solo mío?

CAPÍTULO VEINTE

La confesión susurrada de Ashley quedó suspendida en el aire entre ellos como la niebla matinal: frágil, fácil de disipar y, sin embargo, imposible de ignorar.

Raven se quedó completamente inmóvil. Sus ojos oscuros escrutaban su rostro con una intensidad que hizo que el corazón de Ashley se acelerara.

—¿Qué quieres decir con que no es solo tu secreto?

Su voz estaba cuidadosamente controlada, pero ella percibió lo que había debajo.

La preocupación.

La necesidad de protegerla que se había vuelto tan familiar durante aquellas últimas semanas.

Ashley se incorporó en la cama y abrazó una almohada contra su pecho, aunque habían compartido momentos mucho más íntimos que aquel en esa misma cama.

De algún modo, aquella conversación la hacía sentir más expuesta que cualquier desnudez física.

—Quiero decir... —Ashley tomó una respiración temblorosa—. Raven, no quiero secretos entre nosotros. Quiero total honestidad. Pero ¿qué ocurre si guardo un secreto que no es solo mío? ¿Y si contártelo significara traicionar a otras personas que confían en mí?

Él estudió su rostro mientras procesaba sus palabras.

—Estás protegiendo a alguien otra vez.

—No de la manera que imaginas. —Ella tomó su mano, necesitando aquel contacto—. Esto no es como mi escándalo. No hay peligro. Nadie está siendo herido ni amenazado. Pero no es información mía para compartir sin el permiso de las otras personas implicadas.

La mandíbula de Raven se tensó.

—¿Ese secreto podría causar un escándalo?

Ashley reflexionó antes de responder.

—Podría... aunque no sería algo devastador. Más bien una... vergüenza para ciertas personas.

—¿Para ti?

—Para varias personas, en realidad. Incluyéndome a mí, supongo. Pero no arruinaría la reputación de nadie como ocurrió con mi anterior escándalo. —Apretó su mano—. Te lo prometo, Raven, no es ese tipo de secreto.

—¿Perjudicaría tu reputación si saliera a la luz?

—Quizá un poco —admitió—. La sociedad podría considerarme impropia por estar involucrada. Pero ya piensa eso de mí, ¿no? —Una sombra de sonrisa cruzó su rostro—. Ya soy la dama que nunca se comporta como debe.

—No hagas eso. —La mano libre de Raven se alzó para acariciarle la mejilla—. No te menosprecies de esa manera. Eres la duquesa de Blackstone. Mi esposa. Y tu valor no está determinado por los juicios estrechos de la sociedad.

La feroz protección en su voz le cerró la garganta de emoción.

—Lo sé. Y por eso necesito que entiendas algo: este secreto que guardo no destruirá nuestro amor. No dañará a nadie que nos importe. Es solo... complicado.

Raven permaneció en silencio durante un largo momento, mientras su pulgar acariciaba distraídamente los nudillos de ella.

—¿Hay alguien en peligro?

—No.

—¿Podría este secreto provocar daño físico a alguien?

—No —respondió Ashley con firmeza—. Nada parecido, te lo juro.

—¿Es ilegal?

—En absoluto. Es perfectamente legítimo, solo que... poco convencional.

Ella observó cómo analizaba las posibilidades y vio el instante en que decidió no presionarla más.

—Esto trata sobre la confianza —dijo finalmente—. ¿Verdad?

—Sí.

La palabra apenas fue un susurro.

—Y estoy dividida, Raven. Porque confío plenamente en ti. Si este fuera únicamente mi secreto, te lo contaría todo ahora mismo sin vacilar. Pero involucra a otras personas que confían en mí para guardar su confidencia.

—¿La Hermandad?

Los ojos de Ashley se abrieron ligeramente.

Por supuesto que lo adivinaría.

—No puedo confirmarlo ni negarlo.

Un destello de diversión apareció en el rostro de Raven.

—Lo cual es prácticamente una confirmación.

Después su expresión volvió a ponerse seria.

—Ashley, ayúdame a entender algo. Hemos construido este matrimonio sobre la honestidad. Nos hemos contado cosas que jamás le hemos contado a nadie más. —Su voz se volvió más baja, más íntima—. Has conocido partes de mí que mantuve ocultas durante años. Los pañuelos de seda, las vendas para los ojos, todo eso... nunca pensé que podría compartirlo con mi duquesa. Pero lo hice, porque confiaba en que no me juzgarías. En que no te horrorizarías ni sentirías repulsión. Y sabía que, sin esa confianza, el amor nunca florecería.

—Y no sentí repulsión —dijo Ashley con suavidad—. Jamás podría sentirla. La confianza que me diste... Raven, fue el regalo más precioso. Me mostró quién eres realmente bajo toda esa corrección ducal. Fue entonces cuando empecé a enamorarme de ti. Del hombre, no del duque.

—Exactamente. —Se acercó un poco más, sin dejar de sostenerle el rostro—. Esa confianza, esa vulnerabilidad... fue lo que nos permitió encontrarnos. Construir algo real en lugar de limitarnos a representar el papel de un matrimonio conveniente. Si no hubiera

estado dispuesto a arriesgarme a mostrarte esa parte de mí, esperando que la aceptaras, nunca habríamos tenido esto.

Ashley sintió que las lágrimas le picaban en los ojos.

—Lo sé. Y por eso te estoy diciendo ahora que tengo otro secreto. No te lo estoy ocultando ni fingiendo que no existe. Estoy siendo sincera acerca del hecho de que te estoy ocultando algo, aunque me destroce hacerlo.

—Porque no eres la única que tiene derecho a contarlo.

—Sí.

El alivio la inundó.

—No es mi historia para compartir. Pero necesito que sepas que no es nada que nos amenace.

—¿Podría perjudicar nuestro matrimonio si llegara a saberse?

Ashley lo pensó cuidadosamente.

—Podría... provocar cierta incomodidad. Quizá algunos sentimientos heridos al principio. Pero si nos amamos, si nos amamos de verdad, no nos destruiría.

—Sentimientos heridos —repitió Raven lentamente, guiñándole un ojo—. Los míos, supongo.

—Yo...

Ashley se mordió el labio.

Era demasiado perceptivo.

—No puedo decir más sin revelar demasiado.

Para su sorpresa, Raven sonrió.

No su sonrisa habitual, controlada y ducal, sino algo más cálido, casi divertido.

—Entonces estás protegiendo mi orgullo. Sea lo que sea este secreto, es algo que podría hacerme parecer un necio.

—¡No he dicho eso!

—No hacía falta. —Se inclinó y le besó la frente—. Ashley, he pasado toda mi vida adulta cultivando una imagen de control perfecto. El austero duque de Blackstone, siempre sereno, siempre digno. Pero tú me has visto en mis momentos más vulnerables. Me has tenido atado a nuestra cama, por el amor de Dios, suplicando que me liberaras. —Su voz descendió hasta un susurro—. Ya me has

visto despojado de toda pretensión. ¿Qué es un poco de orgullo herido comparado con eso?

Ashley sintió que el corazón se le hinchaba dolorosamente en el pecho.

—No es exactamente lo mismo.

—¿No? —Raven se acomodó contra el cabecero y la atrajo consigo hasta que la cabeza de ella descansó sobre su hombro—. Déjame preguntarte algo. ¿Crees que todas las parejas tienen que compartir absolutamente todo? ¿Cada pensamiento, cada confidencia, cada información que llega a sus manos?

—Yo... no lo sé. Supongo que pensaba que eso era el amor. Transparencia absoluta.

—¿Pero lo es? —Sus dedos dibujaban lentos círculos sobre el hombro desnudo de ella—. ¿Qué sucede con una confidencia compartida por un amigo? ¿Algo que te contó bajo la más estricta privacidad? ¿Amar a tu marido significaría que tendrías que traicionar la confianza de ese amigo?

—No, por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué esto sería diferente? —La voz de Raven era suave, reflexiva—. Ashley, creo que hay una diferencia entre guardar secretos que nos perjudican y guardar confidencias que protegen a otros. Lo primero erosiona la confianza. Lo segundo demuestra integridad.

—¿Pero cómo sabes cuál es cuál?

—Haciendo las preguntas que acabo de hacer. ¿Hay alguien en peligro? ¿Alguien está siendo perjudicado? ¿Amenaza lo que tenemos juntos? —Le levantó suavemente la barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos—. Si las respuestas son no, entonces quizá sea aceptable mantener ciertas cosas aparte. Tener una pequeña parte de nosotros mismos, o de nuestras amistades, que exista independientemente de nuestro matrimonio.

Ashley sintió que algo se aflojaba dentro de su pecho.

—¿Estás diciendo que está bien tener secretos?

—Estoy diciendo que está bien mantener confidencias que no nos hagan daño —aclaró Raven—. Hay una diferencia. Si me hubieras ocultado tu inocencia, si me hubieras dejado seguir creyendo lo peor,

eso habría sido un secreto dañino. Habría envenenado nuestra relación, creando distancia entre nosotros. Pero esto... —hizo un gesto vago con la mano— es algo completamente distinto. Estás siendo sincera conmigo sobre el hecho de que guardas una confidencia. No la estás ocultando ni estás mintiendo al respecto. Eso es confianza, Ashley. Eso es respeto tanto hacia mí como hacia las demás personas implicadas.

—Pero ¿y si...?

Se interrumpió, luchando por expresar su miedo.

—¿Y si cuando este secreto salga a la luz cambia la forma en que me ves? ¿Y si te enfada o te decepciona?

—Entonces lo afrontaremos juntos —respondió Raven con sencillez—. Ashley, ¿recuerdas lo que te dije aquella primera noche? ¿Cuándo te enseñé los pañuelos de seda y las vendas para los ojos?

—Dijiste que se trataba de confianza.

—De algo más que eso. Dije que se trataba de ser completamente honestos el uno con el otro de una manera que la sociedad nunca permite. —Ahora sostenía su rostro con ambas manos y la intensidad de su expresión la dejó sin aliento—. Esa honestidad no significa compartir cada hecho o cada confidencia. Significa ser sinceros sobre quiénes somos, qué valoramos y qué necesitamos el uno del otro. Ahora mismo estás siendo sincera conmigo sobre la existencia de este secreto y sobre tus motivos para guardarlo. Eso es suficiente.

—¿Lo es? —Ashley examinó su rostro desesperadamente—. Raven, si no hubieras confiado en mí lo suficiente como para contarme tus deseos... los pañuelos, las paletas y todo lo demás... no estaríamos aquí ahora. Seguiríamos durmiendo en habitaciones separadas, limitándonos a representar el papel de un matrimonio educado pero vacío. Esa confianza lo cambió todo.

—Lo hizo —admitió él—. Pero precisamente ese es mi punto. Confié en ti algo que me hacía vulnerable porque creía que no lo utilizarías para herirme. Y sigo creyéndolo ahora. Sea cual sea este secreto, confío en que lo guardas por buenas razones. Del mismo modo que tú confiaste en que yo no usaría mi fuerza ni mi posición para hacerte daño cuando te até a nuestra cama.

Las lágrimas terminaron por derramarse y resbalaron por las mejillas de Ashley.

—Te amo —susurró—. Dios me ayude, Raven, te amo tanto que me aterra. Nunca pretendí enamorarme de ti. Pensé que esto sería solo un acuerdo conveniente. Pero de algún modo te has convertido en todo para mí, y la idea de perderte...

—¿Sabes lo asustado que estaba cuando vi que Carstairs te llevaba? Entiendo que amar a alguien siempre implica un riesgo, y volvería a pasar por todo otra vez solo por tener un instante contigo.

La sonrisa de Ashley terminó de abrirle el corazón por completo.

—No me perderás. —Sus pulgares secaron sus lágrimas con infinita ternura—. No por esto. No por nada, mientras yo tenga algo que decir al respecto. —Hizo una pausa y una sombra de vulnerabilidad apareció en sus ojos—. Yo también te amo, Ashley. Luché contra ello durante semanas, aterrorizado por volver a sentir algo así después de Kitty. Pero lo que siento por ti es diferente. Más profundo. Eres mi igual. Ves todas las partes de mí, incluso aquellas que intenté ocultar, y aun así me amas.

—Claro que te amo. ¿Cómo podría no hacerlo?

—Eso es precisamente lo que intento decirte. —Raven apoyó la frente contra la de ella—. Si tú puedes amarme a pesar de mis deseos más oscuros, de mi dolor y de mis defectos, entonces yo ciertamente puedo amarte a pesar de una confidencia que guardas para proteger a otras personas. Eso es el amor, ¿no? Confiar el uno en el otro incluso cuando no lo sabemos todo. Pensar siempre lo mejor del otro incluso cuando esa confianza es puesta a prueba.

Ashley se apartó un poco para poder mirarlo bien.

—Me encanta lo comprensivo y tranquilo que eres con esto. ¿Tan razonable? La mayoría de los hombres exigirían saberlo todo.

—La mayoría de los hombres no han pasado tres meses privándose de una esposa que deseaban desesperadamente porque tenían demasiado miedo de mostrarse vulnerables —dijo Raven con sequedad—. He aprendido algo estas últimas semanas, Ashley. El control es una ilusión. Cuanto más intenté mantenerlo, más miserables nos hice a los dos. La verdadera fortaleza no consiste en controlar todo lo que te rodea, sino en ser lo bastante fuerte para

confiar en los demás. Para permitirte tener tu propia autonomía, tus propias decisiones.

—Y yo te elijo a ti. Te elijo para amarte, para que seas el padre de mis hijos y para construir mi vida contigo. Nuestra vida...

Él sonrió suavemente al escuchar sus palabras.

—Además, tengo una idea bastante clara de qué podría tratarse todo esto y, si estoy en lo cierto, en realidad es bastante... impresionante.

Los ojos de Ashley se abrieron de par en par.

—¿Lo sabes?

—Lo sé. Pero no voy a presionarte para que confirmes o niegues mis sospechas. Eso arruinaría por completo el propósito de esta conversación. —Su expresión se volvió más seria—. Sin embargo, sí diré esto: cuando la verdad salga a la luz y afecte a mis intereses o a mis negocios, espero que me apoyes públicamente. Que seas mi duquesa y mi compañera, incluso si eso significa afrontar alguna situación incómoda o embarazosa. ¿Puedes prometerme eso?

—Por supuesto —respondió Ashley de inmediato—. Siempre. Puede que haya guardado este secreto, pero soy tuya, Raven. Completamente. Y estaré a tu lado pase lo que pase.

—Entonces eso es todo lo que necesito saber.

La besó con suavidad, con ternura.

—Ahora, ¿qué te parece si dejamos esto de lado y nos concentramos en cosas más agradables? Como el hecho de que mi esposa fue rescatada de un malvado villano y acaba de declararme su amor, y yo quiero demostrar mis sentimientos de una manera bastante enérgica.

Ashley sintió que se ruborizaba.

—Pensé que nunca dejarías de hablar.

—De acuerdo, yo sé que preferiría escuchar otros sonidos salir de esa sensual boca tuya. —Su sonrisa se volvió traviesa—. Quizá podríamos probar algunas ataduras y ese nuevo látigo que conseguí la semana pasada.

—¡Raven!

Pero ahora se estaba riendo, mientras la tensión de las últimas horas se disolvía en calidez y afecto.

—¿Estás demasiado cansada? —Ya estaba acercándose al cajón donde guardaba esas cosas—. Pensé que podríamos explorar...

—No estoy cansada en absoluto —lo interrumpió Ashley, sorprendiéndolos a ambos con su atrevimiento—. De hecho, creo que es exactamente lo que ambos necesitamos ahora mismo. Recordar por qué confiamos el uno en el otro. Por qué nos amamos a pesar de nuestros secretos y defectos.

Los ojos de Raven se oscurecieron con deseo y con algo más profundo: admiración, quizá, o gratitud por aquella mujer extraordinaria que de alguna manera se había convertido en todo para él.

—¿Te he dicho que eres perfecta?

—Sí. Aunque no estoy segura de que las damas perfectamente educadas sugieran a sus maridos que las aten.

—Afortunadamente me casé con la dama que jamás se comporta.

La atrajo de nuevo hacia sí y encontró sus labios en un beso que prometía placer, pasión y algo aún más duradero: confianza, entregada libremente y correspondida por completo.

Más tarde, mucho más tarde, mientras yacían abrazados después de compartir su intimidad, Ashley dibujaba distraídamente patrones sobre el pecho de Raven.

—Gracias —susurró.

—¿Por qué?

—Por comprender. Por no presionarme. Por quererme lo suficiente como para permitirme guardar este secreto. —Depositó un beso sobre su corazón—. No te merezco.

—Te mereces todo —murmuró Raven, ya medio dormido—. Y cuando tu secreto salga a la luz, nos reiremos de ello juntos. Te lo prometo.

Ashley sonrió contra su piel, esperando que tuviera razón. Esperando que, cuando Raven descubriera que había estado compitiendo contra su propia esposa y sus amigas, realmente pudiera encontrarle el lado divertido. Que su orgullo soportara el golpe de haber sido derrotado en inversiones por un grupo de mujeres.

Pero por ahora, en ese momento, decidió confiar en lo que habían construido juntos. Creer que su amor era lo bastante fuerte para resistir cualquier revelación que estuviera por venir.

Porque si Raven podía compartir con ella sus deseos más profundos, podía confiarle su vulnerabilidad y ponerse emocionalmente en sus manos, entonces seguramente su amor podría sobrevivir a una pequeña apuesta de inversión.

Seguramente.

EPÍLOGO

Cinco Años Después

El baile anual de primavera de la duquesa de Blackstone se había convertido en una de las invitaciones más codiciadas de la Temporada. Ashley estaba de pie en lo alto de la gran escalinata de Blackstone House, observando a la brillante multitud que se extendía debajo con una satisfacción que habría parecido imposible cinco años atrás.

—Todo se ve precioso, y tú estás hermosa —dijo Ivy, acercándose para abrazarla.

Ivy nunca había sabido nada sobre Carstairs, ni sobre la verdadera razón de la caída en desgracia de Ashley ni sobre su secuestro. Y era un secreto que Ashley jamás revelaría.

—Tienes un aire absolutamente triunfante —murmuró Tiffany, apareciendo a su lado con su habitual sentido de la oportunidad—. Como un general contemplando un campo de batalla que acaba de conquistar.

—¿Es tan evidente? —Ashley no pudo reprimir del todo su sonrisa mientras observaba a la alta sociedad rendirse ante la anfitriona más famosa de Londres.

—Gloriosamente evidente.

Farah se unió a ellas, radiante con un vestido de seda esmeralda que realzaba su tez oscura.

—Aunque debo decir que ver a lord Haverford prácticamente suplicar una presentación con el duque hace un rato fue especialmente satisfactorio.

—Espera que Raven invierta en su empresa naviera —dijo Ashley, divertida—. Raven, por supuesto, rechazará la propuesta. Cortésmente, pero con firmeza, porque se rumorea que Haverford comercia con esclavos.

Courtney se acercó con elegancia.

—Todavía no puedo creer hasta qué punto la sociedad ha cambiado su opinión sobre ti. ¿Recuerdas cuando apenas conseguíamos que alguien nos dirigiera la palabra en los bailes?

—Lo recuerdo.

La mano de Ashley se posó inconscientemente sobre su vientre, un gesto que había repetido con frecuencia durante las últimas semanas, aunque todavía no había compartido con nadie sus sospechas.

—Parece que hubiera pasado toda una vida.

—Eso es porque ya no eres aquella muchacha frágil que intentaba sobrevivir a un escándalo —dijo Valora, uniéndose al círculo con Claire a su lado.

La Hermandad, reunida como siempre, un frente unido que no había hecho más que fortalecerse con los años.

—Eres la duquesa de Blackstone, madre de los dos niños más traviesos de Londres, anfitriona de los mejores bailes de la Temporada y una mujer a la que nadie se atreve a desafiar.

—A menos que quieran enfrentarse a la ira de Raven —añadió Claire con una sonrisa—. Nunca he visto a un hombre tan protector con su esposa.

Como si lo hubieran invocado al mencionar su nombre, Raven apareció entre la multitud. Su hijo James, de cuatro años, iba sentado sobre sus hombros, mientras William, de tres, se aferraba a una de sus piernas. Se suponía que ambos niños debían estar en el cuarto de los niños, pero Ashley había renunciado hacía tiempo a intentar mantenerlos allí durante las fiestas.

—Tus hijos —dijo Raven con fingida severidad al llegar a lo alto de la escalera— han vuelto a escaparse de su niñera. James forzó la

cerradura.

—¡Tiene cuatro años! —protestó Ashley, aunque al mismo tiempo extendía los brazos hacia William, que inmediatamente abandonó la pierna de su padre para aferrarse a las faldas de su madre.

—También es tu hijo —señaló Raven—. La capacidad para causar problemas parece ser hereditaria.

—Papá, ¿podemos quedarnos? —preguntó James desde su posición privilegiada—. ¿Solo un ratito? Prometemos portarnos bien.

Ashley intercambió una mirada con Raven y vio en sus ojos aquella ternura que aparecía siempre que miraba a sus hijos. El austero duque de Blackstone había sido completamente conquistado por la paternidad.

—Veinte minutos —concedió ella—. Después volverán al cuarto de los niños sin protestar.

—¿O qué? —desafió James con una sonrisa llena de travesura.

—O su madre los atará a las camas —dijo Raven con solemnidad, aunque sus ojos brillaban divertidos por la broma privada.

La Hermandad estalló en carcajadas y Ashley sintió que una cálida emoción florecía en su pecho.

Aquello... aquello era la felicidad.

Sus amigas rodeándola, sus hijos sembrando un caos encantador y su esposo mirándola con un afecto tan abierto que todavía le quitaba el aliento.

—Vamos —dijo Tiffany, guiando a las demás mujeres hacia el salón de baile—. Demos a la duquesa y a su duque un momento con sus pequeños bribones antes de que todos tengamos que reunirnos para el baile de después de la cena.

Cuando sus amigas se alejaron, Ashley levantó a William en brazos mientras Raven bajaba a James al suelo. Los dos niños descubrieron inmediatamente la mesa de postres a través de las puertas del salón y echaron a correr hacia ella, con su agotada niñera persiguiéndolos.

—Somos unos padres terribles —observó Ashley—. Nunca seguimos las normas.

—Los peores —convino Raven mientras rodeaba su cintura con un brazo—. Nuestros hijos realmente nos quieren y nosotros los

consentimos descaradamente.

—Escandaloso.

—La Dama Que Jamás Se Comporta vuelve a atacar.

Depositó un beso en su sien, un gesto de afecto cotidiano tras cinco años de matrimonio.

—Aunque debo decir que esta noche te has superado. Este baile es magnífico.

—Más le vale serlo. Llevo meses organizándolo.

Ashley se acomodó contra él, disfrutando de su calor mientras observaba la reluciente multitud.

—¿Recuerdas mi primer baile como tu duquesa? ¿Lo aterrorizada que estaba porque nadie asistiera?

—Recuerdo haber amenazado a varios caballeros diciéndoles que sus oportunidades de inversión conmigo dependían del buen comportamiento de sus esposas hacia ti.

Ashley se echó a reír.

—No lo hiciste.

—Claro que sí. Aunque resultó innecesario. Te los ganaste tú sola.

Su brazo se estrechó alrededor de ella.

—Te has convertido exactamente en lo que sabía que serías: una duquesa a la que la sociedad respeta y admira. Incluso quienes antes te despreciaban ahora buscan tu aprobación.

—Solo porque estoy casada contigo.

—No.

Raven la hizo girar para que lo mirara de frente y adoptó una expresión seria.

—Porque eres amable, inteligente y auténtica. Porque apoyas causas benéficas que realmente ayudan a las personas en lugar de simplemente hacerte parecer generosa. Porque has criado a nuestros hijos para que sean curiosos y compasivos en lugar de consentidos. Porque eres tú, Ashley. La sociedad sería estúpida si no reconociera tu valor.

Ella sintió que se le humedecían los ojos. Al parecer, el embarazo ya la estaba volviendo más emocional.

—Te amo.

—Lo sé.

Él sonrió con aquella sonrisa privada reservada solo para ella.

—Y yo te amo a ti. Incluso cuando permites que nuestro hijo de cuatro años fuerce cerraduras.

—Aprendió observándote con mi joyero aquella vez.

—Aquello tenía un propósito completamente distinto —murmuró Raven, bajando la voz a ese tono íntimo que seguía revolviéndole el estómago incluso después de cinco años—. Y, si no recuerdo mal, disfrutaste muchísimo de lo que vino después una vez que conseguí abrirlo.

El calor subió a sus mejillas.

—¡Raven! Estamos en un baile.

—Nuestro baile. En nuestra casa. Donde puedo decirle a mi esposa lo que me dé la gana.

Su mano recorrió su espalda de una manera totalmente impropia para un lugar público, aunque aquel lugar público fuera la parte superior de la escalera de su propia mansión.

—Además, llevo toda la noche observándote con ese vestido y pensando en más tarde. Después de que todos se marchen. Después de que los niños estén dormidos. Después de tenerte completamente para mí.

—En realidad —dijo Ashley, animada por la noticia que llevaba todo el día guardándose para sí misma—, yo también tengo planes para más tarde.

—¿Ah, sí?

Sus ojos se oscurecieron con interés.

—¿Qué clase de planes?

—De los que requieren pañuelos de seda —susurró ella—. Y quizá esos grilletes de cuero que tanto te gustan.

—Ashley.

Su nombre salió mitad como advertencia, mitad como promesa.

—No puedes decir esas cosas y esperar que vuelva con nuestros invitados conservando algún tipo de compostura.

—Entonces es una suerte que seamos los anfitriones y podamos hacer lo que queramos.

Ashley depositó un rápido beso en su mandíbula.

—Si no me importara lo que la gente pudiera pensar, después de veinte minutos más entreteniendo a nuestros invitados me retiraría alegando dolor de cabeza. Pero puedo esperar. ¿Y tú?

—¿Esperar? Ahora ya no puedo.

—Esos pantalones se ven muy ajustados.

Su sonrisa era pura malicia.

—Espero que no te resulte incómodo durante el resto de la noche.

La risa de Raven fue baja y cálida.

—Eres terrible.

—Te encanta.

—Que Dios me ayude, sí.

DOS HORAS MÁS TARDE, después de que el último invitado se hubiera marchado y los sirvientes hubieran sido despedidos por esa noche, Ashley se dirigió a su dormitorio con una expectación que vibraba por sus venas.

Cinco años de matrimonio no habían disminuido su pasión; en todo caso, esta solo se había intensificado a medida que habían aprendido a conocer mejor los deseos del otro.

Ya se había cambiado a un camisón de seda —uno de los confeccionados especialmente con cintas que se desataban con facilidad— y había colocado sobre la mesita de noche los objetos que necesitaría. La sola visión de ellos seguía acelerándole un poco el corazón: suaves pañuelos de seda color borgoña, unos grilletos de cuero forrados de terciopelo y una nueva venda para los ojos que había adquirido específicamente para aquella noche.

La puerta se abrió y Raven entró, aflojándose ya la corbata.

Se detuvo al verla sentada en el borde de la cama, con el camisón de seda entreabierto y revelando muy poco debajo. Después vio los objetos colocados a su lado y sus ojos se oscurecieron con deseo.

—Ashley.

—Creo —dijo ella, levantándose con deliberada elegancia— que esta noche me toca a mí.

—¿Te toca a ti?

—Estar al mando.

Se acercó a él y alzó las manos para terminar de quitarle la corbata.

—Me has atado a esta cama más veces de las que puedo contar durante estos cinco años. Creo que ha llegado el momento de devolvarte el favor.

Lo sintió tensarse, no por reticencia, sino por anticipación. Ya habían jugado con aquella dinámica antes, aunque la preferencia de Raven solía ser ocupar la posición dominante. Pero, en ocasiones, cuando ambos estaban de humor para ello, intercambiaban los papeles.

Y aquella noche Ashley quería ser quien llevara el control.

—¿Y si me niego?

Su voz era juguetona, pero ella percibió la pregunta subyacente: ¿era realmente eso lo que quería?

—Entonces tendré que convencerte.

Ashley comenzó a quitarle el chaleco, moviendo los dedos con una eficacia adquirida tras años de práctica.

—Aunque sospecho que no te negarás. Sospecho que has estado pensando en esto toda la noche, igual que yo.

—¿Has estado pensando en ello?

—Constantemente.

Ella le quitó el chaleco de los hombros y luego empezó a desabrocharle la camisa.

—Pensando en verte atado a nuestra cama. A mi merced. Incapaz de hacer otra cosa que sentir mientras te toco y te beso como me plazca.

La respiración de Raven se volvió más superficial.

—Eres peligrosamente buena en esto.

—Aprendí del mejor.

La camisa se unió al creciente montón de ropa sobre el suelo.

—Ahora sé un buen esposo y ve a acostarte en la cama.

Por un instante, pensó que podría resistirse, que invertiría los papeles y la inmovilizaría contra el colchón. Pero entonces sonrió, aquella sonrisa rara y sincera que transformaba su rostro hasta el punto de dejarla sin aliento, y se dirigió a la cama sin protestar.

—Boca arriba —ordenó Ashley con voz firme, a pesar del revoloteo en su estómago—. Los brazos sobre la cabeza.

Raven obedeció, observándola con ojos oscuros mientras ella subía a la cama a su lado. Ashley tomó uno de los pañuelos de seda y lo envolvió cuidadosamente alrededor de su muñeca derecha, asegurándolo al poste de la cama con un nudo que había practicado. Luego hizo lo mismo con la izquierda, hasta que ambos brazos quedaron estirados por encima de su cabeza, sujetos pero sin incomodidad.

—¿Demasiado apretado? —preguntó mientras comprobaba las ataduras.

—Perfecto.

Su voz era ronca por el deseo.

—Has aprendido bien.

—Tuve un maestro excelente.

Ashley tomó después los grilletes de cuero, ajustando uno en cada tobillo y sujetándolos a los postes inferiores de la cama. No completamente tensos —sabía que Raven prefería cierta libertad de movimiento—, pero lo suficiente para estar completamente inmovilizado.

Cuando quedó satisfecha con su trabajo, Ashley se recostó para admirarlo.

Su esposo, el poderoso duque de Blackstone, atado a su cama y completamente a su merced.

La visión hizo que el calor se acumulara en su interior.

—Ahora —dijo, tomando la venda— veamos qué tal llevas ceder el control.

—Ashley...

Pero cualquier protesta que hubiera podido formular quedó interrumpida cuando ella le cubrió los ojos con la seda, sumiéndolo en la oscuridad.

Oyó cómo cambiaba su respiración, haciéndose más profunda y deliberada. Después de cinco años, ambos sabían el efecto que producía la venda: cómo intensificaba las demás sensaciones y volvía cada caricia más poderosa.

—Confía en mí —susurró Ashley, repitiendo las palabras que él le había dicho tantas veces—. Cuidaré de ti.

Comenzó despacio, recorriendo con los dedos su pecho, redescubriendo la geografía de su cuerpo únicamente a través del tacto. Cinco años de matrimonio los habían cambiado a ambos. Raven se había relajado en la felicidad; las duras marcas del dolor que llevaba cuando se casaron habían desaparecido, suavizadas por la alegría y las risas.

—Ashley.

Su nombre fue mitad súplica, mitad advertencia.

—Shhh.

Ella se inclinó para depositar un beso sobre su pecho, justo encima del corazón.

—Esta noche mando yo, ¿recuerdas? No puedes dar órdenes.

Lo sintió tensar los brazos contra las ataduras, probándolas, y sonrió contra su piel. Podría liberarse si realmente quisiera; la seda se rompería si tiraba con suficiente fuerza. Pero no lo haría. Esa era la confianza que existía entre ellos, la base de todo lo que habían construido.

Ashley se tomó su tiempo, recorriendo su cuerpo con las manos y los labios, encontrando todos los lugares que le arrancaban jadeos o gemidos. Detrás de la oreja, donde el pulso latía bajo sus besos. La piel sensible de las muñecas, estiradas y vulnerables sobre su cabeza. El plano firme de su abdomen bajo sus caricias.

Cuando por fin se apartó, él levantó ligeramente la cabeza.

—Me encanta oírte cuando me das placer. Pero, Dios, desearía poder verte.

Ella ignoró la súplica.

—Me estás torturando —consiguió decir Raven, con la voz tensa y los brazos rígidos.

Finalmente, Ashley decidió apiadarse de él.

—Las mejores cosas llegan para quienes saben esperar.

Se acomodó sobre sus caderas.

—Ahora ya sabes cómo me siento todas esas noches en las que me atas y te tomas tu tiempo.

—Ashley, por favor...

—¿Por favor qué?

Ella sonrió con picardía.

—Dime qué quiere, Su Gracia.

La inversión de sus papeles habituales le provocó un vértigo embriagador. Ahora comprendía lo que él sentía: aquel control embriagador, el conocimiento de que podía conceder placer o negarlo a voluntad. Que él confiaba en ella lo suficiente como para entregarse por completo.

—Te quiero a ti —dijo Raven, abandonando todo orgullo—. Por favor, Ashley. Necesito...

—Sé lo que necesitas.

Entonces llevó una mano a las cintas de su camisón y comenzó a desatarlas lentamente.

—Y te lo daré. Pero antes tengo algo que decirte.

Sintió cómo él se quedaba completamente inmóvil bajo ella. Incluso su respiración pareció detenerse.

—¿Qué ocurre?

Ashley dejó que el camisón resbalara de sus hombros antes de inclinarse para quitarle la venda de los ojos.

Quería que la mirara cuando se lo dijera.

Raven parpadeó bajo la luz de las velas mientras sus ojos se acostumbraban de nuevo a la claridad. Luego fijó la vista en ella con aquella intensidad que todavía conseguía dejarla sin aliento.

—¿Ashley? ¿Qué sucede?

—No sucede nada malo.

Sonrió, permitiendo que la felicidad iluminara su rostro.

—Todo es perfecto. Más que perfecto.

Tomó entre las suyas las manos atadas de Raven.

—Raven, estoy embarazada otra vez.

Observó cómo las palabras cobraban sentido para él. Vio cómo la sorpresa daba paso al asombro y luego a una alegría pura y deslumbrante.

—¿Embarazada? ¿Estás segura?

—Hoy fui a ver al médico. Si mis cálculos son correctos... nuestro bebé nacerá poco después de Navidad.

—¿Otro bebé?

La voz de Raven estaba cargada de emoción.

—Ashley, eso es maravilloso. Eso es...

De pronto tiró de las ataduras, frustrado.

—Desátame. Por favor. Necesito abrazarte como es debido.

Ashley se echó a reír mientras deshacía los nudos con dedos temblorosos. En cuanto sus manos quedaron libres, Raven la atrajo contra su pecho y la rodeó con los brazos, aunque sus tobillos seguían sujetos.

—Un bebé —repitió, cubriéndole el cabello, la frente y las mejillas de besos—. Nuestro tercer hijo. Oh, Ashley.

—Espero que esta vez sea una niña —admitió ella, con el rostro apoyado en su cuello—. Amo con locura a nuestros hijos, pero me gustaría tener una hija a la que enseñarle todas las cosas que mi madre nunca pudo enseñarme.

—Una hija.

La mano de Raven descendió hasta su vientre todavía plano y lo cubrió de forma protectora.

—Una pequeña con tu cabello claro y tu determinación. Que Dios me ayude, tendré dos de ustedes que cuidar.

—Te tendrá envuelto alrededor de su dedo desde el momento en que nazca —predijo Ashley—. Igual que James y William.

—Probablemente.

No parecía preocupado en absoluto por aquella perspectiva.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿O planeabas revelarlo mientras estaba atado e indefenso?

Ashley soltó una carcajada.

—Hoy mismo recibí la confirmación. Y sí, pensé que decirte algo así mientras estabas atado a nuestra cama sería... memorable.

—Sin duda lo es.

Raven se movió y ella oyó crujir los grilletes de cuero.

—Aunque ahora mismo estoy bastante limitado para celebrar esta noticia como corresponde.

—¿Ah, sí?

Ashley se inclinó para liberarle los tobillos y desabrochó las correas rápidamente.

—¿Mejor?

En cuanto quedó libre, Raven invirtió las posiciones y la acomodó debajo de él con toda la suavidad del mundo. Una de sus manos permaneció sobre el vientre de Ashley, protectora y posesiva.

—Mucho mejor.

La besó con ternura, casi con reverencia.

—Gracias.

—¿Por qué? Apenas logré esto yo sola.

—Por hacerme más feliz de lo que jamás creí posible.

Sus ojos oscuros brillaban sospechosamente a la luz de las velas.

—Hace cinco años era un hombre roto, convencido de que nunca volvería a amar. De que nunca volvería a sentir alegría. Escondiendo una parte de mí mismo. Y ahora te tengo a ti, a nuestros hijos y a otro bebé en camino. Ashley, me lo has dado todo.

—Nos lo dimos todo mutuamente —lo corrigió ella, acariciando su rostro con asombro.

Incluso después de cinco años, a veces todavía le costaba creer que aquel hombre maravilloso, complicado y apasionado fuera suyo.

—Aquella primera noche en que confiaste en mí y me hablaste de tus deseos... me diste permiso para ser yo misma. Para dejar de disculparme por mi pasado y empezar a vivir mi futuro.

—La dama que jamás se comporta —murmuró Raven—. Gracias a Dios que no lo haces. Si hubieras sido perfectamente correcta y obediente, nunca habríamos encontrado esto.

—Es verdad. Aunque recuerdo que disfrutabas mucho intentando hacer que me comportara bien.

—Y a ti también te gustaba.

Su mano recorrió suavemente su costado.

—Todavía te gusta, si los preparativos de esta noche sirven de indicio.

—Sí —admitió Ashley—. Me encanta cuando tomas el control. Pero también me gusta esto: verte confiar en mí. Entregarte a mí de la misma forma en que yo confío en ti.

—Siempre.

Raven la besó de nuevo.

—Siempre confiaré en ti, Ashley. Con mi corazón, con mi vida, con todo lo que soy.

Más tarde permanecieron abrazados, con la mano de Raven descansando todavía sobre el vientre de Ashley, como si ya pudiera sentir crecer allí a su hija.

—¿Recuerdas nuestra noche de bodas? —preguntó ella en voz baja—. ¿Cuándo no viniste a mi habitación?

—¿Cómo podría olvidarlo? Estaba convencido de que estaba haciendo lo correcto, protegiéndote de una parte de mí que consideraba oscura.

Raven soltó una risa burlona hacia sí mismo.

—Fui un idiota.

—Estabas de duelo. Y tenías miedo.

Ashley depositó un beso en su hombro.

—Pero míranos ahora. Dos hijos, otro bebé en camino y un amor que jamás imaginé posible cuando nos obligaron a casarnos.

—Nos obligaron a casarnos —repitió Raven pensativo—. Es extraño cómo lo que entonces parecía un desastre terminó convirtiéndose en la mayor bendición de mi vida.

—También de la mía.

Ashley se acomodó más cerca de él, sintiéndose segura, amada y completamente feliz.

—Aunque tengo otro secreto.

—¿Además de que estás embarazada?

Ella se incorporó y se acomodó sobre él.

—No puedo decírtelo. Es un secreto.

Él le dedicó una sonrisa traviesa.

—Provocadora. Pero me encanta cuando me provocas. ¿Otro secreto de la Hermandad?

—Tal vez.

Y definitivamente lo era. La Hermandad estaba planeando un nuevo desafío. Convenía mantener a sus hombres alerta.

—Sé guardar secretos —prometió él.

Cuando Ashley se limitó a sonreír, añadió:

—Siempre podría hacerte cosquillas hasta que lo confesaras.

—¡Eso no vale!

Ella soltó una carcajada cuando él le pasó los dedos por las costillas, justo donde era más sensible.

Su mano continuó dibujando perezosos círculos sobre su piel.

—Mi correcta duquesa. Mi escandalosa esposa que organiza los mejores bailes de la sociedad. Mi brillante compañera, que me ha dado más felicidad de la que jamás creí merecer.

—Los dos la merecíamos —dijo Ashley con firmeza—. Después de todo lo que pasamos... tu dolor, mi escándalo, todos aquellos meses de distancia cuidadosamente mantenida... nos ganamos esta felicidad.

—Así fue —convino Raven—. Y pienso pasar el resto de mi vida asegurándome de que nunca te arrepientas de haberte casado conmigo.

—Nunca podría arrepentirme. Casarme contigo fue lo mejor que me ha pasado en la vida, aunque nos llevó algún tiempo descubrir cómo hacer que funcionara.

Permanecieron en silencio durante un momento, cómodos en esa tranquilidad que solo surge tras años de conocerse profundamente. Ashley sintió que empezaba a quedarse dormida, cálida y segura entre los brazos de su esposo.

—¿Ashley? —La voz de Raven era suave.

—Mmm...

—Te amo. Más de lo que creí posible amar a alguien. Lo sabes, ¿verdad?

Ella sonrió contra su pecho.

—Lo sé. Y yo te amo igual. Incluso cuando me atas.

—Especialmente cuando te ato.

—Especialmente entonces —aceptó ella entre risas.

Mientras el sueño comenzaba a vencerla, Ashley reflexionó sobre todo lo que habían recorrido desde aquel matrimonio forzado cinco años atrás.

De dormitorios separados a una verdadera intimidad compartida.

De la cortesía cautelosa a un amor apasionado.

Del escándalo social a convertirse en los favoritos de la sociedad.

Y ahora, con otro bebé en camino, ojalá la hija que tanto había deseado, su familia estaría completa. A menos que uno o dos bebés más decidieran llegar en el futuro.

La dama que nunca se comportaba había encontrado por fin su final feliz.

No gracias a la corrección ni a la obediencia, sino gracias a la confianza, al amor y a la voluntad de ser completamente honestos sobre quiénes eran en realidad, pañuelos de seda incluidos.

Era, pensó Ashley mientras se quedaba dormida en los brazos de su marido, exactamente el tipo de vida impropia, apasionada y maravillosa que siempre había deseado.

Y la había encontrado...

Aunque hubiera necesitado un escándalo y un matrimonio concertado para lograrlo.

*SIGUE LEYENDO para disfrutar de un adelanto de mi nueva serie de romance de la Regencia, Damas en Apuros — libro #1: **Rescatada por el Marqués.***

[Puedes comprarlo aquí o leerlo gratis en KU](#)

¿Existen los héroes de verdad...

Oliver Sommerset, Marqués de Astor y heredero de un ducado, nunca ha pasado por uno. Pero cuando su amigo más cercano es asesinado por el despiadado Conde galés de Penharrow, Oliver cabalga hacia las tierras salvajes de Gales con la venganza ardiendo en la sangre — y el último ruego de un moribundo resonando en el corazón: libera a la mujer que Penharrow tiene cautiva.

Serena ha olvidado quién era antes de él. Su verdadero nombre. Su familia. La vida que le robaron cuando tenía seis años. Durante catorce años ha sobrevivido como prisionera de Penharrow, y los últimos cuatro como su amante a la fuerza, con la esperanza aplastada por la crueldad, por los intentos de fuga fallidos, y por el terrible precio que otros han pagado al tratar de ayudarla. Ha aprendido a no confiar en los hombres poderosos.

Entonces un lord peligroso de fríos ojos azules la arranca de las garras de Penharrow y le pide que huya.

Oliver no es el héroe que ella imaginó. Se lo dice sin rodeos: esto es venganza, no un rescate. Y mientras huyen a través de un terreno montañoso traicionero con los brutales secuaces de Penharrow cerrando el cerco, Serena no puede acallar la voz que le advierte que un captor puede ser, simplemente, igual que otro. Oliver la mira como siempre la han mirado los hombres.

Pero también la mira como si ella importara.



Perseguidos a través de las tierras altas salvajes de Gales, Serena hace la cosa más peligrosa que ha hecho jamás: confiar. Sin embargo, la confianza trae sus propios peligros. Cuando lleguen a la

seguridad del mundo privilegiado de Oliver, ¿cumplirá él su promesa y la dejará libre? ¿O simplemente ha cambiado una jaula dorada por otra?

Un oscuro romance de la Regencia...

Advertencia de contenido: Esta novela presenta a una heroína que escapa de un largo encierro restrictivo, con escenas retrospectivas de cautiverio y el miedo a su captor.

PRÓLOGO

El Pabellón de Caza de Penharrow, Marcas Galesas — Marzo de 1813

Los azafranes del inicio de la primavera fueron la primera señal de esperanza que Davina había visto en semanas. Se arrodilló en la tierra fría del huerto, con los dedos trabajando con cuidado alrededor de las delicadas flores moradas, y se permitió imaginar, solo por un momento, que estaba en otro lugar. Que era otra persona.

Una mujer que elegía trabajar en el jardín porque lo disfrutaba, no porque fuera el único momento en que se le permitía salir de su jaula dorada.

—Señorita Davina.

La voz destrozó la ilusión. Davina no levantó la vista de inmediato; se tomó un momento para componer su rostro con la cuidadosa máscara de serenidad que había perfeccionado a lo largo de los años. Solo entonces se volvió para ver a la señora Griffiths, el ama de llaves, de pie al borde del camino del jardín. La expresión de la mujer mayor era de disculpa, pero su postura era rígida con la conciencia de que estaban siendo observadas.

Siempre las observaban.

—Sí, señora Griffiths.

—Un mensaje, señorita Davina. De Su Señoría. —El ama de llaves extendió un papel doblado, sellado con el escudo de Penharrow: un cuervo sujetando un corazón sangrante. Qué

apropiado, pensó Davina con amargura, que hubiera elegido semejante escudo.

Se levantó despacio, sacudiéndose la tierra de las manos, consciente del guardia apostado cerca de la verja del jardín. Thomas, el más joven, que a veces la miraba con lástima antes de recordarse a sí mismo y desviar la vista. Aunque la lástima no le servía de nada. La lástima nunca le sirvió a nadie.

Davina miró la nota, y su corazón ya había comenzado su familiar y nauseabundo descenso hacia el terror. Penharrow estaba en Londres. Llevaba casi cuatro semanas en Londres. El pabellón de caza había estado bendecidamente tranquilo, y ella había comenzado a albergar esperanzas — con necedad, siempre con necedad — de que quizás él hubiera encontrado algún nuevo interés que lo ocupara. Alguna nueva mujer a quien atormentar.

—Tendrá que leérmela. —Detestaba que Penharrow le hubiera prohibido aprender a leer y escribir.

La señora Griffiths se la leyó.

Mi queridísima Davina:

Encuentro Londres insoportablemente aburrido sin tu compañía. Regresaré esta noche y espero encontrarte debidamente preparada para mi llegada. Báñate a conciencia. Ponte la seda verde — ya sabes cuál. Lleva el cabello suelto. Iré a tus habitaciones a las nueve en punto.

No me decepciones.

Siempre tuyo, P.

Las palabras eran corteses, casi tiernas, para quien no supiera leer entre líneas. Pero Davina sabía leerlas. Conocía el significado de cada frase cuidadosamente elegida. Debidamente preparada significaba restregarse hasta que la piel le ardiera, perfumarse con la fragancia que él prefería, depilarse hasta el último vello y disimular cada imperfección. La seda verde era el camisón que él le había mandado hacer el año anterior, tan transparente que bien podría no existir. No me decepciones era una amenaza vestida con lenguaje cortés.

Y ella sabía, con la certeza nacida de catorce años bajo su tutela, exactamente lo que ocurriría a las nueve en punto.

—¿Le preparo el baño, milady? —preguntó la señora Griffiths en voz baja mientras estrujaba la misiva entre el puño. Los ojos del ama de llaves albergaban esa misma lástima impotente que Davina había aprendido a despreciar. La lástima no cambiaba nada. La lástima era el lujo de quienes podían marcharse.

—Sí, gracias. —Davina dijo mientras reprimía las lágrimas. Ya había derramado suficientes lágrimas por ese hombre, y no permitiría que le arrancara más. —Entraré en un momento.

La señora Griffiths vaciló, hizo una reverencia y se retiró hacia la casa. Thomas, el guardia, permaneció en su puesto con la mano apoyada en la pistola que llevaba al cinto. Aunque Davina no tenía intención de huir. ¿Adónde iría? Estaban a kilómetros del pueblo más cercano, aún más adentro en las salvajes montañas galesas. Ella había intentado huir antes.

Había aprendido la lección.

Davina volvió la mirada hacia sus azafranes y se arrodilló de nuevo en la tierra. Sus manos temblaban levemente mientras rozaba los delicados pétalos, y se obligó a respirar despacio, con calma. El pánico no servía de nada. Las lágrimas no servían de nada. Había agotado todas sus lágrimas años atrás.

¿Cómo había llegado a esto?

La pregunta era casi risible en su inutilidad. Sabía exactamente cómo había llegado a esto. Podía trazar el camino con tanta claridad como la red de raíces bajo la tierra.

Tenía siete años en una feria del pueblo, aferrada a la mano de su niñera, encantada con los lazos, la música y los pasteles de miel. Y entonces un hombre apuesto le sonrió, le ofreció una manzana, y cuando su niñera se volvió un instante—

Desaparecida.

Recordaba el viaje en carruaje, la forma en que la sonrisa del hombre apuesto se había vuelto fría cuando ella lloró por su mamá. Recordaba haber llegado a esa misma casa, le dijeron que ahora se llamaba Davina, que su vida anterior había desaparecido, que pertenecía al Conde de Penharrow y que era mejor que aprendiera a estar agradecida.

Tenía siete años.

Durante años, él la había tenido como a una muñeca. La vestía con ropa fina, la hacía instruir en deportes y en cómo tocar el pianoforte. Pero nunca se le permitió aprender las letras. Ahora comprendía que era para que no pudiera pedir ayuda por escrito. Él le daba juguetes y baratijas y le decía que era su niña especial, su tesoro, la hija que nunca había tenido.

Ella lo había creído, de la manera en que los niños desesperados creen las mentiras que hacen su cautiverio soportable.

Y entonces cumplió dieciséis años.

Davina cerró los ojos ante el recuerdo de aquella noche. La noche en que la apariencia de afecto paternal se hizo añicos, y ella descubrió para qué la había estado preparando todo ese tiempo. La noche en que luchó, y gritó, y comprendió que nadie vendría a ayudarla. Que a los sirvientes les habían dicho que era su pupila, una pariente lejana, perturbada y propensa a los ataques de histeria. Que el magistrado más cercano estaba en el bolsillo de Penharrow. Que estaba sola, completamente sola.

Eso había sido cinco años atrás.

Cinco años siendo su posesión, su juguete, su prisionera de hecho aunque no de nombre. Cinco años sonriendo cuando se lo ordenaban, vistiendo lo que él elegía, aceptando su trato porque la negativa significaba el castigo — no solo para ella, sino para cualquier sirviente que le mostrara amabilidad.

Esa lección también la había aprendido.

Sus dedos se detuvieron sobre los azafranes cuando el recuerdo afloró, agudo y amargo como la hiel.

Se llamaba Daniel. Un joven mozo de cuadra, apenas veinte años, de ojos amables y trato gentil con los caballos. Era nuevo al servicio de Penharrow y aún no comprendía las reglas. Cuando Davina le pidió, en un momento de esperanza desesperada, que la ayudara a hacer llegar un mensaje a las autoridades — a cualquiera que pudiera socorrerla — él accedió.

Penharrow descubrió el plan en un día.

Davina nunca olvidaría la mirada de Daniel desde la horca que Penharrow había erigido en el patio de las caballerizas. El Conde no creía en entregar a los criminales a los magistrados cuando podía

administrar su propia justicia. Robo, lo había llamado. El mozo había estado robando a su empleador.

Todos sabían que era mentira.

Todos miraron igualmente cómo Daniel colgaba, con el cuello roto, el cuerpo balanceándose como advertencia.

Y Penharrow había obligado a Davina a presenciarlo todo, con la mano posada con suavidad en su hombro, la voz suave junto a su oído: —¿Ves lo que ocurre cuando me haces enojar, querida? Me disgustaría que alguien más sufriera por tu insensatez.

Eso había sido tres años atrás. Desde entonces, Davina había dejado de pedir ayuda. Habían tenido un visitante recientemente — James. Ella se había negado a dejarle que la ayudara. Él se fue, y ella dejó de intentar involucrar a otros en sus intentos de fuga. Porque había aprendido la verdad más cruel de todas: Penharrow mataría a cualquiera que intentara liberarla, y la obligaría a verlo.

No podía soportar más sangre en sus manos.

Una brisa susurró por el jardín, trayendo el olor a tierra húmeda y lluvia inminente. Davina alzó la vista hacia el cielo gris, luego hacia los muros de piedra del pabellón de caza que había sido su prisión durante la mayor parte de su vida. En algún lugar más allá de esas montañas estaba el mundo que apenas recordaba. En algún lugar ahí fuera, la gente vivía en libertad, tomaba sus propias decisiones, amaba a quien quería.

Ella nunca sería una de ellos. No mientras Penharrow viviera.

El pensamiento tomó forma con súbita y fría claridad.

No mientras Penharrow viviera.

En sus primeros años había intentado escapar cuatro veces. Cada vez, él la encontró. La última vez le costó la vida a Daniel. Pero ella había estado enfocando la huida de manera equivocada. Había intentado correr, esconderse, buscar ayuda en otros.

Quizás era hora de considerar un enfoque diferente.

Penharrow guardaba una pistola en su estudio. Ella la había visto — una pieza de duelo, ornamentada y letal. También guardaba una colección de cuchillos, recuerdos de sus viajes. Y luego estaban los venenos del hogar — arsénico para las ratas, belladona en el jardín,

una docena de sustancias capaces de matar a un hombre si se administraban correctamente.

Davina había trabajado con el jardinero. Sabía qué plantas eran venenosas, cuáles causaban una muerte lenta, cuáles eran rápidas.

El pensamiento debería haberla horrorizado. Las mujeres decentes no contemplaban el asesinato. Pero Davina llevaba mucho tiempo sin pretender ser decente. La decencia era un lujo reservado a las mujeres que tenían opciones. Ella solo tenía la supervivencia.

¿Qué ocurriría cuando Penharrow se cansara de ella? ¿Y si envejecía demasiado?

No le cabía ninguna duda de que simplemente la mataría.

Y si no podía escapar de Penharrow, quizás podría matarlo primero.

La idea era a la vez aterradora y embriagadora. Nunca había matado a nadie. ¿Podría hacerlo? ¿Podría mirarlo a los ojos mientras el veneno hacía efecto, o apretar el gatillo, o clavar una hoja entre sus costillas?

El recuerdo del cuerpo de Daniel balanceándose en la horca respondió esa pregunta.

Sí. Podría.

Necesitaría ser cautelosa. Planificar con meticulosidad. Penharrow era inteligente y desconfiado, y cualquier comportamiento inusual lo alertaría. Pero ella también tenía ventajas. Él la creía quebrada, sumisa, demasiado asustada para actuar. Creía que catorce años de cautiverio le habían enseñado la impotencia.

Estaba equivocado.

Davina se puso de pie, sacudiéndose la tierra de las faldas. Los azafranes se mecían con la brisa, delicados y resistentes. Habían abierto paso a través de la tierra helada para alcanzar la luz. Habían sobrevivido.

Ella también lo haría.

Se volvió hacia la casa con la decisión tomada. Se bañaría como se le ordenaba. Se pondría la seda verde. Se sometería a él esa noche, como se había sometido incontables noches antes.

Pero también observaría, esperaría y planificaría.

Y cuando llegara el momento — cuando hubiera preparado todo a la perfección, cuando tuviera la certeza del éxito — actuaría.

Penharrow le había arrebatado todo. Su infancia. Su inocencia. Su libertad. Le había robado su propio nombre, su identidad, transformándola de lo que fuera a los siete años en esta criatura que había moldeado para su placer.

Pero había cometido un error crítico.

La había mantenido con vida.

Y mientras viviera, era peligrosa.

—¿Milady? —llamó Thomas desde la verja. —Será mejor que entre. Se acerca la lluvia.

Davina asintió y caminó hacia la casa, la espalda erguida, el rostro sereno. Sabía que tenía el aspecto de la dama perfecta. Bella, refinada, obediente.

La prisionera de Penharrow.

Pero por dentro, donde él no podía ver, algo había cambiado. Una chispa había prendido, pequeña pero creciente. No esperanza — había aprendido a no albergar esperanzas. Sino algo más duro. Algo frío y afilado como una hoja.

Determinación.

Se escaparía de esa vida. Ya fuera huyendo lo bastante lejos como para que nunca la encontrara, o asegurándose de que él jamás volviera a respirar para buscarla.

De un modo u otro, Davina sería libre.

O moriría en el intento.

[PUEDES COMPRARLO AQUÍ o leerlo gratis en KU](#)

ACERCA DEL AUTOR



La autora más vendida de **USA Today**, **Bronwen Evans**, es una orgullosa escritora de novelas románticas. Sus trabajos han sido publicados tanto en formato impreso como en formato de libro electrónico. Le encanta contar historias, y su cabeza siempre está llena de personajes e historias, en particular aquellas que presentan amantes angustiados. Evans ha ganado tres veces el RomCon Readers' Crown y ha sido nominado para un RT Reviewers' Choice Award. Vive en la soleada bahía de Hawkes, Nueva Zelanda, con su Cavoodles Brandy y Duke. Le encanta escuchar a los lectores.



www.bronwenevans.com

Muchas gracias por acompañarnos en este viaje. Si desea mantenerse al día con mis otros lanzamientos, los códigos de cupón de mi boletín para ofertas especiales u otras noticias, no dude en unirse a mi boletín y recibir un libro GRATIS (en inglés) también.



OTRAS OBRAS DE BRONWEN EVANS

Bron's Book List

Española Versions

[Lord de los Malvados](#)
[Lord del Peligro](#)
[Lord de la Pasión](#)
[Adicta al Duque](#)
[Atraída por el marqués](#)
[Atraida por el Conde](#)
[Desafiando el Duque de Dangerfield](#)
[Apostando por el Marqués de Wolverstone](#)
[El despertar de Lady Flora](#)
[La seducción de Lord Sin](#)
[Un Beso de Mentiras](#)
[Una Promesa de Más](#)
[Un Toque de Pasión](#)
[Un Susurro de Deseo](#)
[El Placer de la Seducción](#)
[Una Noche de Siempre](#)
[Un Amor para Recordar](#)
[Un Dama Nunca Lloro](#)
Una Dama Jamás se Comporta
[Rescatada por el Marqués](#)
[Un Sueño de Redención](#)
[Una dama nunca Cede](#) - GRATIS
[Una Dama Nunca se Rinde](#)
[Toda Joven Tímida Merece Un Romance Navideño](#)
[Cada Flor Tiene Sus Espinas](#)

Historical Romances

Wicked Wagers

[To Dare the Duke of Dangerfield](#) – book #1

[To Wager the Marquis of Wolverstone](#) – book #2

[To Challenge the Earl of Cravenswood](#) - book #3

[Wicked Wagers, The Complete Trilogy](#) Boxed Set

The Disgraced Lords

[A Kiss of Lies](#) – Jan 2014/December 2022

[A Promise of More](#) – April 2014/June 2021

[A Touch of Passion](#) – April 2015/June 2021

[A Whisper of Desire](#) – Dec 2015

[A Taste of Seduction](#) – August 2016

[A Night of Forever](#) – October 2016

[A Love To Remember](#) – August 2017

[A Dream Of Redemption](#) – February 2018

Imperfect Lords Series

[Addicted to the Duke](#) – March 2018

[Drawn To the Marquess](#) – September 2018

[Attracted To The Earl](#) – February 2019

Taming A Rogue Series

[Lord of Wicked](#) (also in a [German Translation](#))

(Also in a [Spanish Translation](#))

[Lord of Danger](#) (also in a [German Translation](#))

[Lord of Passion](#)

[Lord of Pleasure](#) (Christmas Novella)

The Lady Bachelorette Series

[The Awakening of Lady Flora](#) – Novella

[The Seduction of Lord Sin](#)

[The Allure of Lord Devlin](#)

Invitation To Series Audio Only (now called Taming A Rogue series)

[Invitation to Ruin](#)

(Winner of RomCon Best Historical 2012, RT Best First Historical 2012 Nominee)

[Invitation to Scandal](#)

(TRR Best Historical Nominee 2012)

[Invitation to Passion](#)

July 2014

(Winner of RomCon Best Historical 2015)

[Invitation To Pleasure](#)

Novella February 2020

Contemporaries

[The Reluctant Wife](#)

(Winner of RomCon Best Short Contemporary 2014)

Drive Me Wild

[Reckless Curves](#) – book #1

[Purr For Me](#) – book #2

[Slow Ride](#) – book #3

[Fast track To Love](#) (This Christmas) Novella - book #4

Coopers Creek

[Love Me](#) – book #1

[Heal Me](#) – Book #2

[Want Me](#) – book #3

[Need Me](#) – book #4

Other Books

[A Scot For Christmas - Novella](#)

[Regency Delights Boxed Set](#)

[To Tempt A Highland Duke – Novella](#)

[Highland Wishes and Dreams - Novella](#)

[The Duke's Christmas List - Novella](#)
